



**EL  
OSCURO  
JUEGO DE  
LUCIFER  
CHARLOTTE  
BENNET**

# **El oscuro juego de Lucifer**

PRIMERA PARTE

Charlotte Bennet



TERCIOPELO

© Charlotte Bennet, 2015

Primera edición en este formato: mayo de 2015

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona.

[info@rocaebooks.com](mailto:info@rocaebooks.com)

[www.rocaebooks.com](http://www.rocaebooks.com)

ISBN: 978-84-1595-261-9

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin

la autorización escrita de los titulares

del copyright, bajo las sanciones

establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

# EL OSCURO JUEGO DE LUCIFER

Charlotte Bennet

¿Qué harías si, de repente, el hombre que crees detestar, y que es tu jefe, te propone tener una relación carnal sin ataduras?

Me llamo Emma Taylor, tengo veinticinco años y nunca he tenido suerte en el amor. Por eso, a día de hoy solo pretendía llevar una vida

tranquila, exenta de sobresaltos, hasta que él se cruzó en mi camino, y ese no era otro que el enigmático y arrogante hermano de mi difunto jefe, con el que ya había tenido mis diferencias en el pasado. El tipo había regresado a Nueva York para hacerse con el control de la agencia de publicidad para la que trabajo como secretaria, o eso pensaba yo...

Alexander Crawford, apodado «Lucifer», era rico, apuesto,

inteligente y estaba acostumbrado a conseguir todo aquello que se proponía, pero... ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar yo con alguien como él?

Lo que empezó como un oscuro juego se transformó en algo inesperado y complejo...

## **ACERCA DE LA AUTORA**

**Charlotte Bennet** es un seudónimo. Nació en Ceuta en 1976 y cursó estudios de Técnico Superior en



Educación Infantil y Técnico en Psicomotricidad. Sus mayores aficiones son la lectura y escribir en sus ratos libres, sobre todo novelas románticas, contemporáneas, *chick lit*...

Para saber más de la autora:

[el-rincon-de-](#)

[ejbennet.blogspot.com.es](http://ejbennet.blogspot.com.es)

## **ACERCA DE LA OBRA**

«Una novela roja con tintes de intriga.»

*ELCLUBDELAS***E***SCRITORAS.BLOGSPOT.CC*

# Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

¿Qué harías si de repente el hombre que crees detestar y que es tu jefe te propone tener una relación carnal exenta de ataduras?

Me llamo Emma Taylor, tengo veinticinco años y hasta la fecha el amor nunca me ha sonreído. Por eso, hace un tiempo que me propuse llevar una vida tranquila, exenta de sobresaltos, hasta que él se cruzó en mi camino: el enigmático, arrogante y engreído hermano de mi difunto jefe, con el que ya había tenido mis diferencias en el pasado. El tipo había regresado a Nueva York para hacerse con el control de la agencia de publicidad para la que trabajo como secretaria, o eso pensaba yo...

Alexander Crawford, apodado Lucifer, era rico, soltero, apuesto, inteligente y estaba acostumbrado a conseguir todo aquello que deseaba, pero... ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar con alguien como él?

Lo que empezó como un oscuro juego, se transformó en algo inesperado y complejo...



# 1

Si tuviera que definirme con una sola palabra, esa sería, sin duda alguna, tradicional; soy de las que piensan que hay que llegar virgen al matrimonio. Sí, lo sé, estoy quedando como una estrecha, pero es lo que me han

enseñado desde que tengo uso de razón y así lo he mantenido a lo largo de todos estos años. Aunque, quién sabe, nunca se puede decir de esta agua no beberé. Por descontado, he tenido tentaciones como el resto de los mortales, pero he sabido marcar los límites. De ahí que mis ex me dejaran siempre tirada en la cuneta por otras mujeres con más experiencia que yo. Era evidente que pensaban más con la bragueta que con el corazón, porque lo que yo buscaba era una relación estable basada en el amor, la confianza y el respeto; algo que les aburría

notoriamente. El sexo era vital para ellos y yo no estaba por la labor de irme a la cama con el primero que me lo propusiera. Así que aprendí tres reglas básicas:

La primera: nunca te enamores en la primera cita, porque estarías metida en un buen lío.

La segunda: jamás creas sus halagos, porque son una manera sutil de intentar llevarte a la cama.

La tercera y la más importante: en toda relación hay amos, sumisos, *voyeurs*, fetichistas...

En esto último soy toda una experta, dado que he salido con tipos a los que les fascinaban las relaciones BDSM (*Bondage*, Disciplina y Dominación, Sumisión y Sadismo, Masoquismo). Evidentemente duré lo que un anuncio, ya que no reunía los requisitos para ninguna de estas prácticas sexuales no convencionales, pues era, y sigo siendo, una mujer puritana. No obstante, debo decir que nunca imaginé que el miedo a la soledad me impulsara a salir con tíos con los que no habría ido ni a la vuelta de la esquina, pero lo hice, y casi acabo

tocada. En menos de cuatro años he visto toda una colección de esposas, bolas chinas, fustas, paletas, pinzas para pezones... Uno de mis ex intentó darme una clase magistral de sadomasoquismo con una de sus ex sumisas; con otro, Michael Bauer, descubrí el universo tántrico y tampoco encajé, por eso me abandonó. A raíz de todo ello comprendí que estaba abocada a la más infinita soledad; el mundo estaba lleno de sádicos y yo no tenía ninguna intención de bajar a los infiernos para buscar a mi príncipe azul.

Mi nombre es Emma Taylor, nací hace veinticinco años en Londres, pero resido en Nueva York por motivos laborales. Me apasionan los karaokes, el cine, el teatro, la fotografía y beber litros y litros de Coca-Cola Zero. Me fascinan las comedias románticas con final feliz. La música y la lectura son mis dos grandes pasiones, así como ir de compras a Zara o Macy's. No me considero una *it girl*, pero estoy al día de las últimas tendencias de moda. Las novelas románticas me tienen completamente cautivada. Detesto la

mentira y la hipocresía. Soy amiga de mis amigos y procuro aprender cada día de mis errores. No fumo y apenas bebo, salvo en momentos puntuales. La última vez que cogí una cogorza fue en la boda de John Harper, el padre de mi mejor amiga, Andrea. Recuerdo que la resaca me duró una eternidad. La verdad es que no me sienta nada bien beber, prefiero el deporte. En cuanto a mi vida sentimental, como acabo de señalar, puedo decir que es un verdadero desastre. Aun así nunca he perdido la sonrisa ni la esperanza ante tanta

calamidad. Eso es algo que aprendí de mi difunto padre, Charles Taylor, al que nunca olvidaré y llevo siempre en mi corazón.

Andie dice que soy una romántica empedernida. Tiene toda la razón del mundo. Tengo la extraña manía de darlo todo en una relación. Nunca me guardo nada para mí. Me ilusiono con suma facilidad con la persona que tengo al lado y luego pasa lo que pasa. Así que decidí que lo mejor era cerrarle las puertas al amor y arrojar la llave al río Hudson hasta que llegara alguien



diferente y que mereciera la pena. Por eso me dediqué a vivir mi día a día. Me volqué en estar en contacto con mi familia, en mi trabajo como secretaria en una conocida agencia de publicidad y en disfrutar de mis dos mejores amigos, Andrea Harper y Linus Moore. Llevo más de un año más sola que la una, y la verdad es que de vez en cuando me entra la nostalgia. Por lo menos, los fracasos sentimentales me sirvieron para ponerme en alerta ante mi vecino Daniel Warrick, alias *el Acosador*, del que no

quiero ni oír hablar porque me pone el vello de punta.

Andrea, en cambio, es todo lo contrario a mí. Siempre ha tenido suerte en el amor, pero la muy terca le tiene pánico al compromiso, y cuando rompe una relación o la dejan tirada en la cuneta, no acaba llorando por las esquinas como si le fuera la vida en ello, sino que coge el toro por los cuernos y sigue adelante como si nada hubiera pasado. Me fascina su capacidad de recuperación: se refugia en su trabajo de editora jefe de

*Magazine's*, la revista de cotilleos y moda, y todo lo demás deja de importarle. La admiro por eso. Y es que mi amiga y yo siempre hemos sido como el día y la noche, incluso en gustos y aficiones. Si Andrea soñaba en convertirse en una intrépida periodista, yo me conformaba con fisgonear en el taller de reparación que mi padre regentaba al lado de nuestra modesta casa, no lejos de Covent Garden. Me encantaba oír el sonido de los motores rugiendo como fieras, así como cambiar una bujía o una rueda, y en menos de lo

que canta un gallo me había convertido en toda una experta en mecánica.

¡Qué tiempos aquellos!

Darí­a lo que fuese por poder revivirlos al lado de los dos hombres de mi vida: mi hermano Scott y nuestro querido padre, a quien un conductor borracho le segó la vida cuando yo tenía diez años. A raíz de aquello nada volvió a ser como antes para mi hermano ni para mí, pues todo se convirti­ó en vacío. La vitalidad, el optimismo y el buen sentido del humor de nuestro adorado padre se habían evaporado de un solo

plumazo y no había manera de volver a recuperar lo que nos había sido arrebatado tan injustamente. Solo nos quedaron los recuerdos de un hombre extraordinario al que seguimos llevando en lo más recóndito de nuestro ser.

He de reconocer que mi vida nunca fue un camino de rosas, sino más bien un sendero repleto de espinas. Todas ellas lacerantes. Nací y crecí en el seno de una familia de clase media. El taller de mi padre generaba por aquel entonces ganancias y todo nos iba a las mil maravillas, pero solo en apariencia. Mi

madre fue una esposa y madre egoísta, por no llamarla literalmente un putón verbenero; se tiraba a todo aquel que quería sin tan siquiera importarle el qué dirán. De hecho, se casó con mi padre porque se quedó embarazada de Scott y mi abuela materna presionó al buenazo de mi padre para que cumpliera con su deber. Entre las dos no tardarían en hacerle la vida imposible, pues todo eran exigencias y humillaciones cuando menos se lo esperaba. Mi madre, Marie Westwood, se pasaba todo el santo día de parranda con sus amigos, y no dudaba

en sacarle la pasta a mi pobre padre mientras le ponía los cuernos con quien fuera. Eran tiempos difíciles para un matrimonio que comenzaba a hacer aguas y cuyos hijos estaban en medio de sus continuas peleas y discusiones.

Si mi hermano Scott se refugiaba en su cuarto escuchando a su banda de rock predilecta, yo optaba por buscar consuelo en Andrea, mi paño de lágrimas, el hombro en el que me apoyaba después de una bronca monumental entre mi padre y la cínica de mi madre.

Mi amiga siempre estuvo allí cuando más la necesité. Me prestaba sus libros de texto, dormía en su casa los fines de semana e íbamos a la misma escuela juntas. Éramos inseparables. Parecíamos hermanas, incluso cumplíamos años el mismo día. Además, su padre, John Harper, y el mío mantenían una estrecha amistad desde que mi padre ayudó a John a superar la muerte de su esposa, Claire, que falleció cuando Andrea tenía solo dos años. Recuerdo que durante el funeral de mi querido padre, John Harper le dedicó unas emotivas



palabras que jamás olvidaré. Dijo, entre otras cosas, que no solo se le había ido un amigo y un compañero, sino que había perdido a un hermano. Rompí a llorar desconsoladamente, arropada por Andrea y Scott.

Después de ese duro varapalo, nuestra vida dio un giro de ciento ochenta grados, pues nos costó asimilar que le habíamos perdido para siempre. El gran Charlie fue quien nos educó y sacó adelante mientras mi madre se desentendía de responsabilidades. Pese a ello, crecí con la convicción de que,

algún día, la cínica de mi madre, Scott y yo volveríamos a ser una familia, pero me equivoqué estrepitosamente, porque más bien nos dividimos en dos bandos. Por un lado estábamos mi hermano y yo, y por otro, ella y su «amigo», a quien traía a casa para follárselo en la cama de mi padre. La odié por ello, y he de reconocer que me alegré de que meses después le entrara la locura de hacer las maletas para largarse con su gigoló. Pretendían perseguir el sueño americano, pero todo se perdió en el

camino y la penuria se adueñó de ellos en cuestión de semanas.

Evidentemente, Scott y yo no hicimos nada por traerla de vuelta a casa.

Mucha gente dice que me parezco físicamente a mi querida madre, sobre todo en la forma de la nariz, alargada y fina, y en la boca, grande y de labios carnosos, pero no soy ni la milésima parte de caprichosa y egoísta de lo que fue ella. Si hay algo que no le perdonaré nunca es que fuera la causante de la desdicha de mi pobre padre, que se partía los cuernos trabajando en el taller

solo para darnos de comer. Jamás le estaré lo suficientemente agradecida por tanto amor y tanta generosidad. Algo que la cínica de mi madre rehusaba darme, sencillamente porque se avergonzaba de mí, ya que era la hija obesa, fea y miope que una madre, insensible y desvergonzada como la mía, no quería tener. Por eso nunca me presentó a sus amistades ni se preocupó por mí. Scott, en cambio, era su ojito derecho... era el que más besos y abrazos recibía, en comparación conmigo.

Después de la muerte de papá, los Harper se convirtieron en nuestra nueva familia. John Harper siempre se preocupó de mi hermano y de mí, por lo cual le estaremos eternamente agradecidos. En cuanto a Andie... ¿qué más puedo añadir de ella? Solo tengo palabras de gratitud por cómo se ha comportado conmigo. La adoro y sé que ella a mí también, y no hemos permitido que nada ni nadie se interponga entre nosotras. Ni tan siquiera los chicos. Andrea siempre fue una niña muy guapa. Era alta y esbelta, llamaba la atención

de todos los muchachos del barrio. En cambio, yo era la rara. Por aquel entonces, mi obesidad y el acné, por no hablar de mi pelo color zanahoria, eran objeto de burla de toda la clase de primaria, lo que hizo mella en mí. Mi baja autoestima pronto sufriría una parada en boxes que no me permitiría evolucionar por mis muchos complejos. Me estancué, me sentía un bicho raro, maltratado por la sociedad. De hecho, me refugié en los míos y en los Harper solo para huir de mi desdicha, pues mi mundo se vio fragmentado con la

ausencia de papá. Su muerte fue el desencadenante de numerosos ataques de ansiedad que se repetían a lo largo de las semanas hasta que finalmente me diagnosticaron y empecé un tratamiento.

Eran tiempos difíciles para una adolescente acomplejada e infeliz como yo. A todos estos males se vino a sumar otra mala noticia que no tardaría en enturbiar más aún mi ánimo, llevándome a la locura: mi mejor amiga se iba a vivir a América. John Harper era ya un reputado periodista y había aceptado una generosa oferta de trabajo en un

programa de televisión neoyorkina. La noticia en sí causó estragos en mí. Recuerdo especialmente aquella mañana soleada, no muy lejos de Hyde Park, en la que Andrea y yo lloramos a moco tendido cuando me lo comunicó. En aquel instante comprendí que estaba abocada a la más infinita soledad por culpa de un destino cruel y tremendamente injusto.

Mi amiga del alma, mi hermana, mi pilar se marchaba a vivir a otro continente, y yo me veía tan sola sin



ella, que lo único que deseaba en aquel momento era morir.

La soledad no tardaría en convertirse en mi compañera durante muchos años, en los cuales el miedo al rechazo y la incertidumbre dominaron por completo mi angustiada existencia. Durante mi pubertad, me dediqué a esconder mi cuerpo gordo y fofo bajo prendas holgadas y viejas. En cuanto a mi larga melena, decidí cortármela para que no

volvieran a pegarme chicle en ella. Por otro lado, ver a mi hermano sumido en una repentina depresión no auguraba nada bueno, sino todo lo contrario. De modo que me vi en la extraña necesidad de escribirle una emotiva carta a la pobre tía Gertrude, quien enseguida asumió el control y se ocupó de nosotros dejando atrás su idílica vida en Brighton.

La hermana mayor de mi padre era una dama hermosa y sumamente elegante. En cuanto llegó, tiró de Scott y de mí con ese carácter tan particular de

los Taylor de Northumberland, mientras la hipócrita de mi madre nos enviaba postales desde América, donde vivía con un nuevo amante que no tardaría en abandonarla por una exótica bailarina de *striptease*. No hay que añadir que esto la destrozó, tanto, que actualmente malvive sola en una destartalada caravana cerca de Arizona, con dos gatos y una tortuga, y se dedica a la venta ambulante para poder subsistir, o eso rezaba la última carta que nos envió hace una década. Desde entonces no hemos vuelto a saber nada de ella. Y la

verdad, no me arrepiento de haber tomado la decisión de no contestar a aquella carta ni interesarnos por ella después, porque mi hermano y yo supimos sobreponernos a su ausencia desde el instante en que eligió fugarse con uno de sus amantes.

Es así de simple.

La llegada de tía Gertrude a nuestras vidas nos hizo creer que existían las segundas oportunidades. Nuestra casa dejó de ser fría y lóbrega, y se convirtió en un hogar cálido y agradable. Pese a su carácter tan particular, tía Gertrude

ayudó a Scott a superar su tristeza. De hecho, se las ideó para organizar una merienda en la que no faltaron nuestros vecinos y la hermosa Bianca, la hija mayor de los McAdams. Lo de Bianca y Scott fue amor a primera vista, todo un flechazo. Aunque poco después supe que Bianca siempre había estado enamorada de mi hermano, por eso, cuando Scott le propuso salir juntos, ella rompió a llorar de la emoción, y es que el amor todo lo cura. Bianca sacó definitivamente a mi hermano de aquel pozo negro en el que estaba sumergido. Scott reabrió el taller

de reparaciones, mientras yo albergaba la esperanza de poder reencontrarme algún día con mi amiga del alma, con la que no había perdido el contacto. Durante todo aquel tiempo, nos llamamos por teléfono o nos carteamos, para ponernos al día de cuanto acontecía en nuestras vidas, lo que me ayudaba a sobreponerme cada vez que me entraba el bajón por el motivo que fuera.

Mientras Andrea iba a una prestigiosa escuela privada en la Gran Manzana, yo acabé secundaria en la escuela pública del barrio. Recuerdo

aquellos años como una larga y horrible temporada en la que fui objeto de burlas y muchas veces llegaba a casa con la ropa hecha jirones y el cuerpo lleno de moratones. Sufría lo que hoy se conoce como *bullying*. Pero lo peor fue que cuando empecé el instituto las cosas no cambiaron; mis defectos seguían estando en el punto de mira de mis compañeros y yo volví a refugiarme en mi familia, mi tabla de salvación.

Durante años me odié a mí misma y a mi propio cuerpo, pues la ansiedad me empujó a engullir, lo que evidentemente

hizo que mi peso se duplicara de un modo alarmante. El espejo se convirtió en mi mayor enemigo y lo evitaba a toda costa, además, empecé a usar gafas para corregir mi creciente miopía.

La vida no podía tratarme peor ante una clase llena de adolescentes remilgadas y estúpidas. Ahora me río, pero antes no, desde luego. Por fortuna, mi amargada existencia cambió una vez que acabé el instituto y perdí de vista a mis compañeros de pupitre. Fue entonces cuando me liberé y opté por inscribirme en un curso a distancia de



administración. Mi única asignatura pendiente es no haber ido a la universidad. Me hubiera encantado estudiar medicina, pero me conformé con aceptar lo que el destino me tenía deparado.

Al año siguiente de obtener el título de administrativo, me apunté a otro curso de peluquería y estética, y ahí fue donde conocí al ser más entrañable y bueno que jamás haya visto: mi querido Linus Moore. Su vida se asemejaba bastante a la mía. Los dos hemos sufrido por culpa de nuestros parientes más

directos y por el rechazo de la sociedad. Él, con su padre, un rudo militar que consideraba que la homosexualidad era una enfermedad y pretendía curársela a su hijo con métodos realmente escalofriantes que no quiero mencionar. Por eso mi amigo tuvo que huir de su casa solariega en Wiltshire para instalarse en Londres, donde encontró trabajo como camarero en un bar, y por las tardes iba al curso conmigo. Tía Gertrude no dudó en acogerlo como a un miembro más de nuestra familia, al igual que Scott, y eso motivó que mi buen

amigo volviera a sonreír después de años sumido en la más tenebrosa oscuridad.

Si la vida de los Harper en la Gran Manzana se parecía a un cuento de hadas, la mía era más bien agotadora. Por aquel entonces tenía dos empleos, uno como *babysitter* los fines de semana y el otro como dependienta en una tienda de comestibles, que compaginaba con el curso de peluquería por las tardes. Y por si fuera poco, por las noches preparaba tartas con mi tía, para sacarnos unas cuantas libras. Yo era la

encargada de repartir los pedidos, y así fue como conocí a mi primer amor de juventud. Brandon Mullen, el chico más guapo y popular del barrio. El tío era un bombón comparado conmigo, y... ¡conseguí tener una cita con él! De hecho, me sorprendió que me invitara a salir. Emma Taylor, la fea y gorda repulsiva, había logrado atraer la atención del chico más guapo del barrio. Lo que me hizo sentir la muchacha más feliz del universo, o eso creía yo... Recuerdo que me compré un vestido ancho con un estampado de flores, me

alisé el pelo y esperé en la puerta de mi casa a que viniera a recogerme en su flamante deportivo. Fuimos al cine y tomamos una hamburguesa. Era yo quien más hablaba de los dos, y por lo visto le caí bien, pues no dudó en confesarme que había salido conmigo por una apuesta que había hecho con el cerdo de Jasper Byte. Un gilipollas de mucho cuidado, al que un día le di una patada en los huevos por grosero y maleducado. Evidentemente, aquello me cayó como un jarro de agua fría, y volví a sentirme

poca cosa y objeto de burla. Me dolió en el alma.

Pronto, la repostería se convirtió en mi vía de escape. Descargaba toda mi ira y frustración en elaborar deliciosas tartas que se vendían como churros. De hecho, cuando John Harper contrajo segundas nupcias con Linda Miller, una prestigiosa decoradora de interiores, viuda y madre de una encantadora muchacha llamada Paula, un año mayor que Andrea, nos encargó a nosotras la tarta nupcial.

Linda, Paula y Andrea conectaron desde el primer instante, y yo me alegré de que así fuera. Mi amiga se las ideó para que hablara por teléfono con su nueva familia, la cual no dudó en enviarme la invitación de boda. Incluso me pagaron el billete de avión en primera clase. Era algo emocionante y nuevo para mí. El vuelo duró más de cinco horas y fue la aventura más excitante de toda mi vida. Recuerdo que la noche anterior apenas concilié el sueño por culpa de los nervios. Mi tía, mi hermano y su esposa me

acompañaron al aeropuerto de Heathrow. Lloré como una magdalena cuando me despedí de ellos; soy así de sentimental y no me avergüenza reconocerlo.

Por aquel entonces tenía veinte años y un futuro incierto aún por explorar, pero estaba dispuesta a sacarle todo el jugo a pesar de mi baja autoestima y mis complejos de gorda repulsiva y temeraria. ¡Vaya que sí!

John Harper, Andrea, Linda y Paula me esperaban en el John Fitzgerald Kennedy Airport. El reencuentro fue



muy emotivo y todos lloramos de felicidad. La boda fue preciosa y muy divertida. En el banquete, los novios me pidieron que saliera a cantar *Love is in the air* de John Paul Young, y no lo dudé, aunque ¡qué vergüenza pasé! Pero lo hice muy bien; siempre he tenido buen oído musical y buena voz. De vez en cuando me gusta ver las fotos del magnífico convite. Linda estaba radiante. Las damas de honor, Paula y Andrea, estaban guapísimas, y yo... uf... sin comentarios.

Pasé toda una semana en Nueva York. No quería regresar a Londres porque me había enamorado perdidamente de la ciudad. Me impresionó ver la Estatua de la Libertad y me conmovió escuchar un concierto benéfico en pleno Central Park.

Meses más tarde, la familia Harper me tendió una mano y me animaron a volver, para emprender una nueva vida a su lado. Al principio me resistí, pues no quería dejar solos a los míos. Sin embargo, tía Gertrude y Scott comprendían que debía abandonar el

nido y empezar a volar. Linus, evidentemente, no se lo pensó dos veces. Quería probar suerte como escritor y acabó tomando el mismo avión que yo. Los Harper lo acogieron encantados, excepto Andrea, con la que no tardaría en chocar. Ambos se llevan como el perro y el gato. Y así fue como nuestras vidas se mezclaron con la de John Harper, que ejercía de padre, amigo y consejero tanto para Linus como para mí. Gracias a él y a su familia, mi estancia en la Gran Manzana fue genial. Escribía o llamaba por teléfono a los

míos casi a diario. Me puse a régimen y comencé a perder unos cuantos kilos de la mano de un *personal trainer*, que me estrujó hasta no poder más. Recuperé mi autoestima paulatinamente con la ayuda de los Harper y de Linus, quien, a día de hoy, se encuentra en Denver, de gira promocional con su undécimo libro de autoayuda, *Cómo ser feliz por méritos propios*. Lo he leído y es impresionante. Mi amigo es un gran observador y tiene una capacidad innata para ayudar al prójimo, y me siento muy orgullosa de él. Admito que le echo mucho de menos,

justo ahora que acaba de fallecer mi jefe, David Vladimir Crawford Ivanov, con el que me unía una estrecha y hermosa amistad.

Sí, mi difunto jefe tenía doble nacionalidad. Su abuelo materno era un magnate ruso de la comunicación. Hizo negocios por toda Europa, para luego mudarse a América donde expandió su imperio, que, tras su fallecimiento, pasaría a manos de su arrogante y engreído nieto Alexander Crawford Ivanov —apodado por una servidora y sus amigos como Lucifer, dado su

carácter diabólico—, y con el que no tardaría en tener mis primeras diferencias poco después de empezar a trabajar para la agencia. De eso hace ya unos cuantos años.

## 2

*S*i Nueva York me abrió las puertas de la independencia, el bueno de David V. Crawford me devolvió la vida, la ilusión y me brindó el éxito, mientras el cretino de Lucifer me trataba del peor modo posible. No solamente a mí, sino a

toda la plantilla de trabajadores. Aun así, y pese a ser el vicepresidente en funciones, me armé de valor para plantarle cara y ponerlo en su sitio, pues estaba harta de su comportamiento conmigo.

Pero antes de recordar aquel enfrentamiento, quiero remontarme a cuando respondí al anuncio de trabajo en la prestigiosa agencia de publicidad Crawford Agency Group, pocas semanas después de instalarme en el número 17 de Park Avenue con Andrea. Buscaban una secretaria cualificada y con



experiencia. Yo, evidentemente, no reunía ninguno de estos requisitos, pues solo contaba en mi haber con el título de auxiliar administrativa y poco más. Pero resolví coger el toro por los cuernos y me presenté a la entrevista de trabajo. Éramos más de cien candidatas luchando por un solo puesto. La cosa no podía ser más complicada, pero si algo me enseñó mi padre fue a no perder la sonrisa ni arrojar la toalla con facilidad, y eso fue exactamente lo que le dije a mi futuro jefe, con quien congenié desde el primer instante. Mi buen sentido del humor y mi

vitalidad le agradaron notoriamente, y conseguí el puesto de trabajo. Y es que soy de las que piensa que cuando algo está predestinado para ti, lo está; sin necesidad de nada más.

Recuerdo mi primer día en la agencia como un verdadero caos. No tenía ni idea de cómo había que cargar datos en una plantilla ni cómo hacer fotocopias por ambas caras, pero el bueno de David supo darme tiempo para instruirme. Y me puse las pilas mientras iba aprendiendo de los demás.

David Crawford era un hombre con mucha clase, sumamente educado a la par que tímido; no se relacionaba mucho con la gente porque era tartamudo. Nada que ver con el cretino de su hermano mayor, a quien todos temían aunque besaban el suelo que pisaba. De hecho, desde el primer instante supe que no congeniaríamos. Había algo en él que me disgustaba. No en vano, el apodo de Lucifer le quedaba que ni pintado, porque, para más inri, era el tío más antipático y arrogante que jamás hubiera visto; también el más guapo y pudiente

de cuantos conocía. Forma parte de la lista de los cien hombres más ricos e influyentes del mundo, según la revista *Forbes*. Algo que no debe extrañar a nadie, ya que tiene una mente privilegiada para hacer negocios.

Pero a mí siempre me ha caído fatal, y el sentimiento es mutuo. Mis diferencias con él comenzaron al poco tiempo de empezar a trabajar en la agencia. Todo se originó con un hiriente comentario suyo después de ordenarme que me fuera de una reunión con los de marketing. David quería que asistiera,

pero Alexander rehusó abiertamente alegando que qué cojones hacía una maldita gorda incompetente como yo en la presentación de un producto de adelgazamiento, algo que me sentó como dos patadas en los riñones. Y estallé como una posesa. Le llamé cabrón, arrogante, sibarita de mierda... ¡casi nada! Menos mal que David salió en mi defensa, de lo contrario habría acabado de patitas en la calle. La verdad es que no me arrepiento de lo que dije, estaba en todo mi derecho de defenderme, pues Lucifer fue quien me atacó primero.

Desde ese día, don Perfecto me tiene tirria, y me da igual que así sea. Precisamente, su arrogancia y prepotencia es lo que menos soporto de él, por no decir que está acostumbrado a que todo el mundo agache la cabeza cada vez que alza la voz. Yo, por descontado, nunca he estado por la labor, y eso que era la secretaria de su difunto hermano.

Siento muchísimo que David se haya ido para siempre, era un verdadero ángel, y prefería mil veces su compañía a la de Lucifer. Luchó duramente contra

una terrible enfermedad hasta el último día de su vida. Fue ayer, con mi mano entre las suyas, cuando dejó de respirar. Mis ojos se inundaron de lágrimas, todas las emociones acumuladas durante estos años salieron a la luz y no había dique que las parara. David Crawford murió víctima de un cáncer de pulmón. Su muerte supuso un gran golpe para aquellos que le conocíamos y admirábamos. En estos últimos meses no fui solo su secretaria, sino también su amiga y enfermera particular. Era quien le acompañaba a las revisiones médicas,

la que le daba apoyo después de una dura y larga sesión de quimioterapia, la que se quedaba a dormir en el hospital después de otra recaída...

Mi difunto jefe nunca quiso molestar a los suyos. Algo que me llamó poderosamente la atención, pero con el tiempo descubrí que le gustaba la soledad por su dificultad para hablar, aunque no entendía por qué lo consideraba un obstáculo, porque era un hombre realmente guapo, agradable y muy atento. No tenía ningún sentido que se aislara del mundo. Tampoco lo vi



nunca acompañado por ninguna mujer. Las malas lenguas apuntaban que era gay, pero él jamás se pronunció. Era igual de reservado que Lucifer; en eso, ambos se parecían muchísimo.

Anoche, tuve que armarme de valor y telefonar al susodicho para comunicarle el fallecimiento de su hermano. Creo que estaba más afectada yo que él, pues ni siquiera me dio las gracias, simplemente me colgó. No esperaba menos de él. Minutos después, me vi desbordada por un séquito de asesores y asistentes personales

surgidos de la nada, que entraron como una tromba de agua a la habitación del hospital donde mi jefe llevaba varios meses ingresado. Me hicieron un centenar de preguntas y yo colaboré en la medida de lo posible. Asumieron el control de todo, en especial dos clones rubias. La número uno era alta, esbelta y se hacía llamar Rachel Burrows, ella fue quien me indicó amablemente que esperara fuera de la habitación. Entretanto, la rubia oxigenada número dos, delgada y de mediana estatura, y que respondía al nombre de Helena

Steel, realizó una llamada con su móvil de última generación. Pude oír perfectamente cómo le daba órdenes explícitas al tipo de la funeraria. Ciertamente, la coordinación de los servicios funerarios de David V. Crawford estaba en su máximo apogeo mientras esta pobre tonta esperaba pacientemente en el largo pasillo del Hospital Cedars Sináí de Nueva York, concretamente en el área de Oncología.

A los pocos minutos apareció la estirada Natasha Crawford: conocida filántropa, hija de un magnate ruso,

hermana de una prestigiosa neurocirujana, viuda de Thomas Crawford, un afamado ingeniero de telecomunicaciones, y madre de mi difunto jefe, de Lucifer y de Olga. La señora Crawford iba acompañada por sus dos hijos. Menos mal que con ellos no venía el gilipollas de Mark Bomer, mano derecha de Lucifer y personaje detestable donde los haya, después de Sebastian Crowe. El tío es un mujeriego de mucho cuidado y un descarado; quiso dar el braguetazo casándose con Victoria Hammond, hija de Andrew

Hammond, de Industrias Hammond & Asociados, pero lo plantó casi en el altar. La muchacha es un bellezón de medidas perfectas y muy educada, y por lo que cuentan, lo pilló in fraganti con otra y acabó rompiendo el compromiso con el cretino de Bomer.

¡Menudo depravado!

En cuanto a Natasha Crawford, he de señalar que siempre me ha tenido ojeriza. Nunca he sabido el motivo, pero tampoco me importa. Anoche, sin ir más lejos, estaba mucho más arrogante y soberbia que de costumbre cuando pasó

delante de mí. Ella y Lucifer ni siquiera me saludaron. No esperaba menos de ellos. Fue Olga, la hermosa hermana de veintidós años de David, estudiante de Derecho, la única que se acercó a mí y también la que más afectada estaba de los tres. Mi difunto jefe le tenía un gran cariño, aunque nunca se lo demostró en vida, hasta tal punto llegaba su introversión. La chica se detuvo a conversar conmigo hasta que Lucifer empezó a meterle prisa. Algo muy propio y frecuente en él, pensé. Y a la pobre muchacha no le quedó más

remedio que aligerar el paso acatando la orden del muy gruñón.

Alexander Crawford, uno de los empresarios del momento, ha sido reelegido por tercera vez consecutiva el Hombre del Año a sus treinta y dos años. Su fortuna es incalculable, y su mal genio, irrefutable (David solía quejarse de ello). De hecho, cuando le vi entrar con el semblante serio a la habitación donde había estado el cuerpo sin vida de su hermano, me dieron ganas de salir corriendo tras él y abofetearlo, pero desistí de mi empeño. Mis

traicioneros ojos se habían inundado de lágrimas al recordar a David, así que me enjuagué el llanto con un Kleenex y suspiré mientras miraba distraídamente el cuerpo de Lucifer, una réplica exacta del *David* de Miguel Ángel. Una cosa no quita la otra: por más que no me agrade el tío, reconozco que tiene un físico envidiable. Es guapísimo. Llevaba barba de varias semanas y un exquisito traje negro de más de dos mil dólares, con una camisa negra sin corbata, y unas sofisticadas y oscuras Ray-Ban de esta temporada ocultaban sus almendrados



ojos verdes. Es un hombre por el que cualquier mujer perdería fácilmente la cabeza, sin duda alguna... a pesar de su frialdad.

Después de nuestro encontronazo, ninguno de los dos hicimos intento alguno de enterrar el hacha de guerra, más bien tratábamos de evitarnos al precio que fuera. Recuerdo que cada vez que llegaba a la agencia se producía un silencio sepulcral entre mis compañeros, que se escurrían como ratas. La gente le tenía verdadero pánico. Ni tan siquiera daba los buenos

días y cada vez que pasaba por delante de mi mesa me miraba con desprecio. David trató de mediar entre nosotros, pero fracasó. Es evidente que no nos soportamos. Con el paso de los años, resolví guardar las distancias, ya que debe de ser horrible trabajar para un témpano de hombre, exigente y mandón. Dicen que cambia de secretaria como de camisa. No me extraña, con el genio que tiene... Cuentan también que ha dejado su apartamento en Tribeca para adquirir un lujoso ático en la Quinta Avenida, en la Trump World Tower, para estar cerca

de la agencia y vigilar su funcionamiento ahora que David ya no está. Y ha tomado las riendas de un modo arrollador: todos mis compañeros han recibido la carta de despido, todos excepto yo, y lo cierto es que no sé si alegrarme o llorar. No negaré que me aterra trabajar con un tipo como él, pero los tiempos que corren no están para que una rechace un buen puesto de trabajo solo porque no soporta al jefe. No seas cobarde, me digo, y pienso en cómo compaginaré la presidencia de la agencia con el control de su multinacional en Vancouver

dedicada a la exportación de tecnología de alta gama para los países árabes. Qatar y Arabia Saudí son sus dos países de cabecera, con los que el año pasado se embolsó la friolera de cien millones de dólares.

Así es Lucifer. Frío como un témpano y el tipo más inteligente del mundo. Se dice que una mísera parte de su fortuna va destinada a programas de ayuda contra la drogadicción y a comedores sociales. Algo que le honra, por muy excéntrico que sea, pero el susodicho califica de esclavos a todos sus

empleados. De hecho, no me sorprendió que usara semejante término teniendo en cuenta que es un capullo de mucho cuidado. Menos mal que no tuve que coincidir con él mientras David estuvo ingresado en el hospital. Con quien sí lo hice fue con su madre, su hermana y su tía Anna Gilmore, que está casada con el capitán Robert Gilmore, del distrito policial de Manhattan sur. Los Gilmore tienen cinco hijos y dos nietos. Los otros miembros del clan solían telefonar a David muy a menudo, como Lucifer, que llamaba todas las noches. Recuerdo que

mientras ambos hermanos conversaban por teléfono, yo me acurrucaba en el sofá de la habitación y me ponía a leer una novela romántica hasta que me vencía el sueño. Qué curioso que ayer me viera sentada en un frío banco del hospital más sola que la una. Reconozco que me sentí doblemente idiota y estúpida, más aun cuando la rubia oxigenada número uno se acercó a mí para decirme:

—Si lo prefiere, puede retirarse a descansar, señorita Taylor.

Su repentina sonrisa dejaba entrever que era mejor que me largara. La miré confundida y ruborizada, y poco después la rubia oxigenada número dos se unió a nosotras. Fue entonces cuando decidí marcharme por voluntad propia. Mi dedicación a David V. Crawford había llegado a su fin y era una verdadera lástima que todo acabara de ese modo.

Tomé, como de costumbre, el metro y llegué sobre las once a casa. Tengo el permiso de conducir, pero soy incapaz de tocar un volante; le tengo un profundo miedo a la carretera y a los conductores

borrachos que siegan la vida de los demás.

Llegué al apartamento y lo primero que hice fue darle la mala noticia a Andrea, que enseguida comenzó a hacer un sin fin de llamadas. Muy propio de ella, pensé mientras me retiraba a mi cuarto. Me descalcé y me senté sobre la cama. Estaba abatida y necesitaba urgentemente despejarme, si no quería derrumbarme por completo. Encendí el portátil y me puse a ver el correo. No tenía ningún mensaje en la bandeja de entrada, solo un listado de publicidad de



una agencia de contactos en la que estuve inscrita años atrás y donde conocí a mis ex. ¡Menuda experiencia!, suerte que me di de baja.

Como no había nada interesante en el Outlook, me sacudí el muermazo con una ducha, me preparé la cena y me senté en el salón frente al televisor. Como era de prever, varios canales se hacían eco de la noticia del día. Mis ojos volvieron a inundarse de lágrimas al ver las fotos de David. ¡Se le veía tan joven y tan sano que nadie diría que por esa fecha ya le habían diagnosticado la enfermedad! De

repente me vi asaltada por los recuerdos y decidí apagar la tele. Retiré la bandeja a la cocina, me lavé los dientes, me puse el pijama y me metí directamente en la cama; solo entonces me di cuenta de que no les había preguntado a las clones rubias por el funeral de David. En ese momento, mi Sony Xperia J comenzó a sonar.

Era la señorita Lamber, excompañera de trabajo. Puse los ojos en blanco porque esas no eran horas de llamar, pero aun así la atendí cortésmente. Me soltó todo un discurso sobre su

repentino despido. La entendí y me compadecí plenamente de ella, a pesar de que era de las que se pasaba todo el santo día de palique durante las horas de trabajo. En fin, que en un momento de la conversación me soltó algo que me desestabilizó por completo, y me vi en la necesidad de excusarme y colgar. Dejé el Sony sobre la mesita de noche. Recé en silencio unas cuantas plegarias y me coloqué el antifaz para caer en brazos de Morfeo, pero no podía olvidar las palabra de la señorita Lamber: mi

futuro en la agencia tenía las horas contadas.

### 3

*D*e sobra es sabido que Alexander Crawford fue quien le regaló la agencia a su hermano David para su vigésimo sexto cumpleaños. Lucifer adquirió y restauró un impresionante inmueble no lejos de Columbus Circle, que convirtió

en la sede de una de las agencias publicitarias más rentables del país. Y es que la generosidad del susodicho siempre ha sido muy admirada y valorada por aquellos que se han beneficiado de ella. Si durante las navidades pasadas donó un millón de dólares a un comedor social, a principios de año duplicó la cantidad que fue a parar a un centro de acogida para menores. Este año se prevé que su donación recaiga en un centro de investigación en la lucha contra el cáncer..., algo que le honraría

humanamente. Ojalá dicha virtud me salpicara a mí también, pues nada me haría más feliz que conservar mi puesto de trabajo. De hecho, apenas he pegado ojo en toda la bendita noche pensando en las palabras de la señorita Lamber.

Sí, lo sé, estoy siendo pesada con el dichoso tema pero la situación económica de mi familia me empuja a preocuparme por mi empleo, dado que el taller de mi padre no acaba de funcionar y hay más pérdidas que ganancias. Independientemente de ello, reconozco que me fascina mi trabajo y,

después de la repostería, es lo que más me gusta hacer. Ojalá pueda seguir en Crawford Group Agency hasta el fin de mis días, pues allí he sido feliz a pesar de los pesares. Pero si Lucifer tiene previsto despedirme, apechugaré con lo que el destino me depare.

Andrea me despertó a las nueve y media de la mañana. La alarma de mi Sony no había sonado y estaba tan cansada que no me di cuenta de la hora. Cuando abrí los ojos casi me da un ataque: solo veía oscuridad y creí que me había quedado ciega. Y es que soy



tan despistada que se me había olvidado que llevaba puesto el dichoso antifaz para dormir. ¡Dios! ¡Menudo susto me pegué!

Andrea se estaba partiendo de risa, pero yo no le veía la gracia por ninguna parte. ¡Ya me las pagarás!, le dije mientras alargaba la mano para coger el teléfono que estaba sonando. Era Olga Crawford, lo que me extrañó muchísimo, pues nunca nos habíamos intercambiado los números de teléfono. Después, pensé que a lo mejor se lo había dado David antes de morir, o incluso el mismísimo

Lucifer, ya que le había telefonado la noche anterior. Sea quien fuere, opté por atenderla cortésmente bajo la atenta mirada de Andrea.

—Hola, señorita Crawford...

La muchacha siempre me ha caído bien, todo hay que decirlo. A veces, cuando salía de la universidad se acercaba a la agencia para saludar a su hermano y se ponía a charlar conmigo. Hablábamos de cosas banales, de moda, complementos... y es que Olga Crawford es una *fashion victim* en toda regla. Me gana en ese sentido. Luce las

mejores marcas, y los diseñadores se la disputan para que lleve una de sus creaciones en cualquier evento social, porque la chica es una auténtica monada. Es alta y morena como David, y además, muy simpática y agradable.

—Llámeme Olga, señorita Taylor.

—Emma, por favor.

—Antes de que se me olvide, quiero agradecerte en nombre de mi familia y en el mío que hayas cuidado de mi hermano David. Eres un sol, Emma...

—No se merecen, Olga —respondí ruborizada.

—...Te llamaba para... para avisarte de que el funeral tendrá lugar hoy, al mediodía, en la Iglesia de la Trinidad. Por si querías asistir...

Andrea me hace señas con la mano. La ignoro deliberadamente.

—Oh... sí... claro. Gracias.

—Un beso, Emma.

—Otro para ti, Olga.

Colgamos a la vez.

Andrea no para de hablarme, pero yo estoy en estado de *shock*. No me esperaba semejante llamada, aunque me

alegra que Olga se haya acordado de mí, y más en un día como hoy. No quiero pensar en cómo reaccionarán su madre o Lucifer cuando sepan que me ha telefoneado para invitarme al funeral. Igual la pobre chica sale mal parada por mi culpa; en cualquier caso, quiero asistir para darle el último adiós a mi amigo, a mi jefe y a mi mentor.

Andrea lleva un buen rato intentando someterme a un tercer grado. ¡Qué preguntona es! Resoplo y me dejo caer de espaldas sobre la almohada. Me he

quitado el condenado antifaz y lo he dejado sobre la mesita de noche.

—Olga me... ha invitado al funeral que tendrá lugar este mediodía en la Iglesia de la Trinidad —le digo, haciendo el enorme esfuerzo de levantarme de la cama para que no se nos haga tarde.

Tengo el cuerpo entumecido. Me estiro un poco y oigo como me crujen los huesos. Camino arrastrando los pies, pues aun tengo sueño. Evidentemente, Andrea me pisa literalmente los talones.

Quando se lo propone, es una mosca cojonera pesadísima.

—Pero... ¿cómo ha conseguido tu número de teléfono? —quiere saber toda intrigada.

Le explico de quién lo ha podido obtener. Frunce el ceño y pone mala cara, pues mi amiga detesta a Lucifer tanto o más que yo.

—Y... ¿ese cerdo ha permitido que su hermana te telefonee sin su consentimiento? —pestañea atónita.

Andrea está tan sorprendida como yo, porque sabe que Lucifer adora tenerlo

todo bajo control, hasta el punto de que ha puesto escolta a toda su familia.

—Eso parece —le respondo, mientras cruzo el pasillo en dirección al salón comedor.

—¡Qué raro! ¿No crees?

Me encojo de hombros. Llegamos al salón. Enciendo el televisor de plasma, mientras Andrea va a la cocina. Imagino que para preparar el desayuno.

Al parecer, todos los canales de televisión tienen previsto retransmitir el funeral por el alma de David V. Crawford. Además de pertenecer a una



familia muy pudiente y respetada, David se había convertido en un gurú de la publicidad; sus campañas habían cosechado premios internacionales; entre los clientes de la agencia estaban las mejores marcas internacionales de todos los sectores, y había trabajado con las modelos más famosas del momento. Así que su funeral iba a ser todo un evento en el que se darían cita personajes ilustres y famosos. La familia había emitido ya un comunicado agradeciendo las muestras de cariño, y en el que anunciaba que Crawford

Agency Group había decretado una semana de luto por su difunto presidente. Me va a venir genial para descansar y olvidarme de que tengo un pie en la calle, me digo, porque solo recordarlo hace que sienta náuseas, y me repito lo que solía decirme mi padre: Dios aprieta pero no ahoga.

Finalmente, opto por apagar la tele e ir al baño. Andrea no tarda en plantarse delante de la puerta, justo cuando me estoy subiendo las bragas de algodón de talle alto y el pantalón del pijama. Me lavo las manos y me las seco con la

toalla, mientras pongo los ojos en blanco. ¿Qué querrá ahora? ¡Ni hacer pis puede hacer una!, pienso molesta. ¡Qué barbaridad!

—Raro o no, me da igual —le digo, como si leyera su pensamiento.

Andrea entorna los ojos.

—Me preocupa que Lucifer regañe a su hermana solo por haber telefoneado... ¡menuda se puede liar! —me dice silbando.

—Ya lo sé —le respondo—, pero es algo que no está a mi alcance evitar.

Mi amiga ha puesto los brazos en

jarras.

—¡Maldito cabrón engreído! — exclama de repente—. Tiene a todo el mundo atemorizado, incluida a su familia.

Me encojo de hombros en una muestra de desinterés. Siento ser egoísta, pero no hago nada más que pensar en mi futuro en la agencia, en vez de apenarme por la que le va a caer a la pobre Olga cuando Lucifer se entere.

—Aunque... puestos a elucubrar — continúa Andrea—. ¿Has pensado en

cómo te tratará Lucifer cuando empieces a trabajar para él?

—No es seguro que siga en la agencia; todos mis compañeros han recibido la carta de despido —respondo con un suspiro paciente.

—Sí, pero tú no la has recibido aún, ¿no? —me dice con el ceño fruncido.

—No.

—¡Pues ya está! Eres la única a la que no ha despedido, solo para hacerte la puñeta.

—¡Quién sabe! —le digo haciéndome la fuerte.

Pero de fuerte nada, Lucifer puede ser un tipo muy cabrón cuando se lo propone, y no quiero ni pensar que, si no me ha despedido, es para fastidiarme, porque si es así, no dudaré en presentar mi renuncia.

Salgo del baño y Andrea vuela a seguirme. ¡Otra vez! ¡Uff...!

—¿No has pensado en renunciar, llegado el caso? —pregunta.

—Sabes que me encanta mi trabajo.

—Lo sé, y no hace falta que te repita que siempre tendrás un hueco en la redacción de la revista.

Le doy las gracias y un abrazo.

—No me las des, tonta.... —  
responde mientras nos reímos, y añade  
—. Bien, son las diez en punto. Dúchate  
mientras preparo el desayuno. Luego  
telefonaré a Edward para que venga a  
recogernos. Iré contigo.

¡Qué remedio! Ya está la  
marimandona de Andrea Harper  
organizando. (Pongo los ojos en blanco  
y frunzo el ceño). Le acaba de dar el  
brote psicótico. Genial.

—Lo hago por ti, para que no vayas  
sola. De hecho, haré el enorme esfuerzo

de darle el pésame a Lucifer —añade riendo, mientras se dirige a la cocina.

Definitivamente, Andrea Harper está como una cabra.

Edward Preston es el fotógrafo oficial de la revista de Andrea. Es un tipo majísimo y muy guapo. Alto, fuerte, rubio y de ojos claros. Un metrosexual en toda regla. Lástima que solo tenga ojos para Andrea, y me alegro por ello. Ojalá conociera a un hombre así: cariñoso, divertido y muy educado. Él y Andrea se conocen desde hace tiempo, pero se enrollaron el año pasado durante



la fiesta de *Vanity Fair*. Andy me contó que fue el mejor polvo de su vida. A mí me da que ambos quedaron marcados por aquel momento de pasión, porque se suelen echar cada miradita, aunque digan que solo son buenos amigos...

La mañana se nos pasa volando. Entre desayunar, charlar, depilarme las cejas, hacerme los bigotes, utilizar la Braun silk-Epil y ducharme ya son cerca de las once y media.

Edward llega a la hora prevista. Va muy elegante, con un impecable traje negro y camisa blanca. Está hecho un

Adonis. Le abro la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y he de ponerme de puntillas para poder darle un beso en la mejilla porque es altísimo. Mide cerca de un metro noventa. Es todo músculo y cara bonita y... ¡huele tan bien!

¡Guau! ¿Quién pillara a un tipo así?, dice mi lado más salvaje, mientras se abanica nervioso.

Me echo a un lado para que el maromo entre, y sin quererlo me fijo en su espalda ancha y fuerte, así como en su culo redondo y prieto. Suspiro

entrecortadamente. Está como un queso, pienso acalorada. ¡Quién pudiera comérselo!

—¿Y la jefa? —me pregunta, ligeramente ruborizado.

Definitivamente está pillado por Andie, me digo. No sé por qué no tienen algo serio porque... ¿qué hombre no se siente atraído por mi amiga? ¡Si es un cañón de tía! Es alta, esbelta, de cabello castaño, y además es la editora jefe de una conocida revista social. ¿Qué más puede pedir?

—Está en el cuarto, maquillándose. Si quieres puedes sentarte —sonríe mostrando unos dientes blancos y perfectos—. He hecho un poco de té, ¿te apetece una taza?

—No, gracias, aunque me vendría bien una cerveza sin alcohol —se adelanta a decir, mientras toma asiento en uno de los sofás del salón decorado por la propia Linda.

Trato de disimular, pero no puedo evitar mirarle de los pies a la cabeza. Mierda, me acaba de pillar in fraganti. Carraspeo y hago mutis por el foro.

Abro la nevera y sirvo la cerveza en una bandeja pequeña con un vaso de colores. Me tomo mi taza de té casi de un solo trago. Menos mal que está templado.

—Gracias.

Vuelvo a sonreír como una lela y me da por esfumarme, pero esta vez a mi cuarto. Cojo el bolso de Chanel que Andrea me regaló el año pasado. Llevo un Donna Karan negro comprado en rebajas, con las bailarinas negras y me he recogido el pelo en una cola de caballo. Cuando salgo de la habitación,

veo que la parejita conversa animadamente en el salón. No les quiero interrumpir, por eso me pongo a revisar los enchufes y cerrar las ventanas. Sí, lo sé, soy una maníaca en ese sentido, Andie me dice que ella y Edward me esperan en la calle. Cierro la puerta, echo la llave y tomo el ascensor porque vivimos en un quinto.

Edward se ha traído el Audi A5 negro que su padre le regaló cuando cumplió los treinta. Los Preston son una acaudalada familia de ganaderos y empresarios, pero Edward nunca se ha

jactado de ello, más bien es un tipo de lo más humilde.

Andie ocupa el asiento del acompañante. Ha encendido la radio y suena un tema de One Direction, *What you makes you beautiful...* Me pongo a tararearla mientras me ajusto el cinturón de seguridad y nos ponemos en marcha. A esas horas de la mañana, el tráfico suele ser bastante denso, y Eddy tiene que tomar un atajo si queremos llegar a tiempo al funeral. Me concentro en la música que ameniza nuestro trayecto. Es amigable, suave y pegadiza. Lo que al

menos hace que me olvide de mi  
inminente encuentro con el clan  
Crawford. Especialmente con Lucifer.



## 4

*L*legamos a nuestro destino a la hora prevista. La policía ha cortado el acceso a la iglesia, por lo que Andrea y yo tenemos que apearnos dos manzanas antes. Me paro en una floristería para comprar un ramo de flores. Edward

tiene que ir a otro p arking porque el que usamos habitualmente est  lleno. Mi amiga y yo nos abrimos paso entre la creciente multitud que se agolpa en el perímetro de seguridad. Hay muchas unidades móviles concentradas a pie de calle cubriendo la noticia del año, pues el funeral por el alma de David V. Crawford ha congregado numerosos rostros famosos. Hay flores por toda la escalinata de la iglesia. Dentro, los lirios blancos adornan el santo lugar. Al fondo está el féretro de mi difunto jefe con una foto suya enmarcada en grande.

Casi se me saltan las lágrimas, pero me contengo. A su alrededor hay cientos de flores y una preciosa corona que reza «Tu familia nunca te olvidará». No dudo en acercarme para depositar mi ramo de flores, me santiguo mientras rezo unas plegarias a una distancia prudencial del féretro.

Cuando me giro, veo que Andrea va a su aire y se ha parado a charlar con varias *celebrities*; es de las que piensa que el trabajo es lo principal, después de la comida y el sexo. Habría sido una excelente relaciones públicas si no se

hubiera dedicado a la prensa rosa. Tiene carisma y sabe engatusar fácilmente a los demás. Es lo que tiene el haber nacido guapa, inteligente y sexy... De hecho, acaba de concertar dos entrevistas con uno de los actores del momento y otra con una de las modelos de Victoria Secret's. Flipo en colores, ¡menuda es!

—Ya tengo otro titular para el próximo jueves —dice toda satisfecha y orgullosa. Pongo los ojos en blanco—. Ven, sentémonos en ese banco.

La sigo como una autómatas y justo cuando vamos a tomar asiento, un tipo afroamericano nos detiene. Andrea le mira sorprendida, yo, en cambio, trago saliva pues... ¡le conozco! Es el señor Freeman, jefe de seguridad de Lucifer. El tío es un armario. Va rapado al dos, es sumamente alto y muy corpulento, y podría derribar a quien fuera de un solo manotazo. Debe rondar los cuarenta años.

—Buenos días, señorita Taylor —me saluda cortésmente.

—Señor Freeman —le devuelvo el saludo.

—Disculpen pero... ¿podrían mostrarme su invitación para el funeral por el alma del difunto señor Crawford?

¿Quééé?

—¿Invitación? —titubeo, roja como un tomate.

—¡Nadie nos ha hablado de ella! — exclama una Andrea de lo más indignada.

Aquí se va a liar una que para qué, me digo, por eso le doy un ligero codazo para que se calle, mientras miro a mi

alrededor intentando localizar a Olga. Es la única que nos puede sacar del atolladero y... mierda... ¡ahí está él, es decir, Lucifer vestido de riguroso luto! Está de pie en compañía de todo el clan Crawford Ivanov y, cómo no, de Sebastian Crowe, quien conversa con el gilipollas de Mark Bomer, ambos vestidos de negro. A mí casi me da algo, pues no puedo evitar sentirme incómoda al encontrarme de lleno con esos cálidos ojos verdes mirándome fijamente, mientras recibe las condolencias de unos cantantes de rock. Siempre se ha

dicho que Lucifer es la réplica de su difunto padre. Aunque no llegué a conocerlo, David me enseñó fotos y sí, padre e hijo se parecen muchísimo.

¡Mierda!

Bomer acaba de verme y no tiene ningún reparo en saludarme agitando la mano; Sebastian Crowe me dedica una leve inclinación de cabeza. No me queda más remedio que devolverles el saludo y alzo la mano con una sonrisa. Crowe siempre me ha caído bien, sin embargo, el cretino de Bommer no. Hay algo en él que no me gusta. De repente,



mis deseos de regresar a casa se intensifican inexplicablemente, pero mi amiga tiene otros planes. Acaba de enzarzarse en una discusión con el señor Freeman. Es absurdo, porque el hombre solo está haciendo su trabajo, y trato de calmarla, pero es un intento vano. Andrea es muy peleona cuando se lo propone, a la vista está.

—En ese caso les rogaría que abandonaran el recinto sagrado, señoras.

Veo cómo el señor Freeman llama a un tal Brian, otro armario de piel blanca y ojos claros, que se planta ante

nosotras. La gente nos mira con expectación. ¡Qué vergüenza!

—Señor Brian, acompañe a las damas a la salida.

—¡Emma! ¡Has venido! —exclama Olga saliendo de la nada.

¡Gracias a Dios!, pienso aliviadísima. El señor Freeman y el señor Brian acaban de desaparecer de nuestra vista después de que Olga les haya hecho una señal como que todo está bien. Menos mal. Solo espero que a Lucifer no le dé el brote psicótico y los envíe para que nos saquen a patadas.

La gente ha dejado de mirarnos, lo cual me agrada notablemente.

—Sí —respondo recuperándome del momento, mientras hago las oportunas presentaciones.

—Encantada, señorita Crawford —dice Andrea.

—Olga, por favor.

—Andrea.

—Siento mucho no haberte comentado nada sobre la invitación, Emma, se me pasó por completo; te ruego que me perdones. Ya sabes lo

estricto que es Alexander con el tema de la seguridad.

Le digo que no tiene importancia y asiento. Olga va ataviada con un sencillo vestido negro y unos tacones de infarto. Lleva el pelo recogido en un moño alto. Parece incluso hasta mayor.

—Me alegra que estéis aquí —nos dice.

Andrea y yo le damos las gracias.

—Bueno, vamos a dar el pésame a la familia —me sugiere Andrea percatándose de la tardanza de Edward.

—Igual no ha encontrado

aparcamiento —le susurro.

Andie resopla mientras mira en dirección a la puerta de entrada.

—Igual el segurata de Lucifer no lo ha dejado entrar —aventura preocupada.

—No creo...

Ahora la preocupada soy yo, mierda.

—Seguidme, por favor —dice Olga de repente.

La seguimos sin rechistar, mientras pienso en el pobre Edward y, de paso, me concienso de mi inminente encuentro con Lucifer, y como no me

hace ninguna gracia, respiro y cuento hasta diez.

Una larga cola de gente espera para mostrar sus condolencias, pero Olga prefiere saltarse el protocolo y nos lleva ante toda su familia. Nos miran sorprendidos y murmuran ante semejante descaro, mientras a mí me come la vergüenza.

Conforme Olga nos va presentando a su extensa familia rusa y americana, mi amiga y yo les damos el pésame. No puedo evitar perderme con tanto nombre y parentesco. Al final, le llega el turno a

la bruja de Natasha Crawford. Ronda los cincuenta años, de mediana estatura, esbelta, de cabello castaño oscuro, tez blanca y un rostro que es la viva estampa de la eterna juventud. Veo cómo la mujer mira a su hija con gran desaprobación por lo que acaba de hacer. Olga se limita a esbozar una leve sonrisa y nos presenta. La señora Crawford lleva un elegantísimo vestido negro de Givenchy y un larguísimo collar de perlas blancas de Tiffany. Parece más cercana que de costumbre, pues nos saluda amablemente. Raro en

ella, porque siempre me ha negado el saludo, pero me alegra que haya fingido cierta cortesía, pienso mientras me vuelvo a encontrar de pleno, otra vez, con esos ojos verdes como la albahaca.

Bomer acaba de plantarse ante mí sin tan siquiera darme tiempo a reaccionar. Parpadeo cuando le veo que me abraza repentinamente y me estampa dos besos en las mejillas. Frunzo el ceño molesta. No me ha gustado nada lo que acaba de hacer. Me dice que se alegra de verme y que estoy muy guapa. Le doy las gracias, bajo la atenta pero fría mirada de



Lucifer. Bomer me sonríe pícaramente y mira a Lucifer. Carraspea y desaparece sin más. Siempre ha sido un besuc n de mierda con las chicas de la agencia, pero conmigo ha sabido mantener las distancias. Me sorprende que se haya excedido hoy y no entiendo el porqué. Espero que no vuelva a tomarse semejante libertad la próxima vez que lo tenga enfrente, porque entonces sí que íbamos a tener un serio problema, me digo notando cómo me arden las mejillas porque me intimida la elegante presencia de Lucifer. De modo que trato

de respirar hondo, mientras intercambio unas breves palabras con el señor y la señora Crowe. María Crowe es mexicana y diseñadora de joyas para una prestigiosa firma. Tiene la tez morena, y los ojos grandes y expresivos. Ella y Sebastian tienen dos hijas, Leila y Guadalupe, de siete y nueve años, respectivamente. Forman una de las parejas más estables de todo el panorama social, y siempre han sido muy correctos conmigo, lo cual es de agradecer. Y... ¡mierda!... ahí está Lucifer, observándome más frío que un

témpano. Andrea acaba de darle el pésame y él ni la ha mirado. Tampoco es que Andrea parezca afectada por el gesto, porque ha seguido de largo, conversando con Olga.

¡Mierda!

Mi turno, y... ¿qué se supone que debo hacer en ese preciso instante? ¿Sonreír? ¿Poner cara seria? ¡No! ¿Entonces? ¿Qué debo decirle a uno de los hombres más ricos e influyentes del mundo, y con el que me llevo fatal? ¿Qué? Evidentemente, dejo a un lado mis diferencias con él y me muestro tal y

como soy realmente: una mujer educada.  
¡Qué menos!, dadas las circunstancias.

Mi lado más salvaje mira atontado a Lucifer y sufre un desmayo. Que alguien avise al 911, grita mi conciencia.

—Le acompaño en el sentimiento, señor —le digo dudando si tenderle o no la mano, que la noto fría, pues lleva las suyas metidas en su ajustado pantalón de pinzas negro.

Se ha afeitado la barba. Menos mal, porque me recordaba a Tom Hanks en *Náufrago*. Eso sí, aunque huele a jabón, ropa cara y perfumada, no deja de ser un

engreído y un antipático de mierda. Seguro que rechaza mi mano si se la tiendo, me digo.

—Señorita Taylor —dice en tono seco, bajando la mirada hacia mi pronunciado escote en forma de uve.

¡Menudo depravado! Mientras me ajusto el escote, el muy impulsivo va y me tiende la mano, para mi sorpresa y aturdimiento. ¡Caray! Noto el roce de sus cálidos dedos largos y gruesos que atrapan sutilmente los míos. Es la primera vez que lo hace y es como si de repente me quedara sin aire, sin aliento.

Ahora, la que está en *shock* soy yo. ¡Qué hombre! Y noto cómo una electrizante oleada de calor me recorre todo el cuerpo. ¡Ay, Dios mío! Me suelto como si su mano ardiera. Me mira, y mira, y requetemira. ¿Qué hace? ¿Qué pretende con tanto descaro?

Mi lado más salvaje ha abierto los ojos y se ha vuelto a desmayar ante la profundidad e intensidad de esa mirada verde y cristalina que quita el sentido.

—Freeman la recogerá a la salida —  
me dice, mientras me quedo  
boquiabierta ante su cercanía, sin lograr

entender nada—. Necesito que envíe unos faxes urgentes a Vancouver —me aclara, serio.

¡Hurra, mantengo mi trabajo! ¡No estoy despedida!, pienso en medio de la alegría y emoción, pero me contengo porque, ¿acaso no va a respetar la semana de luto? A este le importa más su imperio que nada en el mundo, pienso.

—Sí, señor —me oigo decir.

Lucifer lleva el pelo de color negro azabache muy corto, que realza su mandíbula estrecha pero marcada,

acorde con las facciones duras de su rostro, destacando el hoyuelo de la barbilla. Es un hombre muy guapo, alto, de complexión fuerte y atlética, aunque no deja de ser un sibarita estirado con muy mal genio, me repito pestañeando confusa, desorientada y ruborizada ante esa electrizante descarga; no entiendo por qué me sigue mirando como si nada. Mi lado salvaje no tarda en despertar completamente mareado, mientras mi corazón late estrepitosamente. Me aterra cuando lo siento así.



—Está obstaculizando la fila, señorita Taylor —dice con voz firme y autoritaria.

¡Oh, mierda! No me había dado cuenta. No sé qué narices me pasa. Estoy como atontada y fuera de lugar, menos mal que Andrea anda entretenida charlando con Olga, de lo contrario me habría hecho el interrogatorio completo. En cuanto puedo me uno a ellas. De Edward no hay ni rastro. Definitivamente, no le han permitido la entrada, lo cual me apena, y más aún a Andrea, que me acaba de decir que nos

está esperando fuera. ¡Vaya por Dios! Olga se acaba de acercar a mí. Me agarra sutilmente del codo y comenzamos a caminar juntas en dirección a nuestro asiento.

—Mi hermano es un hombre realmente guapo, ¿no crees? —dice con una sonrisilla.

Frunzo el ceño, pues no tengo ni idea de a qué viene el repentino comentario. De todas maneras, si es guapo o feo a mí me importa un bledo, me digo.

—Olga... —titubeo.

La chica sonríe ante mi creciente rubor. No tengo ni idea de a dónde quiere ir a parar, pero no me voy a dejar enredar fácilmente por Olga Crawford, la hermana pequeña y mimada de Lucifer.

—Fue él quien me proporcionó tu número de teléfono.

—Lo s  —le respondo recuperándome de mi extraño encuentro con don Mandón.

No me ha hecho ninguna gracia sentir esa electrizante descarga. Detesto a este t o. No me cae nada bien. Aunque mi

subconsciente me traiciona y sigue fantaseando con el tipo, pero logro pararle los pies. Pongo los ojos en blanco y trato de no mirar hacia donde está, pero siempre acabo haciendo lo contrario a lo que debo y... ¡mierda! Ahí está otra vez, observándome con esa mirada felina, más serio que de costumbre, mientras el gilipollas de Bomer le susurra algo al oído. El mujeriego sonrío. ¿Dónde está la gracia? ¿Qué le está diciendo para que ambos no aparten la mirada de mí? Acabo por mirar a otra parte. No me gusta nada esta

situación, todo es bastante extraño. Andrea sigue dándole a la sin hueso con una conocida actriz de cine. ¡Lo que le gusta hablar! ¡Es peor que yo cuando se lo propone! Pero por otro lado me viene bien que esté entretenida, así no me abordará con preguntas.

—Casi me atrevo a decir que le gustas, porque no para de mirarte —murmura Olga para más inri.

Oírle decir eso hace que mi corazón dé un ligero vuelco, pero sigo en mis trece: se trata de un simple juego ideado por Olga. Porque ni yo le gusto a

Lucifer, ni él a mí; esa es la única verdad, y no entiendo cómo su hermana puede salirme con algo así. No sé qué pretende con todo este oscuro juego. ¿Acaso Lucifer la ha enviado para que trate de confundirme? Si es así, no va a lograrlo, me digo desviando la mirada, y ahí está, otra vez, mirándome como si no tuviera nada mejor que hacer, mientras la fila para dar el pésame va acortándose. ¡Esto es de locos!

No entres en el juego de una niña mimada, me advierte mi voz interior.

No, no lo haré. Lo mejor será que trate de relajarme, que si no, soy capaz de mandarlo todo al cuerno, incluido el trabajo. Me contengo. Y opto por ignorar el comentario de Olga con respecto a Lucifer. Es lo mejor. No soy una cría, ni mucho menos una tonta. Y aunque se supone que me importa un rábano Alexander Crawford, lo cierto es que no puedo controlar esta alteración y aquí estoy, ¡cabreada por su culpa!

—Fue él quien insistió en que te avisara esta mañana...

¿Quéee?

—... porque anoche —continúa —, sus dos clones se olvidaron de comentarte lo del funeral de David.

¿Clones? ¡Vaya con Olga! ¿Y por qué se está riendo mientras mira a su hermano y luego a mí? ¿Qué se trae entre manos?

—Anoche le ordenó a Freeman que te llevara a casa, pero Steel le dijo que ya te habías marchado. Se puso hecho una furia y acabó echándole la bronca.

Pobrecilla, me digo. No quiero ni pensar en la cara que se le pondría a la



bruja de Natasha al ver a su hijo tan alterado por mi culpa.

—Y no contento con eso, hizo que rastrearan tu móvil. Al parecer llegaste a casa sobre las once de la noche.

Me quedo muerta. ¿Rastrear mi qué? ¿Quién diablos le ha dado permiso para hacerlo?

—Alexander siempre ha sido un maníaco de la seguridad y le fascina tener el control de todo, así que no se lo tengas en cuenta —añade, rompiendo una lanza en favor del cretino de su hermano.

¿Cómo que no se lo tenga en cuenta?  
¡Se trata de mi móvil, no del suyo!  
¡Nadie le ha dado permiso para que  
haga semejante cosa! ¿Qué pretendía con  
el jodido rastreo de mierda?  
¿Asustarme? ¿Acosarme? ¿Acaso Bomer  
y él se traen algo entre manos? Bien es  
cierto que estoy al tanto de las  
excentricidades y normas de Lucifer,  
pero esta sin duda se lleva la palma.  
Estoy indignada. Y todos mis lados, el  
salvaje, el serio y mi conciencia corren  
en tropel para esconderse allá donde  
Lucifer no pueda rastrearlos. Me acaban

de dejar con el culo al aire. Mierda. Estoy aterrada. Nunca antes me había pasado nada igual. No me gusta que me controlen. ¿Cuánto hace que me vigila? En ese preciso instante, la rubia oxigenada número dos, con un micrófono en la mano, procede a anunciar el inicio de la misa. Olga acaba de despedirse de mí con un par de besos en las mejillas. He hecho lo propio con ella. Después de un rato en *shock*, vuelvo a la realidad; no puedo dar crédito a lo que Olga me acaba de contar. De repente me siento observada

y controlada por Lucifer, y no entiendo el motivo. Pero ¿por qué me hace esto? Me da el arretrato y miro hacia donde estaba antes; ya no hay rastro de él, pero sí de la rubia de bote número uno, que se planta ante mí como por arte magia. Doy un respingo; se disculpa por haberme asustado, y le digo que no ha sido nada. Me sonrío con cordialidad.

—La familia Crawford Ivanov se complace en invitarla a compartir asiento con ellos, señorita Taylor.

Andrea me mira extrañada. Toso con refinamiento y me hago la interesante,

porque... ¿quién de los Crawford Ivanov me ha invitado? ¿La madre? ¿La hija? ¿O el maldito sibarita controlador?

—Dícales a la familia Crawford Ivanov que agradezco profundamente la invitación, pero no quiero ser una molestia. Gracias, señorita Burrows.

Asiente mientras se aleja.

¡No me pongo al lado de ese depravado ni harta de vino!

—¿Por qué le has dicho eso? —me regaña Andrea—. Era la oportunidad perfecta para que vivieras de cerca el funeral. No sé si sabrás que muy pocas

personas tienen el privilegio de acercarse a esa familia.

—Lo sé, y me da igual —le espeto con terquedad.

Andrea suspira y se muerde la lengua para no discutir.

El reverendo Gelman comienza a officiar la misa por el alma de David. Todo está en completo silencio. Coloco mis manos sobre el regazo y escucho el oficio religioso, que es en ruso. Entiendo el idioma porque mi difunto jefe me lo enseñó a lo largo de estos años. Y yo le he enseñado unas cuantas

palabras a Linus porque le fascina aprender otras lenguas.

¡Ah, vale!, ahora la misa es en inglés. Perfecto. Mientras escucho atentamente, evitando dejarme llevar por la emoción, noto cómo vibra mi Sony en el bolso. Rebusco dentro y lo cojo. ¿Quién demonios será? Menos mal que está en silencio. ¡Mierda! ¡Tengo un correo de Lucifer! ¿Quéee? De repente me pongo a recordar las palabras de su hermana Olga. Me tiemblan las manos porque, en todos estos años, jamás me ha dado los buenos días y mucho menos me ha

escrito un mensaje. ¿Qué es lo que quiere de mí? Leo el dichoso correo con el corazón golpeando mis frágiles costillas.

**De:** Alexander Crawford

**Fecha:** 5 de abril de 2013 12:30

**Para:** Emma Marie Taylor

**Asunto:** Molestia ninguna

Señorita Taylor:

A mi hermano le hubiera encantado que compartiera asiento con nosotros, pero veo que rehúsa hacerlo por



algún motivo, y no puedo evitar preguntarme cuál es.

¡Usted es la razón, pedazo de capullo engreído!

Alexander Crawford

Presidente de Crawford Agency  
Group

Presidente de Crawford  
Corporations & Holding TLC

Seguro que detrás de todo esto está el gilipollas de Bomer. Alzo la vista y lo

veo sentado dos filas por detrás de Lucifer, al lado de una hermosa joven con la que comparte risas. Imagino que es otra de sus conquistas. Joder.

**De:** EMMA TAYLOR

**Fecha:** 5 DE ABRIL DE 2013.

12:35

**Para:** ALEXANDER  
CRAWFORD

**Asunto:** NO HAY MOTIVOS

SEÑOR CRAWFORD:

AGRADEZCO UNA VEZ MÁS  
LA INVITACIÓN, PERO

ENTIENDA QUE ES UN  
MOMENTO MUY DELICADO E  
ÍNTIMO PARA TODA SU FAMILIA.

EMMATAYLOR

SECRETARIA DE CRAWFORD  
AGENCY GROUP

Releo lo escrito y siento deseos de manifestar mi enojo solo por haberse atrevido a rastrear mi Sony, pero rehusó porque iba a poner en un aprieto a la pobre Olga, así que le doy a la tecla de envío y decido olvidar el incidente por el bien de todos. Resoplo y guardo el

móvil en el bolso. Solo deseo escuchar la misa y que me deje en paz, pero parece que no va a ser así, pues el Sony no tarda en volver a vibrar. Pongo los ojos en blanco y respiro hondo para relajarme. ¿Qué narices quiere ahora? ¿Acaso no tiene suficiente con el rastreo de móviles? ¿Tan aburrido está que tiene que darme la mañana?

**De:** Alexander Crawford

**Fecha:** 5 de abril de 2013 12:37

**Para:** Emma Marie Taylor

Y dale con lo de Marie...

**Asunto:** Mayúsculas estridentes

Señorita Taylor:

No hace falta que las utilice, veo perfectamente.

No me agradezca nada.

Mi hermano la admiraba, por eso la protegía tanto.

¡Sinvergüenza!

Sigo creyendo que soy yo el motivo por el que ha rehusado

compartir asiento con mi familia.  
¿Acaso sigue aferrada a nuestra  
disputa del pasado?

¡Menudo arrogante y descarado!

Alexander Crawford

Presidente de Crawford Agency  
Group

Presidente de Crawford  
Corporations & Holding TLC

PD: Elija dónde quiere que  
almorcemos.

Un momento, porque mis manos son incapaces de sostener el Sony. ¿He leído bien? ¿Almorzar? ¿Juntos? ¿De qué va este tío?

Guau, grita mi lado más salvaje y vicioso.

Lo ignoro deliberadamente mientras guardo el móvil. Pero, ¡mierda! Debo contestar el condenado correo, porque es capaz de interrumpir la misa o incluso enviarme a una de sus clones rubias. ¡Vaya que sí!

**De:** Emma Taylor

**Fecha:** 5 de abril de 2013 12:39

**Para:** Alexander Crawford

**Asunto:** Mayúsculas estridentes  
desactivadas

Señor Crawford:

Su hermano admiraba y protegía a todos sus empleados, no solamente a mí.

Ya le he explicado el motivo por el que he rehusado compartir asiento con su familia. No busque más.

Emma Taylor

Secretaria de Crawford Agency  
Group



PD: Me gusta almorzar sola en el burger más cercano a la agencia.

Me río por lo bajo, pues no me puedo imaginar al Hombre del Año sentado en un establecimiento de comida rápida. A él le pega más un restaurante de cinco tenedores degustando, por ejemplo, una riquísima Nino's Bellissima, una pizza rellena con diferentes tipos de caviar y trozos de langosta, regada con un exquisito Château Lafite Rothschild. Pero... ¿por qué me está enviando correos en pleno funeral por el alma de

su hermano? ¿Acaso ha perdido el juicio? ¿Qué mosca le ha picado? ¡Madre mía! ¡Qué cruz! A mi lado, Andrea trata de averiguar con quién me estoy escribiendo. La acabo de llamar cotilla. Sonríe.

**De:** Alexander Crawford

**Fecha:** 5 de abril de 2013 12:40

**Para:** Emma Marie Taylor

**Asunto:** Burger King

Señorita Taylor:

Me alegra saber que David fue un buen jefe con todos sus empleados.

Me gusta la verdad por encima de cualquier circunstancia.

Alexander Crawford

Presidente de Crawford Agency Group

Presidente de Crawford Corporations & Holding TLC.

PD: Debe saber que la soledad es mala compañera, con independencia de que la comida basura es un arma potencialmente perjudicial para la salud dado su alto contenido en grasas saturadas e hidratos de

carbono, pero me uno a su propuesta.  
Invito yo.

¿Quéeee? Mi lado salvaje hace piruetas en el suelo, mientras la voz de mi conciencia se santigua porque no nos vamos a librar del susodicho aun cuando le fusilen, porque es capaz de reencarnarse en un buitre. ¡Vamos!

¡Madre del amor hermoso! ¿De qué va? ¿Qué está tramando? En fin, esta vez le mando un escueto mensaje diciéndole que de acuerdo, y opto por concentrarme en la misa fúnebre. Olga ha subido al

atril para leer el poema que tanto le gustaba a David. Es de Alexander Pushkin, *Elegía*:

La alegría apagada de los años  
turbulentos

pesada es para mí; mas como el vino,  
mientras pasan los años me da más  
embriaguez.

Mi camino es sombrío. Labores y dolor  
me promete el agitado mar del porvenir.

Pero, amigos, aún no quiero morir.  
Quiero vivir, para pensar, para sufrir.  
Y sé que entre penas, ansiedades y

congojas

me aguardan placeres todavía:  
a veces gozaré las armonías;  
a veces lloraré ante una visión,  
y quizás en la tristeza de mi ocaso,  
el amor lucirá su sonrisa de adiós.

Se me saltan las lágrimas, sin más. Es Andie quien me tiende un kleenex. Lo cojo y me enjugo las lágrimas en medio de una oleada de aplausos. Olga también se ha emocionado, es la bruja de su madre quien le da un tierno abrazo mientras toma la palabra. Agradece

efusivamente las numerosas muestras de cariño recibidas y no duda en alabar a su hijo con suma delicadeza y amor.

—Mi hijo David Vladimir Crawford Ivanov era un hombre especial. Amaba la vida, el arte, la música clásica, la poesía, a sus amigos y a su familia — hace una leve pausa. Toma aire y sigue leyendo su discurso—: Fue un ejemplo de amabilidad, discreción, generosidad y dedicación con los más necesitados, algo que aprendí de él.

Sin duda, me digo mirando al clan Crawford Ivanov, y ahí está él, otra vez,

mirándome. Comiéndome con la mirada. Me ruborizo en el acto. ¿Por qué me mira tanto?

—Por esta razón —prosigue Natasha —, y continuando con su incipiente andadura filantrópica, me complace anunciar en el nombre de mi familia y en el mío propio, la creación de la Fundación David Crawford, cuyo fin es recaudar fondos para causas sociales y la lucha contra el cáncer, tal como deseaba mi querido hijo. Gracias a todos por vuestra asistencia.



La iglesia rompe en una gran ovación. Natasha Crawford es arropada por su hermana Anna y los suyos. Olga se abraza a ella. El gilipollas de Bomer la felicita, los Crowe la saludan efusivamente y Lucifer se mantiene en segundo plano, con las manos metidas en los bolsillos como si nada. Algo muy usual en él. No me sorprende que no haya dedicado unas emotivas palabras a su difunto hermano, pues el tío está sujeto a sus famosas normas y una de ellas es no hablar en público. ¿Por qué? De hecho todos los premios y

reconocimientos que ha ido cosechando a lo largo de su meteórica carrera profesional han sido recogidos por Bommer o Crowe. Incluso se prevé que no asista a la gala que la revista *Time* organiza todos los años para celebrar «Los cien más influyentes del mundo» y que le ha nombrado, por tercer año consecutivo, «el Hombre del Año». Dicha gala tendrá lugar en el emblemático Lincoln Center el próximo día 25 de abril. Asistirán personajes del mundo del espectáculo y de la *jet set*. Andrea suele acudir. Igual, este año me

uno a ella para ver cómo el gilipollas de Bommer recoge el galardón, acompañado por una de sus despampanantes amantes.

En fin...

Respiro hondo mientras los operarios de la funeraria proceden a retirar el féretro con los restos mortales de mi difunto jefe para que lo incineren, tal como era su deseo. El funeral por el alma de David V. Crawford acaba de concluir y no puedo evitar sentir un hondo pesar. ¿Qué será de mí ahora que él no está? Me digo con los ojos vidriosos mientras me pongo en pie,

como el resto de los asistentes. Hay un creciente barullo en el recinto sagrado.

—Ha sido muy emotivo —dice Andrea emocionada.

—Sin duda —respondo.

—Bueno, es hora de irse —anuncia Andie—. Edward debe de estar desesperado. Pensamos pasar el día en la redacción para empezar a trabajar con la portada del martes. ¿Te apetece unirte al grupo? Pediremos pizzas y refrigerios.

¡Qué bien suena eso!, me digo con una leve sonrisa.

—Me encantaría, pero no puedo —  
Andrea me mira sin entender. No voy a  
mentirle—. El nuevo jefe quiere que le  
acompañe a la agencia para enviar unos  
faxes...

Andrea pone cara de fastidio.

—Vale, pero quiero que sepas que  
me alegra que el capullo no te haya  
despedido —me responde toda  
resignada, mientras me da un abrazo—.  
Aunque no te demores en regresar a casa  
y recuerda: no eres una esclava del  
trabajo como él.

El comentario en sí me hace gracia. Me despido de mi mejor amiga y aguardo sentada en el banco hasta que llega el señor Freeman. Para entonces, el clan Crawford Ivanov ha abandonado el recinto sagrado por una puerta trasera. Imagino que para evitar a la prensa, que está apostada a pie de calle.

La iglesia está casi desierta. Me miro las manos y suspiro levemente. Me digo que lo voy a poner todo de mi parte para conservar mi puesto de trabajo y que por más que Lucifer no sea santo de mi devoción, trataré de mantener una buena

relación laboral. Porque ante todo, soy una mujer civilizada y profesional, y no me importa tratar con el enemigo.

Freeman no tarda en aparecer ante mí. No dice nada. Solo acierto a seguirle como un robot. Mi pulso ha variado de ritmo, preparándome para mi primer día de trabajo con Lucifer; espero salir ilesa... pero sé que es como pedirle peras al olmo, más aún tratándose de don Sibarita.

# 5

*P*ensé que ocuparía el asiento del acompañante, junto al señor Freeman, pero no es así, el jefe de seguridad de Lucifer me acaba de abrir la puerta trasera del maravilloso Mercedes Benz Clase E Sedán plateado, con cristales



ahumados, que está aparcado a una distancia prudente de la iglesia. Mi nerviosismo se multiplica cuando veo a Lucifer. Creí que don Sibarita iría escoltado en otro vehículo, pero me equivoqué. Se me hace extraño compartir asiento con El Hombre del Año, pero me tranquilizo mientras el señor Freeman cierra la puerta. Veo cómo el hombre habla a la manga de su impecable chaqueta negra y en menos de lo que canta un gallo se acercan varios agentes vestidos de negro, que rodean el vehículo. Estoy asustada, es inevitable,

no estoy acostumbrada a ver tantos miembros de seguridad.

Lucifer, por su parte, anda inmerso en su mundo de fusiones y adquisiciones, y habla por teléfono mientras teclea en su portátil. Le saludo con un «Buenas tardes, señor» por mera educación; no obtengo respuesta. No me sorprende. Acabo de abrocharme el cinturón de seguridad y me quedo quietecita en el sitio. Mierda... la tela del vestido se ha subido por encima de mis rodillas. Me la bajo sutilmente mientras miro por la ventanilla. Una repentina nube de

fotógrafos intenta rodearnos, como a la caravana de vehículos que nos preceden. Imagino que es donde va todo el clan Crawford Ivanov. El señor Freeman se está abriendo paso lentamente entre la multitud, mientras la policía y los miembros del equipo de seguridad de don Sibarita tratan de hacer una cadena humana para que podamos salir del atolladero; don Rastreador de Móviles ni se inmuta. Está cómodo y acostumbrado a su idílico mundo de multimillonario, donde la fama y el poder imperan por encima de todo.

Debería estar afligido y posponer el trabajo de esta tarde para otro momento, pero no. Su imperio es lo primero; a la vista está, y eso que acaba de perder a su hermano. ¡El tío es más frío que un témpano! Por no dar, no da ni los buenos días, y mucho menos concede ninguna entrevista a ningún medio. Es así de reservado.

Sigue hablando por su Samsung Galaxy S4.

No tiene nada que ver con David, con el que solía conversar largo y tendido durante todo el trayecto a la agencia.

¡Qué tiempos aquellos! Ya sé que con el nuevo jefe he de guardar silencio. Algo a lo que, seguramente, tardaré en acostumbrarme, porque hablo por los codos.

—Y dices que va a suponer un elevado coste. ¿De cuánto estamos hablando? —se toca la cabeza con la mano, inquieto y muy serio. La cifra debe de haberlo dejado noqueado—. Telefonea a Martin Heighl y di que no estamos interesados en su oferta de fusión.

Imagino que está hablando con alguno de sus amigos, tal vez con Bommer, o con Crowe, a juzgar por el tono sosegado de su voz. No puede ser que no esté respetando el duelo por la muerte de su hermano, dice mi conciencia.

—Dile a Bradley que analice los beneficios de los dos últimos años de Global's Enterprise, al parecer están intentando un acercamiento, eso fue lo que le dijo McDermott a Gareth la semana pasada... Envíame un fax a la agencia. Estaré hasta las ocho. Sí,

Harley y su equipo van a presentarme la campaña de Nakamura, Mark...

¿Quéee? ¿A qué hora acaba mi horario de trabajo?

—... al parecer acaba de construir un gran complejo turístico en la isla de Saona. Se trata de una inversión de más de cien millones de dólares —dice el capullo engreídos al gilipollas mujeriego de su amigo.

Lucifer se percata de mi presencia. Me mira fijamente. Sus ojos brillan asombrosamente mientras frunce el ceño como queriendo decir qué estás

mirando. ¡A ti, capullo!, me digo apartando el rostro. Vaya, está logrando que me cabree y no me interesa. Carraspea y cuelga sin más dilación. Teclea enérgicamente su portátil de más de mil dólares. ¡Menudo *snob*! Y para colmo no deja de observarme con descaro. Sus seductores labios forman una leve mueca de hastío. Juguetea con su cabello. Deja el Samsung junto a mi bolso de Chanel, pero su móvil vuelve a sonar. Lo coge. Agita la mano en el aire sobre la pantalla y contesta.



—Espera... —y tapa el auricular con la palma de la mano—. Busca en el GPS el Burger King más cercano. Cárgalo todo a la American Express —le ordena al señor Freeman.

¡Eh, puedo pagarme mi menú!, grito desde lo más recóndito de mi ser.

—Sí, señor Crawford —dice su jefe de seguridad y chófer particular. Pobre hombre, don Gruñón lo tiene esclavizado de por vida

—¿Qué demonios quiere? —continúa diciendo a Bomer—. ¿Acaso está

buscando una demanda por intento de estafa? Me da igual.

El capullo solo sabe demandar, me digo mientras miro por la ventanilla las concurridas calles de la ciudad. Es una calurosa mañana de abril con el cielo ligeramente despejado, menos mal que está puesto el aire acondicionado. El tráfico es lento y denso a esas horas. Suspiro mientras oigo mi Sony vibrar. Abro el bolso y veo que es una llamada de mi hermano. No puedo evitar que el pulso se me acelere pensando lo peor,

pues llevo dos días sin hablar con él.  
Raro en mí.

—¿Emma? —su voz denota preocupación y enojo.

Con razón. Pobrecillo.

—¡Oh, mi amor! Siento no haberte llamado, pero he estado muy ocupada — me justifico en voz baja para no molestar a Lucifer, que casualmente sigue mirándome y frunciendo el ceño mientras continúa a su rollo.

—Entiendo, pero al menos podrías haberme enviado un mensaje, ¿no crees?

Nos tenías realmente preocupados, a Bianca y a mí —me regaña.

Scott es como yo. Ambos tenemos mucho carácter.

—Lo sé, y lo siento de veras. No volverá a ocurrir, cariño.

—Vale, te perdono por esta vez —me dice, y yo suelto una carcajada.

Oh, mierda... me acabo de olvidar de que tengo al lado a don Gruñón. ¿Por qué narices me mira tanto? Vuelvo mi rostro en dirección a la ventanilla y sigo con mi conversación.

—¿Dónde estás? —quiere saber mi

hermano.

—Voy de camino al trabajo. ¿Por qué? ¿Te ocurre algo? —cuchicheo.

—No, era solo para saber cómo estabas después de lo del señor Crawford; una verdadera lástima. Aquí, la televisión le ha rendido un emotivo homenaje. Un gran hombre, sin duda.

—Sí —le contesto.

Presenté a David a mi familia a través de videollamada y la verdad es que fue muy emocionante. Le digo a mi hermano que estoy bien dentro de lo que cabe. Me da ánimos, lo que le

agradezco, y le pregunto por Bianca y mis niñas.

—Las niñas están bien, ansiosas por ver a su tía.

—Yo también os echo mucho de menos —le digo.

—Por cierto, he colgado el anuncio en una página web tal como me dijiste —añade entusiasmado.

Se me parte el alma.

—Rezaré para que tengas suerte —murmuro emocionada—. A papá le haría mucha ilusión que estuviésemos juntos.

Hago una pausa. Mi cabeza, en esos instantes, se llena de hermosos recuerdos. Suspiro.

—Lo sé. Espera, tengo aquí a dos angelitos —me anuncia, y yo río sin más.

Ay, mi Emily y mi Kate, que tienen solo tres y dos añitos, respectivamente. Oigo sus chillidos e imagino cómo su padre se ha puesto a corretear detrás de ellas por todo el salón. Siempre lo hace. También oigo la voz de mi cuñada.

—Bianca te manda recuerdos —me dice jadeando.

—Dale un beso de mi parte, Scott —  
añado.

Ya no oigo a las niñas, eso es señal de que su madre se ha impuesto. Pobrecillas.

—Bueno, te dejo que trabajes, hermanita.

—Os quiero.

—Nosotros a ti más. No te olvides de llamar, ¿eh?

—Vale.

Colgamos al unísono y guardo el Sony en el bolso. Lucifer sigue inmerso



en su mundo de fusiones y adquisiciones, y no quiere salir de él. Se siente a gusto sabiéndose el amo del mundo, pero con una variante: no para de mirarme, lo cual no me agrada.

—Señor —murmuro.

¡No lo hagas!, grita la voz de mi conciencia sabiendo cuáles son mis intenciones. La ignoro deliberadamente, pues estoy harta. Lucifer alza el rostro de la pantalla del portátil y me vuelve a mirar.

—¿Pue...puedo saber por qué me mira tanto? —me oigo decir

envalentonada.

—¿Le molesta que la mire, señorita Taylor? —inquire burlón.

Alzo el mentón.

—No, pero es una falta de distinción y clase en aquellos que lo hacen descaradamente, señor.

Arquea inquisitivamente una elegante ceja oscura.

—¿Me está llamando maleducado? —ruge como una fiera.

Oh, mierda... Titubeo para deleite de don Rastreador de Móviles.

—No he dicho que lo sea, sino que...  
que...

El sonido de su Samsung me sobresalta. Me mira, pero esta vez lo hace solo para jorobarme porque está... ¡está sonriendo! ¡Lucifer sonríe! Mi lado más salvaje y temerario aplaude eufórico porque es la sonrisa más hermosa que jamás haya visto, pero me recupero del impacto al ver esos dientes blancos y perfectos. Los braquets transparentes han hecho milagros en esos colmillos que tenía años atrás.

—Ordena a Milton que revise el informe de errores de la patente — suspira y aparta la mirada de mí. Menos mal, me digo aliviada—. La quiero lista para esta tarde a las cinco. Nada de demoras en el envío.

El señor Freeman acaba de estacionar delante del restaurante de comida rápida. Se me hace la boca agua mientras me despojo del cinturón de seguridad. El jefe de seguridad de don Mandón hace lo propio. Se apea del coche con la agilidad de un felino solo

para abrirme la puerta cortésmente. Le doy las gracias.

—No se merecen, señorita Taylor.

—Emma, por favor.

—Puedes llamarme Freeman —me responde con una leve inclinación de cabeza.

Sonrío y echo a andar por la acera en dirección al restaurante de comida rápida. Oh, se me ha olvidado preguntarle a don Sibarita el menú que quiere tomar. Me vuelvo y ¡viene detrás nuestro! Sigue con la oreja pegada al móvil. Lleva unas sofisticadas gafas de

sol de Gucci. No dice nada, solo le tira a Freeman las llaves del coche, que el hombre coge al vuelo, y pasa de largo ante nuestras propias narices. Me sorprende que haya salido de su flamante burbuja de empresario rico y engreído para mezclarse con el populacho. Cruza la puerta del restaurante con la elegancia que tanto le caracteriza; Freeman y yo vamos detrás. Dentro hay bastante gente. Muchos se han quedado obnubilados ante la presencia del mismísimo Alexander Crawford, quien no parece inmutarse

porque sigue al teléfono. Está mucho más atractivo que de costumbre. El tío tiene estilo y desborda elegancia a raudales. Incluso con una mano metida en el bolsillo de su pantalón negro, resulta el doble de guapo. Pero ¿qué narices estoy diciendo? ¡Basta! ¡Concéntrate!, me digo mientras aguardamos la fila, que avanza lentamente. Acaban de pasar ante nosotros dos niños correteando entre las mesas. Me recuerdan a mis niñas. Los miro y sonrío. Uno es pelirrojo y el otro moreno con los ojos claros como...

como... Lucifer. Acaba de quitarse sus gafas de sol y se las coloca en lo alto de su cabeza; me está mirando mientras cuelga el Samsung. Me pongo roja como un tomate. Guarda el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Carraspea. La fila avanza ahora rápido, lo que me salva de tener que sostener una conversación con el capullo de mi estirado jefe. Por cierto, se me hace rarísimo verle en un sitio como este teniendo en cuenta quien es.

Freeman está justamente detrás de nosotros.



La chica de los pedidos es jovencísima. Debe de rondar los diecisiete años. Es rubia, de pelo lacio, y lleva ortodoncia. Se ruboriza y enmudece ante la presencia de Míster Cara Bonita y Cuerpo de Infarto, no es para menos.

—¿Qué va a tomar, señorita Taylor?  
—dice con voz grave.

No sé qué demonios me pasa hoy, pero estoy algo torpe y tonta. Nunca antes me había sentido así, ni cuando era gorda y fea. Ojalá espabile de aquí a la tarde, porque esto no puede continuar.

Se supone que este señor no me agrada y que me es totalmente indiferente, pero es mirarme y me sofoco como una colegiala. Joder.

—Una Whopper sin queso y sin cebolla, Coca-Cola Zero y patatas fritas —le digo a la chica del pedido.

Es mi preferida.

—¿Y usted, señor? —dice la chica suspirando por Mister Cara Bonita y Cuerpo de Infarto.

El muy granuja carraspea porque sabe que impresiona, al igual que toda su fortuna e imperio. Por no señalar de

que está al tanto del efecto que produce en las mujeres de cualquier edad. Menudo engreído. Me dan ganas de alargar la mano y darle una merecida colleja, al muy sinvergüenza.

—Tomaré lo mismo. ¿Freeman? —le pregunta, girándose con aire de superioridad.

Cómo detesto que lo haga. Aunque se haya decantado por el mismo menú que yo, no deja de ser un arrogante engreído.

—Lo mismo, señor.

—¿Para llevar? —pregunta la chica.

—Sí, por favor —contesto.

Míster Antipatía le acaba de entregar un billete nuevo de cincuenta pavos a la cajera. La muchacha le devuelve el cambio y el ticket del pedido, no sin antes garabatear algo detrás. Se lo entrega entre suspiros. Me quedo boquiabierta y confusa, ¡le acaba de dar su número de teléfono! ¡Madre mía, con la chica de los pedidos! Lucifer ha estrujado el ticket y lo ha arrojado a la basura disimuladamente. Imagino que estará más que acostumbrado a que las mujeres se le insinúen, incluso las

adolescentes con las hormonas disparadas.

—Pueden esperar en esa mesa, si lo desean —nos dice la joven en voz alta.

—De acuerdo, gracias —contesto educadamente.

La chica de la caja me sonríe y atiende a la parejita que est a detr as de nosotros. Estoy tan ensimismada que no me percato de que uno de los niños viene corriendo hacia m ı, me empuja y a punto estoy de caer sobre la mesa que ocupa una familia. Pero mi jefe, r apido de reflejos, me frena en el acto. De

hecho, he quedado atrapada en sus cálidos brazos. Mis pechos están pegados contra su torso duro. Siento una extraña sensación que me recorre todo el cuerpo. ¡Qué vergüenza!, me digo inhalando su irresistible aroma, mezclado con jabón fresco y exquisita fragancia. ¡Ay, Dios! Creo que me voy a desmayar ante la creciente proximidad de mi estirado jefe, solo acierto a oír la disculpa de la madre de uno de los niños.

Lucifer me mira fijamente, y yo a él. ¿Qué narices está pasando aquí? No

tiene ningún sentido toda esta situación, sobre todo porque no dejamos de mirarnos como si la vida nos fuera en ello. Es extraño.

—No tiene importancia, señora — respondo a la apurada mujer, que regaña a su hijo obligándolo a sentarse para que acabe de comer.

No dudo en apartarme bruscamente de los potentes brazos de don Gruñón, y él frunce el ceño. Me aliso la tela del vestido y respiro hondo. Mierda. Me está mirando otra vez. ¡Qué tío más descarado! Mi corazón es un tambor,

retumba contra mi cuello. El rubor me consume porque la gente nos observa. Espero que no haya ningún listillo que haya hecho fotos con el móvil; solo nos faltaría eso.

—Gracias, señor Crawford —le digo segundos después.

Su mirada felina es cálida, intensa, brillante, abrumadora, pero ha puesto cara de pocos amigos. ¡Ay, Dios!

—Recoge el pedido —le ordena a Freeman. Lucifer parece cabreado... ¿conmigo? ¿Con esos pobres niños?



¿Con el mundo? ¿Con quién? No entiendo nada.

—Sí, señor Crawford —responde el hombre, mientras le entrega las llaves del coche.

—Y en cuanto a usted, sígame —me ordena malhumorado.

Acato la orden como una autómatas. No protesto porque pienso en mis compañeros despedidos y en que yo no quiero ser una de ellos; no me lo puedo permitir. Cerca del coche, pulsa el mando a distancia y entra en él, sin abrir mi puerta primero. ¡Qué descortés! Este

hombre es insufrible. Entro en el vehículo y dejo el bolso junto a mí. Cierra la puerta dando un portazo y me sobresalto. ¿Qué pasa ahora?

—¿Le... le ocurre algo, señor? —me oigo decir.

Ni caso. Si no quiere hablar, mejor para mí. Hurga en el maletín negro que tiene a los pies, junto a sus impecables Jimmy Choo de color negro —son su marca de zapatos preferida—, y extrae un montón de documentos y una agenda Burberry que coloca sobre mi regazo, sin más dilaciones. ¡Ah, vale! Ahora el

engreído quiere hablar de trabajo ¡Pues genial! ¡Adelante! ¡Nadie se lo prohíbe!, me digo.

—La agenda está programada para los próximos tres meses. Tengo una copia por si esta se extravía. Sus credenciales.

Guau. Me fijo en la foto de la credencial y salgo horrible. La guardo sin más en el bolso. ¿Acaso una de las clones rubias se ha encargado de programar su agenda? Seguro que sí, me digo mientras le echo un vistazo. El tío es un obseso del control y un adicto al

trabajo, no queda ni un solo hueco libre en la agenda. Pero ¿cuándo duerme? ¿Cuándo descansa? ¿Cuándo folla?

—No modifique nada hasta nueva orden. Este es un listado de nombres a los que suelo atender en persona, a través de videoconferencia o por teléfono. No me pase ninguna llamada de nadie que no figure en esta lista, a excepción de algún miembro de mi familia —recalca, y yo asiento—. Trate de memorizarlos. Así le será más fácil.

Le digo que eso era lo que tenía previsto hacer y los repaso por encima.

Tengo un total de diez folios escritos por ambas caras. Debe de haber más de cien nombres. En cuanto llegue a la agencia plastificaré los folios para que no se estropeen. Los amontoño junto a la agenda.

—Otro listado, este con los nombres de clientes nuevos. Quiero que actualice la lista completa. Elimine los antiguos. Ha de enviar estos faxes cuanto antes.

Le respondo con un sí, señor. La adrenalina se me acaba de disparar. Con este tío voy a saber lo que es trabajar

duro. Me doy cuenta de que ahora evita mirarme. ¿Por qué?

—Me acompañará a cada evento de trabajo...

—Solía hacerlo con su hermano —le digo.

—Le agradecería que no lo nombrara —me espeta con rudeza, y después de carraspear añade—: También vendrá conmigo en los viajes de negocios y a todas las reuniones a las que asista. Su horario empezará a las ocho de la mañana y acabará cuando yo estime

conveniente. Evidentemente, percibirá un salario acorde a las circunstancias...

¿Quéee? ¡No hay salario que compense tantas horas seguidas de trabajo! ¡Este tío está loco de atar! ¿Acaso no tengo ningún día libre?

—Aquí tiene otro listado con mis normas, y le adelanto que no están sujetas a ninguna clase de negociación.

Joder con el exigente este.

—De todas ellas, lo que más detesto es la impuntualidad y el trabajo mal hecho o a medias, eso me pone de muy mal humor.

Eso ya lo sé, capullo.

—Cualquier alteración o incumplimiento de las normas es motivo de despido sin derecho a indemnización. Así figura en su contrato —trago saliva—. Freeman se ocupará de recogerla y llevarla a su casa. A las ocho en punto, se encargará de dejar la correspondencia y toda la prensa doblada sobre mi mesa de trabajo, así como un capuchino sin azúcar, un cruasán relleno de chocolate, dos botellas de agua sin gas...



¿Algo más, maldito excéntrico sibarita?

—Su hermano solía tomarlo con dos terrones de azúcar —evoco, mientras le veo guardar el portátil en su correspondiente funda de terciopelo gris.

—Le he pedido que no lo nombre. Ahora trabaja para mí. Hágase a la idea, señorita Taylor —dice con voz cortante.

¡Maldito arrogante antipático! ¡Ni punto de comparación con el bueno de David!, pienso mientras me muerdo la lengua.

—Sí, señor.

Cretino.

—Cumpla con sus horarios y obligaciones, y no habrá problemas — prosigue en su afán por demostrar quién es el jefe—. Soy un hombre muy exigente. Espero que tome nota de ello.

—Lo haré, señor.

Me dan ganas de salir huyendo del coche. ¡Cómo disfruta apretándome las tuercas! ¡Vaya que sí!

—Valoro la lealtad, la fidelidad, la discreción y la constancia, tanto a nivel laboral como personal.

Y sigue. ¿Le habrán puesto pilas Duracell?

—No soporto la holgazanería, la descortesía, ni que se me contradigan ni cuestionen mis decisiones y órdenes.

—Sí, señor.

Parezco un soldado raso recibiendo órdenes de su sargento, ¡qué barbaridad!

—Tendrá media hora diaria para el desayuno y cuarenta minutos para el almuerzo —continúa diciendo.

¡¿Quéee?! ¡Eso es un atentado contra los derechos del empleado, o sus

esclavos como él nos suele llamar!

—Tiene el listado de normas. Léalas detenidamente y vaya familiarizándose con ellas.

—Lo haré, señor...

—¿Alguna pregunta? —dice de muy malos modos.

¡Sí! ¿Por qué es usted tan capullo, tan egoísta, tan mandón, tan gruñón y tan engreído? Entre otras cosas, me digo soportando, otra vez, esa mirada felina y escudriñadora.

—Sí, ¿de cuántos días de vacaciones y asuntos propios dispongo?

Eso ha sonado a holgazanería en toda regla, pero me da igual. Carraspea.

—Veinte de vacaciones y tres de asuntos propios. Los días laborables sin justificación se descontarán del sueldo.

¿Quéeee? ¡Yo soy de los que pilla muchos resfriados al año, capullo!  
¡Definitivamente está loco de atar!

—No se trabaja los fines de semana, ni los días festivos, o en caso de defunción de algún familiar, pero siempre habrá excepciones.

¡Caray con el adicto al trabajo!

—Como hoy, ¿verdad? —pregunto irónica.

Frunce el ceño molesto.

—Eso es algo que no es de su incumbencia —me responde con gran arrogancia y engreimiento.

Me encojo de la indignación, pero me aguanto y me callo para no estallar como una posesa. Me dan ganas de abofetearlo.

—Supongo que tiene razón, señor —murmuro.

Carraspea para llamar mi atención.

—No se pase de lista conmigo —me advierte seriamente. Y yo pestañeo ruborizada—. David no está para defenderla como aquella vez.

¿Cómo se atreve el muy energúmeno? Además, ¡no necesito a nadie que me defienda!, le grito desde lo más recóndito de mi ser.

—Creí que aquel desagradable incidente había quedado más que zanjado, señor —me aventuro a decir con voz neutra.

—Señorita Taylor, a mí no se me olvidan las cosas, y menos cuando

alguien me increpa como usted lo hizo —responde cortante.

Me pongo roja como un tomate solo de recordar aquel aciago día, pero él empezó primero llamándome maldita gorda incompetente y estúpida. Aun así no dudo en volver a presentar mis disculpas. No las acepta. Frunzo el ceño. ¡Si este supiera cómo Andrea y yo le llamamos haría que nos desterraran!

—Mejor, rece usted por no verme nunca enfurecido —me advierte, mientras mi pulso se dispara.



—Era un simple comentario —me  
defiendo.

—¡Pues evite hacerlos hasta nueva  
orden! —exclama sin más.

¡Antipático, insolente!

—Sí, señor —respondo  
educadamente, después de contar hasta  
mil.

¡Lo que me faltaba! Aún no he  
empezado a trabajar para él y ya está  
con la escopeta cargada. Nada que ver  
con el bueno de David.

—Puede distribuir esos veinte días y  
los asuntos propios como mejor le

convenga, pero ha de comunicármelo con tres días de antelación. Morgan, el de recursos humanos, le explicará todo el procedimiento.

Me abrumba tanta disciplina y seriedad junta. Comienzo a estar harta de él y de sus jodidas normas.

Veinte. Tres días. Esclavos. Vacaciones. Mi mente es un caos. No contaba con esto. Ni mucho menos con que tenga que pedirle permiso para irme de vacaciones, y ¡con tres días de antelación! Esto es una locura, trastoca

todos mis planes. De todas sus excentricidades, esta es sin duda la peor.

—Imagino que habrá alguna sustituta durante mi ausencia.

—Pregúnteselo al de recursos humanos —responde cortante.

¡Qué hombre! Me crispa los nervios.

—Se lo pregunto a usted, señor.

Lucifer me mira desconcertado.

—Se lo advierto, señorita Taylor —dice, mientras me fulmina con la mirada.

¡Calladita estás más guapa!, dice la voz de mi conciencia.

—Lo siento, señor.

—¿Por qué esta repentina curiosidad por las vacaciones y asuntos propios? ¿Acaso quiere perderme de vista? —me suelta de muy malos modos.

Mierda.

—No. ¡Claro que no! —exclamo. El capullo engreído vuelve a fruncir el ceño como si yo fuera tonta de remate —. Pero quiero estar al día de cuántos días dispongo para poder ir a visitar a mi familia, por no decir que el descanso es vital, al igual que disfrutar del ocio y el tiempo libre, señor.

Acaba de arquear una ceja oscura y elegante. Su mirada es transparente. Es de las que te traspasa hasta el extremo de intimidarte y ruborizarte de pies a cabeza. No dice nada, pero sé que está haciendo el enorme esfuerzo de no hablar de sí mismo, y me da igual. No pretendía ser indiscreta. Lo que él haga en su vida privada es cosa suya, no mía, pero no voy a permitir que me esclavice a su antojo, tal como me aconsejó Andrea. Lo tengo claro. Ante todo está mi familia y mis amigos, con los que salgo y me divierto. No soy como él,

cuya única prioridad es su imperio. Yo soy capaz de disfrutar de los placeres sencillos de la vida. Es evidente que su adicción al trabajo roza la locura, como también lo es que nos trate como esclavos. Es humillante.

Freeman acaba de entrar en el vehículo con el pedido, que deja sobre el asiento del acompañante. Huele a hamburguesa y patatas fritas. ¡Hum! Nos abrochamos los cinturones de seguridad mientras nos ponemos en marcha.

—¿Atiborrarse de comida basura forma parte de su ocio y tiempo libre,

señorita Taylor? —contraataca.

No puedo evitar estallar en una repentina carcajada olvidándome de quien tengo delante, porque el jodido tiene unas salidas muy divertidas cuando se lo propone.

Me mira largo y tendido.

Como extasiado.

Carraspeo y guardo la debida compostura.

—Creo que sobra la respuesta, señor.

Ahora es él quien esboza una encantadora sonrisa, su rostro de

facciones duras y marcadas vuelve a suavizarse de tal modo que su sex appeal se acentúa doblemente. Suspiro como una quinceañera al ver la foto de su ídolo en un póster. Y me recompongo.

—Ya lo creo que sí, señorita Taylor.

¡Es tan guapo el muy capullo!, me digo obnubilada.

¡Concéntrate! Grita la voz de mi conciencia.

Vaaaaleeeee...



## 6

*D*ivisar la emblemática torre de cristal azulado de Crawford Agency Group, no lejos de la 57 con Columbus Circle, hace que mis ojos se nublen de la emoción, pues he estado cerca de tres

meses alejada de todo cuanto me gusta hacer después de la repostería.

La sensación que me invade es tremenda.

Admito que me ha gustado cuidar de David durante todo este tiempo, además me ha hecho madurar y reflexionar mucho. No solo me he dado cuenta de que la vida es efímera, sino también de que lo mejor que uno puede hacer es vivirla plenamente con aquello que más le guste o le haga feliz. Solo espero que mi nueva etapa al lado de don Gruñón sea igual de agradable e instructiva que

la anterior. Me consta que tengo nuevos compañeros de trabajo, y no voy a negar que echaré en falta a Rose Flaunders y Jena Denison, mis niñas de recepción con las que he quedado en más de una ocasión para almorzar. Ahora me veo completamente sola y ligeramente desorientada trabajando para un obseso del control, la disciplina y el trabajo. Pero no me quejo. Sería egoísta por mi parte si lo hiciera, y más en estos tiempos que corren. Trataré de acoplarme a lo que haya, aunque deteste las condenadas normas de Míster Cara

Bonita. Espero acostumbrarme a la nueva situación y prometo que lo pondré todo de mi parte para lograrlo.

Asimismo, juro firmemente que me morderé la lengua a pesar de mi carácter impulsivo y temerario, que tantos problemas me ha acarreado.

Juro que haré bien mi trabajo, pues estoy agradecida al cielo por esta segunda oportunidad aunque mi nuevo jefe sea un capullo. Sé que puedo con esto y mucho más porque he pasado por momentos muy delicados en mi vida, pero no puedo evitar estar asustada. Don

Estirado no es como David, o sea que he de andarme con cuidado. Él mismo me lo acaba de advertir. Tomo nota de ello. Evidentemente, con el bueno de David todo era distinto. Me sentía muy cómoda trabajando para él. Nos entendíamos a la perfección y, pese a su timidez, hacía que las cosas fueran mejor y más fluidas. Había tiempo para trabajar y también para charlar. Con Lucifer no tendré ni tiempo para ir al baño, y rezo para que no me convierta en el blanco fácil de sus cambios bruscos de humor. Porque a este igual le da por hablar

contigo, como al rato parecer una tumba, justo como ahora, o en el peor de los casos empezar a gritar como un poseso. No hay término medio en él.

—Está muy callada, señorita Taylor —comenta distraídamente.

¡Vaya! No, si ahora hasta habrá que darle conversación al niño mimado de la publicidad y la telecomunicación. ¡Manda narices!

—Solo estaba pensando, señor —digo, echando balones fuera.

Carraspea. Le miro. Sus ojos verde cálido rebosan un extraño brillo que

hace que se me acelere el ritmo cardíaco. Nunca he sentido nada parecido en toda mi condenada vida. ¡Qué hombre!

—¿Y en qué estaba pensando, si se puede saber?

¡Menudo cotilla!

—En lo mucho que he echado de menos el trabajo. A su hermano le sucedía lo mismo —le contesto.

¡Oh, mierda...! ¡He vuelto a nombrar a David!

—Cuándo aprenderá a no mencionar a los muertos, señorita Taylor —dice

con voz cortante y gélida.

¡Valeee! ¡No hace falta que se ponga así!

—Lo siento, pero aún no logro acostumbrarme a semejante pérdida. He pasado casi cinco años al lado de un hombre realmente bueno y admirable, señor.

¡Chúpate esa, capullo estirado!, me digo mientras observo esos ojos verdes convertidos ahora en dos carámbanos. Su rostro se ha endurecido inexplicablemente. ¿Por qué? ¿Acaso le ha molestado mi comentario?



—Cuanto antes se haga a la idea, mejor será para todos —replica con frialdad.

¿Eso lo incluye a él? ¿Cómo puede hablar así de su hermano? ¿Por qué no quiere que se le mencione? ¿Tan mal se llevaban?

El silencio vuelve a reinar entre nosotros. Me alegro de que así sea. De hecho, ambos optamos por mirar a través de la ventanilla del coche sumidos en nuestros propios pensamientos. En ese momento me entra la nostalgia y no puedo evitar acordarme

de mi padre. Sonrío levemente rememorando su risa y buen humor. Mi hermano ha resuelto hablarle a mis niñas de su abuelo, de lo gran hombre que era. Yo también pienso hacer lo mismo cuando tenga hijos, aunque sean adoptados, ya que no descarto esa posibilidad. Me encantaría ser madre antes de cumplir los treinta, aunque a este paso dudo que encuentre a mi media naranja. Solo he salido con limones agrios y repelentes.

—Hábleme de usted —me ordena sin más.

¡Será descarado! El tío tiene una asombrosa facilidad para cambiar de tema y de timbre de voz a un ritmo trepidante. Y ¿qué se supone que debemos hacer los demás? ¿Acatar sus órdenes para no perder nuestro puesto de trabajo? ¡Es increíble, vamos!

—¿Cómo? —titubeo, intentando contenerme para no mandarlo a tomar viento fresco.

No pienso hablar de mí, y mucho menos con él.

—Va a trabajar para mí, qué menos que tenga una breve referencia sobre

usted, sus aficiones, sus hobbies —  
aclara con voz neutra.

¡Y una mierda! Todo el mundo sabe que a Alexander Crawford no le interesa la vida de nadie, y mucho menos la de sus esclavos. ¿Desde cuándo este repentino interés por mis hobbies y aficiones? ¿Acaso me está tomando el pelo? Sea lo que fuere no voy a darle ese privilegio, que hable él de sí mismo.

—No... no creo que sea nada interesante hablar de mí, señor —le respondo.

Estamos bajando por la rampa que conduce al garaje del emblemático edificio. Freeman ha insertado el código de seguridad y la barrera metálica se ha elevado, permitiéndole el acceso al p rking desierto. Imagino que solo estar  el personal de seguridad y los de limpieza, y ahora nosotros.

—Es usted tímida o se est  haciendo de rogar, señorita Taylor —dice distraídamente.

 Uff...!  No puedo con la arrogancia e insistencia de este t o!  Me dan ganas

de abofetearlo! ¿Con qué derecho me habla así?

—Más bien lo primero, señor —le contesto, solo para salir del paso.

—Para ser tan joven miente con asombrosa facilidad, señorita Taylor —apunta burlón.

Mierda. Eso no ha tenido gracia, idiota.

—No es así, señor.

Esboza una repentina sonrisa que hace que su bello rostro se ilumine. Mi lado salvaje ha enmudecido en el acto. Freeman estaciona el vehículo en la

plaza número uno, la que ocupaba David con su flamante Porsche de color rojo en el que tantas veces viajé. Recuerdo las ocasiones en que fuimos a Vineyard Haven, en Martha's Vineyard, donde David tenía una casa. Es un lugar escandalosamente hermoso. Ya quisiera yo vivir ahí con mi familia. Es ideal para descansar. Pero David prefería su apartamento en el barrio de Tribeca, donde también reside, o residía, Lucifer hasta que se hizo con el ático de la Quinta Avenida. Me doy cuenta de que el tío ha acabado adueñándose de todo

cuanto su hermano poseía. ¡Menudo ambicioso!

—Con David solía conversar animadamente, así que no es una cuestión de timidez sino de confianza diría yo —susurra inclinándose levemente sobre mí, para sacarme de mis propias ensoñaciones.

Me he puesto roja como un tomate. Entreabro los labios mientras miro los suyos, sus ojos profundos y luminosos, su precioso hoyuelo... ¡Qué narices hago! Titubeo echando la cabeza hacia atrás. Admito que siempre me agradó el



aroma que desprende su glorioso cuerpo, pienso aturdida mientras recojo la agenda y los documentos. Tengo que salir del coche cuanto antes, además, ¿no acaba de prohibirme que se hable de David? ¿A qué viene ese repentino cambio de parecer? Y lo peor de todo, ¿a qué está jugando?

—Me ha prohibido que hable de su hermano —le recuerdo.

Se encoge de hombros esbozando una sonrisa pícara en los labios que me trastoca por completo, y empiezo a darme cuenta de la desconocida faceta

de Lucifer: bromear cuando uno menos lo espera. Tiene unos labios muy sensuales y provocadores, como todo en él. ¡Ay, Dios mío!

—Ya que lo menciona, le diré que sí, había una enorme confianza entre nosotros, señor —digo de carrerilla.

Me apeo del auto justo cuando Freeman me abre la puerta. Le doy las gracias.

—No se merecen.

Necesito tomar el aire urgentemente. Tanta cercanía al hombre que más

detesto me hace sentir muy vulnerable y no me gusta nada.

—De modo que se trata de mera confianza, señorita Taylor —dice una vez que Freeman le abre la puerta.

¡Qué cómodo es!

Rodeo la parte trasera del coche y me pongo a su altura. Si le rehúyo será mucho peor para mí, me digo envalentonada. Veo cómo le da el maletín a Freeman, que va cargado como una mula. No me lo pienso mucho y me ofrezco a ayudarle, pero rehúsa dándome las gracias. Lucifer sigue

observándome como si fuera un bicho raro mientras echamos a andar, Freeman ha pulsado el mando y las puertas del vehículo se cierran automáticamente. Va detrás de nosotros.

Sigo en mis trece de no querer darle ninguna información sobre mí. Es lo mejor que puedo hacer. Ansío acabar la jornada de hoy y largarme a casa cuanto antes. Me pregunto qué estará haciendo Andrea en ese preciso instante, y no puedo evitar echarla de menos, como a Linus.

En cuanto a Lucifer, es preferible mantener la distancia, pero sé que eso va a ser imposible; está acostumbrado a salirse siempre con la suya, aunque yo no voy a rendirme fácilmente, ¿o sí?

Llegamos a los ascensores. Freeman se queda atrás porque Míster Cara Bonita así se lo ha ordenado, lo cual me lleva a pensar que vamos a subir él y yo solos. No me gusta, pero finjo naturalidad y tranquilidad. Acaba de pulsar el botón de la planta 80. Las puertas metálicas del elevador se cierran automáticamente. Mierda, me

veo sola ante el peligro y la sensación es extraña e incómoda, pues mi jefe no me inspira la menor confianza. Me aferro a la agenda y trato de tranquilizarme al máximo. Lucifer lleva las dos manos metidas en los bolsillos del pantalón. Se ha puesto a mi misma altura. Le miro y esbozo una leve sonrisa. El capullo no me quita ojo de encima, otra vez, y no entiendo el motivo. Me ruborizo de nuevo mientras el ascensor se eleva. Me acaba de dar un vuelco el corazón.

—¿Y cómo se gana la confianza de una mujer como usted? —insiste.

¡Se está burlando de ti!, grita la voz de mi conciencia.

—A través de la sinceridad y el respeto, señor —le suelto para ver si así se da por aludido y me deja en paz de una buena vez.

—¿Nada más? —dice con fingida sorpresa.

En ese momento es cuando me doy cuenta de que, ciertamente, me está tomando el pelo descaradamente. Y no me hace la menor gracia, desde luego.

—¿Acaso le parece poco? —le respondo, molesta e indignada.

Esboza una sonrisa de niño mayor. Al parecer le divierte eso de llevarme la contraria, porque ya lo hizo varias veces cuando yo era una pobre ilusa solo para humillarme delante de los demás, hasta que me tocó las narices y estallé.

—Creí que era igual de exigente y disciplinada que yo.

Pestañeo nerviosa. Dios me libre, me digo.

No le sigas el juego, dice la voz de mi conciencia.



Eso intento, pero me desquicia.

—Lo crea o no, mi nivel de exigencia podría dejarle con la boca abierta, señor —le espeto, cansada de que se burle de mí.

—¿Ah, sí? —dice arqueando inquisitivamente una ceja.

El muy cerdo ha conseguido hacerme reír.

—Mire si soy exigente que una de mis normas es mantener siempre la distancia con las personas con las que no tengo excesiva confianza.

Me mira fijamente. Se inclina y me

dice:

—¿Eso me incluye a mí? —asiento envalentonada—. ¡Oh, vaya...! — ironiza con fingida sorpresa.

—Le recuerdo que es mi jefe y yo su empleada, señor —le aclaro, sosteniendo su penetrante mirada felina.

Pero parece no bastarle, porque ha puesto cara de circunstancias. Ladea ligeramente la cabeza y frunce el ceño.

—También trabajaba para David y nunca la vi guardar las distancias con él, a no ser que fueran más que amigos — sugiere.

Pestañeo perpleja. ¿Qué diablos está insinuando?

«Mi hermano la admiraba, por eso la protegía...»

Ahora entiendo por dónde iban los tiros. ¡Menudo depravado! Estoy a punto de saltar, pero me controlo porque, si no, este se iba a enterar de lo que vale un peine...

—No se haga de nuevas —dice poniéndose repentinamente serio—. Todos sabíamos que mi hermano estaba profundamente enamorado de usted —me suelta de golpe.

¿Quéee? ¿Cómo? ¿Perdona...?

—Es... es la primera noticia que...  
que tengo, señor... —balbuceo.

Duda de mis palabras como  
siempre... ¡es patético!

—¿Acaso es de las que creía que  
David era gay? —dice a la defensiva.

Lo miro atónita.

—¡Nunca pensé ni dije semejante  
cosa, y mucho menos vi algún indicio de  
enamoramiento por parte de su hermano!  
Todo esto carece de sentido, señor —  
exclamo con el corazón a mil.

Arquea una ceja oscura y bien delineada.

—¿Me está llamando mentiroso? —  
me increpa.

Mierda. A ver cómo salgo de esta.

—¡No! Pero, ¡es lo que he vivido a lo largo de todos estos años! —le rebato ofendida—. ¡Su hermano me quería pero como amiga! ¡Nada más!

Permanece unos minutos en silencio mientras me observa como si fuera un bicho raro. ¡Maldito sea!

—¡David era tímido! —vocifera.

—¡No me grite!, no estoy sorda —le digo.

—¡Gritaré las veces que quiera!

¡Maldito pijo remilgado de mierda!,  
pienso mientras resoplo.

—¡Deje de resoplar! —me ordena  
con todo el descaro que le caracteriza.

¡Solo me faltaba eso! ¿Quién se cree  
que es? ¡Tu jodido jefe!, me recuerda la  
voz de mi conciencia. Respiro hondo.

—¡Si no se le declaró es porque tenía  
miedo de que lo rechazara! —añade  
para más inri.

Me he quedado de piedra. No puede ser verdad, me digo mientras busco en mi memoria, y solo percibo amistad y más amistad ¿o no?

—Yo... no sabía... no tenía ni idea...  
—titubeo asombrada.

—¡Pues ya lo sabe! —grita de nuevo.

Doy otro respingo. ¡El muy condenado solo sabe gritar y dar órdenes! ¡Gilipollas!

—No me grite, señor, no estoy sorda  
—le repito.

—Lo haré las veces que quiera —  
insiste con aterradora hostilidad.

Cuidado, me advierte la voz de la conciencia.

Planta 25, 26, 27... 29... Estoy deseando salir del maldito ascensor. Me siento incómoda en compañía de este arrogante insensible, pero aguanto mi desventura como viene siendo costumbre en mí. Nunca imaginé que tuviera una capacidad de aguante tan extrema, debe ser el resultado de mis malas experiencias en la vida.

—¿Puedo saber por qué no modera el tono de su voz?



Me mira malhumorado. ¡Que le den!, me digo.

—¿Puedo saber por qué no se limita a responder a mis preguntas? —me replica.

Mi pulso se ha disparado ante la intensidad de su mirada felina, pero no deja de ser quien es. Mi jefe. Lucifer. El hombre que más detesto en la vida.

—¿Habría aceptado a David si se hubiera dado cuenta de sus verdaderos sentimientos hacia usted? —sigue.

¡Y dale! ¡Qué pesado es, madre mía! ¿Cuándo va a cesar el maldito

interrogatorio?

—Ya se lo he dicho, su hermano y yo éramos simplemente amigos —le repito una vez más. A ver si así deja el dichoso tema.

¡Mierda!

—No me conteste con evasivas, sí o no —dice impaciente y de lo más impertinente.

¡Capullo!

—No lo sé —contesto finalmente.

Me mira furibundo al no obtener una respuesta más contundente. Pestañeo

apurada ante tanta hostilidad

—Su hermano era adorable —añado.

Silencio.

—Él pensaba lo mismo de usted —  
confiesa.

Me emociona oírle decir eso.  
Suspiro. Carraspea. Mis ojos se han  
inundado de lágrimas, pero me  
recompongo.

—Mi hermano habría sido un buen  
compañero comparado con todos sus ex,  
señorita Taylor —sentencia.

¿Quéee? ¿Perdona? Le miro fijamente a los ojos boquiabierta. ¡Ay, Dios mío! Además de rastrear mi móvil parece que ha estado indagando en mi vida sentimental, pero ¿por qué? ¿Quién le ha dado permiso para hacerlo? ¿Si tanto sabe de mí, por qué quiere que le cuente cosas que ya conoce? ¿Qué pretende el maldito loco controlador? ¿Acaso desquiciarme? Pues que ni se le ocurra, porque llevo siempre encima un pequeño spray de pimienta en el bolso, que se ande con cuidado conmigo. A medida que pasan los segundos me

siento más tensa, y no tarda en confirmarme algo que ya intuía.

—Lo sé prácticamente todo sobre usted, señorita Taylor —dice con la frialdad del hielo y como si estuviera leyendo mi pensamiento.

Me tiemblan las piernas y mi corazón golpea mis costillas, pero muestro toda mi entereza frente al enemigo. ¡Menudo cabrón! ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué esta repentina fijación conmigo? ¿Acaso disfruta acorralando a sus esclavos?

—Tengo un imperio que proteger de escándalos y chantajes. De hecho, hace

poco tenía en mi poder cierto vídeo suyo...

¿Mío? Le miro extrañada.

—... bastante comprometido, que el bastardo de Michael Bauer me envió a mi multinacional en Vancouver.

¿De qué narices está hablando? ¿Vídeo comprometido? ¿Bauer? ¿Cómo es posible si nunca me he prestado a ese tipo de cosas? ¡Ay, Dios mío! ¡Sí! Ahora lo recuerdo ¡Debió de suceder aquella vez cuando me convenció para que pasara la noche en su apartamento porque llovía a mares! Recuerdo que me

quedé frita en la cama después de que me sirviera...¡un refresco! Me quedo helada. ¿Cómo he podido ser tan confiada? Tengo los ojos inundados de lágrimas. Me comen la rabia y la indignación, y ahora Lucifer ha visto el material. ¿En qué condiciones aparezco? ¡Dios mío! Se me revuelve el estómago solo de pensarlo. Pero, ¿qué he hecho yo para merecer esto? Miro a Lucifer que me observa desafiante. Sorbo por la nariz y me limpio las lágrimas con el dorso de la mano; la entereza me ha abandonado. El muy autoritario no tiene

la decencia de prestarme su pañuelo.  
Arquea una ceja inquisitivamente.  
¿Acaso pretende despedirme? ¡Dios  
mío, no!

—No tenía ni idea de la existencia de  
semejante vídeo —me excuso entre  
hipidos.

Parece que ni se inmuta por mi estado  
emocional.

A este lo que le importa es su jodido  
imperio, dice la voz de mi conciencia.

—Eso mismo dijo él cuando le  
interrogó la policía —dice serio.

¿Policía? ¿Es que lo han detenido?



—¿Acaso ha estado presente en el interrogatorio?

Asiente. Me muerdo el labio inferior asustada. El ascensor sigue subiendo, cada vez más rápido. Imagino que los de mantenimiento lo habrán activado.

—Ordené que investigaran a todos sus ex. Ninguno suponía ninguna amenaza, pero los tres comparten la misma afición: el sadomasoquismo —relata, mientras me mira con cierto desprecio.

¡Genial! Ahora este se piensa que soy una maldita sádica como mis ex.

¡Menuda mierda! ¿Tanto le importa su imperio que es capaz de sumergirse en los bajos fondos? ¡Madre del amor hermoso!

—Bauer tenía por costumbre chantajear a sus ex con material pornográfico —continúa.

Le digo que no quiero oír nada más del tema. Y me contesta que me aguante, que es lo que tiene el enrollarse con tipos de dudosa reputación. Le miro desconcertada por el modo en que me regaña. ¿Qué derecho tiene a hablarme así? ¿Quién se cree que es? El Hombre

del Año, dice la voz de mi conciencia.  
¡Me importa un rábano!

—Hacia del chantaje su medio de vida —prosigue.

—Lamento toda esta situación, pero no quiero oír nada más, señor —le pido.

Se encoge de hombros. Se ve que ha lidiado en peores ruedas dado que cuenta con un equipo de seguridad que lo protege. En cuanto a mí... ¿dónde me escondo si el imbécil de Bauer intenta localizarme a través de sus amistades? ¿A quién recurro? ¡Madre mía!

—Bauer ha sido condenado a cinco años de prisión por extorsión, intento de fuga y resistencia a la autoridad.

—¡Gracias a Dios! —exclamo.

—Me he cerciorado de que se destruya todo el material que tenía sobre usted y sus otras amantes.

Sí, a mi ex siempre le gustaron las mujeres...

—Gracias, señor —le digo aliviadísima.

—No me agradezca nada —me regaña.

—Después de esto, imagino que habrá tomado una decisión con respecto a mi futuro en la agencia. Por eso me ha hecho venir, ¿verdad?

Me mira de soslayo.

—Si hubiera querido despedirla no le habría dado sus credenciales —dice con voz cortante.

Respiro aliviada y dándole gracias a Dios. Frunce el ceño.

—Ya le he dicho que no lo hice por usted —aclara terco y orgulloso.

Me crispa que sea así.

—Sino por mi empresa. Ni se imagina lo mucho que... —y se calla.

Le animo a que continúe hablando. Duda entre si hacerlo o no, dado el recelo y la desconfianza con que me mira.

—Lo que habría en juego, si ese vídeo hubiera salido a la luz...

—Le repito que no sabía nada —me defiendo.

—Eso parece, aunque de toda esta situación lo que más me ha llamado la atención es imaginármela desnuda y

atada, recibiendo placer a través de actos de crueldad y dominio.

El comentario me sonroja, pero acabo estallando en una carcajada que lo deja fuera de lugar.

—No sé lo que había en ese vídeo, ni quiero saberlo, pero le aseguro que no me van ese tipo de prácticas sexuales.

¡Si soy virgen, idiota!

Me mira incrédulo. Genial. Que piense lo que le dé la gana, no voy a perder el tiempo intentando hacerle entrar en razón.

—¿Acaso nunca ha oído el refrán,

dime con quién andas y te diré quién eres, señorita Taylor? —dice burlonamente.

—Le aseguro que no tengo nada que ver con esas prácticas no convencionales, señor.

—Eso habría que verlo —apunta sarcástico.

¡Capullo!

—Puede creerme o no, pero no soy una sádica, señor —le digo irritada—. En cuanto a mi relación con mis ex... —hago una pausa y me mira expectante—, ¿de verdad lo quiere saber?



Asiente con la mirada puesta en mí. Mi rubor ha alcanzado cotas insospechadas mientras reúno las fuerzas necesarias para soportar tanta humillación.

—Nunca me ha gustado la soledad —explico sosteniendo su inescrutable mirada felina—, así que decidí probar suerte a través de un portal de contactos en internet, pero me equivoqué notoriamente en la elección.

Lucifer me mira fijamente. Sus ojos denotan una ligera compasión, pero le dura un nanosegundo pues me suelta:

—Me dan igual los motivos que la impulsaran a salir con tipos de semejante calaña. De ahora en adelante elija bien con quién sale o folla.

Ahora soy yo la sorprendida, ante la palabra soez que acaba de usar. ¿De verdad piensa que soy una sádica obsesa sexual? ¿Qué cara pondría si le dijera que soy virgen?

—Se lo advierto, no toleraré más escándalos, ni chantajistas de poca monta como Bauer. De lo contrario, me veré obligado a despedirla. ¿Entendido?

Su amenaza no me pilla desprevenida, pues en estos instantes me ve como un grano en sus lindas posaderas. Y si es así, ¿por qué no me despide? Aún está a tiempo de hacerlo, ¿no?

—Sí, señor —contesto—. Permítame darle las gracias una vez más.

Lucifer no tarda en aparecer.

—¡No me agradezca nada! Cuántas veces he de decírselo —me grita impacientemente.

Le digo que no hace falta que alce la voz. Y él, que me calle de una buena

vez. Enmudezco.

No me agrada su arrogancia ni su carácter autoritario, pero entiendo que esté furioso.

Maldito sea Bauer.

Ojalá se pudra en la cárcel.

—Sí, señor. —Frunce el ceño—. Sea como fuere, gracias.

Mi jefe me acaba de enviar una mirada furtiva justo cuando el ascensor se detiene. Al fin, me digo. Las puertas metálicas se abren automáticamente. Freeman nos aguarda pacientemente en recepción.

Respiro tranquila, pero a ver cuánto me dura con el cretino de mi jefe apretándome las tuercas.

Nada más abandonar el ascensor me doy cuenta de que la agencia ha sufrido una extraordinaria transformación en cuanto a decoración y distribución se refiere. La reforma ha debido de costar una fortuna, y me encanta el resultado. Y

así se lo hago saber al jefe, que sigue caminando en silencio y con las manos metidas en los bolsillos como si yo no existiera. Maldita sea. Si hasta incluso parece estar molesto y cabreado... ¿por mi culpa?

Freeman se ha retirado a petición de Lucifer. Supongo que para almorzar. ¡Caray! Hasta yo me había olvidado; mi mente sigue en *shock* por todo lo que acaba de suceder en el ascensor. Primero lo de que David estaba enamorado de mí, luego lo de Bauer intentando chantajear a don Gruñón con

un vídeo comprometido mío... ¡qué más me puede pasar! ¡Qué fuerte! Resoplo. Mister Cara Bonita acaba de girarse para ordenarme que no lo haga. Mierda... ¡parece que tiene oído de tísico! ¡Y qué quejica es!

En cuanto al desgraciado de Bauer, me alegro de que Lucifer le haya parado los pies. Yo, en cambio, habría huido fuera del país, pues en el fondo soy muy miedosa. Así me va, me digo sintiendo compasión de mí misma. De todos mis ex, el cabrón de Bauer parecía el más centrado. Pero me equivoqué, no solo



era un maldito mujeriego sino un depravado chantajista. Algo que me ha puesto de los nervios porque... ¿en qué condiciones salgo en ese vídeo? ¿Acaso me filmó con otro hombre? ¿Abusó de mí mientras estaba inconsciente? ¡Dios Bendito! ¡No, no lo creo porque esas cosas se saben con el tiempo! Ay, Dios mío, es... es mejor que pase página lo antes posible si no quiero acabar llorando, porque lo que no me ocurra a mí, no le ocurre a nadie.

Sigo al jefe por el pasillo como si fuera una autómata. Me fijo en los

hermosos detalles de la decoración en blanco y negro. Las mesas de los empleados están alineadas y separadas por pequeñas mamparas. La mía permanece en el mismo sitio de siempre, es decir, a una distancia prudencial del despacho de Lucifer. Me doy cuenta de que con la nueva distribución hay hasta más espacio. Los techos son de escayola con focos plateados incrustados. Los suelos, de mármol pulido y brillante.

Hemos llegado a la oficina del jefe. Ha abierto la puerta con una tarjeta electrónica. No puedo evitar que me

invada una repentina nostalgia, pues era el despacho que ocupaba David. También está reformado. ¡Qué recuerdos! ¡Qué risas! ¡Cuánta complicidad! Y pensar que por aquel entonces David sentía algo por mí y no me di cuenta. ¡Qué tonta he sido! ¿En qué estaría pensando? Los muebles de la oficina del jefe son en blanco y negro. La mesa de Lucifer es de madera, amplia y pesada, y el sillón ergonómico de piel negra. A la izquierda hay una enorme estantería llena de premios y reconocimientos que la agencia ha ido

cosechando a lo largo de todos estos años; premios a los que yo también he contribuido. Un sofá y dos butacas individuales rodeando una mesa baja de cristal con un precioso centro floral blanco forman un espacio aparte para reuniones más distendidas. Allí es donde Freeman ha dejado el pedido de Burger King.

Suspiro. Tengo hambre y la boca se me hace agua.

—¿Almorzamos? —sugiere Lucifer, mientras cuelga su chaqueta en un perchero anclado en la pared.

Se remanga los puños de la camisa hasta los antebrazos y me quedo atónita mirándolo. Guau. ¡Qué brazos tiene!

—Sí... —respondo, suspirando como una tonta.

Menos mal que no se ha dado cuenta, con el mal humor que gasta... Hago un esfuerzo enorme por no volver a mirarle embobada. De hecho, opto por fijarme en un enorme cuadro del yin y del yang que cuelga en la pared detrás de la silla del escritorio. Es impresionante. El estirado de mi jefe desaparece tras un muro de cristal grueso y opaco, pero no

tarda en regresar para colocarse a mi lado. Me ruborizo, aunque finjo no sentirme nerviosa ni incómoda ante su repentina cercanía. Huele a fragancia masculina cara. Casi diría que es One Million de Paco Rabanne.

—He leído que el yin es el principio femenino, la tierra, la oscuridad, la pasividad y la absorción. Y el yang el masculino, el cielo, la luz, la actividad y... —digo sin más, obnubilada por el cuadro.

—La penetración —susurra a mi oído.

Ladeo la cabeza extrañada, apartándome unos pasos de él. Frunce el ceño, carraspea y posa su mirada en el dichoso cuadro. ¡Será capullo! ¡Qué confianza es esa!

—¿Taoísta, señorita Taylor? —  
inquiere con voz neutra y con las manos metidas en los bolsillos de sus elegantes pantalones negros.

—No. Mi amigo Linus Moore tiene una buena biblioteca sobre la materia. Es un conocido escritor de libros de autoayuda. Imagino que habrá oído hablar de él —le digo alegremente.

Me mira dubitativo. Vaya por Dios.

—¿Linus Moore? No, no me suena —  
responde.

Los dos contemplamos el cuadro en silencio.

—¿Le gusta? —me pregunta de repente.

—¿Cómo dice? —digo confundida y desorientada ante esa penetrante mirada felina.

Se refiere al cuadro, imbécil, me dice la voz de mi conciencia.



¡Ah, vale!, pensé que se refería a Linus.

—Sí, mucho, señor —respondo, recorriendo con la mirada el hermoso relieve y el llamativo contorno—. ¿Sabía que para los taoístas cada ser, objeto o pensamiento posee un complemento del que depende para su existencia, que a su vez existe dentro de él mismo?

Asiente sorprendido. A ver si este se piensa que soy una inculta.

—De lo que se deduce que nada existe en estado puro ni tampoco en

absoluta quietud, sino en una continua transformación —finaliza él.

¡Qué tío!

—¿Taoísta, señor? —sonrío levemente.

—Guárdeme el secreto... no... —susurra.

Me mira fijamente a los ojos. Desvío la mirada tímidamente hacia el cuadro. Tengo las mejillas ardiendo y el pulso acelerado.

—Debe de haber costado una fortuna —comento, haciendo alusión al cuadro que me tiene hechizada.

Se encoge de hombros. Me pregunto si le gusta el arte tanto como a su hermano.

—Es un regalo —responde evitando entrar en más detalles.

—¿De quién? —me oigo decir mientras mi conciencia y mi lado salvaje están haciendo sus apuestas.

Y en ese momento me doy cuenta de mi descaro y me giro, él sigue mirándome. ¿Qué pretende con esa actitud suya? ¿Intimidarme?

—¿Y a usted que le importa?

Me quedo estupefacta, ¡será maleducado!

—Voy... voy al baño... —digo de carrerilla.

—Puede utilizar el mío, si lo desea —sugiere con ese aire de conquistador nato.

¿Y esa repentina cortesía, a qué viene? ¿Acaso se ha hecho construir un baño dentro de su oficina?

—Está detrás del muro de cristal —me indica.

Le doy las gracias y le pido permiso para dejar mis pertenencias sobre su

mesa.

El baño es una auténtica pasada. Las paredes están revestidas de baldosas en tono marfil. Hay un váter, un lavabo con mueble incrustado, un bidé y hasta una ducha con hidromasaje. Me lavo la cara y las manos, y al coger una de las toallas, me embriaga el perfume de su ropa. ¡Concéntrate!, me digo saliendo del baño después de apagar la luz. Oigo que el jefe habla por teléfono. Bien, ello me va a permitir relajarme un poco, que buena falta me hace. Paso de largo ante él, sé que otra vez me mira porque le he

visto por el rabillo del ojo, y tomo asiento en una de las butacas. Si por mí fuera comería en mi mesa, pero seguro que le molestaría.

—No cuelgues, tengo una llamada en espera —le dice a su interlocutor, mientras agita la mano sobre la pantalla de su Samsung—. Crawford... —hace una pausa— ... ¿qué quiere?... No, no vuelva a llamar a este número ni mucho menos a molestarme, o me veré obligado a demandarle por acoso, señor Martin.

Cuelga.

No puedo evitar mirarle sorprendida. Sus ojos se clavan en los míos mientras guarda el móvil en el bolsillo. ¡Será capullo! Ha dejado al tal Martin con la palabra en la boca. Es lo que tiene ser multimillonario. Puedes pisotear a quien quieras, cuando quieras y como quieras sin que nadie te llame la atención. Opto por desviar la vista hacia otro lado porque me dan ganas de abofetearle para que espabile de una buena vez y hacerle ver que no es el ombligo del mundo sino un simple mortal.

El susodicho toma asiento frente a mí y coge su menú. Yo hago lo propio con el mío. Me doy cuenta de que don Gruñón es muy meticuloso a la hora de comer. No es de los que, como a mí, nos gusta que nos chorree el kétchup de la hamburguesa para poder chuparnos los dedos por turnos, uno a uno —algo que, por cierto, hago desde niña—, así que decido contenerme. Degusto las patatas, que son mi debilidad. Las he embadurnado de kétchup y mahonesa de sobre. Lucifer las toma a palo seco. Ojalá no se atragante, que si no me veo



practicándole los primeros auxilios. ¡Dios, qué labios tiene el cabrón! Y... ¡qué antebrazos! Tiene la piel morena, nada que ver con la mía, que es casi de alabastro. Soy tan blanca que cuando me expongo al sol tengo que ponerme máxima protección si no quiero acabar como un salmonete.

—¡Hum! Está buena —exclama, devorando la Whopper casi de un solo bocado.

¡Qué tragón es! ¡Menuda boca tiene el tío!

—Sí —le respondo inmersa en mis patatas.

Reconozco que soy muy lenta comiendo. Tía Gertrude, que en Gloria esté, solía regañarme muy a menudo. Pobrecilla...

El jefe se ha zampado las patatas en un abrir y cerrar de ojos. Se nota que es de los que comen con rapidez, pienso mientras introduzco la pajita en la ranura de la tapa de la Coca-Cola Zero. Sorbo. Está como a mí me gusta, fresquita y exquisita. Lucifer me imita, pero con tan

mala suerte que el refresco se le derrama sobre la camisa.

—La tapa no debía estar cerrada del todo —aventuro.

—*Yebat`!* —dice contrariado.

¡Acaba de decir mierda en ruso! Me hace mucha gracia, pero evito reírme aunque la escena es tronchante, más aun después de ver la cara de Lucifer: se lo han llevado los demonios al verse empapado con el refresco. ¡Se lo merece por ser tan arrogante y mandón! Saca un pañuelo de su bolsillo y trata inútilmente de secarse, mientras corro a por una

toalla limpia que le ofrezco, pero es en vano. Sigue maldiciendo entre dientes, se pone en pie y... ¡joder!... acaba de despojarse de la camisa con manos presurosas delante de mí, que admiro absorta su espalda ancha y musculosa. Parece un atleta, tiene los hombros perfectos, es... es todo músculo. Guau. Me he quedado sin aire en los pulmones. ¿De dónde ha salido ese cuerpo? ¡Es todo fibra! La visión me abruma de tal modo que aparto la vista enseguida. Décimas de segundo y me doy cuenta de que ha desaparecido. Imagino que ha ido

al baño para cambiarse. Seguro que tiene camisas y trajes de repuesto, siendo como es... Me pongo a secar el sofá con la toalla. No ha sufrido ningún daño... afortunadamente.

No seas tan puritana y asómate a ver qué está haciendo, dice mi lado más salvaje en uno de sus arranques.

¡Ni hablar!

¡Aguafiestas! Me espeta cabreado.

El sofá ya está seco. Menos mal. Lo he recogido todo en la bolsa, solo se han salvado la mitad de sus patatas. Reparto mi refresco entre su vaso y el mío. Igual

lo rechaza, pero me da igual. Si es que al final me va a dar pena, me digo como una tonta, evitando estallar en una carcajada al recordar la expresión de su cara. Terminó mi menú y espero inútilmente a que el hombre aparezca, para entrar en el baño y dejar la toalla usada en el cesto de la ropa sucia. Pero don Sibarita está tardando más de la cuenta. De hecho, espero y espero, y nada. No da señales de vida. ¿Le habrá pasado algo? Dios no lo quiera, me digo mirando en dirección al muro de cristal. ¿Qué se supone que debo hacer?

Levantarte e ir a ver qué está pasando, dice la voz de mi conciencia.

Y eso hago, pero primero respiro hondo y me santiguo. Me da por asomarme por el filo del muro y lo que veo me deja sin aliento. El capullo acaba de salir descalzo de la ducha, completamente mojado. ¡Ay, Dios! Solo lleva una toalla blanca en torno a su estrecha cintura. Cuando le veo el torso, me fijo en una significativa y horrible cicatriz en el costado derecho. Imagino que se la hizo en el accidente de tráfico

que sufrió hace años, cuando salía con la señorita Miranda Parker.

¡Qué abdominales! ¡Son una tableta perfecta! ¡Hum! ¡Menudos oblicuos tiene el cretino! Se ve que se ha estado machacando en el gimnasio, lo cual le honra porque está buenísimo. ¡Nunca antes había visto nada igual! ¡Menudo pastizal se embolsarían *Vanity Fair* o *Vogue* si le ofrecieran ser portada de su edición especial! ¡Qué hombre! Me quedo perpleja, por no decir atontada, cuando le veo quitarse la toalla de espaldas a mí. ¡Madre mía! ¡Menudo



trasero tiene! Se está poniendo los bóxers nuevos que acaba de coger de un armario que hay al fondo. Ciertamente hay varios trajes y camisas limpias, así como una serie de cajas de zapatos de la firma Jimmy Choo. Ay, Dios mío... ¡Es tan controlador, tan pijo y tan sibarita que no hay por donde cogerlo! En fin, suspiro distraída y me pilla in fraganti. ¡Mierda! ¡Mil veces mierda! ¿Qué hago ahora? ¿Salgo pitando? ¿Me quedo y finjo naturalidad? ¡No! Me da por retroceder unos pasos, mientras él clava sorprendido su mirada felina en la mía.

Está avanzando hacia mí, con pasos largos y elegantes y... ¡con los bóxers puestos! ¡Menudo paquete tiene!, grita eufórico mi lado más salvaje. No lo escucho. Sus ojos son dos carámbanos y su rostro inescrutable. Mis mejillas arden y mi pulso se ha disparado repentinamente, y mierda, mis ojos traicioneros se han puesto a recorrer ávidamente su cuerpo de David de Miguel Ángel para posarse en su... abultadísima entrepierna.

¡Guau!

—¡Disfrutando de las vistas, señorita Taylor! —exclama malhumorado.

Niego con la cabeza incapaz de articular palabra, cautivada por la visión de su perfecta fisonomía. Estoy en *shock*. Lo juro. Mi lado más salvaje anda desbocado, salta, aplaude exultante. No es para menos. Lucifer está de toma pan y moja. No quiero ni pensar en lo que hay escondido debajo de esos ajustados bóxers porque me puedo quedar sin aliento, pero mi mente calenturienta se hace una ligera idea hasta el extremo de llegar a sofocarme.

Su pene debe de medir como quince o veinte centímetros, a juzgar por la longitud y el grosor bajo la elástica tela de su ropa interior.

—¡Ay!

Acabo de tropezar y caer de culo contra el frío suelo de mármol. Mis pobres nalgas se han llevado la peor parte, y encima el capullo se ríe. Me dice que me lo tengo merecido por ser tan curiosa. Eso hace que estalle ofendida.

—¡No soy ninguna curiosa! ¡Me... me preocupaba que tardara tanto en

salir, señor! —le aclaro para su sorpresa.

Arquea una de sus cejas y se peina el cabello húmedo con sus curtidas manos de dedos largos y gruesos. ¡Mierda! ¡Joder! ¿Qué demonios me pasa?, me digo atontada, todavía en el suelo, con la tela del vestido enroscada a la altura de mis caderas. ¡Don Gruñón me acaba de ver las bragas de algodón de color blanco! ¡Más puritana imposible! ¡Genial! Quiero ponerme en pie, pero mis piernas flaquean y vuelvo a caer. ¡Por qué los de mantenimiento pulen

tanto el suelo! ¡La leche! Estoy torpe. Pero... ¿por qué? Es el muy estirado quien se digna por fin a tenderme la mano para que pueda levantarme. ¡Qué bochorno! Le doy las gracias con voz temblorosa evitando mirarle, pero he de hacerlo porque me acaba de coger la muñeca y le ha dado por arrinconarme contra su mesa. Le miro sorprendida y aterrada. Mi corazón late estrepitosamente contra mis frágiles costillas.

—¿Qué... qué está haciendo?  
¡Suéltame, señor! —protesto

enérgicamente, mientras sus manos sujetan con fuerza mis muñecas.

No puedo evitar esa maldita y electrizante descarga que me recorre todo el cuerpo. ¡Esto es de locos! Dios mío... ¿qué me está pasando?

—Me gusta tomarme mi tiempo en la ducha —dice finalmente, con sus ojos puestos en los míos.

Me embeleso ante el brillo asombroso de esa cautivadora mirada felina de maduro ligón. Sus ojos parecen dos luceros en lo alto del firmamento.

—Eso parece, señor —titubeo. Tengo la garganta seca.

Siento unas ganas enormes de huir, pero no puedo porque me tiene prisionera. ¡Por Dios! ¿A qué juega? ¿Qué quiere de mí? ¡Se supone que hemos venido a trabajar, no a echar un polvo sobre la mesa de su oficina! Porque me consta que eso es lo que hacen casi todos los ejecutivos con sus pobres e ingenuas secretarias, pero lo que es yo... ¡no voy a permitirselo a este depravado! ¿O sí?



—Me habría encantado compartirla con usted, señorita Taylor —admite con el descaro que tanto le caracteriza.

Le daría una bofetada. ¡Menudo sinvergüenza está hecho!

—Imagínese... los dos desnudos bajo el agua, besándonos, acariciándonos... para poco después acabar follando como locos...

¿Quéee?

Abro los ojos como platos, escandalizada, ruborizada, fascinada al dejar volar mi imaginación. Ahogo un gemido de frustración por ser tan tonta.

—¡Señor! —le regaño. ¿Por qué me habla así?—. ¡Suélteme!

No me hace ni el menor caso. Intento zafarme, pero nada. De modo que no me queda más remedio que luchar para liberarme de la condenada prisión, pero igualmente es en vano. Es mucho más fuerte que yo. Me ordena que me esté quieta. Le digo que me suelte. Me contesta que no quiere hacerlo.

—¿Por qué? —le espeto.

—¿Aún me lo pregunta? ¿Es que acaso no se ha dado cuenta? —susurra con voz grave.

—¿Darme cuenta de qué? —pregunto nerviosa y con el pulso a mil por hora.

Maldice entre dientes como si yo tuviera la culpa de todo lo que está pasando cuando no es así. ¡Ha sido él quien ha empezado, otra vez! Me digo ansiosa que libere mis pobres muñecas. Ay, Dios... ¿qué pretende hacer? ¿Acaso ha perdido el juicio? Le increpo. Dice que nunca ha estado tan cuerdo y tan seguro en toda su vida. ¿Quéee? Tengo ganas de abofetearlo una y otra vez mientras mis ojos traicioneros se posan

en esos labios sensuales y provocadores.

—¡Si no me suelta le juro que gritaré!  
—bramo como último recurso.

Y él esboza una preciosa sonrisa de dentadura perfecta. Está tan cerca que puedo inhalar su inconfundible aroma a limpio mientras lucho inútilmente para no caer en la tentación, porque tengo poderosas razones para odiarlo durante toda la eternidad.

—Hágalo —me reta, recorriendo con la mirada mi rostro—, nadie la oirá. Ordené insonorizar las paredes para

amortiguar sus gritos y jadeos cuando folláramos —dice muy cerca de mi boca.

¿Follar con él? ¡Ni harta de vino!  
¡Antes me follo al primero que entre por esa puerta!, me digo asustada por la situación. Se supone que he venido a trabajar, no a follar ¡Será descarado y perverso! Y encima el muy capullo tiene intención de besarme, pero le hago la cobra, es decir, le esquivo hábilmente ladeando el rostro. ¿Qué mosca le ha picado? ¿Por qué me habla así? Mi

corazón palpita estrepitosamente a la altura de mi cuello.

¡Deja que te bese! Proclama mi lado más salvaje hecho una furia.

—¡No! —protesto enérgicamente cuando me obliga a mirarlo.

—¡No te resistas! —me grita cabreado.

Su cercanía e insistencia me marean.

—Ambos estamos deseando que esto ocurra desde el momento en que estreché su mano en el funeral —dice muy seguro de sí mismo—. Saltaban chispas entre nosotros y lo sabe.

¡Ay, dios mío! ¡Se ha dado cuenta!  
Pero no puedo permitir que ocurra nada  
entre nosotros. ¡Si al menos pudiera  
levantar la rodilla!, ¡se iba a enterar de  
lo que vale un peine! ¿Quién se cree que  
soy? ¿Su puta?, pienso mirando esos dos  
preciosos ojos verdes que me noquean  
por completo. Poco a poco se inclina  
sobre mí hasta posar sus tibios labios  
sobre los míos y... ¡son tan suaves!

¡Dios mío, no!

¡Lánzate!, estalla mi lado salvaje.

Puedo sentir su cálido aliento  
rozándome. Tentándome. Seduciéndome.

Me da un ligero beso en la mejilla, otro en la punta de la nariz, otro en el mentón... respiro entrecortadamente ante la sutileza de sus besos. ¡Es muy excitante pero no deja de ser quien es! ¡Mi jefe! ¡El hombre al que más detesto en la vida! No dudo en gritar cuando le veo arrojar de un manotazo todo lo que hay sobre su mesa, incluidas mis pertenencias. Sonríe de un modo perturbador y muy lujurioso. Mi cerebro está en *stand by*. Mi capacidad de raciocinio está bloqueada ante la cercanía de Lucifer. Mis piernas son



incapaces de moverse. Soy como un muñeco de trapo en las manos de don Gruñón. Miro esos ojos verdes que envuelven, son cálidos y brillantes. Denotan deseo y lujuria. ¿Qué pretende hacer? ¿Por qué no me deja marchar? ¿Por qué me levanta en brazos y me deposita con dulzura sobre su mesa de trabajo? ¡Por Dios! ¿Qué está haciendo? Me cubre con todo su glorioso cuerpo. Una parte de mi ser acoge con júbilo su espléndido peso, mientras la otra pugna por empujarle y salir huyendo, aunque admito que me gusta el calor que

desprende su cuerpo. Menos mal que la mesa es de madera gruesa que si no... Pero, ¿qué estoy pensando?

—Por favor... —le ruego intentando zafarme de él, pero es como mover una montaña.

Me silencia con otro repentino beso suave en los labios. Jadeo. Tengo el corazón a mil. Jamás imaginé verme así: tumbada sobre la mesa de trabajo de mi odioso jefe, con él semidesnudo entre mis piernas. ¡Guau! Me chupa el labio inferior. Luego el superior. Abro la boca para protestar, pero su lengua invade

mis labios y se adentra en mi boca con un beso largo y profundo. Gimo. Frota su lengua con la mía, que la roza con timidez. Es un beso lento, muy estimulante y provocador. Ha liberado mis muñecas para entrelazar sus dedos con los míos. Me los aprieta en una arrebatadora posesión. Puedo sentir, otra vez, esa electrizante descarga que me arrastra con él. Saltando chipas entre nosotros y no entiendo por qué... ¡si siempre le he detestado, y él a mí también! ¿Qué nos está pasando? No lo entiendo.

—Nota esto, señorita Taylor —dice apretando su mano contra la mía.

—Sí... —le respondo casi sin aliento, atrapada por la suave neblina del atontamiento.

—Yo también, y me gusta... —susurra lamiendo mi cuello.

¡Le gusta!

Chillo al notar sus dientes clavados levemente en mi piel. Alza el rostro, esboza una sonrisa de niño mayor y no duda en volver a devorar mi boca con otro beso largo, profundo y primitivo, y yo, atontada, le respondo abriendo más

la boca. Mi lengua busca la suya, la roza. Jadea... Ahora somos una fusión de manos, piernas y lenguas. Mi lado más salvaje se ha desatado y me preocupa. Le abrazo con fuerza mientras acaricio suavemente su espalda ancha y musculosa. Gime cuando me da el arrebató y le chupo la lengua con un ardor incontrolado. Tiemblo ante mi repentina impulsividad y descaró, y su creciente erección se aprieta contra mi palpitante sexo, que reclama el suyo en una progresiva agonía.

Mi conciencia no tarda en asomar vestida de señorita Rotenmeier. ¡Mierda, me he puesto tensa!

—No me tenga miedo, señorita Taylor —dice exhausto junto a mi boca, su respiración es igual de agitada que la mía—. Llevo deseando besarla desde el momento en que la vi llegar a la iglesia, pero me contuve. Ahora, ya no lo resisto más...

¡Ay, Dios mío!

Me mete la lengua hasta la garganta. Noto cómo la sangre caliente recorre todo mi cuerpo, mi sexo se tensa y lo

empiezo a notar húmedo. ¡Guau! Jadeamos al unísono mientras me acaricia los pechos. Me los amasa. Aprieta. Grito... ¡Ay, Dios mío! ¡Esto no puede ser verdad! Ahora no es miedo lo que siento, sino auténtico pavor y vergüenza al no ser capaz de poner los límites. El muy capullo tiene los labios más sedosos del mundo y unas poderosas armas de seducción que nunca antes había visto. No quiero ni pensar a cuántas habrá engatusado con estas hermosas palabras, ni a cuántas ingenuas secretarias se habrá tirado

sobre su mesa de trabajo. Pero yo no soy como las demás, me digo intentando tomar el control de mis emociones... que no es fácil y menos con un maromo como Alexander Crawford.

—Tenemos que parar. Esto... esto no está bien —logro articular entre beso y beso.

Mi lado salvaje se burla de mí. Si hasta Lucifer ha fruncido el ceño como si acabara de decir una estupidez. Lo sé, los dos somos lo suficientemente adultos como para saber lo que queremos, pero no soy lo que piensa. No soy una furcia,



por muy impulsiva y temeraria que sea; sé dónde están los límites, aunque ahora no lo tenga muy claro porque mi jefe representa todo cuanto una mujer puede desear, independientemente de su pésimo carácter y engreimiento, pero no quiero formar parte de su lista de amantes, me niego.

—Nada está bien, pero le recuerdo que está en deuda conmigo —me dice, liberándome las manos mientras devora mis labios con un ardor incontrolado.

¡Quéee!

¡Con que esas tenemos! ¡Maldito engreído mujeriego! ¡Si este se cree que voy a abrirme de piernas para él por lo que ha hecho por mí va apañado!, me digo sintiendo su mano metida bajo la tela de mi vestido, mientras con la otra me acaricia el pecho. Jadeo intentando liberarme de él pues me está acariciando los muslos hasta... hasta llegar a mi sexo húmedo y caliente... Gimo contra sus labios y lucho por tomar el control de mis emociones...

—¡No! —exclamo, apartando bruscamente mi boca de la suya.

—¿Qué está haciendo? —me pregunta confuso y desorientado cuando ve que le empujo y me escurro por debajo de él.

Acabo de caer de bruces contra el suelo, pero salgo ilesa. Me pongo en pie sana y salva. Siento un gran hormigueo en los pechos y en mi entrepierna. Tengo las mejillas ardiendo y el corazón desbocado. Lucifer se ha apeado de la mesa con un cabreo monumental. Me he bajado la tela del vestido y me he atusado el pelo. Le oigo maldecir como un poseso mientras se mece el cabello.

Está furioso conmigo porque no me he prestado a lo que quería, es decir, a echar un buen polvo sobre su mesa de trabajo pero ¡no soy su puta!

¡Si esto no es abuso de poder y acoso sexual, que venga alguien y lo vea!, grita la voz de mi conciencia.

—¿Que qué estoy haciendo? —le espeto incrédula, mientras me muerdo el labio ligeramente hinchado.

Dice que no me lo muerda. No le hago ni el menor caso y me pongo a recoger lo que hay tirado por el suelo. El capullo lujurioso ha optado por

maldecir, mientras se mece el cabello y desaparece tras el muro. Imagino que para vestirse. Mucho mejor, me digo.

—¡He venido a trabajar, señor Crawford! —digo en voz alta—. ¡No a echar un polvo! —murmuro por lo bajo.

—¡Deje de murmurar! —dice desde el otro lado del muro.

Mierda.

—No estoy murmurando, señor —le respondo.

Carraspea. Pongo los ojos en blanco mientras revivo todos sus besos. ¡Hum! No ha estado nada mal, me digo

ordenando su mesa. He recogido mi bolso y llevo la agenda y los documentos en la mano. He tirado mi menú a la papelera. En cuanto al suyo, que se las apañe como pueda, no soy su asistente, aunque deduzco que hará venir a los de mantenimiento.

—La he oído perfectamente, no estoy sordo. Ha dicho que ha venido a trabajar y no a echar un polvo —dice apareciendo ante mí, vestido con un impecable traje gris oscuro y una camisa blanca sin corbata. Lleva el pelo revuelto y huele a gloria bendita.

Además de guapo y sexy, tiene oído de tísico. ¡Será capullo!, me digo ruborizada, fijándome en el pelo revuelto. Enmudezco titubeante. Y aunque me sacudo la tontería diciendo que le detesto, ni con esas logro que mi lado más salvaje deje de mirarle embelesado porque quiere más besos y caricias de Lucifer.

¡Espabila!, grita la voz de mi conciencia con un megáfono en la mano.

—Sí, eso fue exactamente lo que dije y espero que lo tenga en cuenta, señor —sentencio alzando el mentón.

Frunce el ceño mientras se mete las manos en los bolsillos. Tiene un aire de ejecutivo refinado y elegante que enamora, pero no es el tipo de hombre que fuera a darlo todo en una relación de pareja. Es más bien de los que follan y, luego, si te he visto no me acuerdo. Si tuviera que elegir entre su pareja y su imperio, optaría por esto último sin pestañear... ¡desde luego!

—Me alegra que venga a trabajar, aunque lo de echar un polvo no estaría nada mal ahora que he descubierto su lado más sensual y apasionado —el



comentario hace que me sonroje—. Ha sido muy instructivo e interesante besar sus apetecibles labios y acariciar su sedosa piel. Por cierto, he logrado que se corra en las bragas —ríe el muy cerdo mientras a mí me come la vergüenza—. Me pregunto cuánto tardaré en oírla gritar de placer, señorita Taylor.

No doy crédito a mis oídos, estoy escandalizada.

—¡Señor Crawford! —le regaño sin más.

Sonríe pícaro. Nunca antes lo había visto así y me sorprende esta repentina faceta suya tan descarada. Asusta, pero al mismo tiempo despierta en mí una extraña sensación y emoción. ¿A qué viene este cambio?

—¡Hablo en serio! —exclamo.

—Y yo también. Además, le recuerdo que está en deuda conmigo.

Esto es una encerrona en toda regla, refunfuño. Me pide que no lo haga, que no refunfuñe porque le recuerdo a su hermana. ¡Oh, Olga! ¡Si supiera la clase

de depravado que tiene por hermano se quedaría con la boca abierta!

—Si su intención es que me abra de piernas para usted, le aseguro que pierde el tiempo, señor —le suelto sin más preámbulos; quiero dejarle las cosas bien claritas.

Mi repentina respuesta hace que sus ojos adquieran un hermoso matiz. Llega hasta mí; retrocedo dos pasos; se detiene. Me mira y remira. Me muerdo el labio inferior. Y me ordena que evite hacerlo por el efecto que ejerce sobre

él. Dejo de mordérmelo de golpe; mi corazón late estrepitosamente.

—No quiero que se abra de piernas para mí, sino hacerle una oferta mucho más atractiva e interesante —dice enigmático.

¿Quéee?

—Llevo tiempo observándola y encaja perfectamente con lo que ando buscando...

Me quedo muerta.

—Ahora quiero que envíe esos faxes, luego regrese aquí para tratar este asunto

—añade, rodeando su mesa para ocupar la silla de jefazo vicioso.

Más que asunto, yo lo llamaría deuda, ¡capullo depravado!

Este, con tal de follar, es capaz de cualquier cosa, me advierte la voz de mi conciencia.

Menos mal que llevo siempre el spray de pimienta en el bolso, me digo solo para tranquilizarme, porque no voy a acostarme con Lucifer. Ni ahora ni nunca, o eso creo...

—Cierre la puerta al salir, señorita Taylor —me ordena con voz grave.

¡Mandón!

—Sí, señor Crawford.

—Y... ni se le ocurra dar un portazo  
—me advierte.

¡Autoritario!

—No, señor —cierro la puerta con  
un ligero clic.

Suspiro pacientemente en vez de  
estallar como una posesa.

*O*h... todo va bien, gracias —le digo a Andrea, que me acaba de telefonar para interesarse por mi primer día con Míster Adicto al Trabajo.

Evidentemente no le he contado nada de lo de David, ni de Bauer y mucho menos mi furtivo encuentro con Lucifer. No pienso abrir la boca en ese sentido para no preocuparla, y eso que no tenemos secretos entre nosotras

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo te va en la redacción? —cuchicheo en la sala de las impresoras, fax, escáner y fotocopiadoras que hay junto a la máquina expendedora de café y refrescos.

Acabo de enviar todos los faxes que tenía pendientes. He plastificado la lista



de normas y la de contactos, y he aprovechado estos minutillos esperando a que llegara la respuesta del fax para darle a la sin hueso y relajarme, que buena falta me hace. Para ser mi primer día con don Gruñón, he batido todos los récords tanto en conflictos como en abuso de poder. Solo espero que no aparezca y me pille charlando en horas de trabajo, porque me da que es otra de sus jodidas normas.

—¡Mucho trabajo! —resopla—. La muerte de David Crawford está generando una lucha encarnizada sobre

cuál es el mejor titular, pero claro, la familia no lo está poniendo nada fácil. Ya sabes que son muy reacios a las cámaras y los micrófonos...

—Lo sé.

—Así que hemos pensado hacer un reportaje gráfico repasando su trayectoria profesional y destacando su lado más filantrópico. Pero lo ideal sería conseguir una entrevista a algún pariente cercano. ¿Alguna sugerencia?

—me pregunta.

—Puedes contar conmigo —le digo riendo.

—Eso pensaba hacer, aunque... ¿no podrías persuadir a Lucifer para que se prestase a una entrevista relámpago! ¡Sería la bomba!

Me quedo sin habla.

—Ya sabes que eso es imposible —  
contesto.

—Lo sé, era broma. Ya me las ingeniaré. De todas maneras, hoy no me esperes despierta —me avisa.

—De acuerdo. Pero, ¿pasa algo?

—La madre de Edward me acaba de telefonar, quiere que vaya a cenar con

ellos al rancho. Igual me quedo a pasar la noche.

Echo unas risillas mientras me olvido de Lucifer y la puñetera deuda.

Es tal y como me imaginaba. La cosa entre Andy y Eddy no puede ir mejor, y me alegro de que así sea. Edward es buen chico y se nota que quiere a mi amiga. Solo espero que Andrea no lo rechace; a veces está tan loca...

—Vamos, ¡suéltalo! —me dice.

Río divertida.

—Creo que Edward Preston está pilladísimo por ti.

—Eso ya lo sé —responde resoplando.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?  
—la regaña.

—Sabes que detesto las ataduras, pero eso no implica que no quiera tener hijos —cuchichea.

Resoplo.

—Hemos hablado de eso infinidad de veces. ¡No seas tonta! Edward es un buen chico y si le dejas escapar es porque eres tonta del culo.

—¡Pues quédatelo tú! ¡Haríais muy buena pareja! —exclama.

—Edward no me quiere a mí, sino a ti, boba —le espeto—. ¿En qué idioma hay que decirlo para que te enteres? ¡Espabila!

Ahora es ella quien resopla.

—No... no sé —murmura—. Todo esto me resulta tan extraño. Solo nos hemos enrollado unas cuantas veces; ayer fue la última, justo antes de que tú llegaras del hospital. El tío es un semental en toda regla —me río—, pero la ha cagado con la dichosa cena

familiar. ¡Si no le conociera diría que acabará declarándose!

—¿Quién sabe? —le digo encantada.

—Hablo en serio.

—Yo también, boba —le respondo con voz neutra.

—¿Y cómo se supone que debo comportarme delante de sus padres?

Estallo en una carcajada ante las pocas ganas que tiene mi amiga de conocer a sus futuros suegros. Y Andrea dice que no le ve la gracia por ningún lado.

—Vale, lo siento... —me disculpo, modulando el tono de voz—. Intenta ser tú misma.

Otro resoplido.

—Todo esto me supera —confiesa—. En fin, he de dejarte porque el guapo viene hacia mi oficina. Luego hablamos. Y no trabajes tanto, ¿vale? ¡*Ciao!*

—¡*Ciao!*

Cuelgo el Sony y salgo pitando con los faxes que acaban de llegar. Cruzo el largo pasillo que conduce a mi mesa de trabajo. Suspiro y me preparo para lo que tenga que venir. Llamo a la puerta



del jefe. El chico anda inmerso en su portátil. Me da permiso para que entre. Le dejo los faxes sobre la mesa. Espero un rato, pero no me da ninguna instrucción. Algo que me alegra y aprovecho para escurrirme. Vuelvo a mi mesa y procedo a echarle un vistazo a la lista de contactos que Lucifer me ha facilitado. ¡Uf! Hay alrededor de doscientos nombres. ¡Cómo narices voy a memorizarlos todos! Este tío está loco de atar, me digo encendiendo el ordenador. Tengo que pasar el listado de clientes en una carpeta que empiezo a

copiar en un *pendrive* nuevo, lo que me lleva cerca de una hora. Tengo el trasero, la espalda y el cuello entumecidos, sin hablar de los dedos de las manos... ¡ni los siento! Pero me aguanto.

Me levanto y vuelvo a la oficina de Lucifer. Llamo a la puerta y me dice que entre. Está de pie frente a los enormes ventanales de su oficina. Las vistas de la ciudad son impresionantes. Habla por teléfono en alemán. ¡Qué tío! ¿Hay algo más que no sepa hacer? Me pregunto como mera curiosidad. Me ve reflejada

en el reluciente cristal de la ventana, se gira y me hace una señal para que me acerque. Le obedezco y cierro la puerta tras de mí. Tiemblo porque sé que ahora tocará el bendito tema de la deuda, y a saber con lo que me sale. ¡Miedo me da! Espero de pie. No entiendo nada de lo que dice. Tarda como quince minutos en finalizar la llamada. Un poco más y me quedo dormida de pie. Pestañeo sacudiéndome el muermazo.

Le dejo el *pendrive* sobre la mesa mientras le doy un informe detallado de lo que he estado haciendo en las últimas

horas. ¡Ni las gracias me da el desaborido! Tampoco es que las necesite de alguien como él, pero qué menos dadas las circunstancias.

—Por cierto, señor... mi amiga Andrea Harper quiere dedicarle la portada del jueves a... su hermano — verbalizo sin darme cuenta.

Joder. ¿Qué narices estoy diciendo? ¡Seré idiota! ¡Él no es David, con el que trataba todos los temas!

—¡Qué considerada es la intrépida señorita Harper! —ironiza.

Está claro que la detesta, pero sonrío ladeando la cabeza porque igual cae la breva y se ofrece para que mi amiga le entreviste, aunque lo dudo.

Este está peleado con los medios de comunicación y con medio mundo, remata la voz de mi conciencia.

¡Qué razón tiene!

—¿Quiere contarme algo más, señorita Taylor?

Mierda. A ver si también tiene el don de leer el pensamiento, porque en vez de ojos parece que tiene rayos X.

—Lo digo porque ha habido un

centenar de periodistas que se han puesto en contacto con mi jefa de prensa ansiosos por conseguir un buen titular.

Guau. No se le escapa nada.

Desde luego, dice la voz de mi conciencia.

—No... esto... Me lo imagino, señor —balbuceo, y él frunce el ceño—. Pero mi amiga no quiere molestarle, así que me he ofrecido a colaborar en el reportaje que está preparando. En él quiere plasmar la trayectoria profesional y el lado más filantrópico de su hermano.

Arquea inquisitivamente una ceja.

Oh, oh, parece molesto con la iniciativa...

—¡Ni se le ocurra hacer semejante cosa o acabará de patitas en la calle, señorita sabelotodo! —vocifera.

¿Quéee? Doy un respingo.

—¿Cómo se atreve a tomar semejante decisión sin tan siquiera consultarme?

Oh, mierda, se ha cabreado.

—¡David era tímido! ¡Nunca habría dado su consentimiento para que se llevara a cabo ningún reportaje!

Abro la boca y la cierro de golpe, ruborizada.

—¿Quién se cree que es para decidir por los que ya no están? —dice alterado.

¡Hasta aquí podíamos llegar!

—¿Que quién soy? —le desafío con los brazos en jarras. Estoy desatada—. Se lo diré muy alto y claro, soy la mujer que cuidó desinteresadamente de su hermano mientras estaba enfermo, gilipollas.

¡Oh, mierda! Eso ha sonado fatal, me digo aterrorizada por el modo en que me



está mirando. ¡Parece que quisiera matarme! ¿Qué me está pasando? ¿Por qué estoy tan alterada?

Arréglalo antes de que te despida, grita mi conciencia.

—¿Cómo me ha llamado? —inquire peleón, sosteniendo mi aterrada mirada.

Parece un glaciar, a juzgar por su penetrante mirada felina. Un gladiador preparado para la lucha. ¡Madre mía! Trago saliva cuando lo veo llegar hasta mí. El corazón me retumba contra la garganta. Estoy perdida.

—¡Le he hecho una pregunta! ¡Tenga la decencia de contestarme!

Niego con la cabeza asustadísima.

—Lo siento... no quise ser grosera; lo lamento, de veras...

Me mira con arrogancia y engreimiento.

—No vuelva a faltarme al respeto o juro por Dios que la despediré, no sin antes haberle dado unos buenos azotes en su lindo trasero. ¿Le queda claro? — me grita furioso.

Asiento aterrada mientras me llevo una mano a mi pobre trasero.

—¡Si tanto apreciaba a mi hermano, respete su memoria!

—¡Claro que le apreciaba! Solo pretendía hacerle un homenaje, señor — le digo intentando disuadirlo.

Ni con esas da su brazo a torcer el muy terco.

—¡Nada de homenajes! ¡Dave era tímido! —me recuerda alzando la voz.

Enmudezco. ¿Cómo le digo a Andrea que no cuente conmigo? ¿Por qué siempre me meto en líos? ¿Por qué no soy capaz de mantener la boca cerrada?

Tanta impulsividad me está pasando factura.

—Está bien. No me prestaré a hacer ningún reportaje —asevero, alzando el mentón—. Si no tiene más tareas que darme, estaré en mi mesa trabajando.

Giro sobre mis talones decidida y rezando para que no me saque el dichoso tema de la deuda, u oferta, tal como él lo llama.

—¿No va a suplicarme que le conceda una entrevista a su amiga?

¿Cómo?

Suspiro pacientemente porque sé que

se está burlando de mí. Me paso una mano por la mejilla y me doy la vuelta. No va a lograr desestabilizarme, me digo, y no le voy a suplicar nada aunque me fusilen. Lo siento mucho por Andie, pero es así.

—Mi amiga es muy creativa, sabrá ingeniárselas por sí sola, señor —le suelto en todos los morros.

Tiene las manos metidas en los bolsillos. Es su seña de identidad, como el mirarme fijamente. Bueno, esto último se ha convertido en una costumbre.

—¡Siéntese! —me ordena de muy malos modos.

¡Qué susto me acaba de dar el muy gritón!

Llego hasta uno de los sofás y tomo asiento como una autómatas. Don Gruñón vuelve a estar cabreado, para no variar. ¡Oh, Dios! Queda menos de media hora para que lleguen los de la estrategia publicitaria, pienso consultando el reloj digital de la pared, y se le ocurre sentarse frente a mí solo para sacar el tema de la dichosa deuda. Seguro que sí, y me preparo para lo peor.

—Usted dirá, señor —digo aparentemente tranquila, alzando el mentón.

—No quiero hablar de su intrépida amiga sino de usted y de mí —comienza diciendo.

Eso ya lo sé, me digo con el corazón en un puño.

—Como ya le he comentado, quiero hacerle una oferta.

—¿Una oferta? —me hago la tonta solo para sacarle de sus casillas.

—¡No se pase de lista conmigo! —me advierte.

Intento calmar mis agitados nervios.  
No sé por qué, pero me da que vamos a  
acabar discutiendo. Lo sé...

—¿La oferta tiene que ver con... con  
lo que ha hecho por mí? —asiente.

¡Mierda!

—Imagino que después de dejar  
claro que no quiere que me abra de  
piernas para usted, me va a proponer  
que tengamos una aventura. ¿No es así?  
—inquiero poniéndome en la piel de  
muchas de mis compañeras de profesión  
—. Porque si es así, mi respuesta es otro  
no bien rotundo, señor —me



envalentono, mientras percibo que su rostro es inescrutable y sus ojos dos carámbanos—. Ahora, si me disculpa, he de seguir trabajando.

Me ordena que no me mueva del sitio. Su voz es como un arma afilada: asusta hasta el extremo de que se me ha erizado la piel. Siento una extraña sensación de querer salir huyendo de allí, pero aguanto con estoicismo mi desventura. ¡Si David viviera nada de esto me estaría pasando!

—No quiero tener una aventura con usted, sino una relación carnal exenta de

ataduras —dice con todo el descaro del mundo.

Y... ¿qué diferencia hay, pedazo de cretino? Aun así he vuelto a enmudecer en un tiempo récord. ¿He oído bien?

¡Calma! Grita la Taylor de los Northumberland deseosa de levantarse del sofá y darle una merecida bofetada. ¿Quién se cree que soy? ¿Una ramera?

—¿Acaso llevo colgado el cartel de puta, señor? —le pregunto, sacando a relucir mi vena barriobajera.

Mi comentario no le ha sorprendido, porque Míster Cara Bonita ya me ha

visto así cuando me cabreo.

—No, pero como ya le dije, he estado observándola y reúne el perfil que busco. Es muy apasionada y sensual cuando se lo propone, señorita Taylor —me rebate con frialdad—. En pocas palabras, le estoy ofreciendo tener sexo del bueno y seguro.

Me he quedado petrificada, y abochornada, por supuesto. ¡Quiero lanzarme sobre él y abofetearlo para borrar de su rostro tanto engreimiento y cinismo! ¡Si este se piensa que voy a

sucumbir a su jodida oferta solo porque esté como un tren, va apañado! ¡Vamos!

—Y si le dijera que no estoy interesada en su oferta... ¿dejaría de acosarme, señor?

Arquea una ceja combativo. Oh, oh, Lucifer no tarda en dejar ver el rabo.

—¿Acosar? ¿Qué demonios está diciendo? —vocifera—. ¡Nunca he acosado a nadie! —Hace una pausa mientras trago saliva—. ¡Cuidado con lo que acabas de decir, muchacha! —me advierte iracundo, mientras se pone en pie.

Parece un gigante ante mis ojos, pero no me acobarda sino que le imito, aunque mi corazón esté bombeando a un ritmo trepidante y me suden las palmas de las manos. ¿Con qué descaro se atreve a proponerme semejante cosa si solo lo he visto unas cuantas veces en mi vida? ¡Y encima lo detesto!

—No solo rastreó anoche mi teléfono móvil, sino que ahora me sale con esto. ¿Cómo lo definiría usted? —exclamo furibunda y con los brazos en jarras.

El hombre está que trina. Querría estrangularme, pero se contiene.

—Por lo que veo, mi hermana Olga ha estado poniéndola al día de mis métodos, y eso que lo tiene terminantemente prohibido —explota.

Ya he vuelto a meter la pata. Le digo que deje en paz a su hermana y me pregunta que quién demonios me creo que soy para darle órdenes. Nadie, supongo, le espeto. Maldice en ruso fuera de sí.

—¡Ordené rastrear el localizador de su teléfono móvil por una razón muy simple: regresó a casa en metro y a una hora bastante intempestiva, listilla! —se

defiende—. Y si le he salido con esto, tal y como usted lo llama, es porque llevo un tiempo deseándola.

Pestañeo. Enmudezco. Palidezco. Tiemblo... ¿Quéee? ¿Que Lucifer me desea? ¿A mí? ¡Debe de tratarse de una broma de mal gusto! De hecho busco en su mirada algún atisbo de burla, pero no hallo nada. ¿Acaso no tiene amantes a montones? Tomo aire no sé cuantas veces.

Mi lado más salvaje acaba de lanzarse desde un trampolín de diez metros de altura hacia una piscina llena

y profunda y se proclama victorioso. Mi ego se expande a sus anchas, pero le paro los pies al acto.

—¡No me mire así! —me ordena con cara de pocos amigos—. ¡Nunca he acosado a nadie y mucho menos a mis empleados!

Ah, ahora ya no somos esclavos sino sus empleados. Vaya, por Dios.

—¡Yo de usted pensaría bien las cosas antes de decirlas, si no quiere meterse en un buen lío!

Estoy que muerdo; además de querer follarme, no va a dudar en demandarme



llegado el caso. Me he vuelto a sentar. Estoy como en estado de *shock*, mientras mi cerebro asimila y procesa toda la información a un ritmo trepidante. Nunca olvidaré este día, lo sé por cómo me tiemblan las manos y las piernas. Un ligero escalofrío me recorre la espalda. Me desea pero... en su cama de multimillonario, soltero y mujeriego, me repito incrédula. ¿A cuántas les habrá ofrecido semejante cosa? Seguro que a muchas, pienso ensimismada, tanto que no me he percatado de su ausencia, porque acaba de plantarse ante mí con

una Coca-Cola Zero, que imagino ha ido a buscar a la máquina expendedora. ¡Qué considerado! dice mi lado más salvaje mirando extasiado a Lucifer. La abre después de limpiar el borde y luego me la ofrece. Le miro confusa, desconcertada, mientras ocupa el asiento de enfrente.

—Bébasela —me ordena de muy malos modos—. Le ofrecería un brandy, pero sé que no tolera el alcohol.

No salgo de mi asombro. Ahora, sabe otra cosa más sobre mí. Capullo controlador. Sostengo la lata con manos

temblorosas. No quiero que me desee ni que sepa nada sobre mí. ¡Solo quiero que me deje en paz! Si fuera otro quien me hiciera semejante oferta me lo pensaría, pero con Lucifer... ¡ni hablar!, me digo luchando contra mis propios anhelos y frustraciones. Doy un ligero sorbo. La bebida fría y espumosa baña mi boca y baja a través de mi garganta seca hasta el estómago. Doy otro sorbo más y deposito la lata sobre la mesa.

—Es... es imposible que me desee, señor —murmuro.

—¿Por qué no? ¿Acaso piensa que estoy hecho de piedra? —dice ofendido.

Le miro como él hace conmigo. Su mirada felina denota enojo y una irrefutable convicción de que lo que me acaba de decir es la verdad.

—No me refería a eso.

—¿A qué, si no?

Pongo los ojos en blanco intentando buscar cierto orden en mi interior para encontrar las palabras exactas y decirlas sin que don Gruñón se sienta ofendido.

—Usted y yo siempre nos hemos llevado mal.

—¿Y?

—Hace un rato dijo que no olvidaba fácilmente cómo lo llamé en su día —le rebato—. Se supone que debe odiarme, no desearme.

—Odiar es una palabra que no está en mi vocabulario.

Le miro asombrada. Tomo la lata de refresco y bebo un largo trago antes de volver a depositarla sobre la mesa.

—Además, estoy seguro de que si hubiera sido David quien le hubiera dicho que la deseaba no habría reaccionado así, se habría sentido

halagada y no tan afectada —me suelta irónico.

Le digo que no me lo esperaba, recalcando lo respetuoso que era su hermano.

—¿Acaso yo no lo estoy siendo con usted?

—Un hombre educado no le haría semejante propuesta a una mujer decente, señor —le digo.

—¿Por qué? —quiere saber.

—Su hermano era muy respetuoso.

—¡Deje de mencionarle de una buena vez! —me ordena alterado.

—Señor... —empiezo a decir, abrumada.

—¿Por qué me rechaza sin fingir un mínimo de interés? —me interrumpe.

Su voz grave retumba en mis oídos. Asusta.

—¡Es mi jefe! —exclamo horrorizada. Mi respuesta no parece sorprenderle, ni mucho menos inmutarle —. ¿Acaso le parece poco?

Impertérrito. A este le da igual todo, me digo, pero veo que no es así porque

ahora sus ojos han adquirido un matiz extraño. Se han ensombrecido inexplicablemente. ¿He sido demasiado dura con él?

—Soy consciente de que no somos amigos, pero todo es posible —dice serio.

Dudo de que eso sea así, porque no es de los que se relaciona con gente como yo. David, en cambio, era mucho más afable y reconozco que ya le estoy echando mucho de menos. Le guste o no a don Perfecto.



—Además, si aceptara mi oferta, la relación jefe-empleada pasaría a un segundo término, seríamos dos personas adultas que intentan disfrutar de la compañía del otro.

Suena genial, dice mi lado más salvaje mientras toma un Daiquiri de fresa tumbado en una hamaca a orillas de una playa exótica. Lo he mandado a hacer gárgaras.

—Y... ¿si le dijera que no deseo disfrutar de su compañía, señor?

Alza el mentón apretando con fuerza la mandíbula porque no se lo estoy

poniendo nada fácil y su paciencia tiene un límite. Lo sé, pero no voy a ser su puta.

—¿Cómo puede estar tan segura de ello si no me conoce lo suficiente? — dice con arrogancia.

¿Acaso Lucifer es otra persona en la intimidad? ¡Ay, Dios mío! Ha cruzado las piernas y uno de sus brazos descansa sobre el respaldo del sofá. Le envuelve un aura extraña de misterio que me atrapa inexplicablemente. ¡Que Dios me ayude!

—Así es. No le conozco lo suficiente, pero sí le he visto cuando pierde los estribos y, créame, no es un plato de gusto, señor.

Sus ojos brillan de un modo cautivador. Se ha puesto serio, pero acaba carraspeando.

—Usted tampoco se queda atrás, señorita Taylor —me recrimina. ¡Será insolente!—. Nadie antes me había llamado como usted lo ha hecho... — hace una pausa y yo me sonrojo—... es evidente que los dos tenemos bastante carácter, lo cual haría que las cosas

fueran incluso más excitantes e interesantes entre nosotros —afirma desde esa mente privilegiada y morbosa que tiene.

—¿Qué tiene de excitante e interesante discutir?

Sonríe pícaramente como si se le acabara de cruzar una idea por la cabeza y me dice con todo el descaro que le caracteriza:

—Los polvos de reconciliación suelen ser realmente buenos, créame —dice con voz grave y seductora.

¡Madre mía! ¡Creo que acabo de correrme en las bragas, otra vez! Me ruborizo de inmediato ante su ardiente mirada; no sé cómo convencerlo para que me deje en paz. De sobra es sabido que Alexander Crawford siempre se sale con la suya, y esta vez me ha tocado a mí y no me agrada nada ser el centro de su deseo, nunca mejor dicho.

—La idea, a fin de cuentas, es cobrarse la deuda.

—Por más que la desee, no quiero que esté en deuda conmigo. Logré encerrar al malo porque era lo más

sensato dadas las circunstancias. Piense por un momento en las ventajas de una relación basada solo en el placer, libre de ataduras, exenta de responsabilidades...

—Nunca me han atraído ese tipo de relaciones. Son indecentes —le digo.

—En absoluto. Son mucho más excitantes que las habituales. No me interesan los amoríos —me rebate—, pero le diré, que a diferencia de sus ex, no soy un sádico...

Menos mal, porque tenía mis dudas al respecto, me digo.

—... aunque reconozco que me gusta follar duro...

¿Quéee? Pestañeo. ¿Este quién se cree que soy? ¡Una meretriz!

—...Hace años que dejé atrás el romanticismo y todo lo que ello conlleva....

¡Eso ya lo sé, depravado!, pienso casi sin aliento.

Follar duro. ¡Hum! Murmura mi lado más salvaje.

—Pues yo, a diferencia de usted, soy una romántica empedernida —digo sonriendo muy a mi pesar—. Me

encantan las rosas rojas, las cenas a la luz de la luna, y todo eso que nos fascina a las mujeres.

—En eso se parece a alguien que conozco.

—¿A quién?

—¡Y a usted qué le importa! —me suelta mirándome hasta intimidarme.

—Como habrá podido comprobar, no soy lo que anda buscando, señor—le digo para que me deje en paz de una buena vez.

No parece estar de acuerdo, a juzgar por la expresión adusta de su rostro.



—Estoy seguro de que lo dice solo para que desista y retire mi oferta —su comentario me arranca una sonrisa—. No me tome por tonto, tengo unos cuantos años más que usted.

—Eso ya lo sé,

—¿Me está llamando viejo?

—¡Nooo! ¡Claro que no! —me apresuro a decir.

Carraspea e insiste.

—Probemos a ver, si resulta ser un desastre haremos como que nada ha pasado.

Tiene gracia. Mi jefe quiere follarme. Le doy a entender que soy una puritana y no lo capta. No quiero pensar en la cara que pondrá cuando lo descubra.

—¿Probar? —titubeo.

—Sí, cene conmigo esta noche. En mi casa.

¡Otra vez en *shock*! ¡Madre mía! El rubor me come, mientras mi corazón parece un tambor de los Masái. ¿Quéee? ¿A cuántas habrá invitado a su casa solo para follárselas?

—No... no creo que sea una buena idea —le digo seria.

Arquea una de sus cejas oscuras en una actitud severa e inflexible. He agotado su paciencia. Lo sé. Pues que se aguante. Es lo que hay.

—¿Tiene miedo? —inquire con voz ronca.

Sí...

—No... —respondo con cierto titubeo.

—Entonces...

—Ya le he dicho que todo esto no está bien y que no soy lo que anda buscando.

Me mira... mira... y remira, y se acaricia el cabello con una mano.

—Nunca la forzaré a hacer algo que usted no quiera, señorita Taylor...

No sabe cuánto me tranquiliza oírle decir eso, pedazo de vicioso engreído, me digo mientras me muerdo la lengua.

—Pero sería interesante que reconsiderara lo de la cena y mi oferta. Ha de saber que en el caso de que acepte esto último, debe firmar un contrato de confidencialidad para preservar mi privacidad...

Le miro perpleja. ¿Un contrato de qué?

—... ahora retírese —me ordena más frío y distante que de costumbre.

—Sí, señor.

Preservar su privacidad, dice. ¡El muy perverso! Pero ¿y la mía? ¿Dónde va a parar mi intimidad si esto llega a oídos de mi familia?

¿Y con este te vas a abrir de piernas? Dice mi lado más serio y cuerdo.

No, me digo aún en *shock* mientras salgo de su flamante oficina.

¡Menos mal! Proclama mi conciencia.

*E*l señor Douglas Harvey y su equipo acaban de retirarse con una sonrisa de oreja a oreja. Es la primera vez que veo a un grupo de empleados de Lucifer saliendo de una reunión totalmente relajados y contentos. No negaré que me

ha sorprendido gratamente que fuera así.  
De veras.

El nuevo equipo de publicistas lo forman dos hombres y una mujer: Stanley Grey, Dylan Caine (es inglés como yo, pero lleva poco tiempo en la ciudad según me dijo. El tío está buenísimo y presiento que no va a ser la última vez que nos veamos, pues nos hemos intercambiado los números de teléfono. Sí, lo sé, nunca lo he hecho, pero quería desquitarme del recuerdo de Lucifer) y Stacy Palmer, una chica muy amable y educada, casi de mi misma



edad. Los he saludado mucho antes de que entraran en la sala de juntas donde el depravado de mi jefe los esperaba con la cara larga. Son rostros nuevos y jóvenes. Les he servido diferentes refrigerios, mientras Lucifer se perdía de nuevo con la oreja pegada a su Samsung. No he asistido a la reunión porque así lo ha ordenado él. No entiendo por qué, pero él es quien manda. Ahora hay que recibir a los del departamento de creatividad, con los que se reunirá dentro de una semana, de acuerdo con lo estipulado en la agenda.

He memorizado algunos nombres de la lista que me dio y ahora me disponía a leer las famosas normas de don Gruñón. Lo hago para matar el aburrimiento, pues he resuelto que no voy a cenar con él, ni mucho menos aceptar su oferta. Me niego a ello. No soy su ramera ni su nuevo juguete sexual. Si quiere follar, que coja su agenda de soltero mujeriego y llame a una de sus amantes, que seguro que estarían encantadas, porque lo que es yo, ¡ni hablar! El día que decida acostarme con un hombre será porque yo quiero, no

porque haya que firmar ninguna clase de contrato, me digo por enésima vez.

Si mis amigos o mi hermano supieran las intenciones de este cabrón depravado, se iba a enterar de lo que vale un peine. De hecho no dejo de sentir vergüenza con toda esta situación. ¿Por qué yo y no otra? ¡Que me desea, dice! Eso no hay quien se lo crea. Seguro que se lo dice a muchas. Por más que Alexander Crawford sea guapo, inteligente y multimillonario no tiene ningún derecho sobre mí. No soy de su propiedad, sino su secretaria. Mi labor

es cumplir con mi trabajo, no limpiarle los bajos. Pero por desgracia, aún siguen existiendo hombres que nos consideran esclavas sexuales cuando, en realidad, tenemos los mismos derechos que ellos, pienso mientras leo la dichosa lista como si no tuviera nada mejor que hacer en el mundo.

Señorita Taylor:

A continuación le adjunto la relación de normas y reglas básicas que rigen mi empresa. Espero que las tenga en cuenta y las lleve a cabo.

## DEBERES DEL EMPLEADO

Respetar y cumplir todas las normas legales: puntualidad, respeto, orden, responsabilidad, confianza, perseverancia, lealtad, decoro, así como las políticas, los reglamentos y las disposiciones administrativas que sustentan las operaciones de la empresa.

Desempeñar las labores asignadas con responsabilidad, interés, dedicación, eficiencia, esmero y honestidad.

Cumplir con las órdenes de trabajo de sus superiores y realizar las labores adicionales que por interés institucional se le asignen, siempre que sean compatibles con sus aptitudes y se trate de funciones propias del puesto, el departamento y/o la empresa.

Velar por la preservación de todos los intereses corporativos.

Guardar la más absoluta reserva sobre los asuntos confidenciales.

Dar el debido tratamiento de respeto, cortesía y consideración a

sus superiores, compañeros, subordinados y público en general, así como realizar sus labores con espíritu de solidaridad y unidad.

Mantener una conducta pública y privada que no afecte al buen nombre de la empresa.

Asistir a las reuniones, cursos, seminarios, charlas y otros actos requeridos por la necesidad del servicio o tendentes a la superación y capacitación personal.

Obedecer el régimen disciplinario, así como las demás normas éticas y

de buenas costumbres ciudadanas.

## DERECHOS DEL EMPLEADO

Disfrutar de una remuneración equitativa de acuerdo con la política salarial establecida.

Disfrutar de los beneficios y servicios adicionales a la remuneración, según lo establecido en el presente reglamento.

Ser evaluado en el desempeño de sus funciones de forma justa y objetiva.



Tener igualdad de oportunidades para optar a puestos de mayor responsabilidad y compensación, según su capacidad y méritos personales.

Ser objeto de la debida consideración y del buen trato de palabra y de acción.

Lucifer no tiene consideración con nadie. Luego mis derechos en ese sentido quedan vulnerados por el carácter autoritario del susodicho. Aun

así continuó leyendo como la más aplicada:

Beneficiarse del descanso vacacional, licencias y de los días declarados no laborables por las leyes.

¿Beneficiarse? ¡Si tengo que avisarle con tres días de antelación para poder irme de vacaciones!

No ser objeto de discriminación por motivos de raza, religión,

política partidaria y situación socioeconómica.

Ejecutar el trabajo bajo adecuadas condiciones físicas, así como con una equitativa distribución del mismo.

Apelar cualquier acción en que se considere afectado desfavorablemente en la aplicación de los sistemas de evaluación del desempeño, régimen disciplinario y otras acciones de personal.

Recibir las indemnizaciones y beneficios que legalmente estén establecidos en el Estatuto de los

Trabajadores y los reglamentos de la empresa.

Beneficiarse de los programas de adiestramiento y desarrollo personal.

Expresar sus puntos de vista, iniciativas e inquietudes relacionadas con su trabajo con la intención de mejorarlo, siempre y cuando su superior lo estime conveniente.

El incumplimiento de estas normas supone motivo de despido.

Alexander Crawford

Presidente de Crawford Group  
Agency

Presidente de Crawford  
Corporations & Holding TLC

¡Menudo es, el muy sinvergüenza!  
Por mí que se meta las normas por  
donde le quepan, me digo otra vez  
alterada y deseando, más que nada,  
regresar a casa. No soporto más esta  
maldita jornada y espero que en lo  
sucesivo no vuelva a ocurrir lo de su  
mesa de trabajo o me veré obligada a  
usar mi spray de pimienta. Hablo en

serio, si él está acostumbrado a salirse con la suya, conmigo va apañado. Soy una mujer a la que le gusta tanto o más que a él la disciplina y la rectitud, y lo que ha hecho hoy rebasa el límite de la moralidad y el respeto. Este se piensa que soy su furcia y que cuando a él le apetezca he de abrirme de piernas. ¡Ja!

No en vano, hace unos minutos le he pedido que me facilite la copia de mi contrato. Y en él no figura que he de follar con el jefe. Me dieron ganas de decírselo, pero desistí y opté por guardarlo en una carpeta con el listado

de clientes. Mi salario es de dos mil dólares, lo que me ha dejado boquiabierta, pues con este dinero podré ayudar a los míos. Lo tengo más que decidido. No quiero pensar que el aumento de sueldo se deba a un señuelo por la oferta que me hizo, pues ciertamente, no negaré que es excitante y muy tentadora. Un hombre como Lucifer no se encuentra a la vuelta de la esquina, y mucho menos te hace una proposición, indecente como esta. Me miro y no puedo evitar querer caer en la tentación por momentos. Si mi mente rehúsa tener

nada que ver con Lucifer, mi lado más salvaje, impulsivo y temerario promueve que debería dejarme de inhibiciones y dar el paso, porque el tío, a pesar de su mala leche, está buenísimo y sabe besar y acariciar. Lo que he experimentado sobre su mesa, no lo había vivido nunca, y la sensación fue de lo más placentera. Pero no, me digo, seguro que encuentra a otra con la que follar.

¡Aguafiestas!, grita mi lado más salvaje.



Evito escuchar su lamento. Tu deber es trabajar y ganarte el pan con el sudor de tu frente, me dice la voz de la conciencia.

¡Aguafiestas!, vuelve a repetir mi lado más salvaje, impresionado por el cuerpo de Lucifer.

Yo, en cambio, miro para otro lado por si acaso, pues sé que lo de la cena es una excusa para que acabemos follando, y duro, como él quiere. Algo que me inquieta, asusta y suscita una extraña curiosidad, pues sin quererlo he buscado en Google la expresión sexo

duro. La información que encuentro en la Wikipedia me ha dejado de piedra. Sexo duro es el equivalente al sexo salvaje y enérgico. Ello incluye sexo oral, anal y vaginal. ¡Casi nada para una virgen como yo! ¡Dios bendito! ¡No voy a acostarme con él, ni mucho menos comerle el rabo! ¡Me niego a ello! Pero, ¿qué puedo hacer para quitármelo de encima? ¿Qué excusa me invento? ¿Me escondo en el loft de Linus hasta que al muy salido se le pase el calentón o aparezca otra candidata? ¿Le digo la verdad sobre mi virginidad?

Él no es como su hermano, dice la voz de mi conciencia.

Ciertamente, Lucifer no es comprensivo ni afectuoso, sino todo lo contrario. Apenas sé nada de él, salvo que estuvo comprometido con Miranda Parker, una bellísima modelo con la que rompió hace un año o dos, o eso fue lo que me dijo David, porque de la ruptura nunca se habló dado el carácter reservado del susodicho. Desde entonces, todo son especulaciones sobre su vida privada. Muchos dicen que es un mujeriego como el gilipollas de Bomer,

otros que es un sieso de mierda que vive atado a su trabajo. Esto último es real, pero lo anterior puede que sea igual de cierto también, porque tiene pinta de serlo. David me contó en su día que su hermano triunfaba con las mujeres. ¡Faltaría más, con el físico que tiene! También hizo alusión a que es un apasionado de las motos y los coches de alta gama y cilindrada. De hecho tuvo varios accidentes de tráfico, de ahí, imagino, la horrible cicatriz que tiene en el costado derecho. Además posee varias propiedades repartidas por los

cinco continentes, un helicóptero, un jet privado y un yate atracado en la Costa Azul y otro en no sé dónde, además del que heredó de su abuelo, el *Fortune's Sky*. Ha adquirido una pequeña isla en el Pacífico. Conoce a centenares de *celebrities* y se mueve como pez en el agua en el negocio de la publicidad y las telecomunicaciones. Habla varios idiomas: alemán, francés, chino, italiano y ruso, este como lengua materna. Es pionero en la fabricación de una fibra sintética cuyo material irrompible se usa para pantallas de televisores y

ordenadores, o sea, que es un tipo asquerosamente rico y egocéntrico con tan solo treinta y dos años. No en vano la revista *Forbes* lo encumbra entre los cien hombres más ricos e influyentes del mundo, pero no deja de ser mi jefe, al que le ha entrado la locura de confesarme que me desea, y tengo que ver el modo de salir de este embrollo.

La puerta de la oficina de don Gruñón se acaba de abrir de sopetón. Doy un ligero respingo en la silla. Hora de irse a casa. ¡Hurra!

Sale provisto con su maletín de cuero. Parece ligeramente cansado y fatigado, y... ¿cabreado? Ojalá me sirva para que no me dé la vara sobre la dichosa cena y oferta, pienso mientras voy recogiendo mis pertenencias. Reviso la torre del ordenador; ya hice lo propio en la sala de la fotocopidora, faxes, etcétera. Lucifer ha introducido la tarjeta electrónica en la puerta de su oficina y esta se ha cerrado automáticamente. La guarda en el bolsillo del pantalón. Pasa delante de mí más serio que de costumbre. He cogido

mi bolso y mi carpeta. Le sigo detrás como una autómata. Evito a toda costa mirar su espléndida espalda y el culo prieto, pero es en vano. El asqueroso es... ¡un bombón incluso de espaldas!

Y te desea, dice mi lado salvaje luciendo un picardías rojo de encaje.

No le hago ni caso.

Freeman ha surgido de la nada después de toda la tarde desaparecido. Nos saluda. Solo yo le respondo. Llegamos a los ascensores, cuyas puertas se abren automáticamente por sus sensores de calor. Evidentemente,



Freeman toma el ascensor contiguo y yo me veo, otra vez, sola con el depravado de mi jefe. Las puertas metálicas acaban de cerrarse. El elevador se ha puesto en marcha. Siento un ligero hormigueo en la punta del estómago al descender ochenta plantas.

Estoy deseando llegar a casa, darme una merecida ducha e ingeniármelas para quitarme de encima cualquier recuerdo de este depravado que tengo por jefe. Acaba de dejar el maletín en el suelo del ascensor. Suspiro pensando en Linus y en qué estará haciendo en este

preciso instante. Le echo tanto de menos, me digo justo cuando a don Gruñón le da por pulsar el botón de «stop», lo que hace que el ascensor se detenga de golpe y yo salga, literalmente, disparada hacia sus brazos. Boqueo confusa y sonrojada al ver cómo mis pertenencias caen al suelo. ¡Qué horror!

—¡Señor! —le digo, zafándome de él para recoger mi bolso y la carpeta.

—Voy a besarla, y esta vez no trate de resistirse, señorita Taylor —dice con voz grave.

¿Quéee?

Mi corazón acaba de dar un gran vuelco. Me incorporo y le miro, y lo que veo me deja sin aliento. Me acaba de despojar de mis cosas y en menos de lo que canta un gallo volvemos a ser una fusión de labios, lenguas, jadeos y gemidos. ¡Por Dios! ¡Qué estoy haciendo!, me reprocho a mí misma desde lo más recóndito de mi ser, mientras Lucifer me mete la lengua hasta la garganta. Gimo como una posesa cuando me sube la tela del vestido hasta la altura de mis caderas con un ardor incontrolado. Más que saltar chispas,

brotan llamas. ¡Ya lo creo! ¡Ay, Dios mío! Me acaba de alzar unos centímetros del suelo y he acabado enroscando mis piernas alrededor de su cintura, completamente exhausta y excitada. Pero ¿qué estoy haciendo? Me vuelvo a reprochar. ¿Acaso he perdido el juicio? ¿Dónde está mi moral y mi vergüenza?

¡Te la está robando él con su oscuro juego!, grita mi conciencia.

—Eso es, envuélveme con tus largas y sedosas piernas, nena —dice jadeando contra mi boca que devora en el acto.

¿Nena? ¡Ay, Dios mío! Me acaricia los muslos de arriba abajo y de abajo arriba hasta llegar a mis nalgas, que las estruja y acaricia con frenesí mientras mete sus cálidas manos bajo mi ropa interior. Pellizca mis glúteos y grito. Lame mis labios con su lengua y me da un ligero cachete en las nalgas. Gimo exhausta contra su sedosa boca. Mi corazón se desboca, no tengo control sobre él, ni siquiera sobre mí misma. Chupa mi labio inferior, luego el superior y acaba metiéndome la lengua en la boca, otra vez. Gime cuando la mía

se fusiona con la suya. Sus manos han subido hasta mis pechos, los acaricia, los aprieta con un ardor incontrolado. Noto una creciente humedad en mis bragas. Creo que me acabo de correr del gustazo. Tengo el cuerpo ardiendo en una hermosa llama que amenaza con devorarme para toda la eternidad. ¡Nunca antes me había sentido así! Vuelve a darme otro azote en el trasero, me contraigo y chillo contra sus labios. Mi lado más salvaje se ha desatado y está fuera control, y me aterra, pero aun así no me paro a pensar, sino que me

dejo llevar por el fuerte latido de mi corazón. Me lanzo a su cuello y me abraza con irrefutable fuerza. ¡Ay, Dios! Con dulzura, me baja de su cintura y me ordena que abra las piernas. Obedezco, mientras le muerdo ligeramente la barbilla. Lamo su mentón, mordisqueo su hoyuelo logrando arrancarle otro jadeo y vuelvo otra vez a su boca. Nunca antes un beso me ha parecido tan largo, tan intenso, tan placentero. No me canso de él, todo lo contrario, y a él parece sucederle lo mismo conmigo, porque me lo acaba de decir entre

jadeos. Ciertamente, los dos somos muy pasionales. Muchísimo diría yo. Chillo cuando su mano se mete bajo la gomilla de mi ropa interior para acariciar mi sexo húmedo y caliente.

—Te has corrido —me regaña.

Me río vergonzosa. Clavo mis ojos en esa mirada felina, cálida y brillante, y me muerdo distraídamente el labio inferior. Me dice que no lo haga; lo reto excitada y juguetona.

Sonríe seductoramente muy cerca de mis labios. Me encanta su sonrisa de niño grande.



—Seguiría dándole azotes en ese hermoso trasero que tiene, señorita Taylor, pero Freeman nos espera en el p arking, aunque... —hace una pausa y me besa—... antes quiero darme un ligero fest n con esto... —dice chupando mis labios.

Me abandono. S  a lo que se refiere, pues sus dedos siguen estimul ndome, excit ndome. Frota con su pulgar mi hinchado clítoris a un ritmo enloquecedor, mientras mis entrañas se preparan para un inminente orgasmo.

—Y con esto, también.

Chillo cuando introduce un dedo largo y grueso dentro de mi ser y lo gira con suavidad. Lo mete y lo saca frenéticamente y yo creo morir en exquisitos espasmos, en hermosas sacudidas; tiemblo, jadeo exhausta entrecerrando los ojos, absorbiendo la dulce sensación que me invade. Noto una oleada de calor que recorre mi cuerpo como si de una bola de fuego se tratara. Las entrañas se me expanden más y más, mientras mi corazón late estrepitosamente. Me gusta lo que me hace y cómo lo hace. Es muy... muy

placentero. Tanto que me sorprende jadeando como una posesa.

—Abre los ojos y mírame. Quiero ver cómo te corres para mí.

Y le miro. Sus pupilas han adquirido un hermoso matiz.

—¿Te gusta?

Asiento exaltada, pues mete y saca su dedo de mi vagina a un ritmo arrebatador. Chillo, jadeo y gimo contra sus labios. Sonríe pícaramente.

—A mí también. Sobre todo, que estés tan húmeda y caliente para mí, nena.

¿Nena? ¡Oh, sí, Dios! Estoy húmeda, caliente y jadeando para él. Así es como me siento. ¡Hum! Mis entrañas se estremecen en una deliciosa sensación de plenitud y goce cuando él sigue frotando mi clítoris con el pulgar. Acerca su boca a la mía para devorarla en un beso demoledor que sofoca mi grito de placer.

Dile que pare, me grita la conciencia.

Mi lado salvaje acaba de amordazarla para que no me agüe la fiesta...

—Vamos, cielo, suéltalo —me anima, mientras mordisquea mi cuello.

Me cuesta respirar. Chillo cuando vuelve a meter otro dedo en mi vagina húmeda y resbaladiza. Dos dedos. Los mueve y los saca hasta lograr que me corra como un manantial. Ríe satisfecho ante su hazaña. Retira los dedos y procede a chuparlos por turnos. Tiemblo y me retuerzo como resultado de un increíble orgasmo. De nuevo, acerca su mano a mi sexo para volver a introducir los dedos en mí.

—Hazlo otra vez —me ordena,  
mientras me masturba.

¿Quéee?

—¡Señor! —le ruego con el corazón  
desbocado y ante otro inminente  
orgasmo, pues sus dedos hacen estragos  
en mi sensible ser.

Se nota que es de los que no te da  
tiempo a recuperarte. ¡Madre mía! ¡No  
quiero pensar en cómo es en la  
intimidad! Tiene que ser un follador  
irredento.

—Alexander —me corrige—. Vamos,  
quiero ver cómo te corres otra vez,

preciosa.

Y empieza a mover sus dos dedos a ese ritmo que me chifla. Jadeo exhausta mientras mi respiración es cada vez más acelerada. Me besa profundamente en la boca. Sus labios saben a mi esencia agridulce. Apenas me queda aire en los pulmones, es como si hubiera corrido toda un maratón sin parar.

—Estás muy cerrada. ¿Cuánto hace que no follas?

—¡Oh, Dios! Hace tiempo —le digo temblando.

—Le vas a venir como un guante a mi polla... ¡oh!... —jadea cuando le meto la lengua en su boca solo para silenciarlo.

Alargo una mano para palpar su creciente erección. Es tal y como imaginaba, larga, gruesa y está dura como una roca. Me detiene porque dice que está a punto de correrse.

¡Ay, Dios! Estoy muy cerca, mis entrañas se tensan y voy sintiendo esa ola de placer que va incrementándose y que amenaza con sepultarme. Mis pezones se yerguen plenamente bajo la



tela de mi vestido. Mi corazón está desbocado y mi respiración, ahora, es igual de agitada que la suya, y en nada vuelvo a estallar justo cuando él retira sus dedos de dentro de mí. Mi cuerpo se convulsiona en una exquisita sacudida mucho mejor que la anterior. Mis piernas tiemblan en ligeros espasmos. Me aferro a su antebrazo para no caer, mientras le veo chuparse los dedos con vehemencia. Mis mejillas no tardan en teñirse de rubor. ¡Qué hombre!

—¡Hum!            Delicioso...            —se  
congratula.

Mi corazón es un auténtico tambor. Retumba contra mi garganta cuando introduce repentinamente sus dedos en la boca. Se los chupa y lame por turnos, provocando en mí una visión de lo más erótica. Noto cómo mi adrenalina ha alcanzado cuotas insospechadas y la sangre fluye caliente por mis venas para recorrer todo mi cuerpo. Siento un fuego abrasador que amenaza con consumirme.

—¿Quieres probar? —pregunta, ronco y excitado.

Asiento abriendo la boca para él. Empiezo a lamérselos por turnos,

también. Mi saliva se entremezcla con la suya. Le miro a los ojos. Sus pupilas se han dilatado y han adquirido un matiz abrumador. Chupo desde la punta de su dedo corazón hasta llegar a la base. Me relamo, para su deleite.

—Me fascina cómo respondes a mis caricias —dice, mientras mordisquea mis labios.

No duda en descender a mi cuello, me lame de un modo salvaje y primitivo hasta llegar a mi boca, que devora sin piedad alguna. Está igual de excitado y hambriento que yo. De ahí que nuestras

lenguas se busquen, se acaricien en un baile de lo más erótico y sensual. Gemimos al unísono. Dice que lo estoy volviendo loco, tú también a mí me digo desde lo más profundo de mi ser. Me ruborizo ante este extraño pensamiento y soy incapaz de pensar con coherencia, pues aún me siguen temblando las piernas y mi cuerpo sufre ligeros espasmos con sus caricias, porque le ha dado por acariciarme los pechos con un ardor incontrolado y... Mierda, su Samsung comienza a vibrar en el bolsillo de su chaqueta y es ahí donde se

rompe el hechizo y regreso a la tierra para caer de bruces contra ella, porque Alexander ha resuelto atender la llamada antes que seguir metiéndome mano en el ascensor. Mi respiración es igual de irregular que la suya. Nos miramos a los ojos y no duda en mojar el pulgar con saliva para recorrer distraídamente mis inflamados labios. Me quedo quieta mientras se inclina y me da un beso largo y primitivo. Al cabo se mece el cabello, contesta la llamada mientras esta pobre tonta trata de recomponerse de la vergüenza y de

su segundo orgasmo encerrada en un ascensor con el hombre al que creía detestar. ¡Dios bendito! ¿Cómo he podido dejarme llevar?

Me he apartado sutilmente de él para dejarle su espacio. Mi cuerpo llora por volver a sentir sus atenciones. Es una locura. Lo sé, pero es lo que ansío. ¿Cómo es posible?

La llamada tiene que ver con su mundo de rico empresario donde yo no tengo cabida. Se trata solo de sexo —es lo que me ha propuesto— y yo no sé si debo aceptar o no su tentadora oferta.

Mientras mi conciencia no me deja en paz, mi cuerpo arde en deseos de volver a estar entre sus brazos. Ninguna mujer en su sano juicio rechazaría a un tío como Lucifer. El tipo vale pero con todas las de la ley. Puede volverte loca con solo acariciarte, así como hacer que pierdas la razón con solo clavar su mirada felina en ti. Parece que se ha olvidado de mí porque me acaba de dar la espalda. Se mesa reiteradamente el cabello en una actitud beligerante. No se gira para mirarme ni preguntar cómo

estoy. ¿Para qué? Pues es evidente que puede tener a quien quiera.

Mi conciencia vuelve a martirizarme consiguiendo que me ruborice ante mi comportamiento de hace unos minutos. De hecho, acabo de subirme las bragas de talle alto y me he bajado la tela del vestido. Me atuso la coleta. Respiro hondo y me digo que aquí no ha pasado nada, pero no es así. Me acuerdo de mi familia y de mis amigos, pero lucho para no sentirme mal, y me concentro admitiendo que Lucifer ha logrado que en dos encuentros mi monótona vida se



llene de luz y de color. Me ha llevado al borde de la locura despertando en mí emociones que creía haber sepultado para toda la eternidad, y me repito una y otra vez que eso no está bien y que debo guardar las distancias si no quiero salir mal parada. Por más que dice que me desea, no puedo ni debo sucumbir a la tentación.

Él es un hombre de mundo, con mucha experiencia. Yo, en cambio, sigo siendo una virgen llena de anhelos y frustraciones. De hecho, no me cabe la menor duda de que cuando Lucifer

descubra mi secreto, acabará riéndose de mí. Recojo del suelo todas mis pertenencias y le doy al botón para que el ascensor se ponga en funcionamiento, mientras opto por volver a la realidad y me repito una y otra vez que Alexander Crawford es mi jefe y yo su empleada. Luego todo lo demás es una mera ilusión.

*A*ún sigo sintiendo un agradable hormigueo justo donde se unen mis muslos. Porque lo que son mis piernas... son como dos flanes de vainilla, y mi pulso sigue acelerado. No. No puede ser verdad lo que acabo de vivir junto a

Lucifer. Era demasiado hermoso y placentero viniendo de un hombre frío y calculador como es él. Sin embargo, me ha proporcionado dos intensos orgasmos, por no decir que mi cuerpo sigue ardiendo como una antorcha... Inspiro hondamente solo para serenarme; no sé lo que me está pasando pero esto me supera. Se suponía que ambos no nos podíamos ni ver y hemos acabado enrollándonos en un ascensor, y me preocupa no tener el control sobre mí misma. Solo espero no estrellarme

como en otras ocasiones, pues no sé si sería capaz de salir adelante.

Ojalá llegue a casa lo antes posible para poder poner cierto orden en mi interior, por no decir que necesito tomar el aire cuanto antes. Tanto ascensor ha disparado mi libido logrando que mis facultades mentales se ralenticen. ¡Y de qué manera!

¡Resiste!, me digo a mí misma. Solo han sido un par de besos y unas cuantas caricias. Nada más. Tampoco es para tanto. Sin embargo, para mi cuerpo traicionero ha sido mucho más que eso.

Ha supuesto su despertar después de tantos años sumido en un horrible letargo. Lucifer ha avivado el fuego de los rescoldos de las cenizas, que Dios me ayude a sofocarlo.

Espabila de una buena vez. Los hombres como él solo buscan a idiotas como tú para poder pasar el rato con ellas, me grita la voz de mi conciencia, una vez más, solo para hacerme sentir mal. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué no he sido capaz de pararle los pies?

«Una relación basada en el sexo».

¡Dios mío!

¿Cómo me he dejado llevar tan fácilmente? ¿Debería presentar mi renuncia? Pero, ¿qué motivos alego?

¡Uf! No sé cómo me las ingenio, pero voy de mal en peor con los hombres. Menos mal que aquella llamada que recibió lo despistó, que si no... ¡acabamos echando un polvo en el mismo ascensor! Y yo no quiero eso, ¿o sí?

—Envíasele por fax a Steel. Llámame cuando llegues a casa —dice de espaldas a mí—. Ordena a Lane que

compre las acciones de su empresa y luego las venda al mejor postor.

Las puertas del ascensor acaban de abrirse de par en par como dándome a entender ¡corre! De hecho, me sobresalto cuando veo a Freeman plantado delante de mí. El hombre se echa a un lado para que pueda pasar. Mi jefe cuelga sin más su móvil de diseño mientras me devora con la mirada. ¿Qué quiere ahora? ¿Acaso no ha tenido bastante? Parece que no, pues no duda en rozar mis manos con la suya. Siento un ligero escalofrío unido a esa



archiconocida descarga. ¡Por Dios!  
¡Esto ha de acabar!, me digo siguiéndole  
como si fuera una autómatas. Me gusta la  
elegancia y la seguridad con la que  
camina. Así como el modo con que mete  
su mano en el bolsillo de su costoso  
traje de marca. ¡Es tan guapo el muy  
arrogante!

Llegamos donde está el vehículo  
aparcado. Freeman pulsa el mando. Las  
luces del coche parpadean y se oye un  
clic. Abre la puerta a su señor y hace lo  
propio conmigo. Le doy las gracias. Me  
subo al coche, me abrocho el cinturón de

seguridad y cierro la boca. Me asusta lo que ha pasado en su oficina y en el ascensor. No está bien, me repito por enésima vez. El y yo somos como la noche y el día, aunque muy apasionados. Y, sí, saltan chipas entre nosotros, no lo voy a negar, pero me aterra que las cosas sean así porque no me reconozco. Basta que diga que no, para acabar enganchada a esa persona; soy así de enamoradiza, pero con Lucifer voy a intentar marcar los límites.

—¿Está bien, señorita Taylor? —me pregunta de repente.

Nos hemos puesto en marcha. Ansío llegar a casa.

No, no estoy bien.

—Sí, señor —miento como una bellaca mirando a Freeman, que acaba de colocarse un par de tapones en los oídos, supongo que a petición de don Mandón.

—No nos oye, ni tampoco mirará por el espejo retrovisor —me tranquiliza como si estuviera leyendo mi pensamiento—. ¿Qué le ha parecido nuestro segundo encuentro?

Me quedo en silencio

—Vamos, no sea tímida...

—No ha estado mal —le respondo.

Arquea inquisitivamente una ceja. He pisado su hombría de capullo semental.

—Ambos sabemos que ha sido perfecto; todavía conservo su sabor en mi boca, y me agrada que así sea, señorita Taylor.

Le miro más roja que un tomate, mientras mis pezones se yerguen dolorosamente bajo la tela del vestido. ¿Por qué me tortura de este modo? ¿Por qué clava su mirada en mí hasta llegar a intimidarme?

—Ni se imagina lo que mis labios y mi lengua harían con su sexo.

¡Basta! ¡Es indecente!, grita la voz de mi conciencia, mientras mi corazón late a un ritmo vertiginoso.

—Pero ahora la noto indecisa y asustada. ¿Acaso ha tomado la decisión de no querer cenar conmigo?

¡Mierda! La dichosa cena. Sabía que volvería a insistir en ello.

—Así es. No, no quiero, señor.

Veo cómo frunce el ceño. Parece sorprendido y tranquilo, pero solo en apariencia ya que me apuesto el salario

de un mes a que acabará por estallar. A ver cómo acabamos.

—¿Puedo saber el motivo? —  
pregunta serio.

Vaya, ya se ha enfadado.

—No me parece buena idea, señor.

—¿No le parece una buena idea o le preocupa que acabemos lo que hemos empezado en el ascensor, señorita Taylor? —inquire mirando distraídamente por la ventanilla del vehículo.

Mierda, me ha vuelto a leer el pensamiento.

—Si es así, ha de saber que no voy a obligarla a hacer nada que no quiera. Pero ambos somos lo suficientemente adultos y responsables para saber exactamente lo que queremos y lo que no, y yo quiero follar con usted porque la deseo.

¡Menudo pervertido es! Aun así no puedo evitar que sus palabras calen hondamente en lo más profundo de mi ser.

«Quiero follar con usted porque la deseo.»

¿Acaso se ha cansado de su lista de amantes y ahora le ha dado por tirarse a sus secretarias? Porque esta que está aquí puede ser algo ingenua, pero no tonta. Me niego a creer que me desee, ¡es imposible!

—Insisto, esto no está bien —digo, evitando esa mirada felina clavada ahora en la mía.

Suspira pacientemente. Raro en él. Aun así no bajo la guardia, porque si estalla como un poseso quiero estar preparada.



—¿Qué es lo que no está bien?  
¿Follar mientras la masturbo hasta que  
se corra de gusto? ¿Acariciarla? ¿Besar  
sus ardientes labios? ¿Querer lamer su  
clítoris? ¿El qué? ¡Dígamelo!

Siento cómo mi cuerpo se convierte  
de repente en una ardiente llama que  
crece ante la oleada de imágenes  
indecentes que recuerdo. Suspiro  
intentando controlar el fuerte latido de  
mi corazón, así como mi lado más  
salvaje, que asoma provisto con el  
Kamasutra en la mano. Entorno los ojos

y le ruego al cielo que me aleje de toda tentación.

—Nada de eso está bien si uno no está casado o comprometido —le digo ruborizada.

Hala, habló Emma *la Mojigata*, me reprocha mi lado salvaje partiéndose de risa a mi costa.

—El matrimonio y el compromiso no tienen por qué ser un obstáculo para disfrutar libremente del sexo, aunque por lo que acaba de decir, deduzco que es una mujer tradicional. ¿Acaso es

virgen, señorita Taylor? —me suelta sin más preámbulos.

Abro los ojos como platos. ¡Mierda y mil veces mierda! Mi corazón es un mar de inquietud y dudas sobre si debo o no responder a su pregunta.

—No... no quiero contestar a esa pregunta, señor —le ruego, y no me agrada tener que hacerlo.

Frunce el ceño.

—¿Por qué no?

Le miro con cara de pocos amigos.

—Tengo por norma no hablar de mis intimidades con desconocidos, señor.

—Ha de saber que usted y yo hemos dejado de serlo después de lo ocurrido en el ascensor. De todas maneras, no debería negar a su cuerpo lo que su conciencia trata de arrebatarse. Sería muy injusto para los dos, señorita Taylor —dice.

¿Para los dos? ¡Será cínico! ¡Si puede tener a la que quiera y cuando quiera!

—Además, el contrato de confidencialidad consta de una cláusula

que establece que la relación se rompería en el momento en que uno de los dos decidiera dejarlo. Así que no estaría sujeta a ninguna clase de compromiso.

Una relación carnal sin ataduras, exenta de responsabilidades, sin fecha de caducidad por llamarlo de algún modo, ¡madre mía!

«Ni se imagina lo que mis labios y mi lengua harían con su sexo.»

¡Ay, Dios mío!

—Por favor, señor —vuelvo a implorar.

Ahora, su mirada inexpresiva y sin brillo me aterra.

Hemos salido del p arking y nos adentramos en el denso tráfico de esas horas. Echaba en falta la actividad de la ciudad. Es como si hubiera estado metida en una burbuja y Lucifer fuera el centro de todo. No tiene ningún sentido que lo sea.

—De modo que me va a dar plant n —deduce a la postre.

Giro la cabeza y le miro, su bello rostro es una máscara de acero.

—Ya le dije que no la obligaría a hacer algo que no quisiera, pero eso no impide que la siga deseando. Tiene todo el fin de semana para meditar mi oferta, avíseme si cambia de parecer.

¿Quéee? ¡Este hombre es insufrible!  
¿Acaso no acepta un no por respuesta?

¡Tíratelo de una buena vez y déjate de tonterías!, grita mi lado más salvaje, ansioso por echar un buen polvo con El Hombre del Año.

El silencio no tarda en reinar entre nosotros, y es aterrador, como todo lo demás. No puede ser verdad lo que me

está pasando. ¿Por qué a mí y no a otra?  
¿Por qué ha de ser Lucifer quien me ponga la miel en los labios y no otro?  
¿Por qué todo ha de ser tan complicado en mi vida? ¿Por qué no soy capaz de liberarme y echar una canita al aire?  
¿Por qué tengo la costumbre de pensar las cosas con siete días de antelación?

«Una relación basada en el sexo.»

—He... he estado buscando en Google el término sexo duro —titubeo justo cuando su Samsung comienza a sonar otra vez.



¡Qué oportuno! Aun así no me ha prestado la más mínima atención. Parece enojado y molesto conmigo. A lo mejor no estoy cumpliendo con sus expectativas y se está dando cuenta de que ha elegido a la mujer equivocada, y me duele, inexplicablemente, que piense eso.

—*Ciao, Giulia, come stai, amore? Va bene... Io ci sarò.*

¿*Amore?* ¿Acaso ya ha encontrado con quien cenar esta noche? Me quedo muerta. ¡Tendrá cara el muy sinvergüenza! ¡Casi se diría que es igual

o peor de gilipollas que Bomer! Mierda. ¡Ya está! ¡Ya me he cabreado! Cosa que no debería de ser así pero... Necesito apearme del maldito coche ahora mismo. Comienzo a estar harta del oscuro juego de este cretino que solo piensa con el rabo. Se cree que puede usarme en el momento que quiera y donde quiera, y luego si te he visto no me acuerdo.

Me ha dado el arretrato y me he desabrochado el cinturón de seguridad. Ya lo sé, es una imprudencia por mi parte, pero esto es mejor que lanzarme

al cuello de don Gruñón por ser tan mujeriego. No sé por qué, pero me siento tonta, estúpida y utilizada, y la sensación no me gusta nada. Toco el hombro de Freeman que enseguida se quita los tapones de los oídos, mientras Lucifer sigue conversando con la tal Giulia. ¡Pues que le aproveche, al muy capullo!

—Por favor, detente en la siguiente calle.

Freeman hace lo que le pido en un abrir de ojos. Le doy las gracias. Lucifer anda ensimismado con la tal Giulia, el

muy engreído estará hecho todo un políglota, pero es un mentiroso de mucho cuidado. Freeman quiere apearse del auto para abrirme la puerta, pero le digo que no es necesario. Ni tan siquiera me despido del embustero y mujeriego de mi jefe. Le deseo un buen fin de semana a Freeman, que me corresponde con cortesía y cierro la puerta de un portazo. No me giro para ver la reacción de Lucifer, ni cómo se aleja el coche donde va el hombre que me ha proporcionado los dos mejores orgasmos de mi monótona vida.

Estoy en Lexington Avenue, frente a D'Agostino. Me ha dado por entrar al supermercado; porque esa es otra, cuando estoy estresada o bien me da por hacer la compra, o bien por limpiar la casa entera, o bien por ir a Zara o Macy's o por preparar tartas. ¡No tengo término medio! Entro en el establecimiento e inserto una moneda en la ranura del carro y me pongo a escoger lo que necesito y lo que no. Trato por todos los medios de no pensar en ese maldito mujeriego de ojos verdes y cuerpo de infarto, porque me come la

indignación. ¡Si quiere follarse a la tal Giulia que lo haga! ¡Nadie se lo impide, pero que no me mienta diciendo que me desea porque no es verdad! ¡Menudo gañán insensible! ¡Cómo he sido tan idiota! ¡Cómo!

Una vez he acabado en el supermercado, cojo un taxi y enseguida llego a casa. Después de un día agotador y tan intenso, lo único que quiero es desconectar. He entrado en la cocina y he depositado las bolsas de la compra sobre la encimera de mármol. Mis pies agradecen que me quite las bailarinas,

que guardo en el zapatero al fondo del pasillo. Entro en mi dormitorio, dejo la carpeta y el bolso sobre el escritorio y me dispongo a desnudarme.

Ni se te ocurra pensar en él, me dice la voz de mi conciencia.

No pienso hacerlo, contesto. Me doy una ducha rápida y cuando salgo y limpio el vaho del espejo, lo que veo me enfurece. ¡Tengo un significativo chupetón en el cuello! ¡Maldito sea Lucifer! Me envuelvo en una toalla grande y apago las luces del baño. Mi mente es un cúmulo de recuerdos donde

imperan los besos y las caricias más íntimas.

¡Oh, vamos, olvida a ese cerdo!  
Insiste mi conciencia.

Eso intento. Llevo mi pijama de Hello Kitty y las zapatillas de dormir, a juego. Voy directa a la cocina para colocar la compra en la despensa que está semi vacía, al parecer Andie ha estado cocinando. Guardo las tarrinas de Häagen-Dazs en el congelador. Preparo sopa y filete de pollo a la plancha para cenar. No tardo en asaltar mi armario de las chuches (me encantan, sobre todo las



nubes de fresa) antes de sentarme frente al televisor del salón. Voy a mi cuarto para coger el móvil que casi está sin batería y mierda... ¡tengo un correo de Lucifer desde hace una hora! Mi corazón da un gran vuelco y me tiemblan las manos. ¿Qué hago? ¿Lo abro? ¿Lo borro? ¿Lo ignoro?

Ignóralo, dice la voz de mi conciencia. Eso hago. Pongo el móvil a cargar, aunque estoy tentada de abrir el dichoso correo, pero desisto. No merece la pena, me digo, pero es que ¡caray!, nunca me he sentido así ante un simple

email. Cojo el mando de la televisión, la enciendo y me descalzo mientras me tumbo en el sofá, aunque mi mente y mi corazón siguen batallando por culpa de Lucifer. Me entretengo haciendo zapping: telenovelas, concursos, debates, documentales... Bueno, están emitiendo un capítulo de la mítica serie *Twin Peaks*, pero no voy a verla porque soy muy miedosa; me aterran hasta los relámpagos... Cambio de canal. Están reponiendo *Los vigilantes de la playa* en la Fox, resoplo. Genial. Me trago dos capítulos seguidos solo para matar el

tiempo, pues mis ojos traicioneros se han vuelto a posar en mi móvil. ¡Uf! ¡Qué mala es la tentación! Al final, me levanto del sofá con el móvil en la mano, apago la tele, me cepillo los dientes, me meto en la cama y abro el correo.

**De:** Alexander Crawford

**Fecha:** 5 Abril de 2013 20:00

**Para:** Emma Marie Taylor

**Asunto:** Maleducada

¿Quéee?

Señorita Taylor:

Es indignante que, después de haberle proporcionado dos orgasmos intensos y placenteros, se haya despedido solo de mi jefe de seguridad. ¿Acaso he dejado de existir para usted?

Alexander Crawford

Presidente de Crawford Agency Group decepcionado con su secretaria.

Presidente de Crawford Corporations & Holding TLC ansioso por darle unos buenos azotes.

PD: Convénzame.

¿Decepcionado? ¿Azotes? ¿No se atreverá!

Está jugando contigo, dice mi conciencia con escudo y lanza en mano.

No dudo en contestarle.

**De:** Emma Taylor

**Fecha:** 5 Abril de 2013 21:04

**Para:** Alexander Crawford

**Asunto:** Discreta

Señor Crawford:

Le recuerdo que estaba conversando por teléfono. No quise molestar... En cuanto a lo sucedido en el ascensor, ha de saber que fue toda una equivocación. Espero que no vuelva a suceder porque le recuerdo que es mi jefe y yo su empleada. Mantenga esa mano suelta que tiene lo más lejos posible de mí o se la morderé.

Emma Taylor

Secretaria de Crawford Agency Group cansada de que se la juzgue tan a la ligera.

**Pd:** ¿Convencerle de qué?

Le doy a la tecla de envío y suspiro pacientemente mientras se me escapa el primer bostezo de la noche. Estoy cansada. El Sony no tarda en vibrar. Es él... caray... ¡qué rápido es con el teclado! Trato de relajarme pero es inútil.

**De:** Alexander Crawford

**Fecha:** 5 Abril de 2013 21:08

**Para:** Emma Marie Taylor

**Asunto:** Despistada

Señorita Taylor:

Me tenía tan preocupado que he estado a punto de llamar al 911.

La señora Giulia Santoni trabaja en casa de mi madre. Acaba de ser abuela de una niña. Freeman pasará a recogerla dentro de media hora, pues quiero que me acompañe al hospital. Lo del ascensor no fue una equivocación y lo sabe. Uno de estos días follaremos dentro de él...

¿Cómo? ¡Será descarado!



Alexander Crawford

Presidente de Crawford Agency Group con una mano suelta ansioso de que se la muerda.

Presidente de Crawford Corporations & Holding TLC con dos manos muy largas.

PD: Convéncame de que no es ninguna mojigata, tal como se empeña en hacerme creer, sino una mujer muy apasionada y sensual en la intimidad.

¡Qué loco está! ¡Madre mía! Y no solo eso, sino que ahora resulta que la

tal Giulia no es su amante sino una empleada. ¿En qué estaría pensando? A este paso voy acabar peor que él; en cuanto a lo demás me quedo muerta. ¿Follar duro dentro del ascensor? ¿Acaso ha perdido el juicio? Y quiere que le acompañe al hospital... ¿por qué no recurre a sus dos clones rubias? Seguro que estarían encantadas de complacer al puto amo del mundo.

Te desea a ti y no descansará hasta salirse con la suya, me advierte la voz de la conciencia.

Pero ¡yo no quiero que me desee!  
Ay... ¿O sí? Ay... ¡no sé ya ni lo que  
quiero! Mierda...

**De:** Emma Taylor

**Fecha:** 5 Abril de 2013 21:10

**Para:** Alexander Crawford

**Asunto:** Mi horario...

Señor Crawford:

No es por nada, pero le recuerdo  
que mi jornada laboral concluyó hace  
unas horas. No tiene que darme  
explicaciones de con quién conversa  
o deja de hacerlo, pero se lo

agradezco de igual modo. Me alegro por la familia Santoni. Un bebé siempre es motivo de alegría. A mí me encantan, ¿y a usted?... Lamento decirle que no habrá próxima vez, y menos en un ascensor. Y sí, soy una mojigata y una beata en toda regla, así que le aconsejo que se busque a otra.

Emma Taylor

Secretaria de Crawford Agency Group asustada ante tantas manos largas y sueltas.

A ver si así se entera de una buena vez y me deja en paz, aunque lo dudo, porque su email no tarda en aparecer en la pantalla de mi móvil. Pongo los ojos en blanco. ¡No he conocido a nadie tan insistente y pesado como Lucifer!

**De:** Alexander Crawford

**Fecha:** 5 Abril de 2013 21:17

**Para:** Emma Marie Taylor

**Asunto:** Charlatana y mentirosa

Señorita Taylor:

No me recuerde nada.

Su horario de trabajo está sujeto al mío.

Hágase a la idea.

De modo que mueva su precioso trasero si no quiere que estas manos largas y sueltas hagan un bonito trabajo con él.

Déjese de tanta gratitud.

¡No me gustan los niños y no me dé consejos! No estoy interesado en ninguna otra mujer; la deseo a usted. ¡Entérese de una vez por todas! Ha de saber que Bauer la tildó de calientabraguetas pero la defendí.

¿Calienta quéee? ¿Defenderme?

Alexander Crawford

Presidente de Crawford Agency  
Group enojado con su secretaria.

PresidentedeCrawfordCorporations  
& HoldingTLCcabreado.

Oh, Dios... definitivamente ha  
perdido el juicio...

¡Qué va! Hace todo esto porque te  
desea. Hazte a la idea de que no  
descansará hasta lograr meterte en su

cama de niño rico, dice la voz de mi conciencia.

Me aterra toda esta situación.

¡Déjate llevar! Exclama mi lado más salvaje, ansioso por echar un polvo con El Hombre del Año.

Suspiro intentando buscar una solución a toda esta locura, pues maldito sea el pervertido de mi jefe y maldita sea yo por caer en su oscuro juego, me digo mientras busco en mi ropero algo decente que ponerme.



*A*unque no lo parezca he acabado cabreándome más todavía, pero conmigo misma.

    Mi cuello tiene más cardenales que el Vaticano. Me he tenido que soltar el

pelo para cubrírmelos. ¡Qué vergüenza!  
Y para colmo de males estoy en la calle esperando, como una tonta, a que el jefe de seguridad de mi pervertido jefe me recoja, como si no tuviera nada mejor que hacer en el mundo. Y eso que Lucifer cuenta con un séquito de asesores y asistentes personales, pero no, ¡ha de levantarme a mí de la cama solo para hacerme la puñeta! ¡Menudo insensible autoritario! Cuánto me gustaría perderlo de vista después de darle un sonado bofetón por arrogante y engreído. Pero sé que eso es como pedir

peras al olmo. De un modo u otro siento que estoy atada a él. La necesidad de los míos me impulsa a soportar esta situación tan lamentable, por no decir terrible. Además sé que todo esto lo hace para castigarme por haberle dado plantón, o peor aún, por no haber querido abrirme de piernas para él. Pero tengo el ligero presentimiento de que lo de esta noche es solo el comienzo de una larga lista de imprevistos. Seguro que uno de estos días me despierta de madrugada solo para que le saque a pasear al perro, si es que tiene alguno, o

para que le acerque el vaso de agua que tiene sobre la mesita de noche. ¡Menudo egocéntrico! Pero no quiero que crea que tiene ningún derecho sobre mí. En serio.

Me digo que se trata de trabajo. Nada más. Pues me niego a someterme a la voluntad de Lucifer. El tío no puede ir por la vida imponiendo y exigiendo a los demás. ¿Con qué derecho se cree? No voy a ser su amante ni voy a tener ninguna aventura con él. Antes me hago monja. Pongo los ojos en blanco ante su alarmante insistencia. Me crispa los

nervios. ¿Tan aburrido está de su vida de rico que busca tener nuevas emociones? Y encima tiene la desfachatez de llamarme indirectamente calientabraguetas; pues prefiero ser eso antes que un putón verbenero.

¡Menudo cerdo!

Veo luces de un vehículo acercándose. Mi pulso se acelera inexplicablemente. Respiro hondo mientras me digo que puedo con esto y mucho más, pero no es verdad. Lucifer es un enemigo poderoso, difícil de vencer, y más aun cuando estás en su

terreno. No entiendo por qué quiere que le acompañe al hospital si tiene a todo un séquito a su disposición. Pero no negaré que me come la curiosidad, pues no conozco a la señora Santoni, lo único que espero es no encontrarme al clan Crawford Ivanov porque me daría algo, sobre todo si está la bruja de Natasha. Como sea, me mantendré en segundo término y esperaré en el pasillo aunque me encantaría ver la carita de ese bebé. Sí, eso haré. Igual hasta me encuentro a las clones rubias y aprendo a ser fría y calculadora como ellas, porque no

puedo estar así; es decir, en un continuo sinvivir.

El vehículo que se detiene ante mí es un taxi. Consulto mi reloj de muñeca; marca las diez menos diez minutos. Quedan menos de dos minutos para que Freeman venga a recogerme. No presto atención a la persona que se apea del taxi. Estoy tan ensimismada que no oigo mi nombre. Para cuando regreso a la realidad, alzo la vista y boqueo. ¡No puede ser verdad! Mi sonrisa se ensancha y los ojos se me inundan repentinamente de lágrimas. ¡Es Linus!

¡Ha regresado! ¡Al fin! Y río mientras corro a echarme en sus brazos como una loca.

—¡Emma, cariño! —dice cogiéndome en volandas.

Me hace girar mientras le abrazo y le doy besos por todo su rostro alargado, de nariz afilada y hermosa boca. Tiene los pelos de punta y luce divino de la muerte con un traje azul marino de Marc Jacobs. ¡Qué alegría más grande!

—Deja que te vea —dice depositándome sobre el suelo de la acera.



Giro sobre mis talones. Llevo puesto un sencillo vestido verde esmeralda y una rebeca negra corta. Llevo sandalias de tacón negras y mi inseparable bolso de Chanel.

—Guau, nena... ¡Estás cañón!  
¿Alguna cita a ciegas?

Río como una tonta.

—No... —titubeo—. Reunión de trabajo de última hora con Lucifer.

Linus se ha quedado de piedra. Frunce el ceño. Le sorprende todo esto tanto como a mí, pero es lo que hay

cuando se tiene como jefe a un exigente mandón como Alexander Crawford.

—Pero... ¡Acaso viene el jeque de Qatar! —exclama escandalizado, pues Linus está al día de los negocios de don Gruñón.

Me encojo de hombros. Intento hacerle ver que no tiene importancia, pero me conoce como a la palma de su mano.

—Era de prever que se hiciera con el control de la agencia después de la muerte de David, lo siento, cariño.

Finjo que todo está bien, mientras acepto un cálido abrazo con mucho amor. ¡Uf, cómo le echaba en falta!

—Gracias, mi amor.

—No se merecen, sabes que puedes contar conmigo para lo que desees...

—Lo sé.

—Incluso si optas por dejar el trabajo siempre tendrás un hueco en cualquiera de los negocios de mis amigos.

—Sí, lo sé. Andrea se ha ofrecido a ello también, pero ya sabes que me gusta lo que hago.

Suspira mientras me hace girar sobre mis tacones. Hago el gamberro interpretando un paso de *El lago de los cisnes*. Linus adora la música clásica, aunque también el reggetón.

—Estás impresionante —me halaga, y me da un beso en la frente.

No pensaba ir tan arreglada, pero ya se sabe, el clan Crawford Ivanov es la élite en elegancia y no quiero ser menos. Sí, ya lo sé, lo del maquillaje y los labios pintados de rojo pasión sobran, como las sandalias y el cabello suelto y ondulado, pero esto último lo he hecho

para cubrir el chupetón que tengo en el cuello por culpa de don Gruñón. ¡Maldito mujeriego!

—¿Cuánto hace que has llegado?

Se atusa el pelo, respira hondo y acaba por meterse las manos en los bolsillos de sus pantalones de marca. Lo que me recuerda a alguien, pero mi Linus es mucho mejor persona que Lucifer.

—Vengo directo del aeropuerto —frunzo el ceño—. Necesitaba ver a mi bella pelirroja de labios sensuales y hermosa sonrisa. —Río ante la

zalamería de mi amigo—. Te echaba de menos.

¡Qué bonito!, pienso, dejándome atrapar por esa cálida mirada transparente y serena. Le amo.

—Yo también a ti, mi amor —le digo haciéndole carantoñas.

—¡Hum! Te he traído un regalo.

—¿Ah sí? —le digo.

Ríe de tal manera, que sus ojos se convierten en dos rayitas.

—Pero se ha quedado en la maleta, que los de la compañía aérea me han

perdido. ¡Pienso demandarlos a todos!

—Vaya... ¡Cuánto lo siento! —le digo tranquilizándole.

—¡No sabes lo cabreado e indignado que estoy!

—Me lo imagino.

—Menos mal que llevaba encima la American Express, que si no...

¡Ay, pobre!

—¿Quieres que te acompañe a esa jodida reunión de última hora? —dice de repente. Sonrío. Ay, mi Linus—. No tendría ningún reparo en cantarle las

cuarenta a tu nuevo jefe en el caso de que se pasara de la raya, claro está.

Oh, no. ¡Si tú supieras!

Linus es de los que dice las cosas a la cara. Es muy directo y sincero. Eso, evidentemente, le ha traído infinidad de problemas, y yo no quiero que los tenga con Lucifer. Seguro que ordena hundir su exitosa carrera que tanto esfuerzo le ha costado. Ojalá Linus se mantenga al margen, por el bien de todos, incluso me aterra la idea de que pueda descubrir mi furtivo encuentro con Lucifer. Mi amigo es muy sagaz, pilla las cosas al vuelo y



yo no estoy preparada para hablar de Míster Cara Bonita ni de su dichosa oferta, además del asunto de la discreción. No quiero ni pensar en cómo se las gastaría si supiera que me he ido de la lengua.

—Estaré bien —le tranquilizo—. No te preocupes.

—Te quiero.

—Yo a ti también. No sabes lo feliz que me hace que hayas vuelto.

Sonríe.

—¡Y que lo digas! —dice algo más animado.

Sus ojos rebosan cierta ilusión y alegría, y creo entender el motivo.

—¿Sabes? He conocido a alguien...

—¿De veras?

Linus lleva más de dos años soltero y sin compromiso.

—Es un médico de Seattle. Se llama Robin Meier. Está buenísimo... —me cuenta, poniendo los ojos en blanco.

A Linus le gustan los hombres maduros y no los yogurines.

—Aún no hay nada serio, pero ya me ha dado su número de teléfono. El tío me

ayudó con el tema del equipaje extraviado. Al parecer, ha leído todos mis libros y quería conocerme. Estuvimos charlando todo el día, justo cuando Patty me telefoneó diciendo que me había conseguido un vuelo de vuelta... —me explica con gestos amanerados.

—¡Ay, mi niño! —digo acariciándole su rostro alargado recién afeitado.

Linus mide uno ochenta y es de constitución delgada, pero fuerte. Lleva casi siempre el pelo castaño de punta.

Luce impoluto con ropa de marca y es el tipo más bueno que conozco.

—Aprovecha mi ausencia y acuéstate. No tardaré en regresar.

Me pregunta por Andrea y le cuento que está cenando en el rancho con los Preston. Linus me pilla al vuelo y frunce el ceño divertido.

—¿Boda a la vista?

—Lo dudo, sabes que Andrea le tiene pavor al compromiso —le respondo entornando los ojos.

—Bueno, siempre me quedarás tú.

Me río por el comentario.

—¿Yo?

—Sí... No descarto la posibilidad de verte felizmente casada con un hombre que verdaderamente te merezca.

Se acaba de ganar un beso y un abrazo, y justo cuando se los doy, se oye un repentino carraspeo. Linus mira por encima de mi hombro mientras me giro. Mierda, ¡es Lucifer! ¡Ojalá no haya oído nuestra conversación! Aunque su rostro no es la viva estampa de la simpatía sino todo lo contrario. ¿Cuánto tiempo lleva allí? Espero que no sea mucho. En

fin, me recompongo y finjo una repentina tranquilidad y naturalidad. Le doy un beso de despedida a Linus, no sin antes hacer las oportunas presentaciones para que don Gruñón no piense que soy una maleducada.

—Señor Crawford... —dice Linus, extendiéndole la mano.

—Señor Moore... —responde sin estrechársela.

¡Menudo grosero!, pienso tomando la gélida mano de Linus entre la mía.

—Bueno, te veré luego, mi amor —dice mi amigo mientras me da un beso

en la boca. Es así como nos saludamos y despedimos—. Señor Crawford...

Lucifer lo fulmina con la mirada sin contestarle y Linus sube las escaleras que conducen al portal e introduce su copia de la llave —Andy y yo también tenemos una de su loft—. Cuando me doy la vuelta, ahí está Lucifer mirándome fijamente, mientras me da un largo repaso. Carraspea enojado... ¿Por qué? ¿Acaso no estoy presentable? ¿Cuál es el motivo de semejante enojo?

—¡Muévase, no tengo toda la noche!  
—me dice de muy malos modos.

Frunzo el ceño sin entender nada y le sigo como una autómata. ¿Por qué está tan cabreado?

—¿No nos acompaña Freeman esta noche, señor?

—¡A usted que le importa! —gruñe.

Me quedo atónita; tiene gracia que no le agrade que le pregunte por su jefe de seguridad, y añado:

—Freeman me cae bien, por eso pregunto por él, señor.

Lucifer se ha pillado un rebote de aúpa y no deja de maldecir. Va vestido de manera informal: vaqueros negros,



camiseta básica blanca, jersey de pico negro y unos deportivos de Jimmy Choo. Creo que me he pasado al emperifollarme tanto. Cuando vamos a cruzar la calle, y para mi sorpresa, me coge de repente de la mano. Siento esa descarga eléctrica que me sacude cada vez que me roza e intento zafarme sutilmente de él, pero es en vano, porque me aprieta con más fuerza y el efecto es demoledor.

—¡Trato de que no nos atropellen! —  
exclama malhumorado.

¡Vaya, qué considerado!

Hemos logrado llegar sanos y salvos a la acera del otro lado, donde está el todoterreno Mercedes Benz Clase GL con Freeman esperándonos fuera. No me mira ni me devuelve el saludo; seguro que don Gruñón le ha leído la cartilla. Nos abre la puerta. Subo primero yo y luego Míster Cara Bonita. Me abrocho el cinturón de seguridad y desvío la mirada hacia el otro lado de la ventanilla. Intento calmarme pensando en mi familia y en la llegada de Linus. Es el único modo que sé para no estallar como una posesa ante tanta humillación

y desprecio por parte de Lucifer, por eso  
cierro la boca. Freeman se ha puesto en  
marcha después de colocarse los  
tapones en los oídos. Mierda. Ahora hay  
que escuchar el discurso de Lucifer.  
Maldita sea. A ver con qué me sale.

¿A que vuelve con el dichoso tema  
del día?, dice mi conciencia.

—De modo que ese es el famoso  
Linus Christian Spencer Moore —dice  
sarcástico.

Boqueo perpleja. ¡Conoce a mi  
amigo!

—¿También ha ordenado que lo investiguen? —le pregunto con descaro.

No me responde, luego es un sí rotundo.

—Tengo entendido que es un tipo de lo más polifacético.

—Sí —respondo orgullosa de mi chico mientras evito esa mirada felina clavada en la mía. ¿Algún problema, cretino?—. Ha expuesto en varias prestigiosas galerías de arte, sus obras han tenido una muy buena acogida. También ha publicado exitosos libros de autoayuda.

Lucifer no está de humor para escuchar los halagos hacia mi querido Linus, pues se ha puesto serio.

—Imagino que es su musa, a juzgar por cómo la adora y venera —dice con voz grave.

¿Acaso nos ha estado observando?

—Digamos que sí —respondo sonriente, ante su seria mirada—. He posado varias veces para él.

Se remueve en el asiento incómodo. ¿Qué demonios le pasa? ¿Qué he dicho y hecho ahora?

—¿Desnuda? —pregunta con el ceño

fruncido.

Río. Él no.

—No —y se me escapa la risa floja —. Fueron unas fotos que me hizo las navidades pasadas en Hyde Park. Por cierto, se vendieron de inmediato.

—¿Vendieron? —me pregunta confundido.

A don Controlador no parece hacerle gracia que haya posado para mi amigo. Pues que se aguante, que yo haré con mi vida lo que me dé la gana.

—Sí, a un escultor viejo amigo de Linus.

—¿Qué amigo? —inquire impacientemente.

Vaya, he logrado alterarle más todavía.

—No lo recuerdo, señor.

Se toca el cabello nervioso. Está enojado. ¿Qué mosca le ha picado?

—¿Está segura que no aparece desnuda en ninguna de ellas?

Y dale.

—¡Por supuesto que no! —respondo ofendida ante su duda—. Ya le he dicho

que fueron tomadas a plena luz del día.  
Además, nunca he posado sin ropa.

Arquea una ceja, desconfiado..

—Pero... ¿su amigo no era escultor?

Giro la cabeza y me doy cuenta de que el depravado está mirando mis piernas, que han quedado expuestas porque el vestido se me ha subido a la altura de los muslos y enseño hasta las braguitas de encaje negro. Me siento avergonzada, aunque él sigue a lo suyo... ¡vicioso!

—Sí, pero le gusta la fotografía tanto como a mí —le aclaro, intentado



cubrirme las piernas con la poca tela del vestido.

No me había dado cuenta de lo corto que era. Madre mía... se produce un silencio atroz hasta que le da por preguntarme:

—¿Sigue pensando que soy un cabrón, arrogante, exigente de mierda, señorita Taylor?

Me quedo muerta. No sé dónde quiere ir a parar ni por qué me sale con esto ahora.

—Creo recordar que ya me he disculpado por lo que sucedió aquel

aciago día, señor —le digo, intentando zanjarse el dichoso tema de una vez por todas—. Aunque, a decir verdad, los dos fuimos muy desagradables el uno con el otro. ¿No cree?

Carraspea, pero no es capaz de pedir perdón ni lo hará nunca. Eso forma parte de su larga lista de normas.

—¿Me sigue guardando rencor por lo que le dije?

—No, ya no —me oigo decir, mirando las luces de la ciudad.

—¿Por qué?

—No creo que le agrade saberlo.

—Inténtelo —susurra junto a mi oído.

No puedo evitar que un ligero escalofrío recorra mi cuerpo, pero enseguida me controlo y domino la situación. Y a todo esto... ¿a qué viene tanta confianza? ¿Quién se cree que soy?

—Su hermano me dijo algo que me ayudó a superar aquel desagradable momento.

Miro hacia atrás y recuerdo a Emma *la Gorda y Repulsiva* llorando desconsoladamente en el baño, y siento compasión por ella.

—¿Qué le dijo David? —insiste

Lucifer.

—Dijo algo así como que no me avergonzara de ser lo que era, pues quien no me quería ni respetaba, no merecía mi compañía. Tenía toda la razón del mundo.

Y yo me pregunto... ¿cómo, después de lo ocurrido, Alexander Crawford puede decir que me desea? Aquí hay algo que no me cuadra y no sé qué es exactamente.

Me está mirando. Otra vez...

—No sé si lo sabrá, pero con el tiempo las personas aprenden de sus

errores —responde serio.

¿Quéee?

—¿Significa eso que usted ha aprendido de los suyos, señor?

Me observa distante, creo que mi pregunta lo ha descuadrado un poco.

—Sí —admite finalmente.

Guau.

—¿Eso quiere decir que ya no me considera una maldita gorda incompetente y estúpida?

Sé que mi pregunta lo ha dejado fuera de onda, y carraspea.

—No.

Mi corazón acaba de dar un gran vuelco. Quiero creerle, pero no sé... Me fijo en ese hoyuelo. Me fascina. ¡Qué demonios estoy diciendo! Desvío la mirada hacia otro lado.

—¿Qué le ha hecho cambiar de parecer?

—Cometí el error de juzgarla sin conocerla —dice meditabundo—. Ahora la considero una mujer sumamente interesante, además de hermosa.

Ay, ¡qué zalamero! Pero no me creo ni una sola palabra suya.

—Creo que lo dice para quedar bien, señor.

Lo niega. Le miro por unos instantes y sonrío. ¡Será capullo!

—Su hermano era un buen consejero.

Asiente. Mantenemos la mirada el uno en el otro. Está serio y muy pensativo.

—Por desgracia David no está, pero yo sí —declara con voz grave.

Toda una revelación, dice mi conciencia. Le miro con el corazón acelerado, y desvío la mirada hacia mi regazo y luego hacia la ventanilla. Pulso

el elevador eléctrico para abrirla y que entre un poco de aire, y en ese momento me doy cuenta que debo de huir de Lucifer. Ahora más que nunca.

—¿Por qué no quiere aceptar mi oferta, señorita Taylor?

Ya decía yo que estaba tardando en sacar el dichoso tema.

—Ya se lo he dicho, porque es mi jefe.

—Comienzo a creer que hay otra razón de peso: su virginidad, ¿verdad?

Eso sí que no me lo esperaba. Me siento incómoda y muy agitada. No



pienso hablar de un tema tan delicado y personal con el vicioso de mi jefe.

—Le he hecho una pregunta —dice impaciente y tenso.

—Ya le dije que no suelo hablar de esas cosas, señor.

—No me conteste con evasivas —me advierte con voz neutra.

¿Quééé?

—¡No son evasivas! Estoy siendo franca con usted.

Le veo alisarse el cabello. Se ha cabreado, otra vez.

—¡Pues conteste de una vez a mi pregunta! —vocifera.

—¡No me grite, no estoy sorda, señor!

—A veces lo parece —dice serio.

Refunfuño y me dice que no lo haga. Suspiro para tranquilizarme.

—¡Sí, soy virgen! ¿Responde eso a su pregunta, señor?

Me mira... mira... y requetemira. Vuelve a mecerse el cabello y suelta un taco, seguido por un *der'mo* (mierda en ruso). El silencio se adueña paulatinamente de nosotros. Me siento

como un bicho raro al que acaban de diseccionar en una clase de Biología, es decir, abierta en canal por haber tenido que revelar cosas mías muy privadas a mi jefe. Por otro lado, daría lo que fuera por saber qué es lo que le pasa por la cabeza en ese preciso instante.

—Con que hacía tiempo que no follaba —me regaña enojado—. ¿Cuándo pensaba decírmelo?

¡Qué pesado!

—No me encontraba con fuerzas ni ánimos para hacerlo.

—¿Por qué? —pregunta arqueando una ceja.

—¡Ya le dije que no voy por ahí pregonando mis intimidades a desconocidos! —exclamo escandalizada ante el descaro e insistencia de este hombre.

¿Ahora quién de los dos es más sordo? ¿Él o yo? Y, encima, me mira ceñudo.

—¡Su deber era decírmelo desde un primer instante, así no habría llegado tan lejos! —me increpa con arrogancia y engreimiento.

Me invade una repentina oleada de calor ante tantos recuerdos acumulados.

—Ahora lo comprendo todo. Al principio no entendía cómo una joven y hermosa mujer como usted estaba soltera y sin compromiso, pero Bauer me lo explicó todo...

—¡Ese depravado no tiene nada que explicar sobre mí! —le digo enojada.

—Solo tenía palabras de elogio para usted —me aclara.

Ahora la sorprendida soy yo.

—La definió como una mujer tradicional, honesta, sincera y

agradable.

Guau. Estamos cruzado la Primera Avenida. Vamos en dirección al Metropolitan Hospital Center.

—¿La han besado alguna vez? Sin contar a su amigo el escritor, señorita Taylor.

Me siento ofendida e indignada.

—¡Y a usted qué le importa!

¡Oh, mierda! ¿Qué acabo de hacer? Titubeo. Me mira desconcertado y cabreado.

—¡Claro que me importa, como todo lo demás!

—No entiendo —le digo.

—¡Ahora sabe cosas privadas mías, y la verdad es que no hace la menor gracia!

Parpadeo atónita. ¿Quién se cree que soy? ¿Una correveidile, quizás?

—¡Descuide, su secreto está a salvo conmigo! —exclamo, sacando a la luz el carácter propio de los Taylor de Northumberland.

—¡Espero que así sea! —ruge como una fiera enjaulada.

Doy un respingo.

—¡Por supuesto! —exclamo.

Frunce el ceño y se contiene para no estallar, lo que me alivia, pues no me veo con fuerzas.

—¿Cree que me divierte toda esta situación? —me pregunta.

Sus ojos ahora denotan una irrefutable furia contenida y su boca dibuja un rictus serio y amenazante. Tengo la boca seca y trago saliva.

—Proponerle a una virgen tener una relación carnal exenta de ataduras no es



precisamente mi estilo.

—¿Y cuál es realmente? —le pregunto.

Me advierte de que no me pase de lista y enmudezco.

—¿Cree que me agrada perder mi valioso tiempo persiguiendo a vírgenes?

—No —le respondo.

—¡Me alegro que así sea! —brama, y continúa—: Tenía planes para ambos, pero me veo en el deber moral de retirar mi oferta.

¿Desde cuándo Alexander Crawford hace uso de su deber moral si carece de sentimientos? ¿Acaso ya no me desea? ¿Acaso no me dio tiempo para meditar sobre el tema? ¿Acaso tiene por norma no follar con vírgenes? Si es así, debería sentirme contenta y aliviada, pero hay una parte de mí que no parece estarlo, y me preocupa, como también que mis ojos se inunden inexplicablemente de lágrimas. No tiene ningún sentido, ¿qué me pasa?

—Supongo que... que... —titubeo, controlando el timbre de mi voz—... es

lo más sensato y justo dadas las circunstancias.

—Por supuesto —dice mirando al frente.

Silencio.

—¿Y... qué hará ahora que ha retirado su oferta? —me oigo decir.

Me mira sorprendido.

—Y a usted qué le importa.

Me ruborizo.

—Pero... pero está buscando una relación carnal exenta de ataduras.

—¿Le preocupa que no pueda encontrarla, señorita Taylor? —inquire de muy malos modos.

Sí.

—No, en absoluto, seguro que candidatas no le faltan, señor —le digo desde la más absoluta sinceridad.

Frunce enigmáticamente el ceño.

—¿Le apetece contribuir en la elección de las mismas?

¡Menudo arrogante! Desde luego que no

—No, gracias, señor.

—Anímese, sería muy instructivo —  
dice distraídamente.

¿Qué tiene de instructivo que elija a su próxima amante? La mujer que ocupará el puesto que yo acabo de rechazar.

—No, señor —reitero.

Silencio.

Le acaba de hacer una señal a su jefe de seguridad a través del espejo retrovisor. Veo cómo el hombre se retira los tampones de los oídos. La conversación ha terminado y mi mundo de aburrida solterona acaba de sumirse

en la tenebrosa oscuridad. Vaya, duele estar sola otra vez.

Emma *la Mojigata* está contenta con la decisión tomada por Lucifer.

Mi lado salvaje quiere estrangularla, y yo, en cambio, quiero morirme de pena. No entiendo por qué este repentino bajón. Bueno, lo intuyo, pero no lo quiero expresar claramente. No me importa que elija a otra. Él no me agrada. Y por más que diga que ha cambiado de parecer y ha aprendido de sus errores, no le creo. Lucifer solo busca follar duro. Me pregunto qué clase

de planes tenía para nosotros... ¿Sexo oral, vaginal o anal? ¿Cuáles pensaba poner en práctica conmigo? ¡Ay, Dios mío...! ¿Por qué todo se me tuerce? ¿Por qué esta soledad, otra vez? Siento que soy poca cosa para los hombres. En general, siempre me han visto como un bicho raro. No tengo el perfil de lo que ellos andan buscando. Pero, ¿por qué no valoran que soy una mujer muy comprensiva, afectuosa, fiel...? ¿Por qué no? ¿Por qué todo ha de reducirse solo al sexo? Si no me tildan de calentabraguetas, me señalan como

estrecha... ¿qué puedo esperar de los tíos?

Y por primera vez en mi vida, cuando mi jefe me propone tener una relación sin ataduras basada en el sexo voy y lo rechazo. Sí, hago bien, pero no dejo de pensar en lo que sucedió sobre su mesa de trabajo y en el maldito ascensor. No puedo evitar pensar en sus ardientes besos, en sus caricias íntimas. Mi cuerpo no tarda en encenderse, mis pezones se endurecen dolorosamente y noto una creciente humedad justo ahí abajo. ¡Dios! ¿Qué demonios estoy



haciendo? ¡Creo que estoy perdiendo el juicio!

¡Resiste!, proclama mi conciencia.

Eso hago, pero es muy difícil.

Lucifer no parece estar afectado, más bien lo contrario. Creo que se ha quitado un gran peso de encima, pues los hombres como él no quieren mojigatas como yo, sino mujeres experimentadas con las que follar libremente.

Está hablando por teléfono. Ni me he dado cuenta de cuándo ha sonado su Samsung. Habla de ciertas inversiones. ¡Ni siquiera me he percatado de que

hemos llegado al p rking del Metropolitan Hospital Center!  Qu  me está pasando?  Por qué estoy tan distraída y tan afectada? Freeman acaba de aparcar y ya se ha apeado del v h culo; su habilidad es increíble. Este hombre debe de ser exmarine o agente secreto de la CIA. Le ha abierto la puerta a su señor, que sigue con la oreja pegada al móvil. Intento seguirle, pero Lucifer se gira y mira a Freeman:

—Un segundo... —cubre el auricular con la palma de su mano y le dice a

Freeman—. Cerciórate de dejarla en su casa.

No me ha mirado, como si no existiera. Me quedo muerta. ¿Para eso me he puesto tan guapa? ¿Y qué hay de la visita a la familia Santoni y el bebé? ¿Por qué me hace esto? ¿A qué viene esta repentina frialdad conmigo?

Me apeo sin más del coche. Freeman no hace el intento de detenerme. Mejor. Estoy muy cabreada y quiero irme a casa, pero en taxi a ser posible. Saco mi Sony y marco el número de la centralita. No quiero la caridad de Lucifer. ¡No la

necesito! Vaya, parece que la línea está colapsada. Maldigo entre dientes.

—Permíteme que te lleve a casa, Emma —dice Freeman, preocupado ante mi creciente nerviosismo.

Oh, vaya, ahora me habla.

—Prefiero ir en taxi, gracias —digo mientras efectúo otra llamada a la dichosa centralita.

Espero hasta que consigo línea. Freeman trata de disuadirme. Sigo en mis trece. Jamás me he sentido tan pisoteada y vilipendiada por un hombre, y eso que he conocido a unos cuantos

sádicos. Pero su comportamiento conmigo fue ejemplar, independientemente de que me dejaran tirada en la cuneta porque rehusé tener sexo con ellos. Con Lucifer todo son gritos, órdenes y humillaciones. Me hace levantar de la cama un viernes por la noche solo para cerciorarse de si soy o no virgen y luego me da la patada en el trasero. ¡Dios mío! ¡Cómo he podido ser tan idiota! ¡Cómo? Ay, si al menos tuviera el coraje de renunciar a mi trabajo. Pero es lo que más me gusta hacer, y está muy bien remunerado.

—Me temo que he de informar al señor Crawford de tu decisión.

Genial. ¿Qué más me puede pasar?

—Podríamos hacerlo de otra manera —le sugiero.

Pero la lealtad y fidelidad de Freeman hacia su señor le impide posicionarse a mi favor, y no le juzgo por ello.

*A*l final he accedido a que Freeman me lleve a casa.

No, no ha sido un repentino acto de cobardía, más bien no quería poner en un aprieto al bueno de Freeman, porque

igual pierde su trabajo por mi culpa y no quiero eso. Soy así de tonta, me preocupo por todos más que por mí. He estado llorando en silencio durante todo el trayecto a casa. Me siento utilizada y engañada por un excéntrico multimillonario al que me prometí que odiaría para toda la eternidad, y sin embargo aquí estoy, de pie frente al espejo del recibidor, con el rímel corrido, la punta de la nariz roja y congestionada, y todo mi cuerpo en tensión. Mi vida es un erial. ¿Cuándo será el día que encuentre un mínimo de



paz? Pienso mientras dejo las llaves en el cuenco del mueble. Me he descalzado con sigilo para no despertar a Linus, ya que tiene el sueño muy ligero. ¡Mierda! Mi Sony comienza a vibrar en el bolso. Frunzo el ceño. Es... ¿Linus? ¡Con lo bromista que es seguro que me ha oído entrar y le ha dado por telefonarme! ¡Qué vago es!

—¡Cuelga! —digo en voz alta.

Río muy a mi pesar. El Sony sigue vibrando. Frunzo el ceño. Vaya, está hoy juguetón. Corro a mi cuarto con una sonrisa de oreja a oreja, que se esfuma

de inmediato porque Linus no está. Mi cama sigue hecha. Le llamo una y otra vez en voz alta y no me responde. ¡Qué raro! ¿Dónde estará? Ay, Dios mío. Descuelgo toda nerviosa y tensa. ¡Ojala no le haya pasado nada malo! me digo rezando en silencio.

—Hola... —mi voz suena titubeante.

—Hola, cariño. ¿Por qué has tardado tanto en responder? Creí que te había pasado algo malo... —dice somnoliento.

En cuanto oigo su voz me relajo, pues deduzco que se ha ido a su casa. ¡Es tan

hedonista! Le digo que estoy bien.

—¿Has acabado de trabajar?

—Sí.

—Me alegro —sigue bostezando—.

Siento haberme ido. Me habría encantado dormir abrazado a ti, pero echaba en falta mi colchón y mi almohada viscoelástica, entiéndeme.

Pongo los ojos en blanco. ¡Ay, madre!  
¡Otro sibarita de mucho cuidado, aunque más agradable y noble que Lucifer!

—Ni se te ocurra meterte con mi colchón comprado en The Flea —le digo entre risas.

Sigue bostezando. El pobre debe de estar cansadísimo. Es lo que tiene recorrer el país para dar conferencias y charlas. El éxito de sus libros llena cualquier sala, pues sus lectores le siguen a todas partes. Yo también iba, siempre que podía. Ahora dudo que pueda hacerlo, porque Lucifer no me suelta ni a sol ni a sombra. Me despido de él porque no quiero entretenerle más para que descansa, aunque sé que no voy a pegar ojo en toda la noche. Mañana ya hablaremos con más tranquilidad, le digo. El desplante de Lucifer tiene la

culpa de mi agitación, pero no quiero ni pensar qué pasaría si Linus o Andrea se enteraran..., uf.

—Por cierto... —me dice cuando estoy a punto de colgar.

—¿Qué?

—Vi el modo como Lucifer te cogía de la mano para cruzar la carretera...

¿Es que estáis enrollados?

¡Mierda!

—¿Qué dices!

—No soy tonto, ¿eh? Siempre he sido muy respetuoso con tu vida privada, pero lo que he visto esta noche me ha producido escalofríos. Alexander Crawford no es hombre para ninguna mujer decente. Es muy impenetrable y arrogante, deberías tenerlo muy presente.

¿Por qué las palabras de mi mejor amigo causan estragos en mí?

—Puedes estar tranquilo, no tengo nada con Lucifer, cariño.

—Eso espero, porque no quiero que sufras por su culpa. El tío es puro

enigma —me responde serio y hace una pausa—. Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, cielo.

Y colgamos al mismo tiempo.

Suspiro con el teléfono en mano. No.

No quiero pensar en lo que me acaba de decir Linus, pues sé perfectamente cómo se las gasta Lucifer. No necesito que nadie me lo recuerde. Suspiro de nuevo. Dejo el móvil sobre mi escritorio y me voy derecha al baño para quitarme todos los potingues que llevo en la cara; suelo usar discos de crema desmaquillante de Estée Lauder y su correspondiente

tónico. Otro día no me esmeraré tanto en ponerme guapa, para lo que me ha servido. ¡Vaya tipo arrogante, engreído y egoísta!

¡Basta ya de pensar en él! ¡No merece la pena!

He terminado de desmaquillarme y de desnudarme, pero no me apetece ponerme el pijama; creo que voy a dormir en bragas y sujetador. Corro el edredón blanco que cubre mi cama para abrirla y el Sony suena de nuevo. No miro quién es, pues deduzco que se trata de mi Linus. Siempre suele llamarme



dos veces seguidas; seguro que ya no tiene sueño e igual quiere venir para seguir contándome cosas sobre su nueva conquista. Linus es así de impredecible, es una hermosa caja de sorpresas. Le adoro.

Descuelgo y río alegremente.

—¿No me digas que no puedes conciliar el sueño, mi amor? —me río.

—Ahora que lo pregunta, suelo dormir a pierna suelta después de una jornada tan intensa y excitante como la de hoy, señorita Taylor —dice una voz

grave y profunda condenadamente familiar y detestable.

Oh, ¡por favor! ¡No puede ser verdad! ¡Otra vez... no! ¿Acaso no tiene nada mejor que hacer que martirizarme? ¿Qué querrá ahora? ¿No acaba de decirme que ha retirado su oferta? Entonces, ¿qué pretende? ¿Volverme loca?

—¿Sigue ahí?

Debería colgar el teléfono pero no lo hago, y opto por respirar hondo porque soy una maldita masoquista. Aunque trato de serenarme para ocultar el

cabreo monumental que llevo. Seguro que me ha llamado para darme otra orden explícita. Lo veo venir. Ánimo, muchacha, me digo con el corazón excitado.

—Sí... pensé que era Linus, señor — mi voz denota seriedad y enfado.

¡Seré idiota! ¿Por qué le estoy dando explicaciones? Debería colgar pero soy tan... tan tonta, que aguardo a saber qué es lo que quiere de mí.

—Ya me parecía extraño lo de mi amor, en mi lengua materna se dice *privvyazannost*...

Eso ya lo sé, capullo, y no estoy para clases de lengua extranjera. Solo quiero que me deje en paz.

¿De veras? Me pregunta la voz de la conciencia.

—Sigue ahí...

¡Qué remedio! Me digo armándome de paciencia.

—Sí, señor.

—Buena chica —dice carraspeando.

Pongo los ojos en blanco. ¡Qué hombre!

—Quiero que hablemos.

¿Quéee? ¡Tendrá morro el tío, después de como me ha despachado!

—Sé que ha estado llorando de vuelta a casa. Estoy justo frente a su apartamento. Si se asoma a la terraza podrá verme.

¡No puede ser verdad! Me da el arrebató y salgo corriendo de mi cuarto para asomarme por la terraza y...¡la leche! ¡Estoy casi en cueros! Entro corriendo en busca de una bata con la que cubrirme y vuelvo a la terraza.

—Mucho mejor, aunque lo de asomarse en ropa interior la hacía

sumamente hermosa y deseable, tiene un hermoso cuerpo y unos impresionantes pechos, como a mí me gustan, redondos y firmes —dice en un tono de lo más burlón.

No le sigo el juego, pero me siento igual de halagada que ruborizada. ¿Cómo puede ser tan descarado?

—¿Me ve...?

—La verdad es que no —le digo, y añado—. La calle está cubierta de frondosos árboles.

—¿Y ahora?

—Sí, le veo, señor.

El capullo está apoyado contra el capó de un Aston Martin One-77 de color negro. ¡El tío cambia de coche como de camisa! ¿Cuándo le ha dado tiempo de recogerlo? ¿Y Freeman? ¡No hay ni rastro de él, pero me imagino que no andará lejos! Pobre hombre, parece la sombra de Lucifer. ¿Cuándo descansa? Seguro que nunca.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le digo.

¿Qué narices acabo de decir?

—Quiero invitarla a tomar un helado.

Elija el lugar.

¿Un quéee? ¿Después de cómo me has dejado tirada en la cuneta? ¡Ni hablar! ¡No voy a volver a pasar por otra humillación más!, me digo pensando en el consejo de Linus.

—Agradezco la invitación, pero mañana he de madrugar, señor —le digo apoyando una mano en la barra metálica de mi terraza.

Alza la vista y me mira. Hace fresco, pero desde el quinto piso en el que vivo, puedo sentir cómo el calor recorre mi cuerpo ante esa mirada felina y cautivadora.



—Fíjese que no la creo. Es más, me da la impresión de que su rechazo se debe a que no me soporta, o incluso me atrevería a decir que hasta me odia. Siempre me ha rehuido y ahora todavía más por como la he enviado a casa con Freeman. Imagino que le desagradó, de ahí que acabara llorando, o ¿me equivoco?

—No quiero hablar de ello —le digo.

—Yo en cambio sí. Ha de saber que estaba enfadado con usted.

—¿Conmigo? —le pregunto indignada.

—Sí, porque no hace otra cosa que mentirme y darme plantón. Se ve que no quiere salir conmigo.

¡Será cínico! ¿Y desde cuándo me ha pedido salir con él, si lo único que quería era tener sexo del bueno y seguro? ¡Qué barbaridad!

—Pero ¿qué está diciendo?

—¡Ya me ha oído, y no se atreva a negarlo! —responde a la defensiva.

Ajá. Ahora el indignado es él.  
¡Manda narices!

—Sé que nunca le he caído en gracia y hace todo lo posible por rehuirme, como si fuera un apestado... Me pone excusas y me ha ocultado lo de su virginidad... ¿pensaba que no iba a darme cuenta? Es evidente que siempre ha preferido la compañía de David antes que la mía, admítalo.

¡Si piensa que así va a hacerme sentir mal va apañado!

—Ya le dije que no suelo airear mi vida privada con extraños, sobre todo la íntima.

—Pero nosotros ya no somos extraños.

—¡Usted tampoco se queda atrás en cuanto a darle la espalda a los demás! Y no mezcle a su hermano en toda esta historia.

—Mi hermano la amaba; yo, en cambio, la deseo... Y no le he dado la espalda, ya le dije que estaba enfadado... porque no me contó lo de su virginidad.

—¿Y por eso me despachó tan rápido? ¡Muy bonito! —le regaño a media voz.

Tiene el descaro de reír. Refunfuño.  
Me ordena que no lo haga.

—Es evidente que aprovecha la más mínima ocasión para burlarse de mí y tratarme del peor modo posible. Ciertamente, yo sí que estoy disgustada, por eso lloré, y no me avergüenza decirlo. Pero no le odio, tal como usted se empeña en decir, sino que me molestó que me levantara de la cama solo para cerciorarse de si era o no virgen. ¿Y todavía quiere que no lo rehúya? ¡Lo crea o no, yo también tengo

sentimientos, señor! —le espeto alterada.

Dirijo mi mirada hacia él y me meto dentro de casa, cerrando de golpe la puerta corredera de la terraza.

—Por cierto, las vírgenes tampoco somos unas apestadas.

Carraspea.

—Parece que he ofendido su ego, y tanto, que he podido oír el portazo que acaba de dar, señorita Taylor —ironiza con todo el descaro que le caracteriza. Resoplo. Dice que no lo haga—. No tengo nada en contra de las vírgenes,

pero reconozco que me gusta follar con mujeres con una dilatada experiencia sexual. Me fascinan las que son desinhibidas, decididas y atrevidas...

—Puedo aprender —le digo en un arrebató.

¡Dios, qué acabo de decir! ¿Acaso me he vuelto loca! Ríe. ¡Será capullo!

—¿En serio? Le aseguro que me fascinaría instruir a una hermosa pelirroja de piernas kilométricas y labios carnosos como los suyos —me piropea, logrando que me ría como una tonta.

—No, gracias.

—Vamos, anímese, lo pasaríamos realmente bien.

—Le recuerdo que ha retirado su oferta —le digo.

—La oferta sigue en pie, señorita Taylor —añade serio.

—¿Cómo?

—Lo que acaba de oír. Hoy me ha demostrado que es una mujer muy apasionada y muy sensual, y me gusta mucho lo que hace con su lengua cuando no la tiene tan afilada, y no estoy dispuesto a renunciar a algo tan bello....



Ay, Dios, se me han subido los colores pero luché para no caer en su oscuro juego.

—No me extraña que el cretino de Bauer la elogiara tanto, hasta que metió la pata y me vi en el deber de partirle la nariz por grosero.

—¿Que hizo qué? —le pregunto sorprendida.

—No soporto la insolencia, señorita Taylor.

—No debió de caer en su provocación...

—Pero lo hice. A veces soy muy impulsivo y temerario. En eso usted y yo nos parecemos muchísimo.

Me río por el comentario.

—Gracias de nuevo por salir en mi defensa, señor.

—Ha sido un placer —dice ronco—. ¿Le han dicho alguna vez que tiene una sonrisa muy bonita, señorita Taylor?

Ya empezamos con los halagos.

Este solo quiere follar, ¿para qué si no ha venido? Dice la voz de mi conciencia.

¡Guau!, proclama mi lado salvaje y temerario.

Me echo a reír otra vez evitando pensar en el consejo de Linus.

—Agradezco el cumplido, pero eso no va a lograr que cambie de parecer sobre ir a tomar un helado con usted. Tengo varias tarrinas de Häagen-Dazs esperándome en el frigorífico —le digo solo para chincharle.

—Muy aguda, aunque lo ideal sería que me invitara a subir para que pudiéramos degustarlas juntos, ¿no cree?  
—me propone, riendo.

¿Quéee? Empiezo a temblar aunque no sé muy bien por qué y me quedo sin habla. ¿Cómo tiene el descaro de proponerme algo así? Precisamente él, que acaba de proclamar que detesta la desvergüenza. ¿Cómo se puede ser tan contradictorio! Y yo, ¿qué se supone que debo hacer?

¡Deja que suba!, me anima mi lado más salvaje, provisto de un manual erótico sobre el helado y su correspondiente uso sexual. Me ruborizo porque la lista de posibilidades es

infinitamente escandalosa e indecente, y más aun con la imaginación que tengo.

—¿Sigue ahí?

—Sí... —titubeo.

—¿Qué me dice?

Dile que no, grita la voz de mi conciencia.

—¿Cómo... cómo está la familia Santoni y el bebé? — pregunto, cambiando rápidamente de tema.

Tengo el pulso a mil y siento un gran sofoco. Me quito la bata y ando

semidesnuda por todo el salón. ¡Menos mal que las cortinas están echadas!

—Contestaré a su pregunta si usted contesta a la mía —dice de repente—. ¿Por qué me tiene tanto miedo?

Ya estamos otra vez con sus oscuros juegos de niño rico y mimado. Me muerdo el labio inferior porque no me fío ni un pelo de él, ni de mí. Me aterra abrirle la puerta y no saber controlar este loco deseo que me invade.

—No... no le tengo miedo.

¡Oh, mierda! ¿Por qué estoy titubeando? ¿Por qué me pone tan

nerviosa? Pues porque es un hombre increíblemente guapo, inteligente, exitoso, seductor, sensual, generoso, y además tiene una hermosa sonrisa, una cautivadora mirada felina y unas manos ¡hum! grandes y bien cuidadas, y un cuerpo de infarto, resume mi lado más salvaje mientras engulle una sabrosa tarrina de Häagen-Dazs provisto con un picardías rojo. Sí, pero, ¿qué hay de sus defectos? chilla mi conciencia.

—Si es así, ¿por qué no me invitas a subir, Emma?

Oh, ¡acaba de llamarme por mi nombre!



*D*ebo de estar loca de atar. ¿Cómo puedo rechazar su oferta y luego hacerle subir a mi casa? No lo entiendo. Se supone que le he dejado las cosas bien claras, pero en vista de las circunstancias mi impulsividad me la ha

vuelto a jugar. Porque aquí estamos los dos, de pie, en medio del salón comedor, mirándonos fijamente. He de hacer algo, pues la tensión sexual no resuelta entre ambos está emergiendo como un fantasma en una casa encantada. Sus ojos son como dos gotas de agua cristalina, puedo sentir como saltan chipas entre nosotros. Otra vez. Él se mantiene firme y sereno, lleva las manos metidas en sus pantalones, yo, en cambio, estoy temblando ante mi repentino ataque de impulsividad. Sé que no está bien lo que acabo de hacer;

he sucumbido a la tentación de manera brutal. Nunca he traído a ningún hombre a casa, y mucho menos le he invitado a tomar un helado. ¡Madre mía, debo de estar loca!, me digo, y la culpa la tiene él.

Alexander Crawford.

Mi jefe, a quien apenas conozco.

Intento controlar el fuerte latido de mi corazón pero es en vano. El tío ejerce sobre mí una fuerza arrolladora que me noquea por segundos. Ha aparecido en mi vida de un modo abrupto, pero consistente, y sé que no

descansará hasta conseguir que follemos como locos. Solo de pensarlo me ruborizo de pies a cabeza. Sé de sobra que no es hombre para mí, por razones más que obvias. Una de ellas es que apenas le conozco, y lo poco que sé son meras especulaciones: todo el mundo habla, opina sobre él, pero nadie sabe quién es realmente Alexander Crawford. Ese muro de doble espesor que ha levantado a su alrededor me hace ver a un hombre del que no debo fiarme por muy bueno que esté. Sin embargo, el muy gruñón ha logrado despertar en mí

emociones y sensaciones que ya enterré hace años. No negaré que mi vida era, antes de que él apareciera, fría y aburrida. Sus besos, sus caricias y esos inesperados correos han hecho que me sintiera viva, pero sé que he de andarme con cuidado para no volver a sufrir. Alexander Crawford sabe cómo seducir, cómo atrapar. Tiene el poder de una telaraña que te engancha y te envuelve en un instante, y luego es muy difícil liberarte de ella.

Aquí estamos, juntos pero no revueltos. Como debe ser, y a ver cuánto

duramos así, porque sé que se está conteniendo para no lanzarse sobre mí, y yo sobre él. ¡Madre mía! ¡Hasta siento escalofríos con solo pensar en ello!

«La próxima vez te follaré duro...»

No puedo seguir así. Aquí parados, mirándonos como dos pasmarotes en medio del salón. He de hacer algo para distraerle, y no me refiero al sexo, aunque es lo que a ambos nos fascinaría. Así que muevo el culo y me pongo a mostrarle todo el apartamento. Sé que mi hogar no se parece en nada al lujo y confort al que él está acostumbrado,

pero es un lugar decente en el que vivir. Aunque haya roto una de mis reglas de oro —ya estamos con ellas otra vez. A este paso acabaré pareciéndome a él, seguro—, y esa no es otra que traer hombres a casa.

Le muestro los tres dormitorios, el cuarto de baño, el salón que ya ha visto, la amplia terraza, la cocina, el trastero... dice que es muy bonito y acogedor. Viniendo de un arrogante y engreído multimillonario es todo un halago, que por descontado le agradezco. Me pregunta por mi amigo el

escritor, es decir, por mi Linus, así como por la intrépida señorita Harper. Le digo que el primero ha optado por volver a su comfortable loft y que Andrea está en una cena. No entro en más detalles.

—Luego estás sola —dice distraídamente.

¡Mierda! No me había parado a pensar en ello cuando decidí invitarlo a subir.

—Esto, no...no... —titubeo. Mala señal. Mierda, estoy titubeando—. Quiero decir que Andrea regresará a casa más tarde.



Mentira.

—Capto la indirecta —dice en un susurro.

Su cuerpo desprende otra fragancia embriagadora que me ha anulado el sentido. Silencio.

—Voy... voy a por las tarrinas de helado... —me aventuro a decir escurriéndome hacia la cocina—. La decoración del apartamento ha corrido a cargo de la madrastra de Andrea...

—¿Linda Harper?

Me sobresalto al sentirlo justo detrás de mí. Me giro y ahí está, observándome

con sus manos en los bolsillos del pantalón. Asiento, evitando perderme en esa mirada felina que me atrapa sin más.

—¿La conoce? —le pregunto mientras asalto el congelador.

Me tiemblan las manos, pero lucho para que no se me note. Dice que sí.

—¿Qué sabor prefiere?

Se acerca más a mí. Me quedo quieta, pues noto su aliento rozando el lóbulo de mi oreja. Es tan excitante... ¡guau!

—Tomaré lo mismo que tú —me responde en un susurro.

Calor. Eso es lo que siento mientras mi libido se enciende como la pólvora. ¡Oh, por favor! He de tomar el control, pues me conozco. ¡Ya lo creo! Por eso opto por mostrarle la gama de sabores que tengo y, al final, se decanta por el de vainilla y chocolate; elijo el de fresa y nata solo para llevarle la contraria. Cojo un par de cucharas del lavavajillas y unas servilletas de papel. Le entrego su tarrina y una de las cucharas. Sus dedos rozan los míos, pero finjo naturalidad.

—Soy cliente y amigo de la señora Harper desde hace muchos años... —me

explica.

—Vaya, no lo sabía —bueno, en realidad no sé nada de él—. No recuerdo haberle visto en la boda.

—Yo a ti sí —me responde vagamente—. Te subiste al escenario para cantar *Love is in the air*. Lo hiciste francamente bien, tienes una voz muy melódica.

¡Guau!

—Gracias —le respondo.

Me invade la vergüenza porque por aquel entonces estaba hecha una vaca, y aun así canté a petición de los novios...

Sonríe como un niño grande mientras se hace a un lado para que cruce la puerta de la cocina. Evito rozarlo, pero no lo consigo. Logro llegar sana y salva al salón. Siento un ligero estremecimiento cuando, de repente, me da por girarme y me doy de bruces contra él. Mi tarrina de helado casi va a parar al suelo, pero tengo buenos reflejos. Me mira fijamente, carraspea y se sienta en uno de los sofás individuales; yo, en cambio, me decanto por el alargado. Voy vestida con un cómodo vestido corto bicolor en tonos granate y marrón, y mis zapatillas

rosas de dormir de Hello Kitty, que no ha dejado de mirar desde que entró por la puerta. No pensaría que iba a recibirle en bragas y sujetador... Aunque, quién sabe, tal vez habría sido lo ideal para ir directos al grano en lugar de darle al palique.

—Me gustan los karaokes —matizo—. A todo esto, no me ha dicho cómo dejó a los Santoni y al bebé... —le recuerdo hincando la cuchara en el bloque de helado.

Él hace lo propio con el suyo.

—Oh, Valentina y su hija están bien. Les darán el alta la semana que viene — dice chupando la cuchara. Se nota que le gusta el chocolate tanto o más que a mí.

—¿Por qué? —le pregunto evitando fijarme en esos labios tan seductores.

—Cesárea; el bebé pesó cuatro kilos al nacer.

Me quedo petrificada cuando se levanta de su butaca para sentarse a mi lado y, sujetándome la muñeca, se lleva mi cuchara a la boca y sonrío.

«Soy igual de impulsivo y temerario que usted. En eso nos parecemos

muchísimo.»

Ya lo creo. Guau.

—Está delicioso pero no tanto como tu esencia femenina.

Uf, no gano para sobresaltos, pero me recupero en el acto porque sé que juega descaradamente conmigo, le encanta hacerlo a juzgar por esa sonrisa traviesa y pícara que acaba de esbozar.

—Es... es un peso bastante considerable. Por cierto, ¿cómo se llama el bebé? —le pregunto luchando contra esa mirada felina que me posee y cautiva inexplicablemente.



—Alessandra —responde,  
ofreciéndome un poco de su helado.

Lo tomo con fingida calma, pero mi rubor me delata y él sonrío chupando la cuchara que acaba de meterme en la boca. ¡Es lo más sexy y erótico que jamás haya visto! ¡Madre mía! Hasta mi lado más salvaje y temerario se abanica ante la repentina subida de temperatura.

—Es el equivalente femenino de Alexander.

Asiente con esa sonrisa pícara que tanto me gusta.

—Digamos que es un tributo a su padrino.

Sonrío complacida, y él de forma seductora. Me derrito como el helado que me acaba de volver a ofrecer, me relamo. Le doy a probar del mío y chupo la cuchara, me mira extasiado. Sé que se contiene para no robarme un beso húmedo y frío. ¡Guau!

—Es evidente que los Santoni le aprecian.

—Sí.

Le miro y trato de descifrar qué esconde tras esa fría apariencia, pero no

logro mi cometido. Ese afán suyo por salvaguardar las emociones es abrumador, y también triste.

—Imagino que los Santoni le enseñaron a hablar italiano, ¿no?

Arquea las cejas. Está relajado, guapo, sexy, sentado a mi lado, ofreciéndome su helado. No puedo pedirle más a la vida, salvo que congele este preciso instante; a ver cuánto me dura la alegría.

—No. Abre esa linda boca que tienes —me ordena.

Y eso hago. Me consta que está deseando meterme la lengua hasta la garganta, por no decir que ansía que follemos en el mismísimo sofá.

—¿Siguen sin gustarle los bebés ahora que tiene una ahijada? —me da por preguntar, sacudiendo de mi mente calenturienta cualquier pensamiento obsceno.

Mi repentina pregunta hace que esté a punto de espurrrear el helado pero se recupera de inmediato.

—Responderé a tu pregunta si me das otra ración de tu delicioso helado —me

dice, con un increíble destello de luz en esa mirada etérea.

¡Menudo seductor! Lleno la cuchara; se la doy a probar; Paladea solo para provocarme y siento escalofríos.

—Exacto, siguen sin gustarme.

—¿Por qué?

—Acaparan buena parte del tiempo...

—En eso tiene razón, pero no dejan de ser lo que son, por eso dependen del cuidado de un adulto —le digo.

—No paran de llorar, vomitar, se ensucian... —se encoge de hombros con cara de asco, y yo me río—. No duermen ni dejan dormir, la pareja se vuelve apática, discuten por cualquier cosa y apenas follan por culpa del condenado bebé.

¡Será capullo!

—Exagera...

—En absoluto, conozco gente cuya vida en pareja es un infierno por culpa de sus bebés.

Río incrédulamente.

—No tiene por qué ser así —le

rebato—. Mi hermano se lo pasa en grande cuidando de sus hijas. Lo que sucede es que hay hombres que eluden responsabilidades y las delegan en sus esposas.

Mis palabras no parecen agradarle lo más mínimo, a juzgar por la cara de pocos amigos que acaba de poner. Me da igual, es lo que siento.

—Así que no piensa tener hijos —añado para más inri.

—Ya tengo una ahijada, y bastante llorona, por cierto... —dice con cierta ironía.

¡Vaya por Dios!

—Pobrecilla... —le digo, esbozando una cálida sonrisa—. Todos hemos sido bebés...

Noto cómo su rostro se endurece inexplicablemente. Parece que no le gusta el tema, pero yo sigo en mis trece solo para llevarle la contraria.

—A mí me encantan, y no descarto la posibilidad de tener familia numerosa —continúo—. Mi número de la suerte es el siete. En mi familia paterna hay varios casos de partos múltiples. Mi prima Lidia dio a luz trillizos y tuvieron



que cambiar el céntrico apartamento que tenían por una casa de campo

Casi se le cae la cuchara de la mano, y me rio divertida.

—Adquirí una el año pasado, pero se la vendí a un tipo de Nueva Orleans.

—¿Por qué?

—No había suficiente claridad y los salones eran fríos y tenebrosos.

—Nunca he estado en Nueva Orleans —le digo de repente—, pero sí en Los Ángeles y en San Francisco, ambas ciudades me gustaron mucho.

—Lo sé —me responde. Y a mí me extraña; seguro que también lo ha investigado—. ¿Te gusta viajar?

La pregunta del millón de dólares.

—Bueno, al principio le tenía verdadero pánico a los aviones. Pero ahora no tanto. Y sí, me gusta viajar. Imagino que usted habrá dado la vuelta al mundo.

—Los viajes de negocios no se parecen en nada a los de placer —matiza con una sonrisa, mientras me da un poco más de helado.

—¿Ha hecho alguna vez un viaje de placer? —le pregunto extrañada.

—No...

—¿Por qué?

—No tengo con quién —me responde mirándome fijamente.

Veo una aterradora soledad reflejada en sus ojos y siento compasión. Cómo puede ser que un hombre como él esté solo si tiene a todo un séquito que lo arropa. Pero se escuda tras ese muro de doble espesor que custodia sus emociones y solo aparece un hombre frío y distante.

—De todas formas, apenas dispongo de tiempo libre... —añade secamente.

—Ya me he dado cuenta, a juzgar por su apretada agenda de trabajo —confirmo, con los ojos entornados—. Pero ¿cómo puede trabajar tantas horas seguidas?

Vuelve a sonreír.

—Estoy habituado a ese ritmo de vida. No conozco otro.

—Seguro que sí lo conoce. Es cuestión de ponerse y buscar aquello que más le agrade, y no me refiero al

trabajo, porque imagino que tendrá algún tipo de hobby, ¿no?

—Sí...

Pregúntale cuando fue la última vez que folló, dice mi lado más salvaje y temerario. Lo silencio en el acto.

—A ver, descríbame cómo es un día en el que no tenga que trabajar —me lanzo.

Se ríe, pues le he pillado con la guardia baja. Genial.

—A veces salgo a hacer *footing* con Freeman o practico yoga o taichí. Me gusta la natación y leer libros sobre

náutica y macroeconomía. A veces almuerzo o ceno en casa de los Crowe, o con mi familia... y ¿tú?

¡Aburrido!, dice mi lado más salvaje. Aunque reconozco que he babeado.

—Cuando estoy estresada o enojada me da por preparar tartas o limpiar —le digo, y él sonrío—. También suelo hacer *footing* por Central Park... —no duda en retarme para correr juntos uno de estos días. Acepto, sonrojada—. Me fascina leer novelas románticas. Me gusta salir con mis amigos; a veces, vamos al cine, a ver cualquier función

de teatro, me encanta ir de *shopping*...  
¿No ha pensado tomarse un día libre?

Me mira como si acabara de decir un disparate.

—No, prefiero estar ocupado.

Caray.

—Pero el señor Bomer, el señor Crowe o incluso las señoritas Steel y Burrows podrían ocuparse perfectamente de sus negocios.

Me escruta con esa mirada verde intenso, que me cautiva irremediabilmente. Aún no puedo creer que tenga al hermético Alexander

Crawford sentado en mi salón, conversando animadamente sobre él, es increíble.

—Por supuesto. De hecho, a raíz de la muerte de Dave, he tenido que hacer ligeros cambios en la gestión de mis empresas —dice, confiándome sus asuntos más privados—. Mark dirige la multinacional en Vancouver; Sebastian, mi administrador, gestiona los negocios de hostelería y producción, y yo, bueno, he tenido que dejar lo anterior para volcarme de lleno en la agencia y el



nuevo astillero en New Jersey, Crawford Yard's Corporation.

Guau. Le doy la enhorabuena sorprendida y él se ríe, casi ruborizándose. ¡Qué raro! ¿Acaso lo que ocurre es que es tímido y por eso rehúye los flashes y las cámaras?

—Así que va a construir barcos. ¿De qué tipo? —pregunto intrigada.

—Depende de cada cliente.

—Imagino que ya cuenta con una amplia lista de ellos —le digo mientras chupo distraídamente la cuchara y él se relame.

—El último contrato expira en el 2020.

—Caray, sí que es bueno en lo que hace, señor.

Le gusta mi repentino cumplido. Imagino que recibirá muchos a diario, pero lo que me sorprende es que me haya dado las gracias. Estira el brazo para dejar su tarrina de helado sobre la mesa y se acerca a mí para comerme los morros. El sabor del chocolate se fusiona con la nata. Le chupo la lengua, jadea; me lame los labios, gimo. Cuando me suelta no sé ni dónde estoy ni cómo

me llamo. Y como si tal cosa, vuelve a coger su tarrina y continúa comiendo. Mi corazón se desboca en una carrera sin cuartel. Otra vez. ¡Qué tío!

—Mi abuelo Alexei me enseñó todo lo que sé —me dice de repente—. De niño, solía sentarme en su regazo y me hablaba largo y tendido de sus empresas. Yo le escuchaba atentamente deseando convertirme algún día en alguien como él, que empezó a muy temprana edad y poco a poco levantó todo un imperio....

—Como el suyo —digo obnubilada.

—Más o menos... —dice distraídamente, mientras me da una porción de helado—. No sé lo que tiene este helado que hoy estoy de lo más hablador y comunicativo.

Le imito sin más. Chupa mi cuchara vehementemente. Le encanta jugar y en eso no me quedo atrás.

Estallo en una carcajada que le contagio. Y mientras como el helado que me ha ofrecido, le doy del mío y chupa mi cuchara con vehemencia. ¡Cómo le gusta jugar!

—No creo que sea el helado, sino el ambiente, señor —le explico con una leve sonrisa.

—Y la compañía, también —añade.

Pestañeo halagada.

Eso se merece un beso, dice mi lado salvaje.

Se lo doy, pero en la mejilla, aunque él espera más porque no duda en buscar mis labios con un ardor incontrolado. Nos besamos largo y tendido hasta que logra arrebatarme el aliento y el sentido.

—Nunca he viajado en barco —le suelto.

Restriega repentinamente su nariz contra la mía. Seguro que piensa que soy un bicho raro o algo por el estilo.

—No te preocupes por eso, nena — dice, dándome otro beso profundo y húmedo.

—A este paso lograré que se tome ese merecido año sabático.

—¿Debería? —y arrima su hombro al mío.

Noto que saltan chispas entre nosotros, otra vez... ¡por Dios! ¿Qué me ha dado este hombre para anularme el sentido cada vez que lo tengo cerca?

Te ha proporcionado dos orgasmos seguidos, me recuerda mi lado salvaje, leyendo un manual de sexo para principiantes.

—Sí...

Ladea un poco la cabeza y me mira inquisitivamente. Deja la tarrina casi vacía sobre la mesa. Le imito. Me coge la mano. La mía está fría, la suya no tanto. Se ve que no es nada friolero, en cambio, yo sí. Deposita, para mi propia sorpresa, un beso húmedo en mi palma y otro en mi muñeca. Exhalo un profundo

suspiro, mientras mi corazón late con fuerza.

—¿Me acompañarías en ese merecido año sabático?

Noto el calor en mis mejillas y me río porque sé que me toma el pelo descaradamente; no hay nada más que ver su sonrisa traviesa.

—No sé, tal vez. Pero me da que llegaría a echar de menos mi mesa de trabajo.

—Pero ¿harías ese pequeño esfuerzo por mí?

—¿Habla en serio?



Se hace el silencio mientras sigue besando la palma de mi mano, y noto un agradable cosquilleo que recorre todo mi cuerpo.

—¿Quién es Helena Steel? —le pregunto por curiosidad.

No parece molestarse.

—Mi asistente personal, asesora de imagen, jefa de prensa y representante en el Mercado Internacional de Jóvenes Empresarios Americanos. Su pareja, Rachel Burrows, es mi asesora financiera y una excelente bróker. Acaban de inaugurar un spa cerca de

Central Park —me suelta la mano para sacar de su cartera una tarjeta de visita—. Di que vas de mi parte, te aseguro que saldrás como nueva.

—No quiero abusar de su confianza, señor.

—Puedes abusar de mí cuando quieras —dice cogiéndome otra vez la mano—. Las tienes frías, te las calentaré.

Ni en sueños me habría imaginado una velada así, y mucho menos tener a un hombre como él sentado a mi lado. Mi yo serio me mira con desprecio, por

ser tan ingenua y estúpida. No le hago el menor caso.

—Iré. A Linus le encantan las saunas y los masajes tailandeses —le respondo con una amplia sonrisa mientras entorno los ojos.

—Te gustará —insiste.

—Así que le agradan los masajes... —¡Oh, mierda!, ¿qué estoy diciendo?—. Quiero decir que es como mi Linus —titubeo, cuando me mira insinuante.

—No te justifiques, te he entendido perfectamente. Digamos que es el único

momento del día en que me relajo después de una larga jornada de trabajo.

—¿Sabe...?

—¿Sí?

—Me sorprende que gustándole tanto el control, sea un fanático de la velocidad, señor.

Esboza una sonrisa.

—Veo que tú también sabes cosas de mí... —me dice mientras frota mis manos.

Me gusta la sensación. ¡Anda!, que si Andrea entrara por esa puerta..., le

daría algo.

—Bueno, David me habló de que compartían la afición por los coches de alta gama y las motos.

Le acaba de cambiar el gesto. No quiere hablar de David, su rostro me lo dice, pero ¿por qué?

—La tuya es la fotografía, ¿no?

—Sí.

—Me gustaría que fotografieras una de mis propiedades.

Me acaba de dar un ataque en toda regla. ¿He oído bien?

—¡Oh! Linus es muy bueno en eso.

Me mira con esos ojos felinos y risueños.

—Te lo estoy proponiendo a ti, no a tu amigo el escritor.

Trago saliva. Siento palpitaciones, mientras noto el latido de mi corazón a la altura de mi garganta, y no solo por su inminente cercanía sino por lo que me acaba de decir. Todo el mundo sabe que Alexander Crawford puede tener al mejor fotógrafo del mundo. No necesita una simple principiante como yo.

—¿Por qué yo?

—Vi el *book* que le hiciste a David.  
Me gustó muchísimo.

—Gracias...¿Y para cuándo querría esas fotos?

—Ya te avisaré, y deja de tratarme de usted, no estamos dentro del horario de trabajo —dice consultando su fabuloso Omega Baguette Constelación de más de setecientos mil dólares.

—De acuerdo —murmuro.

Acaba de ponerse en pie sin soltarme la mano y yo me sobresalto al pensar que ya se marcha. Soy incapaz de abrirle la puerta, no quiero que se vaya. Aún no.

Deseo que sigamos charlando, por no decir que ansío un abrazo suyo e incluso que me lleve a la cama. Sí, eso quiero. De pie, frente a mí, clava su mirada en la mía por unos segundos, se agacha y me da un beso en la mejilla. ¿Solo eso?

—Ha sido una velada muy agradable.

—Sí, lo ha sido —acierto a decir, en medio de un repentino calentón.

Suelta mi mano y noto un repentino vacío. ¿A qué espera para largarse? Aunque en el fondo no quiero que lo haga.



—¿Cuánto hace que no ves a tu familia? —me pregunta de repente.

¡Vaya!, ahora le da por interesarse por los míos. ¡Todo un detalle!

—Desde las navidades pasadas.

—¿Les echas de menos?

¿A que acabo llorando?

—Mucho, pero hablo con ellos a diario... por teléfono, quiero decir.

—¿No han pensado en trasladarse a vivir a Nueva York? —quiere saber ahora.

—No tienen muchos recursos. Todo depende de si Scott vende el taller de reparaciones que regentaba nuestro padre. Le animé para que colgara un anuncio en internet. Espero que tengamos suerte.

—Seguro que hace una buena venta.

Le miro embelesada. Me acaba de retirar un mechón cobrizo de la cara y ardo como una antorcha. La tensión sexual está en su punto más álgido.

—Es difícil... La crisis está afectando a todos los sectores y estamentos sociales. El otro día oí en la

radio a una conocida aristócrata quejándose de que no podía llegar a fin de mes.

De pronto, tensa la mandíbula. ¿He hecho un comentario inapropiado?

—Es evidente que una mala inversión te puede llevar a la ruina —me suelta arrogante—. Conozco a gente que está sumida en ella. Rafael, el esposo de Valentina, perdió su negocio de carpintería, ahora trabaja para mí.

—Oh... gracias a Dios —digo, pensando en el pobre bebé.

Me sigue mirando.

—Lo creas o no, no soy Lucifer —  
añade muy serio.

¡La leche! Le miro como si acabaran  
de arrojarme un jarro lleno de agua fría.  
¡Mierda, lo sabe! ¡Tierra, trágame!  
¡David se lo ha contado!

—Yo... no... no...

No me salen las jodidas palabras. Mi  
cerebro es incapaz de razonar con  
coherencia. ¡Joder!

—Mi hermano me hablaba  
constantemente de ti y del apodo que me  
pusiste.

Ahora entiendo por qué sabe tanto de

mí. ¡Qué ingenua y tonta he sido! Creo que es mejor que se vaya y así se lo hago saber. Me mira confuso pero continúa con lo que ha iniciado.

—Aun así, le prometí que cuidaría de ti.

¿Cuidar de mí? Pestañeo. Parpadeo. Tiemblo.

—Como si fueras una más de la familia.

Ahora sí que estoy en estado de *shock*.

—Pensé que no me invitarías a subir, y lo has hecho.

«La próxima vez te follaré duro.»

Alzo el mentón luchando contra mis deseos más profundos.

—No pretendía hacerlo y no quiero que cuides de mí. Me puedo valer por mí misma.

Oh, Dios, acabo de tutearlo y se me hace raro. Se relame esbozando una sonrisa pícaro. El gesto en sí hace estragos en mí, ¡es tan seductor!

—Cuidaré de ti te guste o no, así que ve haciéndote a la idea —sentencia.

Refunfuño y me dice que no lo haga.

—¿Por qué no pretendías hacerlo?

Me encojo de hombros.

—Porque nunca he invitado a ningún hombre a que suba a mi casa —le respondo casi con voz inaudible.

—Entonces debería de sentirme halagado... —me dice, mientras se acerca más a mí.

Tiemblo de pies a cabeza. Lo sabe. Me retira otro mechón del rostro y recorre con el pulgar mis labios entreabiertos. Mi cuerpo no tarda en arder. ¡Por favor, no!

—Llevo un buen rato conteniéndome

para no llevarte a tu cuarto y follar hasta que los dos quedemos sin aliento.

¡Lo sabía! Aun así mi pulso se ha activado y he enmudecido inexplicablemente, pese a que mi lado salvaje me insta a que me lance de una vez, pero soy un mar de dudas y miedos. Silencio.

—¿Sigues pensando que debería irme, Emma? —inquire con voz grave.

¡Ha vuelto a llamarme por mi nombre!



*T*odavía no creo lo que acabo de hacer: permitir que don Gruñón se quede para que me desvirgue y follar hasta hartarnos, como él suele decir. ¡Definitivamente debo de haber perdido

el juicio! Porque, ¿qué si no explica mi comportamiento tan depravado?

Se suponía que debía odiarlo para toda la eternidad, pero reconozco que me ha salido el tiro por la culata porque el tío me va atrayendo cada vez más. Como la luz a una polilla. Cuanto más quiero rechazarlo, más ganas tengo de que se quede a mi lado. De hecho, no tengo control sobre mí misma ni mis deseos. Es como si de repente me hubiera anulado y fuera otra mujer completamente distinta. Alexander Crawford no es hombre para mí, lo sé,

pero aun así me lanzo a la boca del lobo aunque sé que acabaré dándome con un canto en los dientes. Pero continúo, como masoquista que soy.

    Mi conciencia repite el mismo discurso sobre los hombres como él: que solo buscan sexo. No quieren una relación seria y duradera y bla bla, bla, pero aquí estoy yo, sentada, como una tonta, en el borde de mi cama, con un pañuelo de seda verde escondido bajo mi almohada, siguiendo de cerca todos y cada uno de los movimientos de Alexander Crawford.

Sí, estamos en mi cuarto con la puerta cerrada.

Él y yo.

Me ha faltado tiempo para ponerme el mundo por montera y todo lo demás sobra; incluidas las palabras.

Acaba de quitarse su Omega y ha vaciado los bolsillos de sus pantalones sobre mi mesita de noche, donde está mi móvil y una tarrina nueva de helado de chocolate. No me ha preguntado sobre ella cuando la he cogido de la nevera, pero ha sonreído. Es un hombre muy sagaz e intuitivo, y me encanta que lo

sea. Veo cómo deja junto a la lamparilla su Samsung, su cartera, varios paquetitos plateados —creo que son condones— y las llaves de su flamante Aston Martin. Le miro confusa mientras salgo de mis propias e indecentes ensoñaciones de mojigata viciosa. Asumo la responsabilidad del paso que voy a dar y me olvido de las palabras de Linus. Solo estamos él y yo... y el deseo que hace estragos en nuestras almas y nuestros cuerpos.

Esta vez quiero ser yo la que tome las riendas del oscuro juego que me ha

propuesto.

Quiero sorprenderle.

Quiero que cuando llegue el momento me suplique como yo lo hice en el ascensor.

Quiero disfrutar de su experiencia, porque la soledad, en el peor de los casos, es terrible y el paso de los años, demoledor.

Quiero aprovecharme de la situación, y cuando mañana me despierte y sienta remordimientos de conciencia me diré: bravo, has hecho algo sin pensártelo dos veces. Aun así no puedo evitar temblar y

sentir una honda emoción ante este loco deseo.

Alexander Crawford se descalza rápidamente delante de mí. Sus movimientos son elegantes y muy precisos, similares a los de un hermoso felino. Un felino que voy a poseer... al menos por esta noche. Me estremezco de la emoción. Me fascina lo seguro que está de sí mismo. Me desea y yo a él también.

Me fijo en lo bien cuidados que tiene los talones y los pies; seguro que se hace la pedicura. Sus dedos son

perfectos, no excesivamente largos y gruesos, de uñas cuadradas y limadas. Debe de calzar un 42 aproximadamente. Su imponente altura ha hecho que mi cuarto, que es amplio y decorado en tonos pastel, se encoja inexplicablemente. Se acaba de girar y camina decididamente hacia mí. Parece un dios de la mitología romana: fuerte, poderoso y muy varonil. Pese a su seriedad, no ha perdido la elegancia que le caracteriza y su irresistible *sex appeal*.



—Mi cuerpo está a tu entera disposición —proclama en un tono de lo más sugerente y sensual.

¡Guau! Le miro alelada, extasiada, excitada, mientras mi lado más salvaje y vicioso hace unas extrañas piruetas y acrobacias en el aire. Tengo miedo de que se haga daño. Allá él, dice mi lado serio que me mira con absoluta reprobación ante el paso que voy a dar. No puedo evitar que me inunde una profunda emoción, pero me recupero en el acto mientras me relamo y le ordeno que se despoje de su jersey.

—No —dice con voz cortante—.

Desnúdame tú.

Me levanto sin dudarlo ni un solo instante, tiro del borde del jersey de cachemir de color negro y se lo saco por la cabeza. Luego sigo con la camiseta blanca. Me quedo sin aire. ¡Madre mía, qué cuerpo! ¡Qué hombros! ¡Qué pectorales! ¡Qué abdominales! ¡Qué oblicuos! Mi lado salvaje se acaba de desmayar. Dudo si debo o no tocar tanta belleza y perfección juntas.

—Puedes tocarme, no me romperé — dice, sacándome de mis ensoñaciones

mientras me acaba de despojar del vestido que lanza tras de sí.

Llevo un conjunto de lencería de color morado y encaje que me debe sentar de maravilla, a juzgar por el repaso que me está dando. Dice que le fascina la forma de mis pechos. No duda en acariciármelos por encima de las copas del sujetador... exhalo un suspiro.

—¿Disfrutando de las vistas? —le digo sonriendo.

—La ocasión lo merece porque estás buenísima, nena

Me sorprende que use esa jerga más bien callejera, pero creo que lo hace para que se me borre de la mente que es mi jefe y yo su empleada.

Me parto de risa y él también.

—Tú también, nene...—le digo, ante la extrañeza de volver a tutearlo—. Voy a acariciarte...

Asiente suspirando tanto o más que yo. Sé que a él le encantaría ir al grano, pero me permite explorar su glorioso cuerpo, lo cual agradezco. Le acaricio los pectorales con la yema de mis dedos y paso los pulgares por sus pezones, se

los pellizco para luego besárselos por turnos. Echa la cabeza hacia atrás, entrecierra los ojos y emite un sonido similar al de un gemido, mientras sostiene mi cabeza con ambas manos. Continúo lamiéndole y chupándole los pezones, para luego dejar un reguero de besos húmedos a lo largo de su abdomen plano y bien marcado. Me tira levemente del pelo. Eso es señal de que le gusta lo que le hago. Desciendo con mi lengua hasta su ombligo y lo capturo con mis labios haciendo ligeros círculos con la punta de la lengua. Gime.

—Oh, pequeña...

Me siento como Afrodita, la diosa del amor, río nerviosa. Alzo la vista y le veo relamerse, sus ojos verdes brillan como un diamante a plena luz, luminoso y cautivador, que me encanta. Me he sentado en el borde de la cama con la espalda erguida para continuar con mi exhaustiva exploración. Tengo las mejillas ardiendo y el corazón desbocado, pero me gusta la libertad de poder gozar de este pedazo de maromo con el cuerpo cincelado de un dios vikingo. ¡Madre mía! Acaba de

agacharse para devorar mi boca como sabe hacer. Somos una fusión de labios, lenguas, gemidos y jadeos. El sabor de la fresa y la nata perdura en mi lengua, que froto contra la suya que sabe a chocolate. ¡Hum! Le beso la terrible cicatriz que tiene en el costado derecho.

—No tienes por qué besarla, nena — dice ronco, acariciando dulcemente mi cabello.

—Quiero hacerlo —le paso la lengua y gime—. ¿Cómo te la hiciste?

—En un accidente de moto —me responde con voz grave.

—Lo siento.

Se agacha de nuevo y me vuelve a besar, esta vez con un beso largo y dulce. Sonrío. Me acaricia la mandíbula con la mano derecha y le miro ingenuamente mientras mis manos se aferran a la hebilla de su cinturón negro de Calvin Klein. Se relame satisfecho; yo, también. Logro despojarle del cinto que arrojo al suelo y rebota contra las frías baldosas de mi habitación. Le desabrocho los botones de sus vaqueros negros, rozando su creciente erección, y tiro de ellos hacia abajo; se los quita



con un rápido movimiento de caderas y piernas, y los lanza al suelo. Me acaricia el pelo y suspira pausadamente. Los bóxers grises con ribetes negros de la misma firma le quedan como un guante. Miro y palpo su sexo tieso, duro y caliente al tacto, jadea, y opto por meter los dedos en la cinturilla de su ropa interior para bajársela; me detiene sujetando mis muñecas y yo pestañeo confusa, sorprendida y ruborizada ante mi creciente descaro; quiero saborearlo y así se lo hago saber.

«Me gustan las mujeres desinhibidas.»

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me pregunta con voz grave.

—Sí —le respondo excitada.

—¿Lo has hecho antes?

—No, pero puedo aprender —me oigo decir, abrumada por la calidez de su mirada luminosa.

Esboza una leve sonrisa mientras libera mis muñecas y guía mis manos hacia la cinturilla de sus bóxers. Mi corazón late con fuerza cuando tiro hacia abajo y se despoja de ellos con un solo

movimiento; su sexo, largo y grueso, se yergue como una espada. Me relamo cuando me fijo en la asombrosa longitud y grosor y en la punta roja como una ciruela. No puedo evitar mordirme el labio inferior.

—¿Y ahora qué? —le pregunto con un tono de voz distinto al mío.

—Usa tus manos y acaríciame de arriba abajo, así —me muestra.

Lo hago sin más. La piel que recubre su sexo es suave y sedosa como el terciopelo, lo acaricio lentamente admirando su reacción, pues ha vuelto a

echar la cabeza hacia atrás y exhala un suspiro seguido de un jadeo. Aumento el ritmo de mi caricia para deleite de él, y no dudo en pasear el pulgar por la punta roja de su falo y la beso. Gime mientras se la acaricio con mi lengua. Cojo su sexo con mis dos manos y me lo meto en la boca, mientras mi corazón late estrepitosamente a la altura de mi cuello. Me dejo llevar por mi instinto y el sentido común. Me recoge el pelo con una mano para ver cómo trazo ligeros círculos con la lengua alrededor de la punta de su glande caliente e hinchado,

se lo chupo como un caramelo y gime fuertemente. Vuelvo a pasar la lengua desde la base hasta la punta, lo lamo como un helado de fresa y nata, para luego volver a metérmelo en la boca. Gime enérgicamente. Flexiona ligeramente las rodillas a la vez que mueve suavemente las caderas —eso es lo que Andrea llama follarte la boca, porque su falo entra y sale de mis labios con suave vaivén—. No dejo de chuparlo, lamerlo, besarlo introduciéndomelo cada vez más en mi boca, hasta rozar la garganta.

—Emma... —murmura con voz agonizante—...a este paso voy a correrme en tu hermosa boca...

Lo chupo con más energía y se deshace de placer.

—No me importa que lo hagas —le animo usando ahora mis manos para excitarlo con suma delicadeza.

Abro más la boca para volver a alojarlo entero en ella y muevo la cabeza con un suave ritmo, mientras lo succiono una y otra vez.

Gime al límite de sus fuerzas.

—¿En serio? —alzo la vista y asiento

con los ojos vidriosos.

Y en ese momento estalla como un torrente, noto cómo el chorro de vida llena y calienta mi boca, y no dudo en tragar su esencia masculina entremezclada con el sabor salado de su sexo, de puro placer, y él jadea sonriente.

¡Hurra! ¡He logrado que se corra!, me digo contenta. Sigo acariciándolo con ambas manos, pero hace que me levante, de golpe. Tiemblo.

—Admito que eres una alumna muy aventajada, y muy tragona —me dice

abrazándome con fuerza.

Me río mientras sus manos bajan hacia mis nalgas para acariciarlas y estrujarlas con vehemencia, y me da un ligero cachete.

—¿Te ha gustado la experiencia?

Asiento con las mejillas ardiendo, aún no puedo creer que le haya hecho una felación a mi jefe; una sensación nueva y de lo más excitante para mí.

—¿En serio? —vuelve a preguntar, dubitativo.

—Sí, mucho —le respondo, y se ríe.



—A mí también, y no sabes hasta qué punto, pequeña... —me dice satisfecho.

Con suavidad, sujeta mi cara entre sus manos para darme un beso tierno e infinito, y desliza sus dedos por mi cuello hasta llegar a mis pechos, que acaricia bajo la copa del sujetador. Recorre el contorno del encaje hasta la espalda y lo desabrocha para liberar mis senos; tengo los pezones duros y tiesos. Abandona mi boca y me besa la mandíbula. Suspiro entrecortadamente mientras su mano llega hasta mi sexo y su lengua recorre mi cuello con pasión.

Me da la vuelta y noto su creciente erección clavada en mis nalgas, cuando me retira el cabello por encima del hombro para atrapar con sus labios el lóbulo de mi oreja. Sigue abrazado a mí y su mano acaricia mi sexo; no tardo nada en sentir esa creciente humedad y jadeo.

«La relación jefe-empleada quedaría en un segundo término.»

Ya lo creo que sí, pues no hay ni un atisbo del arrogante y engreído Alexander Crawford, solo veo a un hombre normal que quiere darme placer.

Pero... ¿y ahora cómo le llamo?, me pregunto entre jadeos cuando un dedo largo y grueso entra en mi ser.

—Te has corrido... —me regaña.

Gimo con los nervios a flor de piel, mientras chupa y succiona el lóbulo de mi oreja, y grito cuando hace girar el dedo en mi vagina a un ritmo que me enloquece y me lleva a mover las caderas al compás de su caricia íntima.

—¿Te gusta?

Asiento como una posesa.

—A mí también...

Alexander.

No, es demasiado formal.

¿Alex?

Sí, me gusta cómo suena.

Dejo de pensar y vuelvo a la irracionalidad del éxtasis cuando saca el dedo impregnado con mi esencia y lo chupa, se relame y me lo da a probar. Lo succiono con fruición desde la base hasta la punta.

—No hagas eso... —dice, haciéndome girar para apretarme contra su glorioso cuerpo.

Vuelve a azotarme y yo grito y me contraigo ante esa mano suelta que tiene, pero me silencia comiéndome la boca. ¡Qué hombre! Enrosco mis brazos en su cuello y me rasga las bragas.

—No las vas a necesitar —dice, ante mi mirada de sorpresa.

Mis pechos grandes, redondos y firmes vuelven a quedar atrapados entre sus manos. Suspiro cuando se inclina para lamer, chupar y succionar mis sonrosados pezones por turnos, y tiro levemente de su abundante pelo negro cuando me muerde. Me da otro cachete y

chillo; me empuja con suavidad y ambos caemos sobre la cama. Me fascina sentir su peso y el calor que desprende su cuerpo sobre mí. Me mira y me chupa el labio inferior, luego el superior y acaba metiendo la lengua entre mis labios entreabiertos. Dejo escapar un gemido de placer mientras él se mueve entre mis piernas y noto su poderosa virilidad presionando mi palpitante sexo. Alarga una mano para acariciarlo y me contraigo ante la invasión de su dedo largo y grueso en mi húmeda vagina.

—No paras de correrte, ¿eh? —dice junto a mis labios.

Asiento hipnotizada por el brillo y la claridad de esa mirada felina y mordisqueo su labio inferior. Jadea apretándose más a mí, mientras sus dedos me llevan a la locura; me retuerzo ante un inminente orgasmo; le suplico y finalmente estallo mientras devora mis pechos como un loco.

—Abre la boca —me ordena.

Le obedezco e introduce sus dedos impregnados de mi esencia para que la pruebe. Lo hago toda excitada intentando

recuperarme de mi primer orgasmo de la noche, y luego es él quien saborea y relame, mientras aprovecho para escurrirme y colocarme a horcajadas sobre su cintura. Me da un pellizco en el trasero y se acomoda sobre mi almohada. Me sujeto el pelo sobre la nuca y él alarga una mano para acariciarme los pechos, los masajea, tira suavemente de mis sensible pezones, vuelve a sopesar mis senos...

—Me fascinan tus tetas, nena... — dice, mientras se incorpora y roza con su



lengua un sonrosado pezón, y yo creo morir de placer.

Sostengo su rostro entre mis manos mientras toma el otro en la boca, tira de él con los labios, me succiona.

—Me vuelve loco la suavidad de tu piel.

Jadeo cuando me acerca más a él sosteniéndome por la cintura. Y se me ocurre una idea: dirijo la mirada hacia la tarrina de helado que hay en la mesita y él se ríe adivinando mis intenciones.

—¿Quieres jugar un rato? —pregunta sonriente ante mi mirada pícar—.

Juguemos, pues. —Se tumba sobre la cama y yo abro la tarrina y tomo una ligera porción de helado con los dedos, le doy a probar y me lame; vuelvo a untarme los dedos, pero esta vez extendiendo el helado frío sobre sus pezones. Se contrae, humedezco mis labios con la lengua y me acerco para sorberlos. Resopla excitado cuando embadurno ligeramente su torso desnudo, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Tomo su falo entre mis labios fríos. Él tira de mí, dejando un reguero de besos por mi costado, de

manera que quedo atrapada bajo su cuerpo. Ahora es él quien alarga la mano y unta mis pechos con helado; me contraigo y gimo ante la frialdad, lame el helado y succiona mis pezones con fuerza.

—¡Alex! —grito a modo de súplica.

Desciende hasta mi sexo, sus labios atrapan mis genitales y arqueo la espalda cuando su lengua fría y húmeda roza mi clítoris; introduce un dedo en mi vagina y me deshago de placer moviendo las caderas contra él.

—¡Por favor, Alex! —gimoteo, incapaz de soportar esa deliciosa tortura que me lleva al borde de un inminente orgasmo.

Retira el dedo y procede a lamermme de arriba abajo y de abajo arriba, traza ligeros círculos alrededor de mi palpitante sexo y me ordena que me corra. Lo hago en el acto, mientras mi cuerpo se convulsiona en exquisitos espasmos. Se incorpora victorioso y me abraza hasta que la oleada de placer va pasando.

—Así que soy Alex —me dice besando la base de mi cuello.

—¿No te gusta?

—Sí, nunca nadie me había llamado así, salvo mi abuelo —me dice fascinado, sosteniendo mi rostro con ambas manos para darme un beso furtivo en los labios.

—¿Aún sientes deseos de follar? —me pregunta, moviéndose entre mis piernas.

—Sí, pero antes quiero darle utilidad a esto...

Alargo una mano bajo mi almohada y

extraigo el pañuelo de seda. Quiero atarlo.

—¿Un pañuelo? —se extraña.

Suelto una risilla traviesa, le empujo para que caiga de espaldas sobre la cama y me siento a horcajadas sobre él. Me mira sorprendido y frunce el ceño. Mi pulso se detiene un segundo.

—¿Vas a atarme? —me pregunta serio.

—Sí —respondo haciendo pucheros.

—¡Ni se te ocurra! —me advierte, mientras retira sus manos de mis caderas.

Me he puesto tensa y guardo enseguida el dichoso pañuelo bajo la almohada. No me atrevo a preguntarle el porqué, pues me echa a un lado y se levanta de la cama.

—Alex... ¿Qué ocurre?

No me contesta. Oh, Dios mío... se ha puesto en pie para... ¡vestirse!

—¿Te...te vas? —pregunto asustada ante su mirada furibunda—. Pero ¿por qué?

El rubor me come y la incomodidad me atrapa. ¿A qué viene ese repentino cambio? Creí que estaría de acuerdo en

pasar un rato agradable, pero por lo que veo, no. Me mira de un modo que no me gusta nada. Sus ojos se han ensombrecido inexplicablemente y su rostro denota una aterradora hostilidad. Mierda, parece que no le ha gustado la idea de que le aten. Boqueo nerviosa, confundida y deseosa de que la tierra me trague; no sé qué hacer para disuadirlo.

—La pregunta sobra —me espeta de muy malos modos mientras se abrocha el cinturón del pantalón.

—¿Qué he hecho? —insisto buscando mi vestido para cubrirme.



—¡Nada! ¡Y deja ya el jodido interrogatorio, porque no estoy de humor!

Mi corazón se ha desbocado al ver cómo Lucifer surge de la nada. Evito hacer ninguna pregunta para que no se sienta incómodo. Acaba de soltar un taco que me estremece. Estoy desconcertada. No deja de tocarse el pelo y me tiemblan las manos, todo el cuerpo. Pero me mantengo en silencio durante unos segundos. Me preocupa esta situación.

—No pretendía incomodarte —digo, por fin.

—¡Pues lo has conseguido! ¡Tú y tus condenados juegucitos! Me pregunto dónde los has aprendido, por no decir cuánto hay de verdad en lo de que nunca has practicado una felación —me increpa enojado.

Tomo aire atónita y con claros deseos de darle un bofetón, por insolente, pero me aguanto.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—¡Pues aprende a encajarlo! —me suelta.

Pestañeo ante tanta desvergüenza.

—Dijiste que te gustaban las mujeres decididas y atrevidas, y me he limitado a tomar buena nota de ello —le respondo dolida.

—¡Pero no de este modo! ¡Odio que me aten! ¿Cómo coño quieres que te lo diga? —me regaña, y añade—: ¡Creí que había superado toda esta mierda!

—¿Superar el qué?

Ahora la confusa soy yo, por culpa de su repentino cambio de humor. Se supone que íbamos a follar, no a discutir.

Se encoge de hombros.

Me da rabia que vuelva a cerrarse en banda y así se lo hago saber.

—Será mejor que te ocupes de tus asuntos y dejes los míos en paz —dice, abriendo la puerta de la habitación.

—Lo creas o no, me preocupan tus asuntos.

—¡No tienes ni idea de lo que estás diciendo! —responde enigmático.

—¡Lo sabría si confiaras un poco más en mí! ¡Y es cierto que nunca antes había practicado ninguna felación!

—Y debería de sentirme halagado, ¿no? —dice irónico, antes de desaparecer tras dar un gran portazo que me deja de piedra en medio del salón.

Me acaban de dejar tirada en la cuneta. Otra vez. Y me quiero morir.

Me siento estúpida, vacía y tonta. He tirado la tarrina de helado y mis bragas rotas al cubo de la basura, he quitado el edredón manchado de chocolate y he puesto la lavadora. Me he dado una ducha rápida y me he lavado los dientes. Tengo el cuerpo con ligeros chupetones. Dios mío, ¿qué más puede pasarme con

los hombres?, me digo evitando a toda costa revivir mi imprevisto y desastroso encuentro con Lucifer.

Ha sido muy placentero, pero también muy humillante por la manera en que se ha ido, porque no me han sorprendido sus formas, me han herido. Sea lo que fuera por lo que no quería que le atara, tenía que habérmelo dicho con claridad en lugar de marcharse del modo en que lo ha hecho. Han pasado más de dos horas desde que todo eso sucediera y aún no he recibido ningún mensaje suyo, y aquí sigo, como una

auténtica idiota, incapaz de conciliar el sueño. Mi cuarto, mi cama y mi almohada están impregnados de su aroma. Por no decir que continúo dándole vueltas a lo que ha pasado. He tratado de buscarle alguna explicación lógica, pero no encuentro ninguna. Todo son lagunas oscuras y profundas, y me aterra que así sea. ¡Con lo bien que lo estábamos pasando! Si es que hasta para follar no tengo suerte, me digo llorando en silencio. No sé por qué, tal vez para sentirme mejor, me da el arrebató y le escribo un correo; no puedo con tanta

incertidumbre, si es que soy tonta de capirote.

**De:** Emma Taylor

**Fecha:** 6 Abril de 2013 1:19

**Para:** Alexander Crawford

**Asunto:** Consternada y preocupada

Creí entender que dijiste que tu cuerpo estaba a mi entera disposición, por eso me tomé semejante licencia. Te pido disculpas si, en un momento dado, te he hecho



sentir incómodo. Te aseguro que esa no era mi intención. Solo pretendía darte placer del mismo modo que tú me lo estabas dando a mí...

Emma.

Le doy a la tecla de envío y siento que voy a cometer el segundo error de mi vida, pues espero inútilmente a que me responda hasta bien entrada la noche. Doy cabezadas hasta que mi cuerpo, cansado y abatido, cae en brazos de Morfeo. No tardo nada en sumergirme en unas oscuras y profundas lagunas de

color verde que amenazan con  
sepultarme para toda la eternidad.

*S*on las diez y diez de la mañana.

Es sábado y no he pegado ojo en toda la bendita noche, y encima me acaba de bajar la regla. Tengo un dolor de ovarios que para qué. ¡Menudo comienzo de día!

¡A ver cómo acaba! Me digo, intentando poner a mal tiempo buena cara.

Me levanto y hago la cama; estiro la colcha y listo. Me meto en la ducha y no tardo ni cinco minutos en salir, me pongo un támpax y me envuelvo en mi albornoz blanco de felpa. Me seco el cabello con el secador, pero, cuando acabo, parezco la leona de la Metro, así que decido recogerme el pelo en una cola de caballo. Los chupetones del cuello han aumentado; son cuatro, dos en cada lado, y todavía siento un agradable hormigueo en la punta de mis pezones.

Camino bostezando en dirección a mi habitación. He cogido la agenda de don Gruñón y veo que está programada para el próximo lunes, luego no tengo ni la más remota idea de dónde estará ahora. La dejo sobre mi escritorio. Me he puesto la ropa interior de encaje negro, el pantalón del chándal y una camiseta vieja de los Rolling Stones que compré hace años en el Soho. Voy a hacer limpieza en vez de ponerme a llorar como una tonta. Sí, eso haré, pero en cuanto desayune.

Nunca me ha dado tan fuerte por un tío, y menos por alguien como Lucifer. De hecho nunca suelo enrollarme en la primera cita, pero anoche me dejé llevar fácilmente por mis emociones y anhelos, para acabar del peor modo posible. Pongo a cargar el móvil en el salón y ¡no tengo ni un mísero correo, ni siquiera un mensaje suyo!

Nada.

Absolutamente nada.

Estoy como al principio, es decir, más sola que la una, porque Andy aún no ha regresado, y me preocupa. No dudo

en marcar su número para telefonarla y salta el buzón de voz. Regreso a mi cuarto y enciendo el portátil con la única esperanza de hallar algún correo de mi amiga, ya que siempre tiene el móvil operativo. Pero nada. Solo tengo e-mails de unos cuantos compañeros de trabajo, que contesto de inmediato.

En cuanto a don Gruñón, me da el arrebató, agarro el móvil y efectúo una llamada a su número de teléfono. Un tono, dos tonos... ¡llamada rechazada! Me quedo muerta. ¡Será insensible! Me siento utilizada por el mayor arrogante y

engreído de la historia. Pero me sirve de escarmiento para darme cuenta de que no le intereso lo más mínimo, salvo para intentar echar un polvo, y me alegro de que anoche no llegásemos a más, me digo en un ataque de ira.

¡Cretino!

No he conocido a nadie que me altere tanto como él. Maldita sea mi estampa. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Los hombres siempre acaban tratándome del peor modo posible, y no entiendo el motivo. Anoche solo pretendía que disfrutásemos juntos y mira cómo me lo



agradece ¡Dándome de lado! Si es que soy una tonta, ingenua y estúpida, por no decir ¡gilipollas!

Tengo que buscar el modo de arrancármelo de la cabeza o me veré metida en un buen lío, porque no voy a negar que el tío me pone. No sé por qué, pero es la verdad. Me agrada lo atento, lo simpático, lo comunicativo que puede llegar a ser cuando se lo propone, porque una vez que se transforma en Lucifer es mejor echar a correr y no mirar atrás.

Alexander Crawford sería el hombre perfecto si no fuese tan capullo y tan sinvergüenza, justo como lo está siendo conmigo ahora. ¿Qué le cuesta descolgar solo para decirme que está bien? No le estoy pidiendo nada más.

¡Y ni por esas!

Es evidente que sobro en su idílica vida de multimillonario. Seguro que a estas horas estará trabajando, pero ¿qué hará luego? Lo más probable es que quede con alguna de las famosas candidatas para follársela. Si lo hubiera

tratado mal comprendería su actitud, pero no fue así.

«Cuidaré de ti, te guste o no.»

Me hace gracia que haya dicho eso pues le ha faltado tiempo para salir huyendo y no dejar ni rastro.

Resiste, me digo, mientras me calzo las zapatillas de dormir. Tomo unas cuantas galletas del bote de cristal que tengo en el armario de la cocina y pongo a hervir el agua de la tetera. De repente, suena el teléfono fijo. Doy un respingo. Corro al salón y descuelgo. Es Andrea, ¡llorando!

—¿Andrea, cariño, qué pasa? —le pregunto con el corazón en un puño.

Apenas entiendo lo que me dice, miro el número de teléfono en la pantallita y veo que es el de la casa de John y Linda. ¡Ay, Dios mío!

—Es papá, acaban de llevárselo en una ambulancia, creo que le ha dado un infarto —dice con una aterradora y angustiada voz—, al Metropolitan. ¡Date prisa!

Cuelgo.

Me tiembla todo el cuerpo. Mi corazón late con fuerza y mis ojos se

nublan de lágrimas, pero aguanto. Corro a la cocina y apago la vitro con la tetera hirviendo. La retiro. Cojo el móvil y llamo inmediatamente a Linus para explicarle lo que ha sucedido. Dice que vendrá en cinco minutos. Me visto a toda prisa con una falda negra, una camisa blanca y mis bailarinas, meto en mi maxi bolso unos cuantos tãmpax, kleenex, mi spray de pimienta, las llaves de casa, el cargador y mi móvil. Sé que va a ser un día muy largo y complicado, y me asusta que así sea.

Al abrir la puerta de casa, me encuentro un gigantesco ramo de tulipanes, que detesto. Intuyo quién me los ha enviado, porque al muy hijo de puta le encantan. Son sus flores predilectas y cree que a mí también me fascinan. De hecho, no puedo evitar sentir miedo mientras miro por el descansillo del bloque. Daniel Warrick, mi vecino *el Acosador*, está cerca y me asusta. La gira con su banda de rock está casi tocando a su fin y en cuestión de semanas volveré a verle cara a cara. Cojo el puñetero ramo y lo tiro al cubo

de la basura. Cierro de un portazo, echo dos vueltas a la llave y tomo el ascensor. Siento angustia entremezclada con un temor extraño, pero no novedoso. Me preocupa la fijación que este cabrón tiene conmigo, así como que John se haya puesto enfermo. Rezo unas plegarias y salgo del portal. Linus llega en cuestión de segundos. Le saludo. Me da un pico en la boca. Él también está afectado. Apenas hablamos durante el trayecto. Los dos rezamos para que John salga de esta. Pienso en mi padre y en aquel horrible día en el hospital, yo

llorando y Scott golpeando la pared del pasillo cuando el médico nos comunicó su muerte. Dios, ojalá John se ponga bien, rezo para mi fuero interno. Mi amigo toma un atajo y en nada llegamos al hospital. En cuanto Linus detiene el coche, salimos pitando del p arking pensando lo peor. Nos cogemos de la mano. Camino con una asombrosa rapidez, tanto, que Linus me aconseja que me tranquilice porque le estoy poniendo nervioso.

—Lo siento, mi amor —le respondo, girando mi rostro hacia él—. Pero es



que estoy en un sinvivir.

Acabo de tropezar con alguien. No llego a caer al suelo por los rápidos reflejos de Linus, pero he logrado que a la otra persona implicada se le caiga lo que llevaba en las manos. Me disculpo mientras Linus y yo nos agachamos a recoger lo que resultan ser unos informes médicos.

—Lo siento, iba distraída —le digo a la persona, que también se ha agachado para recoger.

—No se preocupe, suele pasar —me dice amable.

Alzo mi rostro y ... ¡mierda! ¡Es la doctora Gilmore! ¡La tía de Lucifer! ¡Joder! La mujer, que lleva el uniforme de médico, me sonrío porque acaba de reconocirme. Siento un ligero vuelco en el corazón.

—¿Señorita Taylor?

—Doctora Gilmore... —la saludo esbozando una leve sonrisa.

Los tres nos erguimos al tiempo ante la entrada principal del hospital.

Anna Gilmore es igual de alta y esbelta que su hermana, pero su sonrisa no es forzada como la de esta, sino

afable. Tiene los ojos oscuros y su rostro denota nobleza en comparación con el de la antipática y estirada de su hermana mayor. Tras hacer las oportunas presentaciones, la doctora saluda cortésmente a Linus y él hace lo propio con ella.

—¿Todo bien, señorita Taylor? —me pregunta indirectamente.

—Oh... nuestra amiga nos acaba de avisar de que su padre se ha puesto muy enfermo. —Anna Gilmore pone cara de circunstancias—. Siento tener que dejarla pero nos urge reunirnos con la

familia. Me alegro de haberla visto, doctora Gilmore.

—Igualmente, señorita Taylor —dice.

Esbozo una leve sonrisa y entramos directos a recepción. Tengo las manos heladas y noto un gran escalofrío recorriendo todo mi cuerpo.

—¿De qué la conoces? —me dice Linus.

—Es Anna Gilmore, la tía de Lucifer, al parecer trabaja aquí.

—Ah...

Mientras Linus habla con la de recepción noto la vibración del móvil en el bolso, lo cojo. ¡Vaya! ¡Hablando del rey de Roma! ¡Lucifer! Mi corazón se agita, pero le doy a la tecla de rechazar llamada. No me apetece hablar con él, ¿ahora se digna en devolverme la llamada? ¿Quién se cree que soy? ¡Que le den! Y vuelvo a guardar el móvil en el bolso. Sigue vibrando, pero lo ignoro. No estoy de humor. Andrea acaba de vernos y viene derecha hacia nosotros. Está pálida. Tiene los ojos llorosos y el rímel corrido. Lleva un vestido azul,

gabardina beige y bolso LV negro. Imagino que ha venido directamente del rancho de los Preston; le pregunto por Eddy. Dice que anoche discutieron y que han roto, la abrazo fuertemente. Linus da las gracias a la recepcionista y los dos arropamos a nuestra amiga, que está destrozada y no para de llorar. Nos acercamos hasta donde está Linda, que se funde conmigo en un fuerte abrazo nada más verme.

La señora Harper es rubia, lleva el pelo corto y lacio, es delgada, de mediana estatura, elegante en sus formas

y tiene un corazón de oro. Linus no se aparta de ella, mientras Andrea me cuenta lo que ha pasado. Cuando Linus se acerca hasta nosotras, aprovecho para sentarme con Linda. Cojo sus manos entre las mías y la abrazo. Está nerviosa, inquieta, juguetea con la hermosa alianza de diamantes que John le regaló en su segundo aniversario de boda; se abraza a sí misma, aprieta los labios. El pasillo de urgencias está atestado. Todo es un ir y venir de enfermos, celadores, médicos y enfermeras. El lugar me trae malos

recuerdos, pero aguanto estoicamente el chaparrón.

—Comenzó a sentirse mal de repente, justo cuando llegó nuestra Andrea —y hace una pausa como queriendo olvidar. La entiendo perfectamente—. ¡Ha sido horrible verle tirado en el suelo y casi sin pulso!

Linda se emociona y llora; la abrazo. Mi móvil no cesa de vibrar. ¡Qué pesado es! Saco del bolso un kleenex y se lo doy.

—Gracias. ¿Por qué nadie nos dice nada? —añade, mirando a su alrededor



angustiada.

Suspiro. Siempre ocurre lo mismo, nadie te informa de nada hasta que pierdes los estribos, y espero que no sea así dado el carácter de Linus...

—John es un hombre fuerte, Linda. Saldrá de esta. Le deben estar haciendo pruebas —trato de calmarla, recordando a mi padre.

Los ojos se me llenan de lágrimas pero no puedo venirme abajo, ahora no, me digo. Los Harper me necesitan.

—Ven, vayamos a la sala de espera —le digo, cogiéndola del brazo.

Entramos en la más próxima, que está vacía. Linus toma asiento junto a Linda, y yo junto a Andrea, que apoya su cabeza en mi hombro. La abrazo y le doy un beso en la frente. Nadie habla. Rezamos en silencio. Después de transcurridos cerca de cuarenta minutos, Linus sale al pasillo y pregunta indignado a una robusta enfermera que casualmente pasaba a su lado. La mujer dice que va a ver y entra en la sala de urgencias, pero no da señales de vida. Mi amigo y yo aguardamos en el pasillo, mientras Linda consuela a su hijastra.

Me conmueve la escena; solo falta Paula, que está en camino desde Baltimore. Linus se está poniendo nervioso y no me conviene porque necesito que me apoye, y por si no tengo suficiente, a lo lejos diviso la figura de... ¡Lucifer! ¡La leche! Va acompañado por su tía, con la que conversa animadamente ¡No puede ser verdad! ¿Qué narices hace ahí? ¿Acaso ha venido a visitar a alguien? Ay, madre mía... ¡Ojalá no me vea y pase de largo!, pienso abochornada, recordando mi comportamiento desinhibido.

Va vestido con un impecable traje negro, camisa blanca y corbata roja. Luce unas Ray Ban que acaba de colocar en lo alto de su cabeza. Camina erguido y con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Muchas de las mujeres que hay en los pasillos, enfermeras o no, miran extasiadas al Hombre del Año. Parece no inmutarse; se ve que está acostumbrado a que lo miren y admiren, nunca mejor dicho. Me encantaría poder decirles que ese hombre es mío, pero no es verdad. ¡Mierda! ¡Viene directamente hacia

donde estamos! ¿Quién le ha avisado? ¿Habrá sido la doctora Gilmore, o es que ha ordenado que rastreen mi móvil de nuevo? Sea lo que sea, mi corazón ha empezado a latir estrepitosamente mientras Linus vuelve a increpar a la enfermera de antes. ¡Qué oportuno!

—Aún no se sabe nada, señor.

—¡Cómo que no se sabe nada! ¡Llevamos más de cuarenta minutos esperando a que alguien se digne darnos cualquier tipo de información! ¡Qué barbaridad! —brama Linus.

La enfermera gruesa alza el mentón, le mira altanera y se aleja charlando animadamente con otra compañera. Linus acaba de soltar un taco justo cuando la doctora Gilmore y su arrogante sobrino se plantan delante de nosotros. Me quedo de piedra, pero enseguida me recupero del impacto. He de aparentar naturalidad ante Lucifer, Linus y la doctora Gilmore, que se ofrece a averiguar qué está pasando con John. Linus y yo le damos las gracias. En cuanto a don Arrogante, parece cabreado ¿conmigo? ¡Menudo

descarado! Tiene la desfachatez de mirarme con cara de pocos amigos. Linus le da un buen repaso de pies a cabeza y luego me mira inquisitivamente como queriendo decir qué narices hace este aquí. No tardo en ponerme roja como un tomate. No me atrevo a mirar a don Gruñón porque estoy enfadada con él y avergonzada conmigo misma. Y el muy estirado empieza a carraspear para que le mire. Está esperando una explicación de por qué no he atendido su llamada. ¡Seguro, vamos!

—Señorita Taylor... —me dice  
tendiéndome la mano.

—Se... señor Crawford... —mierda,  
estoy titubeando. Le estrecho la mano.

Linus flipa en colores. Seguro que  
luego me somete a un tercer grado.

—¿Cómo está? —me pregunta el muy  
descarado después de cómo me dejó  
tirada anoche.

Me aprieta ligeramente la mano, pero  
lo suficiente como para que me duela un  
poco. Guau. Se nota que está cabreado.  
Si por él fuera me daría un par de azotes  
solo por no responder a su llamada,



pero, que yo recuerde, anoche le envié un sentido mensaje y esta mañana rechazó mi llamada. A ver quién de los dos debería estar más enfadado, me digo evitando mirar esos ojos fríos como el hielo.

Linus se ha cruzado de brazos en actitud desafiante y yo tengo el pulso a mil.

—Bi...bien, gracias, señor... —le respondo, abriendo los ojos cuando el apretón de manos se intensifica.

Hago una ligera mueca de dolor y me suelta en el acto.

—¿Podrías disimular un poco! —  
murmuro, masajeándome con disimulo la  
mano.

El teléfono de Linus suena y atiende  
la llamada. Menos mal.

—Ya te enseñaré yo lo que es  
disimular. ¿Por qué no has contestado a  
mis llamadas? —me regaña en un leve  
susurro.

—No estaba de humor.

Desvía la mirada hacia Linus y luego  
vuelve a mí. Quiere estrangularme pero  
se contiene. Ahora es Linus quien le

saluda y, por esta vez, Lucifer le estrecha la mano cortésmente.

—Linda Harper está dentro de la sala de espera, señor —le anuncio, solo para ganar un poco de tiempo.

Linus no acaba de entender cuál es la relación entre Lucifer y los Harper, y aprovecho que don Gruñón entra en la sala de espera para explicárselo. Sigo los pasos de Lucifer con la mirada y me sorprende que salude solo a Linda. Andrea pestañea con los ojos llorosos y nos mira como preguntando qué hace este aquí. Le digo que conoce a Linda y

me responde que ya lo sabe. Es evidente que no le agrada su presencia y que no se soportan. Lucifer conversa con Linda. Sí, se nota que se conocen desde hace tiempo y que les une una buena amistad. ¡Mierda! Don Engreído acaba de pillarme in fraganti mirándole embobada. Joder, si hasta Linus me da un codazo. Me aparto de la puerta y me quedo en el pasillo respirando con dificultad, ¿tanto se me nota?

—Ese tío te pone, ¿verdad?

¡Joder!

—¡No digas tonterías! ¿quieres? —le digo con fingido enojo.

Mi amigo acaba de fruncir el ceño. Me mira a los ojos, le esquivo, se coloca delante y me obliga a mirarlo fijamente.

—Oh, sí... Ya lo creo que sí —boquea sorprendido—. Tú estás pilladísima por este canalla....

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y mierda! Mi rubor me delata. Mi amigo se acaba de llevar una mano a la boca con gesto amanerado.

—¡La leche! ¡Esto es más de lo que pensaba! —exclama.

Titubeo nerviosa buscando una explicación coherente en la que escudarme, pero no hallo ninguna. Es cierto, Lucifer me pone.

— ¿Y desde cuándo estás que se te cae la baba por él?

Desde nuestra charla de anoche mientras tomábamos helado juntos, pienso.

—¡Linus! —le regaño.

—Emma Taylor, te conozco como la palma de mi mano y sé que el tipo te

gusta, fin de la historia —dice en voz alta.

Le hago un gesto tratando de silenciarlo y mira hacia la puerta de la sala de espera. Ojalá no nos haya oído.

—¿Qué? Me da igual que nos oiga. Es la verdad —ríe con nerviosismo, mientras yo me muero de la vergüenza—. Y mira que te lo pregunté anoche, y me lo negaste. ¡Ay, Emma! —me regaña.

Mierda.

—¡No es lo que parece!

—¿Ah, no? Entonces debo de estar ciego.

—¡Linus!

—No te empeñes en negarlo —  
continúa—. Trabajas para los Crawford desde hace años, tú les conoces y ellos a ti también. Y dicen que el roce hace el cariño, aunque en vuestro caso no os podíais ni ver. Pero mira por donde, anoche le invitaste a subir a tu casa... La señora Hartley me telefoneó esta mañana, estuvo montando guardia hasta que Lucifer se piró. ¿Y qué estuvisteis haciendo? ¿Jugar a médicos y enfermeras?



Me he quedado patidifusa. ¡Caramba con las deducciones de mi amigo y con la red de informadores! Alargo una mano, le doy una merecida colleja y se frota la cabeza divertido.

—¿Y desde cuando la señora Hartley te pasa información sobre mí? —le pregunto.

—Desde que Daniel Warrick empezó a acosarte. Le di mi número de teléfono por si el cabrón se atrevía a atacarte en las escaleras o en el ascensor.

¡Madre mía! ¡Hace ya dos años que esa mujer me vigila!

—Linus Moore, de todas tus locuras y excentricidades esta es la peor —le regaño—. ¿Cómo te has atrevido?

Mi amigo pestañea sorprendido.

—Lo hice por ti, cielo. ¿Por quién sino? Me preocupa que ese hijo de puta te haga daño —argumenta a su favor—. Además, te animé a que lo denunciaras y no quisiste.

Eso es cierto, pero por aquel entonces, su acoso no era tan descarado.

—Ya lo sé, pero antes era mucho más comedido; ahora su acoso roza la obsesión.

Y le cuento a mi amigo lo de los tulipanes.

—¿Por qué no has llamado a la policía? —me pregunta alterado.

—¿Para qué? ¡Todo el mundo recibe flores a diario!

—Tienes esa grabación que Andrea le hizo cuando te amenazó con matarte si no le abrías la puerta —me recuerda—. Cuando John esté fuera de peligro iremos a denunciarlo con mi abogado.

—Vale...

Me abraza por la cintura y me atrae hacia él. Permanecemos en silencio

durante un segundo, porque Linus es de los que habla hasta por los codos.

—Os enrollasteis anoche, ¿verdad?

Río por lo bajo.

—Solo tomamos un helado, charlamos un rato y luego se fue — contesto, omitiendo el bochorno que viví por culpa del dichoso pañuelo de seda.

—Vaya, ¡qué romántico! —ironiza, riendo muy a su pesar—. ¿Y esos chupetones que tienes en el cuello?

¡Coño! Me los cubro con el cuello de la camisa.

—No me digas que te lo hizo el conde Drácula porque no me lo creo — dice amanerado.

Le doy otra colleja.

—¡Ay! —exclama, frotándose la cabeza.

—¡No seas descarado, Linus Moore!

—O sea, que te metió la lengua hasta la garganta —susurra riendo—. Vaya, el Hombre del Año nos ha salido besucón...

—Un poco —le digo.

—Sabes que te quiero...

—Y yo a ti, bobo.

—Y no me apetece verte sufrir por culpa de ese tío.

—No te preocupes.

Bueno, en realidad, sí debería preocuparse, me digo.

Mi amigo suspira pacientemente.

—Sería muy injusto que me metiera en tu vida privada, porque yo también he sucumbido a la tentación con verdaderos gilipollas y tú nunca has interferido. Así que no voy a ser menos —dice mientras me suelta el pelo para cubrirme los chupetones con la melena—. Así estás

mejor. ¿Entiendes lo que trato de decirte?

—Perfectamente, ya no soy una niña, Linus —le digo dándole un beso—. Dejé de serlo hace años.

Me abraza con ternura.

—Pero por más que trate de abrirte los ojos, no voy a lograrlo, ¿verdad? —me dice, dándome un suave beso en la mejilla

—Me temo que no...

—Pero, a ti te pone, ¿no? Ay, mi niña temeraria. Sabía que había algo entre

vosotros desde anoche, por cómo te cogió la mano.

—Ahora estamos algo enfadados —  
le digo haciendo pucheros.

Mi amigo ríe por lo bajo.

—Tranquila, no hay nada como un buen polvo de reconciliación —dice chasqueando la lengua.

—¡Linus! —le reprendo escandalizada.

Pero él va a su bola, me acaba de soltar la mano y se ha puesto en la puerta de la sala de espera.



¿Qué está haciendo?

—Señor Crawford, ¿podría hablar con usted?

Ay, ay, ay... ¡no! ¡Por Dios! Pero... ¿acaso se ha vuelto loco?

—No, no lo hagas, por favor. Le prometí que no le contaría nada a nadie —cuchicheo.

—Confía en mí —dice un decidido Linus.

John Harper está sedado y estable, dentro de la gravedad. Ha sido trasladado a la UCI, donde permanecerá unos cuantos días. Eso es lo que nos acaba de decir la doctora Gilmore. Nos informa de que llegó al servicio de urgencias con un cuadro de parada cardiorrespiratoria y que los sanitarios tuvieron que reanimarlo. Lo que provoca que Andrea, Linda y yo nos emocionemos.

La doctora Gilmore ha conseguido que Andrea y Linda vayan a verle, lo cual es de agradecer, y Linus ha salido a

fumar porque dice estar nervioso. Total, que acabo de quedarme a solas con Lucifer. Me mira, le miro, entramos en la sala de espera. Estoy cansada y el dolor de ovarios me está fastidiando. Se ha despojado de su chaqueta y me cubre con ella los hombros. Pestañeo ruborizada por el gesto. Le doy las gracias, pero no me contesta y toma asiento a mi lado.

Silencio.

—¿Por qué no me contaste anoche lo de Daniel Warrick? —me suelta de repente.

Oh, Linus...

—No creí que fuera importante.

Estábamos tan bien juntos hasta que te fuiste de esa manera, quiero añadir, pero me contengo.

—¡Lo es! —brama enfadado—. Ahora entiendo por qué David quería que te protegiera —dice alisándose el cabello en su característico gesto inconsciente.

Vaya....

—No hace falta que lo hagas —le respondo tranquila y serena.

Lo que menos necesito ahora es que nos enzarcemos en otra discusión, por no añadir que no quiero ser una carga para él. Me mira malhumorado. Tiene gracia, parece que todo lo que sucede es culpa mía. Pero no es así. Anoche, sin ir más lejos, fue él quien me buscó.

—No me digas lo que debo o no debo hacer —me advierte con voz cortante—. Has de saber que ese desalmado cuenta con un amplio historial delictivo...

—¿Has ordenado que lo investiguen?  
—le pregunto atónita, pero no me

responde.

—Multas por conducción temeraria, peleas e intento de agresión sexual a una estudiante en Vermont, aunque el caso se archivó. Carlson va a intentar reabrirlo. Al parecer, su padre, Peter Warrick, es congresista en el estado de Maine.

Me he quedado muerta.

—O sea, que tiene las espaldas muy bien cubiertas —me oigo decir.

Se encoge de hombros. Parece tranquilo y sosegado en comparación conmigo, que estoy hecha un flan.

—Se arrepentirá de haberte acosado

durante todo este tiempo —me promete, y le creo, pero sigo teniendo miedo.

Warrick no es un tipo de fiar. De ahí que trate de disuadirle para que su imagen pública no se vea dañada por mi culpa.

—Me importa un bledo la repercusión mediática; estamos ante un asunto muy grave y serio —me rebate, dejándome boquiabierta.

Definitivamente, a mí me va a dar algo. Sigo temblando de pies a cabeza ante la cantidad de frentes que tengo abiertos. Me mira fijamente y no duda en

ponerse en pie para tirar de mí y  
¡abrazarme como solo él sabe hacer!

—Todo irá bien —me tranquiliza.

—Ojalá —le respondo aferrada a él.

Ambos notamos esa electrizante  
descarga eléctrica. Me mira. Le miro.

—No voy a permitir que nadie te  
haga daño, ¿me oyes? —me promete.

Quiero creerle, pero recuerdo cómo  
me dejó tirada anoche y recelo.

—Todo esto me supera —me sincero.

—Confía en mí.



Miro esos ojos verdes que me cautivan.

—Por favor, no les cuentes nada a Linda ni a John, no quiero preocuparles.

Me da un beso en la frente.

—No pensaba hacerlo —me dice, estudiando detenidamente mi rostro pecoso.

Sus hermosos ojos verdes se posan ahora en mis labios entreabiertos. Quiere besarme, pero rehúso. No es el momento, todavía tiene que aclararme muchas cosas, por eso me escapo de sus brazos y me siento en una de las sillas

de la sala de espera. Carraspea molesto, mientras permanece en pie. Se ha metido las manos en los bolsillos del pantalón. Me ajusto su chaqueta sobre los hombros mientras pongo a buen recaudo mis emociones y sentimientos. Se está alisando el cabello con los dedos reiteradamente, está furioso conmigo por haberle dado esquinazo. No está acostumbrado a que le rechacen. Pues que se vaya acostumbrando, porque no se lo voy a poner fácil. Anoche apenas pude conciliar el sueño por su culpa.

—Te vendrás a vivir conmigo, al menos hasta que se celebre el juicio — me dice de repente.

Le miro atónita. ¿He oído bien? ¿Quién se cree que es para decidir por mí?

El Hombre del Año, responde la voz de mi conciencia.

—Yo ya tengo un hogar —le digo pacientemente.

Me mira furibundo.

—¡Ese hogar del que hablas ha dejado de ser seguro para ti y no quiero que pongas un solo pie en él!

¿Entendido? —me ordena, alzando la voz.

Me aterra oírsele decir, pero no se lo demuestro.

«Mi hermano es un obseso con el tema de seguridad, no se lo tengas en cuenta.»

Madre mía...

—Entonces, me mudaré al loft de Linus.

Quiere matarme, a juzgar por la repentina furia que muestran sus preciosos ojos verdes.

—¡Ni hablar! —exclama enfadado—. ¡Tu amigo el escritor y yo ya hemos hablado del tema y está de acuerdo en que te mudes a vivir conmigo! Estarás más segura y más protegida.

¡Maldita sea, Linus! ¡No!

—¡No... no voy a ir a vivir contigo! ¡Sé defenderme sola, no necesito tu protección! —le digo alterada—. ¡He dicho que no iré a ninguna parte y menos contigo!

Me ha puesto muy nerviosa, cuando en realidad solo debería estarlo, porque John está en la UCI. Pero don Gruñón

tiene que llevarme la contraria siempre, y ya nos hemos puesto a discutir, otra vez.

Incluso cabreado no pierde su belleza, pero es tan capullo. Tan controlador. Tan mandón.

—¡Claro que vendrás! ¡Fin de la discusión! —me grita.

Ha hecho que me sobresalte. ¡Qué vergüenza! Creo que hasta los de recepción nos han oído discutir.

—¡Le prometí a David que cuidaría de ti y pienso cumplir con mi promesa, te agrade o no mi compañía! —añade.

Quiero estrangularlo...

—¡No se trata de tu compañía, sino de la capacidad que tienes de desaparecer cuando uno menos se lo espera! —le espeto.

Frunce el ceño beligerante, pues sabe a lo que me estoy refiriendo.

—¿Cómo puedo confiar en ti después de cómo te marchaste anoche?

Se ha puesto tenso. Suelta un taco. Pestañeo airada, olvidándome de que es mi jefe, con quien anoche traté de enrollarme después de hacerle una felación. ¡Ay, Dios mío!

—¡Así que tanta negativa se debe a lo sucedido anoche! —exclama indignado.

Trago saliva, pues sé que si no controlo mi genio vamos a acabar fatal.

—¡Sí!

Me mira con esos resplandecientes ojos llenos de enojo y frustración porque no parece tener el control.

—¡Me alegra que saques el dichoso tema, porque creí que estaba más que zanjado, pero veo que no es así! —dice alterado—. A ver, ¿qué problema hay sobre que decidiera marcharme anoche?



¿Acaso debía pedirte permiso para hacerlo?

Suspiro armándome de paciencia.

—¡No, claro que no! —le digo, y me mira con cara de pocos amigos—. Fueron... fueron tus formas y la manera de dejarme tirada lo que más me enojó.

—Necesitaba tomar un poco el aire —me aclara, con ira contenida—. ¿Tan difícil es de entender?

—¿Por qué? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Necesitaba estar solo para poder pensar —dice cortante.

Sería inútil preguntarle sobre qué quería pensar, si sobre él y yo y la dichosa oferta, o sobre por qué no quería que lo atara, pero sé que no va a soltar prenda. Algo realmente frustrante.

«Creí que había superado toda esta mierda pero veo que me he equivocado.»

¿Qué querría decir?

—Te escribí un correo poco después de marcharte, te envié varios mensajes interesándome por ti, te he llamado esta mañana y has rechazado mi llamada... —le recuerdo ligeramente dolida—.

¡Solo quería saber cómo estabas! Nada más.

Carraspea eludiendo mi mirada.

—Anoche no estaba de humor y esta mañana he tenido que ir a Nueva Jersey, para una importante reunión de negocios —su excusa predilecta: su trabajo—. Pero he leído tu correo y tu mensaje en cuanto he tenido ocasión.

De nuevo, quiero creerle pero dudo si debo o no hacerlo, pues todo en él es un enigma.

—Si es tal como dices, ¿por qué no me has respondido? —le pregunto con

los brazos cruzados.

Me mira enojado, pero se contiene para que no nos enzarcemos en otra discusión dado el fuerte carácter que tenemos. Aunque sé que no tiene ningún deber de hacerlo porque no hay nada entre nosotros, sin embargo, no puedo evitar expresar mis emociones a pesar de su negativa a abrirse más.

—Te acabo de decir que estaba en plena reunión de trabajo, luego cogí un vuelo. No iba a poner en peligro a toda la tripulación usando el móvil.

Su voz empieza a denotar cierta irritación, lo cual no me conviene porque igual estalla como un poseso. No me agrada que me hable así, pero no me queda más remedio que dar por finalizado el dichoso tema. Entiendo que su imperio esté antes que nada en el mundo. No soy quién para poner su idílico mundo del revés, sería muy injusto por mi parte. Aun así, sigo metida en mi repentino papel de novia exigente, algo absurdo, dadas las circunstancias.

—Solo quería saber cómo estabas —  
insisto reticente.

Suelta un bufido. Comienza a estar  
harto de toda esta situación.

—Ya que lo preguntas, te diré que  
estoy bien —me responde irónico—. A  
pesar de lo que me saturan tantas  
reuniones de trabajo.

A este paso me va a mandar a hacer  
gárgaras. Lo sé. A ningún hombre le  
gusta que le controle una mujer, y menos  
su secretaria, con la que intenta tener  
una relación solo carnal. Pero le miro y

me compadezco de él al ver el aire de cansancio que le envuelve.

—Me... me hubiera gustado acompañarte a esa reunión de Nueva Jersey.

Me mira un instante.

—¿Para qué querrías acompañarme?  
—farfulla.

Ya estamos otra vez. Me encojo de hombros.

—Acabas de decir que estás saturado de trabajo —le respondo—. Lo decía para ayudarte.

Afortunadamente, la expresión severa de su rostro se relaja.

—Steel es la que se encarga de todo —me explica con voz grave.

—Así que yo solo me encargo de temas relacionados con la agencia —le respondo frustrada.

—¿Puedo saber a dónde quieres ir a parar? Si tienes algo que decir, hazlo —me ordena.

—Es evidente que la señorita Steel tiene más años de experiencia que yo, y entiendo que te encuentres cómodo trabajando con ella... Pero, pensándolo



bien mi salario es desorbitado para el poco trabajo que realizo en la agencia —digo, bajando la mirada.

Se sienta a mi lado. Me fascina el olor de su fragancia, Loewe pour homme. Me derrito.

—Tu salario es el adecuado a tus funciones como secretaria personal, de modo que no le des más vueltas al asunto.

«Soy tu secretaria personal, con la que quieres follar hasta hartarte», me digo a mí misma y es cuando se me pasa algo por la cabeza que me deja helada.

Le miro boquiabierta, arquea una ceja, le devuelvo la chaqueta y me pongo en pie.

—¡Ahora lo entiendo todo! —digo en voz alta, mientras encajo todas las piezas del puzle—. Tú no necesitas una secretaria personal, pues ya dispones de la eficiente señorita Steel. Tú me estás pagando por lo que hice por David y de paso por...

Soy incapaz de seguir hablando porque me come la indignación. Quiero salir de aquí. Se levanta con la agilidad

de un felino y me impide el paso, intento zafarme de él, pero es en vano.

—¡Mírame! —me ordena, sosteniendo mi rostro con ambas manos —. No negaré que se me pasó por la cabeza semejante idea, pero la rechacé anoche mientras conversábamos. Me cuentas de que no te mueves por interés, y además eres una secretaria muy eficiente, e igual de indispensable para la agencia. Por eso te asigné ese sueldo, ¿lo entiendes?

Me siento en plena contradicción. Por un lado me come la rabia, pero por

otro no puedo evitar emocionarme con todo lo que me ha dicho. Entorno los ojos y asiento obnubilada, y él se acerca para darme un beso fugaz en los labios.

—Al margen de todo ello, y volviendo al asunto que nos ocupa, te devolví la llamada nada más finalizar la reunión y la rechazaste. ¿Puedo saber el motivo?

Enmudezco. Ahora es él quien quiere una respuesta.

—Yo, al igual que tú anoche, no estaba de humor, sobre todo por lo que acababa de sucederle a John —le digo.

Me mira una y otra vez hasta el extremo de hacerme sentir incómoda. Me coge de la mano para que nos sentemos juntos. Oh, Dios mío... me está acariciando la mejilla con la yema de los dedos. Me hace cosquillas, y mi lado salvaje asoma tras la puerta.

—John Harper está en muy buenas manos —me tranquiliza—. Has de saber que al no responder a mi llamada, me vi en la necesidad de rastrear tu móvil —me dice en un momento dado—. Llamé inmediatamente a tía Anna, que me puso al tanto de todo.

Tengo el pulso acelerado porque ha cogido mis manos heladas entre las suyas. Las frota para calentármelas como ya hiciera anoche. Hace una pausa y prosigue:

—Quiero que sepas que me encantó la velada de anoche.

—A mí también.

—Estuviste mucho más sensual y apasionada que de costumbre, y me fascinó. Puedes darme placer sin necesidad de atarme, nena.

Me quedo embobada, mirándolo y escuchando su cálida y seductora voz,

que despierta en mí emociones muy conocidas y que reviví justamente anoche mientras estaba entre sus brazos.

—Descuida, no volveré a intentar atarte —le prometo.

Me estampa un beso en la palma de la mano. Suspiro...

—¿Por qué te fuiste de ese modo?

Se pone tenso. Me suelta las manos.

Mierda.

—Estaba cabreado.

—¿Conmigo?

—No —se apresura a decir lacónicamente.

Le miro fijamente y llego a la conclusión de que es todo un misterio. Apenas le conozco y, sin embargo, nuestra atracción es infinitamente poderosa e irreductible. Nos basta con mirarnos para que el tiempo se paralice, como ahora. ¿Qué me está pasando?

—Me gustaría que fueras más explícito.

—No quiero hablar de ello —dice impaciente.



—¿Y cuándo piensas hacerlo? —Se calla—. Por favor, habla conmigo.

Tiene la mirada en el vacío. Está como ausente. Asusta verle así.

—Mi psicoanalista me dice que mi hermetismo puede acarrearle serios problemas con aquellas personas con las que me relaciono habitualmente, y está en lo cierto.

¿Un psicoanalista? ¿Para qué?

—¿Has hablado de mí con tu psicoanalista? —le pregunto sorprendida.

—Sí. Con la doctora Pearlman hablo

de todo cuanto concierne a mi vida laboral y personal, nena.

—¿Acaso le has hablado a la doctora Pearlman de tu oferta?

—Sí.

¡Madre mía!

—Y, ¿qué te ha dicho?

Ladea el rostro y me mira intensamente a los ojos. Son de un verde brillante y con matices dorados. Denotan lujuria y deseo.

—¿Qué has resuelto hacer, finalmente? ¿Aceptas o no? —me

pregunta, con tono de niño travieso.

Casi me atraganto con la saliva. Vaya, ¡qué agilidad tiene para cambiar de tema!

—Acepto solo si empiezas a confiar un poco más en mí —le respondo con un entrecortado hilo de voz.

Esboza una aterradora sonrisa de amargura.

—En eso estamos, preciosa —me responde.

Guau.

Aunque llevo años trabajando como secretaria para la agencia y apenas le conozca, siento la imperiosa y extraña necesidad de querer llegar a lo más oscuro y profundo de su alma para descubrir qué hay tras esa muralla que custodia sus emociones.

—Entonces firmaré ese contrato de confidencialidad, aun cuando Linus se haya dado cuenta de ciertas cosas — murmuro.

Esboza una sonrisa a medias.

—Me ha prometido que será discreto en ese sentido. Además, dice que yo te

gusto y mucho. ¿Es verdad eso? —me pregunta arqueando una ceja.

Mierda, mierda y mierda.

—Linus es muy fantasioso —le digo, echando balones fuera—. No le hagas el menor caso.

Frunce el ceño mientras me mira fijamente. Carraspea. Me coge la mano entre las suyas. La besa y la suelta.

—No quiero que te enamores de un hombre como yo, pues solo busco tener sexo contigo, nada más.

Sus palabras hacen mella en mi pobre corazón, rompiendo cualquier atisbo de

esperanza.

—Lo sé.

Permanecemos en silencio unos segundos. Daría lo que fuera por saber en qué está pensando y así se lo hago saber.

—En si la intrépida señorita Harper sospecha algo.

Oh, mierda...

—Andie es buena chica.

Carraspea.

—Sigue sin agradarme —me espeta sin más explicaciones.

Lo sé y aun así no dudo en preguntarle el motivo, aunque lo deduzco.

—No deja de ser una periodista.

—No creo que haga nada para perjudicarte, y menos a mí.

Duda abiertamente de mi mejor amiga y me duele.

—Yo no estaría tan seguro —sentencia—. ¿Por qué te preocupas tanto por mí?

Le miro con ternura mientras alargo un brazo solo para acariciarle la mejilla recién afeitada. Huele a limpio y a

fragancia suave, y por muy antipático y gruñón que sea, hay algo de él que me atrae inexplicablemente. Mientras mi mente me insta a que me aleje de él, mi lado más temerario hace lo contrario. Es un hombre realmente tentador y peligroso, lo sé, y yo sigo adentrándome paulatinamente en la boca del lobo.

Su rostro denota un repentino cansancio que a duras penas trata de ocultar y que me parte el alma. Por otro lado, ¿qué es eso que se empeña en esconder y que no quiere que nadie sepa?



—Porque quiero —le respondo.

Y porque me gustas, quiero añadir, pero me contengo por lo que me ha dicho. Sé que solo quiere sexo y nada más. Pero a veces la mente y el corazón van cada uno por su lado.

Aun así he logrado ruborizarle.

Me abraza y me atrae hacia su cuerpo, que desprende un increíble calor. Me levanto y acabo sentada en su regazo, aprovechando que no hay nadie en la sala de espera.

Me mira.

Nos miramos largo y tendido a los

ojos.

Me gustaría saber lo que pasa por su cabeza, pero eso es como pedir peras al olmo. Aun así parece como si el tiempo se hubiera detenido a nuestro alrededor y solo estuviéramos él y yo.

—Lo podríamos hacer aquí mismo, cerrando la puerta —murmura ronco. No puedo evitar reírme ante su ocurrencia —. ¿Qué me dices?

Pestañeo sorprendida.

—¿No hablarás en serio? —Mi corazón está desbocado.

Asiente riendo, mientras restriega su

nariz contra mi cuello. Me está acariciando los muslos por debajo de la falda, me besa en la mejilla. Apoyo mi cabeza en su hombro y permanecemos abrazados en silencio. Y es cuando me da el arrebató y le beso en la boca como tonta que soy. No tardamos nada en dejarnos llevar como dos locos apasionados. El deseo aflora por los poros de nuestra piel. Nos fundimos en otro cálido e intenso abrazo, mientras bocas y labios se buscan ávidamente en un beso largo, profundo y abrasador. Acaba de meter su mano en mi blusa

para acariciar mis turgentes pechos. Dice que los echaba en falta; río contra sus labios y le digo que son suyos. Me responde que como todo lo demás. ¡Guau! Me pellizca los pezones por encima del sujetador. Gimo contra su sedosa boca. Me mete la lengua hasta la garganta. Jadeo mientras tiro de su corbata y le desabrocho un par de botones de la camisa solo para acariciar su esculpido torso. Mis manos frías rozan su busto desnudo y bajan hacia su abultada entrepierna.

—Me encantó que te corrieras en mi boca.

—Y a mí que me dieras ese privilegio, nena.

—Yo nunca... he hecho una... —me silenciamos con sus labios.

—Lo sé. Lamento haber sido tan grosero anoche —me dice jadeando contra mis hinchados labios—. Como ya te he dicho estaba enfadado... conmigo mismo.

Vaya... ¡cuánto lo siento, cielo! Le digo desde lo más profundo de mi ser.

—No quiero que vuelvas a enfadarte

contigo mismo —murmuro, dándole besos suaves por todo el rostro hasta llegar a la mandíbula—. Lo importante es que anoche disfrutamos, y mucho.

—Sin duda —dice, devorando mi boca hasta lograr robarme el aliento.

Jadeamos al unísono ya que le estoy acariciando la entrepierna; me coge la mano y me la besa.

—Para, o acabaré por correrme —me dice ronco.

Me ruborizo mientras nuestras lenguas se buscan, se rozan y acarician en un baile erótico y sensual, una y otra

vez. Dice que me ha echado de menos, y yo a ti, le respondo con la respiración entrecortada ansiando más del hombre que me ha hechizado inexplicablemente, y al que hasta hace poco no podía ni ver. ¿Cómo es eso posible?

—Siento interrumpir, tortolitos, pero los Harper, la doctora Gilmore y otro doctor vienen hacia aquí —anuncia Linus con tono amanerado.

Me levanto rápidamente de su regazo con el pulso acelerado, me abrocho la blusa y aliso la tela de mi falda, no sin antes ayudarle a abotonarse la camisa en

un segundo. Le hago el nudo de la corbata mientras me roba un beso y otro. Sonrío como una boba. Ríe persuasivamente con un Linus carraspeando y ejerciendo de centinela. ¡Menudos somos!

Tomo asiento en una silla y él en otra. Fingimos absoluta indiferencia el uno por el otro, pero es en vano. De vez en cuando nos buscamos con la mirada y reímos por lo bajo, mientras Linus entorna los ojos. ¡Vaya par!



*E*l doctor Arthur Thompson y su colega la doctora Gilmore intervendrán a John mañana a primera hora, ya que tiene obstruida una arteria y han de insertarle un bypass vascular. El médico ha sido franco con la familia al explicarles los

riesgos que conlleva la delicada operación, y Andrea ha tenido que dar su consentimiento por escrito. Evidentemente, ello ha provocado una especie de catarsis en todos los que queremos a John, pues estamos aterrados. Tanto que he tenido que telefonar a Scott para darle la noticia. El pobre aún estaba dormido.

Mi hermano dice que tomará el primer vuelo y que vendrá acompañado por Bianca. Me alegro porque, a pesar de las circunstancias, no hay nada como volver a verles otra vez. ¡Les echo tanto

de menos! Ojalá pudieran traerse a las niñas, pero dice que es un gasto extra que no se pueden permitir y le digo que yo pagaré la reserva. Mi hermano ha rehusado diciendo que bastante estoy haciendo por ellos todos los meses. Insisto, pero es en vano. Ahora es Linus quien interviene a través de mi móvil. Ha logrado persuadirlo con su labia para que mis niñas vengan también, ¡hurra! Le doy mi tarjeta de crédito a Linus, pero la rechaza, pues el muy zoquete quiere pagarles el viaje a los míos. De hecho ha telefoneado a Patty,

su asistente, para que reserve cuatro billetes en primera clase, y se ha puesto a charlar con Alex. Me asombra que hayan hecho tan buenas migas y que aún siga a mi lado, eso sí, no se separa de su Samsung Galaxy S4. Es como si gobernara el mundo a través de ella. Le he oído hablar con el gilipollas de Bomer, con un total de diez empleados y con la señorita Steel, mientras no me quitaba, disimuladamente, el ojo de encima. Ni yo a él. ¡Es tan guapo!, pero tan hermético. Seguro que le habría caído bien a mi padre.

Pobrecillo.

Andrea me coge de la mano y me la aprieta fuerte. Está pálida y tiene los ojos vidriosos. La abrazo y le doy todo mi cariño y apoyo, al igual que a Linda. Paula ha llamado diciendo que está a punto de embarcar. Lo que, al menos, hará que su madre levante cabeza, porque es una situación delicada y triste para todos. Los médicos se acaban de despedir de nosotros, y una vez más le doy las gracias a Anna, a quien ya tuteo a petición de ella. Es una mujer muy simpática y noble que quiere mucho al

gruñón de su sobrino. Dice que me mantendrá informada por si hay algún ligero cambio a lo largo de la tarde. Nos hemos intercambiado los números de teléfono. Ha conversado brevemente con su sobrino y se ha alejado en compañía del doctor Thompson.

Me aterra la idea de perder a John, y sé de antemano que Andrea no lo superaría, por eso rezo en silencio rogándole a Dios que nos ayude en este delicado momento.

Al final hemos resuelto regresar a casa para poder descansar y reponer

fuerzas para mañana.

Alex camina unos pasos detrás de mí, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Está serio, callado, pero noto su mirada recorriendo todo mi cuerpo. Oh, Dios mío... necesito que me abrace o, simplemente, que me coja de la mano, pero sé que no puede porque no estamos solos y lo entiendo. De hecho, nada más llegar a recepción Freeman le informa de que alguien ha filtrado la noticia de su presencia porque la salida está tomada por *paparazzi*. Me mira frunciendo el ceño porque sé que está

sospechando de Andrea. Niego con la cabeza, como si leyera su pensamiento. Freeman le indica la puerta de emergencias, se detiene para despedirse solo de Linda y Linus. Andrea ha puesto mala cara, está claro que no se soportan, Linus la acompaña seguido de Linda. Me quedo un rato para poder hablar unos instantes con Alex, pues deduzco que no nos vamos a ver durante días por lo ocupado que va a estar.

—Puesto que rehúsas venir a vivir conmigo, he resuelto que el agente Brian sea tu sombra de ahora en adelante —me



anuncia, conteniéndose de darme un beso en el atestado hall del hospital. Siento cómo todo el mundo nos mira pero finjo naturalidad—. No trates de hacerte la valiente yendo sola al apartamento, porque entonces sí que me enfadaré y te aseguro que no le convendría a tu hermoso trasero.

Evito sonreír bobaliconamente.

—No es necesario que me asignes ningún agente de seguridad, sé defenderme sola, en serio.

—No discutas y haz lo que te digo — me ordena enérgico—. Entretanto, trata

de disfrutar de tu familia. Linus me ha contado que están en camino.

Ay, mi hermoso gruñón.

—Sí, eso parece —sonríó—. ¿Tú qué vas a hacer? —me da por preguntar.

Vaya, ya me ha vuelto a salir esa vena de novia controladora. Genial, pues acaba de fruncir el ceño.

—Estaré fuera del país.

Me lo imaginaba.

—¿Y cuándo vuelves?

Me mira fingiendo seriedad.

—No lo sé.

¡Sí lo sabe pero no me lo quiere decir!

—Vale, pero prométeme que no trabajarás mucho.

Ahora su mirada es cálida e increíblemente seductora, a la par que sexy, como todo lo que hay en él. A este paso acabaré arrojándome en sus brazos solo para robarle un beso.

—Lo procuraré.

Sonrío levemente.

—¿Viajas solo?

—No —carraspea, recorriendo mi rostro con la mirada.

Trago saliva evitando pensar quién será su acompañante. Me come la curiosidad, pero sé que no va a contestar si le formulo la pregunta del millón y eso que noto que saltan chispas entre nosotros.

—He de irme o no respondo de mí, pequeña.

Sonrío por lo bajo, ruborizada, pues sé a lo que se refiere.

—Entiendo —suspiro y digo entrecortadamente—: Buen viaje, señor

Crawford.

Le estrecho la mano y me la aprieta suavemente diciéndome que le encantaría darme un beso largo y profundo. Me derrito con solo oírsele decir.

—Yo, también, pero no podemos — le digo con voz agonizante.

Resopla y se aleja hacia la puerta de emergencias acompañado por Freeman. Noto un increíble vacío y cierta inquietud, y más sabiendo que no viajaré solo. Suspiro, con el joven y apuesto agente Brian siguiéndome. No logro

hacerme a la idea de que tengo escolta, pero trataré de acostumbrarme a ello. Ciertamente hay varios fotógrafos esperando a que El Hombre del Año haga acto de presencia. Me rio sin maldad al saber que ya se ha ido. De hecho, me da el arrebató, cojo mi Sony y le envío un WhatsApp.

Ciertamente hay paparazzi a la entrada del hospital. ¿Para cuándo esa ansiada entrevista, señor Crawford? 11: 32

Muy graciosa... Será cuando las ranas críen pelo, mi hermoso bombón pelirrojo... 11: 35

¿He leído bien? ¡Bombón pelirrojo! Me rio mientras cruzo la calle en dirección al párking del hospital.

¿Bombón pelirrojo? ¡Hum! Suena bien. Admito que no puedo evitar pensar en la intervención de John.  
11:38

Tengo el rostro compungido mientras me meto en el Mini de Linus. Linda y Andrea acaban de irse a casa. Vamos a reunirnos con ellas.

Me alegra que te guste, porque eres igual de dulce y suave que el chocolate. No temas, el doctor Thompson es el mejor neurocardiólogo del país y cuenta con una amplia experiencia, además, es amigo de tía Anna. Me encantaría posponer el viaje para tenerte



esposada a mi cama durante las dos próximas semanas. 11:40

Confío en tu criterio sobre el doctor Thompson. En cuanto a lo otro, me encantaría que te quedaras para llevar a cabo tu hazaña (risas). 11:42

No me tientes que ya sabes lo impulsivo y temerario que soy, nena. 11:43

Valeee, no lo haré, pero has de saber que me ha bajado la regla. 11:45

(Gruñendo). ¿Cuántos días te dura?

11:47

(Riendo ruborizada). Cuatro días.

11:48

(Resoplando). Intentaré regresar lo antes posible de Qatar para llevar a cabo mi hazaña. 11:49

¿Viajas a Qatar? (Risas ante tu loco deseo de esposarme a tu cama).

11: 51

Sí (seriedad ante mi loco deseo de esposarte para follarte hasta hartarme). 11:52

(Afligida) Espero que regreses pronto, y cuida ese lenguaje... >  
<11:52

Lo procuraré. Por cierto, anoche estuve reflexionando sobre que debería de tomarme un merecido año sabático, aún no he elegido la fecha pero me gustaría que fuera en tu compañía. 11:53

¿Lo dices en serio? (Halagada).  
11:54

Completamente en serio, mi delicioso bombón pelirrojo. 11:55

Te tomo la palabra (suspiros entrecortados). 11:56

Qatar sería nuestro primer destino. (Cuidado con esos suspiros entrecortados pues me ponen muy cachondo) 11:59

(Risas) ¡Qué impulsivo y temerario eres! 12:00

En eso nos parecemos mucho, cielo. 12:02

(Ruborizada) Eso parece. 12:03

Me encantaría que vinieras uno de estos días a mi nuevo ático. No lo tomes a mal, pero cuentas con todo un

ropero. El agente Brian te acompañará. Leonard, el recepcionista, sabe de tu existencia. Grace, el ama de llaves, te cuidará como nadie. Espero que a mi vuelta lleves puesta una sugerente lencería. Ah, por cierto, tu familia llegará a las cinco en punto. Con ellos viaja Steel, ella se encargará de llevarlos al Waldorf Astoria donde tienen una reserva. Mi asistente les acompañará a casa de los Harper y a donde ellos deseen. 12:05

¿Quéeee? Dejo el WhatsApp y miro atónita a Linus, que conduce en silencio...

—¿Qué pasa? —pregunta el muy traidor.

—¡Dijiste que Patty haría las reservas, no que fuera Alex!

El muy moña no me lo niega, sino que se echa a reír mientras espera a que cambie el semáforo.

—¡Hum! Alex. Suena muy bien — recalca burlón.

Me dan ganas de darle una colleja. Carraspea poniéndose serio.

—Creyó que las niñas viajarían más cómodas en su jet privado

—¿Jet privado? —repito atónita.

—Sí, le hizo falta una sola llamada para que la tal Steel asumiera el control de todo, ¡qué hombre! ¡Ya quisiera yo un tío así en mi vida, y en mi cama!... —se queja con gesto amanerado.

—Sabes que no me gusta abusar —le espeto.

—A Alex no le importa que abuses de él —me dice, mientras le doy una merecida colleja para que espabile—.

No te enfades, mujer. El tipo ha tenido todo un detalle con tu familia.

—No debiste permitirselo. Las niñas habrían aguantado un viaje en clase turista perfectamente —le respondo.

—¡Qué más da, si el tío está forrado!  
—exclama, pisando el acelerador.

Cruzamos por la 54 en dirección a Central Park West, donde los Harper tienen un sofisticado apartamento con las mejores vistas del parque.

—En todo caso, deberías llamarle y darle las gracias.

Suspiro armándome de paciencia,



pero tiene razón. Nunca nadie había hecho tanto por mi familia, a excepción de Linus los Harper. En vez de usar el WhatsApp le envió un correo, aunque no me haga la menor gracia.

**De:** Emma Taylor

**Fecha:** 6 Abril de 2013 12:15

**Para:** Alexander Crawford

**Asunto:** Muchas gracias

Tu gesto con mi familia y conmigo me demuestra, una vez más, lo generoso y buen hombre que eres, pero por favor, no vuelvas a hacer

uso de tu dinero, ni de tu tiempo. Puedo costearme mis gastos y los de los míos. Prefiero esperar a que regreses para ir juntos a tu ático. E.

**De:** Alexander Crawford

**Fecha:** 6 Abril de 2013 12:17

**Para:** Emma Marie Taylor

**Asunto:** No las merezco

Mi hermoso bombón pelirrojo:

¿Cómo explicar sin que parezca arrogante y engreído que me gusta ayudar a los demás? Ve haciéndote a la idea de que soy inmensamente rico

y de que, por lo tanto, puedo y quiero ser generoso con aquellas personas que realmente lo merecen y/o lo necesitan. ¿Acaso no tuviste el mismo acto de generosidad con mi hermano mientras estaba enfermo? ¿Por qué no puedo serlo contigo y con tu familia? ¿Por qué te incomoda mi ayuda? En cuanto a lo otro, pasaré a recogerte en cuanto regrese a la ciudad... A.

**De:** Emma Taylor

**Fecha:** 6 Abril de 2013 12:19

**Para:** Alexander Crawford

**Asunto:** Feliz viaje

Mi hermoso morenazo buenorro:

Mi acto de generosidad con tu hermano fue moderado. Tú, en cambio, has invertido tu dinero, tu jet privado y tu tiempo solo para hacerles más fácil la travesía a los míos, a quienes no conoces y a los que me encantaría presentarte algún día. Por esta razón tienes toda mi gratitud y admiración, ahora bien, tu ayuda no me incomoda, sino que me preocupa que esto se convierta en algo cotidiano. Mi padre nos enseñó

a mi hermano y a mí a conseguir las cosas con esfuerzo y tesón, no a que nos las den hechas, entiéndelo. E.

**De:** Tu hermoso morenazo buenorro (me gusta como suena)

**Fecha:** 6 Abril de 2013 12:20

**Para:** Mi hermoso bombón pelirrojo

**Asunto:** Gracias

No te martirices pensando que estás haciendo mal al aceptar mi pequeña aportación. Se trata de cosas materiales. De todas las mujeres que

he conocido a lo largo de mi vida, tú eres, sin duda, la menos abusiva, así que intenta relajarte y disfruta de lo que te ofrezco desinteresadamente. Es lo menos que puedo hacer por ti y tu familia. Por cierto, Linus me proporcionó el teléfono de tu hermano y estuve conversando con él unos minutos. Es igual de agradable y honesto que tú. Me he presentado como el hermano de David. A.

No le contesto porque acabo de pillar un enorme rebote.

Releo el correo intentando verle el lado positivo y lo que encuentro me altera notoriamente, y más que me lo restriegue por la cara como si no tuviera nada mejor que hacer.

«De todas las mujeres que he conocido...»

¿Perdona?

La frase me retumba en los oídos como un enjambre de abejas. ¿Qué se piensa que soy para restregarme sus amoríos? ¿Imbécil? ¿Tonta? ¿Ingenua? Me dan ganas de mandarlo a hacer gárgaras, pero me contengo y me

concentro en los Harper y en la llegada de mi familia, que son los que verdaderamente importan ahora. Ya tendré oportunidad de cantarle las cuarenta cuando tenga ocasión.

¡Se va enterar el muy mujeriego de quién es esta!



*H*emos almorzado en un ambiente de lo más silencioso y triste.

Paula ha llegado a la hora prevista y está igual de afectada que Andrea porque adora a su padrastro. Ni tan

siquiera el salero de Linus logra arrancarnos una sonrisa. Todo es tan extraño e incierto. Andie apenas ha probado bocado, y eso que Rosa, la cocinera, le ha preparado su plato predilecto: lasaña de verduras. Está apagada y como ausente. Al menos durante la comida, porque poco después le ha dado el arrebató de amargarme la existencia.

Después de la copiosa comida nos hemos retirado al salón. Linus y yo hemos tratado de retomar el hilo de la conversación contándoles lo que don

Gruñón me ha dicho sobre el doctor Thompson. Evidentemente he resuelto explicar que la información me la ha dado la doctora Anna Gilmore. Eso al menos hace que Linda se relaje un poco, porque se ha puesto a conversar animadamente con Linus. Paula anda entretenida atendiendo las llamadas de sus amigos de la facultad, que se interesan por la salud de John. De hecho, el teléfono fijo no ha parado de sonar.

Tantas llamadas me han generado un repentino estrés, así que necesito

cocinar. Andrea me sigue a la enorme cocina en tonos crema con forma de U. Voy a preparar un bizcocho de chocolate y unas magdalenas rellenas de mermelada de fresa, las preferidas de Paula y Linda. Me recojo el cabello en un improvisado moño, mientras Rosa se despide de nosotras hasta el día siguiente, diciendo que rezará por el señor Harper. Le damos las gracias.

Me he lavado las manos y me he puesto el delantal. Andrea se ha ofrecido a ayudarme porque dice que así tendrá la mente ocupada. Se ha puesto

otro delantal y bate los huevos en un bol de cristal. Me agrada verla metida en faena en vez de llorar. Caliento el horno a 200°. Oigo la voz de Linda proveniente de su estudio, las llamadas de amigos y compañeros de trabajo de John no cesan; se ve que es un hombre muy querido y admirado.

—¿Cómo te sientes después de todo?  
—le pregunto a Andrea mientras peso la harina y el azúcar, aunque a veces lo hago a ojo.

—Aterrada, preocupada, asustada, y no sé cuántas cosas más.

—Todo irá bien —le digo, mirándola con compasión.

—Ojalá —suspira entrecortadamente.

—Verás como sí.

Empiezo a hacer la mezcla.

—La doctora Gilmore ha sido muy amable al interesarse por papá, a quien no conoce de nada, ¿no crees? —admite agradecida.

Su sobrino es igual que ella, siempre y cuando esté de buen humor.

—Sí, le viene de familia, David era igual que ella —le respondo, pidiéndole que vierta la mezcla en el robot de cocina.

—Sin duda —rememora—. Siempre me cayó bien, en cambio Lucifer... Por eso me resultó extraño verle aparecer repentinamente por el hospital...

Me he puesto tensa y siento una leve punzada en el costado. La conozco muy bien y sé a dónde quiere llegar.

—Ya ves... —mi voz suena tranquila y serena—. Conoce a Linda.

—Lo sé pero, ¿quién le habrá avisado del ingreso de papá?

Me callo; me hago la ensimismada con los ingredientes de las magdalenas, mientras Andie se encarga de verter la mezcla en la bizcochera. La introduce en el horno. Se pone a fregar los utensilios usados...

—Entiendo que no quieras responder por el motivo que sea —me dice de repente. Madre mía—... aunque para serte franca, he visto cómo os mirabais.

Finjo que la cosa no va conmigo, pero mi pésima interpretación me delata



ante ella, sobre todo porque cierta parte de mi cuerpo queda al descubierto. ¡Andie se acaba de fijar en mi cuello! ¡La leche!

—¡Tú te has enrollado con él! ¿Verdad? —me increpa, sacando a la luz su fuerte carácter.

Mi pulso se acaba de disparar. ¡Joder! Opto por el silencio, mientras vierto en otro bol los huevos y el azúcar, los bato enérgicamente hasta obtener una masa homogénea. Añado aceite hasta que se integra. Andie me acaba de arrebatarme el bol de las manos para

depositarlo sobre la encimera de mármol negro. ¡Ya decía yo que estaba tardando! Pongo los ojos en blanco. ¡Qué pesada es! Ha puesto los brazos en jarras. ¡Atención! La intrépida señorita Harper acaba de asomar.

—¿Qué quieres? —le digo ligeramente cansada.

—Vas a contarme lo tuyo con Lucifer o se lo pregunto la próxima vez que lo tenga delante, y eso que él y yo no nos hablamos, pero me da igual. Tú decides —me increpa sin más.

Esta es capaz de hacerlo, porque tiene menos vergüenza que nadie. En eso no hay quien la gane. Madre mía...

«Es periodista...»

—Te digo que no tengo nada con Lucifer —contesto, esquivando esa mirada inquisitiva.

—¡Emmmaaa! —me regaña.

Y sale de la cocina al pasillo para ver si viene alguien.

—¡Vi las miraditas que os echabais en la sala de espera! ¡Así que no te hagas la sueca conmigo!

¡Joder! Detesto cuando se pone en ese plan. Yo nunca me meto en los rollos que tiene por ahí, solo me permito aconsejarla cuando lo creo conveniente y, además, él me mataría si se entera de que he abierto la boca con Andrea.

—Vale, tuvimos un ligero calentón. Pero nada serio —le explico.

—¿Cuándo y dónde?

Anoche, en el apartamento. Le hice una mamada y se corrió en mi boca. Luego quise atarlo y se enfadó para dejarme tirada en la cuneta. ¿Satisfecha?

—Después de trabajar, en el coche.

Boquea asombrada.

—Pero ¿follasteis o no? —quiere saber ahora.

Me hago la puritana.

—¡No! ¡Naturalmente que no! —exclamo indignada.

—¡Vale! No te pongas así, era solo una pregunta —dice la tía con todo el morro.

Si ella supiera...

—Sé perfectamente quién es Alexander Crawford, no necesito que nadie me lo recuerde —le digo.

—¡Exacto! —exclama con los brazos cruzados.

Su cabello brilla asombrosamente bajo los focos de luz de la cocina. Siempre ha sido una mujer muy guapa y elegante, incluso en chándal y zapatillas como en ese preciso instante.

—Primero porque te humilló públicamente, segundo porque es un tío de lo más hermético y tercero porque es un capullo engreído y arrogante que tiene, para más inri, como amigo un tío de dudosa reputación.

—¿Mark Bomer? —pregunto.

Alex nunca se rodearía de gente así, pues le encanta tener el control, o sea que no sé a dónde quiere ir a parar Andie en ese sentido.

—¡El mismo! —dice—. Llevo meses investigándole y por lo que sé es un sinvergüenza de mucho cuidado.

Eso ya lo sé, me digo

—El tío organiza fiestas privadas que para qué contarte.

—¿Y qué tiene que ver eso con Lucifer?

Andie resopla impacientemente.

—Pues que están financiadas por él.

Me consta la generosidad del susodicho, me digo, pero esto...

—Y, ¿cuál es el problema? Ambos son muy amigos —le espeto con voz neutra aunque ya he empezado a darle vueltas a la cabeza pensando lo peor.

Retomo mis quehaceres por mi propio bien. Acabo de coger los moldes de las magdalenas, le he dicho a Andie que tamice la levadura y la harina. El bizcocho está haciéndose y huele que alimenta.



—¿Cómo que dónde está el problema? ¡No seas tan ingenua!

—¿Acaso lo hay? —bromeo con fingida sonrisa, aunque por dentro me come la incertidumbre.

—¡Ay!

Río muy a mi pesar. Mi amiga me mira con cierta compasión y no me gusta.

—¡Estamos hablando de fiestas salvajes, ya sabes, sexo, alcohol y drogas... furcias! ¿Te parece poco? — me dice, mientras la miro boquiabierta —. Bomer tiene una mansión victoriana

llamada La Laguna, los vecinos me cuentan que han visto a numerosas chicas bajando de lujosos coches en compañía de hombres ricos y poderosos. Hace dos semanas organizó un baile de máscaras venecianas, ninguno de los invitados quiere hablar porque están sujetos a cierto contrato de confidencialidad. ¿Por qué crees que Victoria Hammond le dejó?

Se me acaba de acelerar el pulso.

Sexo, drogas, alcohol furcias... máscaras venecianas.

Las palabras de Andrea retumban en mi cabeza como si fuera un tambor, pues solo Lucifer somete a los demás a semejante tipo de contratos, dada su obsesión por preservar su intimidad. ¿Acaso se está beneficiando de esa clase de eventos? «De todas las mujeres que he conocido...» ¡Madre mía! ¡Qué barbaridad! ¿De cuántas estaremos hablando? ¿A cuántas se habrá follado mientras esnifaba una raya de cocaína y se emborrachaba?

«Practico yoga, salgo a hacer *footing*...»

«No me gusta que me aten.»

«Creí que había superado toda esta mierda.»

¡Menudo cabrón mentiroso!

—Si es una fiesta tan privada como dices, cómo es que sabes tanto.

Andrea se encoge de hombros.

—Digamos que tengo mis fuentes —dice enigmática—. Los ricachones como Bomer y compañía, a veces dejan cabos sueltos, aunque quieren aparentar que son ciudadanos de provecho pero no es así, y Lucifer no es menos que nadie.

Habla de él con cierto rencor.

—Su historia con Miranda Parker se asemeja bastante a la de Bomer. La tía descubrió el rollo que se traía y rompió con él, aunque Lucifer se empeñe en decir lo contrario.

Creo que me voy a desmayar, pero aguanto mi desventura como puedo.

—¿Conoces a Miranda Parker? —le pregunto abriendo los ojos como platos.

—Sí, es un encanto de mujer —dice con una leve sonrisa.

Vaya, eso es algo que no sabía.

—¿Desde cuándo la conoces?

—El año pasado, en un evento, al poco tiempo de dejarlo con ese cabrón engreído.

Ay, Dios mío...

—¿Te...te... ha... ha hablado de Lucifer? —titubeo.

—Quiere, pero no puede. Ya sabes, a ella también le hizo firmar un contrato de confidencialidad mientras eran pareja —me explica sarcásticamente.

A mí también me quiere hacer firmar uno, me digo, tratando de poner cierto orden en mi interior.

—No he visto a nadie tan retorcido como ese tío.

—Caray... —le digo, fingiendo una profunda indiferencia ante lo que mi amiga me acaba de contar.

Estoy rellenando los moldes con la masa homogénea y trato de que no se me note que estoy temblando de pies a cabeza. Andrea está añadiendo la mermelada.

—No me gustó lo que te hizo aquella vez, y deberías tenerlo muy presente. Lucifer no es un buen hombre. Esconde

muchos secretos —me aconseja ensimismada con el relleno.

Alzo la vista y la miro. Tal vez esté siendo una tonta al dejarme enredar tanto por Andie, pues no sé a qué viene toda esta fijación con él.

—Claro que lo tengo muy presente, pero hay que saber perdonar.

Me mira como si acabara de decir una gilipollez y me sonrojo de repente. Nunca me he dejado atrapar por el odio ni el rencor, y no pienso hacerlo ahora que Andrea trata de desenmascararle



como si fuera un cocainómano alcohólico.

—Pues no debería ser así, al menos, con él. Ese hijo de puta te insultó y humilló delante de todos, y te has enrollado con él —me recuerda fríamente, como si hubiera cometido un crimen contra la humanidad.

Trago saliva por lo que me acaba de soltar. Le respondo que solo ha sido un calentón.

—Pues evita que vuelva a suceder. Lucifer es un puto mujeriego de mierda comparado con el bueno de su difunto

hermano, con quien por cierto habrías hecho muy buena pareja.

Suspiro conteniéndome para no contarle los verdaderos sentimientos que él tenía hacia mí.

—Me preocupa que Lucifer te coma la sesera y te meta en ese mundo oscuro que comparte con Bomer.

Siento una punzada de dolor.

—No digas sandeces. Nadie va a comerme la sesera.

«Solo quiero tener una relación carnal.»

—Así que Lucifer consume drogas —  
le espeto, echando balones fuera aunque  
me esté muriendo por dentro.

Los moldes ya están listos para  
ponerlos en la bandeja. Dejo que lo haga  
ella porque a mí se me han quitado las  
gananas de todo. Linda acaba de pasar y  
dice que huele que alimenta. Le doy las  
gracias. Se va al salón para ver a Linus  
y a Paula.

Andrea titubea y esquiva mi mirada.  
¿Por qué?

—Mi fuente me asegura haberle visto  
probar una raya —dice y yo me quedo

muerta, pero finjo más indiferencia si cabe—. ¿Qué mortal soportaría tantas horas de trabajo seguidas?

—Nadie, salvo aquella persona que tome algún tipo de estupefaciente —le digo.

—Así es —afirma.

Mis ojos se están llenando de lágrimas, pero aguanto todo lo que puedo. Siento un hondo pesar. ¿Cómo un hombre, tan controlador, ha podido caer tan bajo? ¿En qué estaría pensando?

—Miranda Parker tiene previsto pasar por la ciudad para promocionar

una marca de perfume de la que es imagen.

Oír esto hace que mi mundo se fragmente en milésimas de segundo.

«Voy a estar fuera del país.»

Ahora entiendo el motivo de su repentina ausencia, pero aguanto y aguanto para que Andrea no se dé cuenta de mi desdicha. De todos los hombres que hay, voy y tropiezo con un maldito mujeriego que consume sustancias prohibidas. ¡Dios bendito! ¿Por qué siempre elijo a los de la peor calaña? ¿Acaso llevo escrito en la frente «mujer

desesperada»? ¿Y por qué Andie me sale con esto ahora y no antes? ¿Qué pretende? ¿Hundirme en la más absoluta miseria?

No, ella quiere lo mejor para ti, me dice la voz de mi conciencia.

—¿Piensas cubrir ambos eventos? — le pregunto, mirando a través de la portezuela del horno. El bizcocho ya está casi listo.

—No lo sé, todo depende de la operación de papá. Además, al final he decidido que solo le dedicaré un artículo a David Crawford.

—¿Por qué? —le pregunto sorprendida, dado lo entusiasmada que estaba con el tema.

—Creo que es lo más sensato, dado que los Crawford no se dignan a conceder entrevistas.

—Entiendo.

—¿Te apetece escribirlo? —me sugiere.

A don Mentiroso no le haría ninguna gracia.

—Nadie mejor que tú conocía a ese gran hombre.

—Sí, pero no... no creo que a Lucifer le agrade que escriba nada sobre su hermano —le respondo.

—Puedes escribir el artículo bajo pseudónimo —me propone, y niego con la cabeza—. Comprendo que no quieras tener problemas con ese cabrón, pero David merece que se le recuerde. Si cambias de parecer, házmelo saber.

—Vale —respondo.

Y me da un repentino abrazo diciendo que me quiere un montón.

—Y yo a ti, tonta.

Nos separamos. Apago el horno.



Finjo y finjo absoluta serenidad ante mi mejor amiga, mientras charlamos de otros temas. Pero no puedo evitar preguntarme quién es realmente Alexander Crawford y qué hay escondido tras ese muro. Seguro que nada bueno, me digo con el corazón hecho jirones.

«Mi hermoso bombón pelirrojo.»

Seguro que se lo dice a todas las pelirrojas a las que se ha tirado...

—Voy al baño —le digo a Andie.

—Vale —me responde, consultando su iPhone.

Falta menos de una hora para que el jet privado de don Mentiroso Compulsivo aterrice y acabo de decidir que mi familia se instale en el loft de Linus, y me importa una mierda como se ponga el muy asqueroso. No necesitamos su caridad, ni mucho menos su dinero. Que se lo guarde para alguna de sus amantes, o mejor, que siga financiando las fiestas salvajes de su buen amigo Mark Bommer.

El jet privado de don Sibarita es, nada más y nada menos, que un Airbus A319 de color blanco, personalizado con el nombre de Crawford Air Group. ¿Es que dispone de una línea aérea privada? No te extrañe, dice Linus, mientras nos quedamos anonadados viendo aterrizar el avión a la hora prevista. Me aferro a mi amigo con el corazón a mil, justo cuando noto cómo el Sony vibra en mi bolso. Lo cojo. Es don Mentiroso. No quiero hablar con él, así que opto por rechazar la llamada. Insiste y la vuelvo a rechazar. Me niego a

dirigirle la palabra, pues se me remueve el estómago con lo que me ha contado Andrea. Es repugnante. He llorado como una tonta en el baño y Linus se ha dado cuenta cuando he tropezado con él en el pasillo. Le he contado la conversación con Andie y me ha dicho que es la envidia lo que la ha impulsado a inventarse semejante patraña. Le he mirado con un cabreo monumental porque, ¿qué necesidad iba a tener mi amiga de inventarse nada? Y, ¿qué envidia me iba tener si es guapísima y puede tener todos los hombres que

quiera? No como yo, que me toca siempre lo peor del mercado. En fin, que he de centrarme si no voy a volverme loca. Y mierda, ¡el Sony no para de vibrar! ¡Qué pesado es! ¡Madre mía! ¿Es que acaso no acepta una negativa?

—No se detendrá hasta que le contestes —me advierte Linus sonriendo levemente, pues ha deducido que es el muy canalla.

—No, no quiero hablar con él —le respondo, decidida a poner fin a esta locura.

Linus frunce el ceño.

—Pero, ¡qué mosca te ha picado! Esta mañana te lo estabas comiendo a besos y ahora lo odias solo porque Andrea ha estado malmetiendo. No entiendo nada.

—Yo, menos todavía, Linus —le digo apurada e incómoda con toda esta situación.

—A ver, ¿qué pruebas tiene para afirmar lo que te contó?

Titubeo.

—Lo ves. ¡Ninguna! ¡Solo son conjeturas! —grita, porque el ruido que hay en el aeropuerto es monumental—.

Si tanto te quiere no debería de envenenarte, sino apoyarte, y además ha tenido el descaro de preguntar dónde pensabas alojar a tu familia. ¿Qué clase de amiga es?

A mí también me ha llamado la atención que me hiciera semejante pregunta, pero a decir verdad, ella no tiene ningún compromiso con los míos. Bastante ha hecho por mí ya.

—Basta Linus, Andrea no es tan mala como pretendes señalar, solo quería abrirme los ojos. Tú mismo dijiste que

Lucifer no era hombre para mí —le regaño, manteniéndome en mis trece.

—Así es, pero me equivoqué — señala, seguro de sí mismo—. El tío es más agradable de lo que imaginaba.

Pongo los ojos en blanco, pues me preocupa que mi amigo haya sucumbido a la tentación de adorar al enemigo como ya hiciera yo. En todo caso, Linus no lo ha visto perder los estribos. El teléfono sigue vibrando en mis manos. Rechazo la llamada y lo apago. Así no me rastreará. Suspiro a la espera de que el jet acabe de maniobrar por la pista.



Mi cabeza es un auténtico caos, pero me reconforta saber que mi familia está aquí, conmigo; ansío sus abrazos del mismo modo que necesito el aire para poder respirar, porque les quiero una barbaridad.

Están aquí gracias a la generosidad de Lucifer, me recuerda reticente la voz de mi conciencia.

Lo sé, pero ha dado este paso solo para intentar engatusarme, me digo cabreada.

El agente Brian se persona ante mí y me dice que el señor Crawford quiere

hablar conmigo a través de su Samsung S3.

—¡Lo ves! —me reprende Linus.

Me muerdo el labio inferior enojada. Tengo menos de cinco minutos para oír el sermón y los gritos de don Sibarita. Suspiro. El agente Brian da unos pasos atrás. Linus le imita mirándolo embelesadamente y me hace un gesto como que se ha enamorado de él. Siempre me hace reír. Descuelgo con manos temblorosas.

—¿Por qué coño estás rechazando mis llamadas? —me grita fuera de sí.

—Hola, señor Crawford —le saludo con voz neutra.

—¡Déjate de formalismos y contéstame de una jodida vez! —me ordena iracundo.

¿Cómo se atreve a gritarme? ¡Si la que debería de estar furiosa soy yo y no él, ante la sarta de mentiras que le envuelven! Por eso estallo.

—Primero, no me des órdenes; segundo, cuida tu lenguaje, y tercero, no estoy sorda, así que baja tu tono de voz —le regaño con voz autoritaria.

—¡No te atrevas a decirme lo que debo o no hacer, joder!

Me cuelga sin más para mi propia sorpresa. Vale, que le den. Le devuelvo el móvil al agente Brian. Linus me pregunta qué quería.

—Discutir, como viene siendo costumbre en él.

Linus sonrío. Yo no le encuentro la gracia. Brian, he decidido llamarlo así, vuelve a acercarse a mí.

—Es el señor Crawford —me indica con el móvil.

Lo cojo y le doy las gracias. Linus

está riéndose. Intento darle su merecida colleja pero se escurre, el muy moña.

—¡Maldita cobertura de mierda! —  
gruñe. Evito reír—. ¿Ha llegado ya tu familia? —Su voz suena ahora autoritaria y muy grave.

—Sí, gracias —suspiro.

¿Me ha colgado porque le ha dado la gana o porque se ha cortado la comunicación? No lo tengo muy claro, pero sea como sea comienzo a estar harta de este oscuro juego suyo, aunque he de admitir que soy una completa estúpida al someterme a la voluntad de

don Controlador solo porque me pone hasta no poder más. De modo que no veo cómo y cuándo poner fin a esta locura, porque por más que mi mente me dice no, siempre acabo llevándole la contraria ante esta creciente impulsividad mía que tantos problemas me ha acarreado, pienso mientras mi amigo y yo vamos a recibir a los míos a los que hace meses que no veo y estaba echando en falta.

*S*é que el loft de Linus es bastante pequeño, pero servirá para alojar a los míos, pienso mientras recibo entre besos y abrazos a mi familia después de haberle dado las gracias a la eficiente señorita Steel por su tiempo y

amabilidad. De hecho, se ha sorprendido cuando le he dicho que yo misma me encargaría de ellos y que podía retirarse cuando quisiera. Lo hace, mientras mi cuñada y yo tomamos un taxi, pues las niñas y Scott se han marchado en el Mini de Linus, cuando Brian se personó ante mí porque don Gruñón quería hablar conmigo. Evidentemente rechacé la llamada devolviéndole el teléfono al agente. Mi cuñada me ha preguntado sobre Brian y le he dicho que trabaja para el señor Crawford. Ambas nos hemos puesto a



charlar sobre la familia y mis niñas. Bianca está preciosa con su nuevo look con mechas californianas. Le sientan muy bien. Ella es alta y delgada, y tiene una sonrisa de lo más afable y contagiosa. La adoro y sé que ella a mí también. Anda como loca contándome cómo fue la travesía. Dice que el jet privado del señor Crawford es como una casa, posee salón, cocina, estudio y cabinas con suite para diecinueve pasajeros, y que la señorita Steel ha sido muy amable con ellos durante el viaje. Les han servido canapés de caviar

y salmón noruego, además de champán y otras delicatesen. Sonrío oyéndola hablar, pero me importa un bledo lo que tenga o deje de tener ese miserable putero.

Mis niñas, Emily y Kate, han pegado un enorme estirón. Ha sido verlas y comérmelas a besos.

—Siento mucho lo del señor Harper —dice Bianca en un momento dado.

—Sí... —musito—. Ha sido algo inesperado, ya que John siempre ha gozado de excelente salud.

Bianca suspira.

—No quiero pensar en cómo estará la pobre Andrea —dice mi cuñada, compungida—. Esa muchacha adora a su padre. No podía creerlo cuando tu hermano me dio la mala noticia.

—Ya... —murmuro, rezando en silencio.

Estamos cruzando la Quinta Avenida, permanecemos un rato en silencio mientras mi cuñada admira la Gran Manzana.

—Nueva York es impresionante —dice Bianca cambiando de tema—. No

me extraña que no quieras volver a Londres.

—No te creas, os echo muchísimo de menos.

Bianca se gira y me sonrío afectuosamente.

No voy a implicar a los míos en mi oscura historia con Lucifer. Los mantendré lo más alejados de él que pueda.

—Y nosotros a ti, también —me dice, cogiendo mi mano.

Sonrío agradecida mientras hago un poco de guía turística hasta que

llegamos a nuestro destino. Pago la carrera. El taxista nos ayuda con el equipaje. Entramos en el portal y cogemos el ascensor. Linus nos espera arriba y cuando abre la puerta, nos encontramos a las niñas revoloteando por el loft. Mi Kate se ha caído y corro a cogerla. Lloro. Le doy besos para que se tranquilice.

—Tiene sueño —me dice Bianca, que la coge y la acuna.

Dejo el bolso en el sofá del salón mientras Linus y mi hermano meten las maletas en el loft. Cierro la puerta y les

echo una mano, mientras Emily no me suelta de la mano. Le sonrío.

—¿Y bien? ¿Qué tal el viaje, hermanito? —le pregunto una vez instalados en uno de los dormitorios, que es bastante cómodo y práctico. He resuelto que dormiré con Linus y que cederé mi cuarto a mis niñas.

—Oh, fantástico —dice sonriendo, mientras Linus corre las cortinas y pone los brazos en jarras—. El señor Crawford ha sido muy amable con nosotros. He hablado un rato con él por teléfono. Es muy agradable.

—Y muy rico —dice Linus, entornando los ojos.

—Ya lo creo que sí, su jet privado era como una casa —responde mi hermano impresionado—. ¿A qué se dedica?

Scott es igual de pelirrojo y esbelto que yo, y le quiero un montón. Le abrazo y él también a mí.

Linus me mira.

—El señor Crawford tiene negocios de hostelería y hace poco adquirió un astillero en Nueva Jersey.

Linus boquea. Mi hermano me

escucha atentamente.

—Además de la agencia de publicidad y una multinacional en Vancouver —añade mi amigo eufórico.

Ya está. Linus acaba de sucumbir al oscuro magnetismo de Lucifer. Genial...

—Me alegra que estéis aquí —le digo a mi hermano, aparentando calma y para cambiar de tema.

Mi amigo me mira con reproche, pues si por él fuera le daría una información detallada de los bienes y propiedades del susodicho. ¡Qué barbaridad!

—Nosotros también, cielo —me



responde.

—Siento ser aguafiestas, pero los Harper nos esperan —dice Linus, rompiendo el hechizo.

Sé que lo ha hecho para jorobarme. ¡Menudo es!

No negaré que estoy feliz, pero al mismo tiempo no puedo evitar sentir cierta preocupación, porque sé que mi decisión de acomodar a los míos en el loft va a traer cola. Lo sé. No en vano, cuando enciendo el móvil me encuentro con un total de veinte llamadas perdidas y un largo mensaje a modo de sermón en

el que don Putero critica duramente mi actitud pueril y mi inmadurez, y, entre otras cosas, dice que me estoy aprovechando de que está lejos para desafiarlo y que lo pagaré bien caro. Naturalmente eso ha provocado en mí un ataque de amor propio y no dudo en responderle con otro mensaje

Antes que nada, le rogaría que no volviera a juzgarme tan a la ligera, ya que no me conoce lo suficiente como para tomarse semejante licencia. Más que inmadurez, lo llamaría sentido

común, pues necesito tener a los míos cerca y no alojados en un hotel de cinco estrellas cuyos gastos corren a su cargo. Como ya le comenté, señor, a mi familia y a mí no nos gusta abusar de la generosidad de los demás, y mucho menos de la suya. Adiós, señor Crawford.

PD: No vuelva a amenazarme.

—¿Nos vamos ya, hermanita? —me pregunta Scott desde la puerta del coche.

—Oh, sí. Pero, ¿vamos a caber todos? —le pregunto.

—Sí —responde Linus.

Me meto en el vehículo. Esto es una imprudencia en toda regla, vamos apretujados y ¡mierda! mi Sony vuelve a vibrar en el bolso. ¡Es él! ¡Dios mío!

—A alguien le está sonando el móvil —dice el capullo de Linus, mirándome a través del espejo retrovisor. Me dan ganas de darle una merecida colleja.

—Es a Emma —apunta la ingenua de mi cuñada.

—Cógelo —me anima mi hermano.

—Sí, eso, eso, cógelo —apoya Linus risueño.

Descuelgo.

Mi hermano y su esposa conversan sobre la ciudad.

—¿Cómo que adiós, señor Crawford? —brama don Gruñón.

—Hola, señorita Steel.

—¿Señorita Steel? —ruge peleón. Mi cuñada me mira y me dice que le dé las gracias nuevamente por tanta amabilidad —. ¿Con quién coño estás?

—Mi familia quiere agradecerle, una vez más, su amabilidad y su tiempo, señorita Steel —digo en voz alta

mientras Linus sonríe. No le veo la gracia.

—¿Puedo saber qué demonios te pasa hoy? ¿Por qué escribiste literalmente adiós en tu mensaje? —vocifera.

Me va a dejar sorda el muy capullo. Me siento acorralada.

—Oh, claro, lo había olvidado. Esto... ha sido un verdadero placer.

—¡¡Emmaaa!! —grita fuera de s .

—Adiós, señorita Steel.

Cuelgo inmediatamente con el corazón en un puño. Pongo en silencio el

móvil y lo guardo. No deja de vibrar durante todo el trayecto hasta que llegamos al apartamento de los Harper. Opto por desconectar un poco de don Gruñón, mientras hago las oportunas presentaciones entre Linda y Paula y mi familia. Se saludan cortésmente y madre e hija no dudan en acoger de buen grado a los míos. Andrea se muestra igual de afectuosa con Scott, Bianca, Emily y Kate, que está profundamente dormida. Linda resuelve acompañar a Bianca para que acueste a la niña en su cama. Linus

no tarda en venir a mi lado para interesarse por la llamada de Lucifer.

—Deberías llamarle y aclarar las cosas —me aconseja.

Pongo los ojos en blanco mientras mi familia conversa con los Harper.

—No, no haré semejante cosa. ¡Se acabó! —le suelto en voz baja, ambos estamos sentados uno cerca del otro mientras los demás conversan entre ellos.

—¡Emma! —me regaña.

—Basta, Linus, todo esto carece de sentido —le respondo. Linus se queda



lívido—. Ya encontrará otra que caliente su cama de rico empresario.

Me duele tener que decir esto pero es la realidad, pues sé que no puedo esperar nada bueno de un hombre como él....

—Apenas le conozco —añado con absoluta seriedad—. Los hombres como Lucifer solo buscan pasar el tiempo, y yo no estoy para perderlo.

Mi amigo me mira con cierta compasión.

—Vi cómo os comíais a besos —dice casi en un susurro. Me ruborizo en el

acto—. Saltaban chispas entre vosotros.

Lo sé, y me encojo de hombros, pues él solo busca sexo, me repito hasta no poder más.

—Me niego a creer que hayas dejado de lado tanta pasión solo porque ella te ha envenenado —dice, mientras mira a Andrea, que conversa animadamente con Bianca—. Todo esto me resulta muy injusto, de veras y estoy muy disgustado. No tiene ningún derecho de inmiscuirse entre tú y Alexander, pues es algo privado que solo os concierne a

vosotros dos. ¿Acaso le dijimos algo cuando se folló al cachas de Eddy?

En eso tiene razón.

—No —murmuro, en medio de un gran suspiro.

—No sé lo que tendrá contra Alexander, pero me da que es resentimiento, envidia, celos.

—No creo que Andrea sienta nada de eso.

Linus entorna los ojos.

—Pues ve haciéndote a la idea porque me he dado cuenta de que aquí

nada es lo que parece —me responde enigmáticamente.

Miro a mi amigo durante un buen rato intentando encajar las piezas de este repentino puzle, en vano trato de poner cierto orden en mi cabeza, pero acabo peor que cuando comencé. Todo son lagunas oscuras y sin sentido. Ciertamente, Andrea no debería de haberse pronunciado abiertamente, ni mucho menos dejar entrever su profunda animadversión hacia Lucifer justamente ahora.

La tarde se nos pasa volando a mi familia y a mí, mi creciente dolor de cabeza hace que esté de lo más callada. Linda me ofrece un Ibuprofeno. Me retiro al baño para cambiarme de tampón. Tengo los ovarios inflamados y lo que deseo es irme a casa, pero los Harper han insistido en que merendemos con ellos. Todos alaban el bizcocho y las galletas que preparamos Andrea y yo. Y prometo que prepararé otro para cuando le den el alta a John. Linda me da un beso en la mejilla, Andrea un cálido abrazo que hace que Linus

entorne los ojos, suspiro recibiendo otro abrazo de Paula. Recogemos entre todos la mesa y me da por guardar varios trozos de bizcocho en papel de aluminio para que Linus se los dé a Brian, le agrade o no a don Gruñón. Cuando nos despedimos de los Harper y salimos por la puerta, Linus me pasa su móvil para mi propia sorpresa. Le miro y comprendo que quien está al otro lado del teléfono es Lucifer. Se me llevan los demonios. El muy moña se ríe mientras se quita de en medio.

—Así que tu pataleta se debe a que la intrépida señorita Harper te ha estado hablando mal de mí —dice una voz grave.

Miro a Linus con rabia. ¿Cómo ha sido capaz? Y para colmo de males está entreteniendo a los míos para que yo pueda charlar con el enemigo. ¡Será traidor!

—No quiero hablar de ello —murmuro.

—Oh, sí. ¡Claro que vas a hablarme de ello! Así tomaré las medidas que crea conveniente —me dice—. ¿Qué te

dijo exactamente para que llegaras al extremo de rechazar mis llamadas?

—No... no dijo nada... —titubeo.

—¡Mentirosa! —me grita.

—¡Capullo! —digo en voz baja.

—¡Muchacha impulsiva y temeraria!  
—exclama furioso—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Para empezar, dejar de gritar tanto, me vas a dejar sorda —digo en voz baja.

Ya hemos salido a la calle. Hace un poco de fresco. Mi hermano se gira y me



abraza para que entre en calor, pues sabe lo friolera que soy. Linus tira de Emily que le habla sobre el zoo al que ha ido hace unos días. Bianca está con Kate, que ya se ha despertado. Alargo una mano para decirle que la quiero.

—¿A quién le has dicho que le quieres? ¿Con quién estás aparte de Linus y tu familia? —quiere saber don Sibarita. No le respondo. Tengo ganas de colgar. Esta conversación no me conduce a nada—. Te he hecho una pregunta.

Resoplo enfadada. Dice que no lo haga y vuelvo hacerlo solo para fastidiarle. Maldice diciéndome que va a hacérmelas pagar todas juntas, sobre todo por haberle dado de merendar a su agente de seguridad.

—No te atrevas a amenazarme.

—¡No es una amenaza, es una promesa! —me grita.

Titubeo. Mi hermano frunce el ceño. Sonrío. Hemos llegado al p arking.

—¿Acaso est as celoso? —me sale del alma.

Bianca se gira y me mira. Sonríe

mirando a Scott, que sigue frunciendo el ceño. Oh, mierda, acabo de cagarla.

—¡No seas ridícula! —brama furibundo.

—¡El pobre hombre lleva todo el día montando guardia, tendrá que comer y descansar! ¡No es una máquina insensible como tú! —digo en voz baja mientras me acomodo dentro del Mini.

—¡Con que una máquina! ¿Eh? —me responde con voz amenazante—. ¡Ya te enseñaré yo lo que es ser una máquina cuando te coja!

—¡Eso no te lo crees ni tú!

—¡Oh, ya lo creo que sí! ¡Así aprenderás a no rechazar mis llamadas ni mucho menos a creer nada de lo que se diga sobre mí! —tiemblo asustada—. ¡Por no señalar que alojar a los tuyos en un mísero loft de menos de doscientos metros cuadrados es lo más ruin e inhumano que hayas podido hacer! ¿En qué coño estabas pensando, bruja?

Ya me he cabreado.

—¿Cómo me has llamado? —le recrimino, casi en voz inaudible.

—¡B-r-u-j-a! ¡Bruja! —repite enojado.

—¡Mi familia no necesita de la caridad de un m-u-j-e-r-i-e-g-o como tú! —digo tapándome la boca y el auricular. Linus acaba de poner música un poco alta. ¡Qué oportuno!

Puedo imaginármelo alisándose el pelo reiteradamente en compañía de una exuberante catarí. Cierro los ojos para que desaparezca esa imagen de mi mente. Es dañina para mi alma.

—¡Emma, te lo advierto! ¡Mi paciencia tiene un límite! ¡Para ya! —me grita.

—¡Lo mismo te digo! —exclamo indignada—. ¡No me extraña que te gusten los países árabes, puesto que ahí los hombres pueden tener el harén que quieran, algo que a ti te fascina!

—¿De qué estás hablando? —me pregunta.

—¡No me tomes por tonta! Sé lo de las fiestas salvajes de tu amigo, por no decir que planeaste este viaje para no coincidir con tu ex. Apuesto a que sabías que iba a estar en la ciudad y por eso te has quitado de en medio —le suelto acalorada.

Evito a toda costa mencionarle su supuesta adicción a las drogas para mantenerse en pie ante el frenético ritmo de vida que lleva pues, ¿qué hay de cierto en todo esto? Proclama mi conciencia venida a menos.

Maldice cabreado. Se ha acabado de liar.

—¡Primero, estoy en Qatar por motivos de trabajo, no por placer, y no soy partidario de los harenes! —estalla como un poseso—. ¡Segundo, este viaje lleva más de tres meses planificado, tercero, me importa una mierda si

Miranda Parker está o no en la ciudad!  
Y... ¿qué coño te ocurre hoy? ¡No  
volveré a preguntártelo! ¿Acaso has  
perdido el juicio?

—¡Nunca he estado tan cuerda como  
para darme cuenta de lo mujeriego que  
eres! —vuelvo a insistir.

—¡Emmaaaa! ¡Te lo advierto! —  
brama como una fiera enjaulada.

—¡Es la verdad! ¡Empezaba a confiar  
en ti muy a mi pesar! —musito,  
conteniendo las lágrimas.

Resopla.

—¡Quieres hablar alto y claro!



—¡Tú y las mujeres que has conocido! Me lo has restregado en ese condenado email sin fingir un mínimo de consideración, y sé que no tengo ningún derecho de exigirte nada, pero no me gusta que me utilicen y me engañen — silencio—. Por no decir que sé que financias las fiestas salvajes de tu buen amigo Mark Bommer.

Maldice en su lengua materna. Lucifer acaba de surgir de la nada al otro lado del hilo telefónico, a miles de kilómetros de distancia, afortunadamente para mí.

—¿Quién te ha contado eso? ¿Tu amiga, verdad?

Ay, Dios.

—¡Mi amiga no tiene nada ver en todo esto! ¡Así que déjala en paz! —sigo cuchicheando, mientras Linus distrae a los míos ejerciendo de guía turístico.

Gracias a Dios.

—¡Mira que no te creo, bruja insolente! —ya se ha cabreado del todo.

Tiemblo pero no me achanto.

—¡Mujeriego! —le espeto.

—¡Emma, te lo advierto! —maldice —. ¡Nadie mejor que ella para lograr ponerte en mi contra! ¿No? Pero ya que estamos, ¿por qué no le preguntas a qué viene tanta fijación por mí? ¿Eh?

¿Fijación? Me quedo sin aire.

—No quiero oírlo.

—Oh... ¡claro que me vas a oír! — me grita cabreado—. ¡Nadie sabía de la enfermedad de mi hermano hasta que alguien filtró la noticia a *The Journalist*, el periódico local donde John Harper colabora eventualmente!

Ay, Dios mío, ¿no puede ser verdad que Andie haya hecho algo tan horrible!

—¡No negaré que sospeché de ti, pero David me contó que ella había ido a visitarlo una mañana! Más aún, descubrí que el director del periódico ingresó un millón de dólares a un número de cuenta con un nombre ficticio. Algo que me alteró notoriamente.

Me quedo muerta. Si antes estaba hecha un mar de dudas, ahora soy un océano, porque no sé cuál de los dos me miente.

—¿Crees que fue ella la que convocó a la prensa esta mañana? —me oigo preguntar.

—¡Quién si no! Freeman planea la ruta que debemos hacer diariamente para evitar a la prensa —señala satisfecho—. Pero lo peor de todo es que ha logrado sembrar la duda sobre mi persona.

Ya lo creo que sí, o no. ¡Quién sabe!, me digo hecha un lío.

—¿Por qué querría hacer algo así? No lo entiendo.

—Me la tiene jurada por haberla rechazado en la boda de su padre —me dice. Estoy en shock—, y por lo que veo está cumpliendo con su promesa.

¡Madre mía!

—Lo siento muchísimo —le digo, con un entrecortado hilo de voz.

—No sientas nada, seguro que no sabías que tenías al enemigo metido en casa —me responde tranquilamente.

—¿Esa es la razón por la que me dijiste que no te agradaba?

—Sí... —suspira pacientemente.

—Yo...

—¿Qué?

—Ha... ha deducido que nos hemos enrollado al ver el chupetón en mi cuello. —Maldice—. Se lo he negado pero no me ha creído. Así que me vi en la necesidad de decirle que todo se debía a un ligero calentón...

Ríe de repente. Menos mal que mi hermano no me oye y sigue conversando animadamente con Linus y Bianca.

—Y eché balones fuera —añado.

—Buena chica.

—Así que lo mejor es que no nos veamos.

—¿Cómo que no? —brama.

—Es muy peligroso —cuchicheo.

—¿Aún estáis en casa de John Harper?

—No, estamos dando una vuelta por la ciudad y a punto de irnos a casa.

—Evita a esa mocosa insolente o te volverá loca con sus mentiras —me aconseja.

Me resulta extraña toda esta situación. Los Harper siempre han sido



una familia para mí. Andrea es mi hermana mayor. La adoro y sé que ella a mí también, luego es imposible que de la noche a la mañana me vea dándole la espalda solo porque el hombre que creí detestar así me lo sugiere debido a una serie de motivos personales.

—No puedo hacer eso.

Silencio.

—Está bien, pero mantente en esa línea, y por más que trate de convencerte de que soy peor que Lucifer no la creas.

Enmudezco en el acto, pues sigo teniendo mis dudas. A Andrea la

conozco de toda la vida, en cuanto a él...

— ¿Sigues ahí?

— Sí... —murmuro.

— ¿Has oído lo que te acabo de decir? —inquire.

— Sí.

— ¿No tienes nada que añadir? — sugiere al final.

Claro que sí, pero no puedo explayarme con mi familia delante.

— ¿Cómo puedo seguir confiando en ti si apenas te conozco? —susurro.

—Me conoces más de lo que te imaginas, anoche te conté cosas privadas que nunca he contado a nadie, ni tan siquiera a la doctora Pearlman.

—Pero hay otros asuntos de los que no quieres ni oír hablar.

—Así es —reconoce con franqueza.

—Si vamos a... ya sabes, qué menos que haya una mínima confianza, ¿no crees?

Miro a mi alrededor. Hemos llegado a casa. Linus pulsa el mando del garaje y las puertas se abren de par en par.

—Tú misma lo acabas de decir, se

trataría solo de sexo, luego no hay necesidad de profundizar en ciertos temas privados.

Resoplo. Me pide que no lo haga.

—¿Por qué te empeñas en levantar ese muro de doble espesor cada vez que sale el tema? —Silencio—. ¿Por qué no quieres compartir conmigo semejante carga? Te aseguro que me encantaría poder ayudarte.

Me cuelga sin más, y no sé si es por la dichosa cobertura o porque así lo ha decidido. Sea como sea, me ha producido un ligero malestar, pues

permanezco unos diez minutos en silencio a la espera de que me vuelva a llamar pero no lo hace. Eso es señal de que no quiere hablar conmigo. Mi cabeza es un caos. Me monto mi propia película y evito llorar. Bianca me está mirando.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias.

Pero la expresión afligida de mi rostro lo dice todo cuando salimos del coche. Coge mi mano entre las suyas y esboza una cálida sonrisa. Le devuelvo

el teléfono a Linus, que me pregunta cómo ha ido todo.

—Fatal, luego hablamos —le respondo, uniéndome a mi familia.

Se suponía que debía de disfrutar del reencuentro con ellos y aquí estoy, hundida en el desconcierto, pues estoy en medio de una batalla campal entre mi mejor amiga y mi jefe, que solo quiere tener sexo conmigo. Pero ¿a cuál de los dos debería creer?

Son cerca de las nueve y media. He ayudado a Bianca a bañar a las niñas mientras Linus y Scott preparaban la cena. Hemos cenado en un ambiente muy familiar y distendido. Hemos evocado viejos tiempos. Luego hemos recogido

los platos y, en menos de lo que canta un gallo, la cocina ha quedado impecable. Nos retiramos todos al salón para continuar charlando. Mis peques no tardan en quedarse dormidas en brazos de sus padres... son dos angelitos a los que adoro y quiero con locura.

—¿Te ocurre algo, hermanita? —me pregunta Scott, mientras sostiene en brazos a Emily al igual que yo hago con Kate.

Linus acaba de activar la alarma cuyo código solo sabemos él y yo, y ahora también mi hermano y mi cuñada.



Bianca se apresura a ir a mi dormitorio para retirar el edredón de la cama y acostar a las niñas. Mi hermano y yo la seguimos, mientras Linus pulsa el contestador automático. Tiene varios mensajes de voz.

—Es solo cansancio, cariño —le digo a Scott, con un ligero bostezo.

—Me alegra que sea solo cansancio, porque apenas has hablado en casa de los Harper. ¿Acaso tiene que ver con la llamada que recibiste antes?

Mierda, se ha dado cuenta.

—Oh, no...

—¿Quién era el tipo con el que hablabas?

Madre mía...

—Un amigo —le respondo.

—Me gustaría conocer a tu amigo — recalca.

Estoy a punto de responder, cuando Bianca interviene solo para regañarle por ser tan indiscreto. Estoy deseando que la tierra me trague.

—Le prometí a papá que cuidaría de ti cuando él no estuviera —me dice de repente.

Se me parte el alma en dos. He enmudecido recordando a mi pobre padre y preguntándome si lo estoy defraudando solo por dejarme llevar por mis emociones.

—Estoy convencida de ello, mi amor —dice Bianca, cogiendo en brazos a Emily, a la vez que Scott la despoja de sus zapatillas de dormir.

—Lo sé, cielo —le respondo al fin. Mi hermano se gira y me mira con absoluta compasión—. Pero la operación de John me tiene preocupada.

—Seguro que todo irá bien —dice Bianca, arrojando a Kate como ha hecho con Emily—. La señora Harper parece una mujer muy agradable.

—Lo es —respondo yo.

—No sé, a mí me resulta un poco altiva en sus modales —añade Scott.

El comentario de mi hermano me hace sonreír.

—Reconozco que esa fue la impresión que me produjo la primera vez que la vi —le explico, algo más calmada—. Pero luego la conoces y es igual de adorable que Paula.

—A la que he notado muy cambiada es a Andrea, y se lo he dicho a Scott, ¿verdad, cielo? —dice mi cuñada mientras llegamos al salón.

La reflexión de mi cuñada me pone sobre ascuas porque tiene ojo de halcón para estas cosas.

—La última vez que la viste tenía solo quince años, ahora está hecha una mujer, cariño —responde mi hermano, mientras abraza a Bianca por la cintura. Siguen igual de enamorados que el primer día, y me alegro enormemente por ellos.

—No me refiero a eso, amor —dice. La escucho atentamente—. Hay algo en ella, y en su forma de ser, que ha cambiado. No tiene esa nobleza en la mirada, sino más bien parece un témpano.

Las palabras de Bianca hacen mella en mí.

—¿De quién estáis hablando? —pregunta Linus, sintonizando un canal de televisión.

—De Andrea Harper —dice Bianca.

Linus pone los ojos en blanco mientras todos reímos. Mi hermano y su

esposa se sientan en el sofá. Él le da un beso en la frente mientras coge el mando. Me he puesto nerviosa y me meto en la cocina para preparar un poco de té. Lleno la tetera con agua y la pongo a hervir. Linus se ha venido conmigo.

—Bueno, cuéntame cómo te ha ido la conversación con Alexander. ¿Lo habéis arreglado? —murmura, mientras coge un par de cervezas sin alcohol.

—No. No sé si me colgó o había una pésima cobertura...

Linus chasquea la lengua.

—Le contaste lo que Andrea te dijo sobre su amigo.

—Evité entrar en detalles pero sí, algo le dije, y se enfureció.

—Siempre he dicho que es un hombre con mucho carácter, y también intuitivo e inteligente. Nadie levanta un imperio en ruinas.

—¿En ruinas?

Linus sonríe haciéndose el interesante.

—Tengo entendido que su abuelo fue estafado por un amigo suyo inversor. Antes de morir dejó muchas deudas, que



el propio Alexander finiquitó con esfuerzo, pues el timo era de varios miles de millones de dólares. Nacer rico tiene sus consecuencias, y esa no es otra que toparse con verdaderas sanguijuelas.

Me quedo sin habla. David nunca me contó nada. ¿Acaso ese es otro de los muchos asuntos de los que no quiere oír hablar?

—¿Dónde están esas cervezas? — pregunta mi hermano desde el salón. Ha sintonizado el canal de deportes, o sea que adiós programación.

—Ahora vuelvo —me dice—.  
¡Marchando una de cervezas para mi  
amigo y su hermosa damisela!

La pareja se ríe.

No hago otra cosa más que darle  
vueltas a la cabeza. ¡Todo es tan confuso  
e incierto!

«David Crawford era un buen  
hombre.»

«Se filtró la noticia de la enfermedad  
de mi hermano.»

Si es cierto lo que él cuenta, Andrea  
me ha estado engañando durante todos  
estos años, pienso aturdida.

Linus regresa a mi lado. El agua de la tetera está hirviendo. Ni me he dado cuenta. Apago la vitro. Mi amigo coge un par de tazas y las deposita en una bandeja pequeña plateada. Añade el azucarero de porcelana, las cucharitas... Bianca comenta con mi hermano la jugada de un conocido *quarterback*. Vaya dos aficionados al deporte, pienso mientras le pongo al día de lo que Alex me ha contado sobre Andrea. Nos hemos sentado en la barra de desayunos. Sorbo un poco de té.

—Así que él sospecha de ella.

—Sí, el propio David le dijo que había ido a visitarlo una mañana.

—Lo extraño de todo esto es que no le entrara la locura de hacerle fotos a un pobre moribundo —se santigua reiteradamente—. ¡Qué barbaridad! Tú y yo sabemos que no dudó en enrollarse con un conocido deportista para conseguir la entrevista.

—Sí, pero estaba empezando en la profesión —la justifico.

Linus toma su taza de té de la bandeja y la deposita sobre la barra.

—Hay maneras y maneras de conseguir las cosas —dice con gestos amanerados—. Andrea Harper es capaz de hacer lo que sea para conseguir una buena exclusiva.

—Lo sé, hay quien elige ser honrado consigo mismo y quien no... —le respondo.

—Andrea Harper elige joderle la vida a los demás cuando estos no se someten a sus caprichos —dice haciendo alusión a sí mismo—. Tú sabes mejor que nadie que no le hizo ninguna gracia que me viniera contigo,

pero no le quedó más remedio que morderse la lengua porque John me acogió como a un hijo. No quiero imaginarme la cara que pondría el pobre hombre si supiera realmente la clase de hija que tiene.

Tomo otro sorbo de té. Mi hermano abraza a su esposa, recostada sobre su pecho. No para de besarla.

—John siempre ha sido como un padre para nosotros —digo suspirando.

—Ya lo creo que sí —evoca nostálgico Linus—. Pero después de lo que me has contado, habrá un antes y un

después con Andrea, al menos por mi parte. Nunca nos hemos soportado, ya lo sabes...

Asiento, muy a mi pesar, y lamento que haya sido así. Andrea jura vengarse de Alex solo porque no se lo ha podido follar; por eso trata de envenenar las cosas poniéndome en su contra. Viéndolo fríamente hasta tiene sentido.

—Tú también deberías replantearte seriamente si quieres que siga siendo tu amiga. Pase que deteste a Alexander solo porque la rechazó, pero ¡comerciar

con la enfermedad de su hermano! ¡Es inhumano!

Estoy hecha un mar de dudas y lucho mentalmente por si debo o no rendirme ante la repentina cara oculta de Andrea Harper.

Mi mejor amiga.

Mi hermana.

—No sabemos con exactitud si el titular de la cuenta corriente que se embolsó el millón de dólares usó un nombre ficticio...

—Aun así, a Andrea se le ha visto el plumero —me dice Linus totalmente



convencido de ello—. A ella siempre le ha gustado la buena vida. Viste con las mejores marcas, tiene un apartamento de lujo y conduce un BMW Sport. Y te diré otra cosa, a mí me han rechazado muchos tíos, pero nunca se me ha pasado por la cabeza destruir la imagen de nadie, y ella está tratando de hacerlo con Alexander. Pero no sabe que esta vez va a salir muy mal parada si sigue en esa línea.

—Pues sí, y ojalá desista de su loco empeño —le digo retirando de la taza la

Barrows Tea Company que deposito en el platito.

Son cerca de las once.

—¿Por qué le dijiste a Alex que me gustaba? —le pregunto de repente.

Linus frunce el ceño confuso y me doy cuenta de que no ha dicho ni una palabra.

—Le hablé de Warrick. Me dijo que él se encargaría. ¿Acaso me tomas por un traidor?

—No —sonrío, alargando mi mano hacia él para tocarle la mejilla

afectuosamente—. ¿Te hizo preguntas sobre mí?

—No... Bueno, sí. Me preguntó si había algún otro miserable como Warrick rondándote. Le dije que no, pero que eras una mujer muy solicitada cuando salimos los fines de semana.

Ay, Dios mío.

—¿Le... le dijiste eso? —Río acalorada. Mi hermano y Bianca me preguntan el motivo de tanta risa—. Linus, que es muy gracioso...— respondo—. Y, ¿qué cara puso?

Me siento como una cría de quince años: intrigada por lo que el chico que te gusta le ha dicho a tu amigo de ti. Linus vuelve a hacerse el interesante.

Valeee, lo pillo, me digo.

—No pareció agradarle porque enseguida cambió de tema —contesta—. El tío está pillado por ti, pero no lo quiere admitir. Así que ya sabes, juega bien tus cartas.

—¿Cómo?

Ya me gustaría a mí que las cosas fueran como Linus las cuenta, pero no es así: él solo quiere sexo.

—A los hombres no les gustan las mujeres facilonas, sino las que tienen personalidad y carácter. Les agrada que les pongáis el listón muy alto —se aventura a decir—, y en eso, mi niña, sales ganando.

Ay, que me lo como a besos.

—Sabes, nunca imaginé que todo esto fuera a suceder. Él y yo... no nos hemos soportado —le respondo—. Y me resulta extraño verme así.

—Tú no te comas mucho la cabeza. Lo que tenga que ser, será. Disfruta del momento —me dice alegremente. Si mi

amigo supiera la verdad—. Tampoco quiero que te enganches al cien por cien; mantén cierta distancia.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero? —le digo, levantando el culo de la silla.

—Todos los días, mi amor —me responde. Le abrazo fuertemente. Mi hermano nos mira y sonrío—. Por cierto, Alexander me pidió que no te dejara ir al apartamento, y que si querías algo, me lo dijeras.

¡Menudo controlador!

—Me he dejado su agenda de trabajo y una carpeta, cuando puedas me las traes. Y una maleta con ropa, un poco de todo, y también mi portátil, mis cremas, perfumes, el secador...

—Tengo uno nuevo, ¡te va a chiflar!  
—exclama contento.

—Vale.

Enumero todo lo que ha de traer y toma nota. Recogemos las tazas de té. Las lavo y las dejo escurrir en el fregadero. Me acerco a mi hermano y a mi cuñada para charlar un ratillo, pero me entra el sopor del sueño y les doy las

buenas noches. Cojo mi bolso y me pierdo por el pasillo hasta el dormitorio de Linus. Dejo el bolso sobre el escritorio. Me recojo el pelo en una trenza. Me descalzo. Cojo mi móvil y lo pongo a cargar. No sé cuantas horas de diferencia hay entre Qatar y Nueva York, pero enciendo el portátil de Linus y busco en la red. Ocho horas de diferencia, creo que son cerca de las siete y media de la mañana, pero no estoy muy segura. Me apetece escuchar su voz, pero no sé..., igual ni me lo coge... Y decido jugármela.



Un tono, dos tonos, descuelga. ¡Qué extraño!

—¿Alex?

—Así que usted es el hermoso bombón pelirrojo que figura en la pantalla del teléfono de mi hijo —dice una voz casi somnolienta, que me resulta familiar—. ¡Quién lo diría! —añade con cierta ironía.

Oh, mierda... ¡Natasha Crawford! Reconocería su voz entre un millón. Pero, ¿qué hace con el móvil de su hijo?

—Señora Crawford, ¿cómo está? Siento llamar a estas horas, pero me

urge hablar con el señor Crawford —mi pulso acaba de acelerarse inexplicablemente ante mi repentino arrebató.

—No sé si sabrá que son cerca de las siete de la madrugada, hora catari, señorita Taylor —me regaña en un tono autoritario.

—Lo siento... —titubeo avergonzada.

¡No quiero ni pensar en la reacción de su hijo cuando le cuente que le he telefoneado! Ay, Dios mío, ¿qué he hecho?

—¿De qué quiere hablar con mi hijo?  
—es de las que les gusta ir al grano. Siempre ha sido muy arisca conmigo, hasta el día del funeral de David, que fingió que le caía bien.

—No... no tiene importancia. Siento haberla molestado a estas horas, señora Crawford.

—Mi hijo aún no ha regresado de la cena que la princesa Amina ha dado en su honor —me dice alegremente, y yo me siento morir.

—Entiendo, señora Crawford.

—Señorita Taylor...

—¿Sí, señora?

—Le agradezco lo que hizo por mi hijo David —dice con voz neutra.

Frunzo el ceño, pues nunca me ha agradecido nada, ni cuando David me pidió que le llevara en persona aquellas orquídeas de oro. Sus predilectas. Cada flor tiene un precio de cinco mil dólares.

—No se merecen, señora.

—Pese a ello, quiero que sepa que no voy a permitirle que hechice, también, a mi Alexander —me advierte—. ¿He hablado con suficiente claridad, señorita Taylor?

Siento que se me va parar el corazón en cualquier momento; por eso tomo asiento en el borde de la cama. ¿Hechizar? ¿Una mujer de su posición social? Las palabras de Natasha Crawford son como dardos envenenados contra mi pobre corazón. Es evidente que me detesta, pero es su hijo quien me busca a mí y no al revés.

—Ha de saber que el único interés que me une al señor Crawford es de tipo laboral, señora —le respondo conteniéndome por no estallar, porque me conozco.

—Fíjese que no la creo; ya he oído eso antes. Conozco muy bien a las de su clase, fingen no haber roto un plato en su vida y, en el fondo, rompen la vajilla entera.

Me acabo de quedar de una pieza.

—Señora, ya le digo que yo no... —  
balbuceo como ida.

—¡No me interrumpa! —me grita con voz autoritaria. Habla igual que su hijo —. Se lo advierto: deje en paz a mi hijo o de lo contrario lo lamentará.

¿Quéee?

Me cuelga sin más y yo siento que mi

mundo se fragmenta definitivamente en mil pedazos. La madre de Alexander me acaba de amenazar descaradamente y no sé si reírme o romper a llorar...

Me acabo de dar una merecida ducha para destensar los músculos del cuello y la espalda. Debe ser cosa de los nervios, pues desde que me he levantado esta mañana he aguantado todo el chaparrón hasta que he estallado bajo la ducha. Tengo el corazón hecho jirones y

siento pena de mí misma porque todo son obstáculos, y a ellos se ha unido la mismísima Natasha Crawford cuyo afán de proteger a su primogénito la ha llevado a enseñar las uñas, pero... ¡si es que no tengo nada con su hijo! Repito, es él quien me busca, no yo. No sé de dónde ha podido sacar eso de «no voy a permitir que hechice, también, a mi Alexander». ¡Como si yo fuera una especie de hechicera cuando, en realidad, es a mí a quien él ha encantado! ¡Menuda es! ¿Qué se supone que debería hacer? ¿Contárselo a su



hijo? ¿Decirle la clase de madre que tiene?

Ni se te ocurra, dice mi lado sensato y cuerdo.

Aléjate de Alexander Crawford antes de que sea demasiado tarde, dice la voz de mi conciencia.

¡Eso querría yo! Pero no puedo ni quiero, pues me está empezando a gustar muy a mi pesar. Soy así de idiota e imbécil. ¡Qué se le va a hacer! Pero si de algo estoy segura es de que no estoy interesada en su fortuna ni en su apellido, y por más que su madre piense

que soy una cazafortunas, mi respuesta sigue siendo un no rotundo. Mi padre nos dio a mi hermano y a mí una buena educación y nos inculcó excelentes valores. Sé perfectamente quién soy y lo que quiero y, desde luego, no es la riqueza ni la vida de ensueño que tiene Alexander Crawford. Soy de las que les gusta ganarse las cosas a pulso y que nadie se las regale. Podría haber seguido el ejemplo de mi madre: buscarme un amante que me mantuviera, pero me dediqué a trabajar desde la adolescencia. No he necesitado la

fortuna de nadie, y mucho menos ahora. Si Natasha Crawford cree que soy como las demás, incluida Miranda Parker, está completamente equivocada, pues no me conoce lo suficientemente para llegar a juzgarme y, quién sabe, igual fue ella la artífice de que su hijo acabara rompiendo su compromiso con la señorita Parker. Por no decir que quizás él siga enamorado de su ex, o en el peor de los casos, tal vez, acabe dando el braguetazo con la tal princesa Amina. Algo que me sobrecoge e inquieta notoriamente. Aun así, y llegado el

momento, él es libre de hacer lo que más le plazca pues solo soy su secretaria.

Nada más.

Me seco el pelo con la toalla, me cambio el tampón, me subo las bragas y me abrocho el sujetador de encaje blanco, recojo el pijama de lino beige de Linus. Me lavo los dientes con el cepillo que dejé la otra vez, me enjuago la boca, dejo el cepillo en su sitio. Abro la puerta del baño y me encuentro con Linus que quiere hacer pis. Cruzo el pasillo y entro en el dormitorio. Suspiro intentando dejar la mente en blanco,

pero es inútil. Sobre todo, cuando desenchufo el móvil del cargador y encuentro cinco llamadas perdidas tuyas y un escueto mensaje. No puedo por menos que leerlo, me tiemblan las manos, y el corazón, herido y humillado, late de un modo enloquecedor:

Sé que mi madre ha hablado contigo.

Lláname en cuanto leas esto. A.

Me tumbo en la cama con el móvil en la mano. Miro el techo intentado

serenarme mientras los ojos se me inundan de lágrimas solo de recordar las duras palabras de Natasha Crawford. ¡Es increíble cómo una mujer que se presenta a sí misma como altruista, sea un ejemplo claro de arrogancia y engreimiento solo porque sea rica! Algo que su hermana, Anna Gilmore, no tiene pues es la viva estampa de la bondad y la afabilidad, me digo secándome las lágrimas con el dorso de la mano. Al final opto por responder también con un mensaje en vez de telefonarle, por mero temor a derrumbarme. No quiero

que Alexander Crawford sepa que me está empezando a gustar. Eso sería mi ruina. Creo que lo mejor es acabar con esto de una buena vez, porque no soporto más esta horrible situación.

No me siento con ánimo de querer hablar, entiéndeme. Y lamento haberte telefonado a esas horas, pero no controlo muy bien la diferencia horaria. En cuanto a tu madre, solo puedo añadir que entiendo su actitud, pero como ya le dije, solo nos une una estricta

relación laboral, y aun así no me creyó. Así pues, y para que quede constancia que no soy una cazafortunas como dio a entender, voy a presentar mi renuncia el próximo lunes. Es lo mejor que puedo hacer. Emma.

Pulso la tecla de envío mientras las lágrimas vuelven a fluir inexplicablemente para deslizarse por mis mejillas. Ya está, me digo. Lo he hecho. Sí, lo sé, soy una tonta por permitir que su madre me gane la



partida, pero es lo que he decidido. No voy a granjearme más enemigos de los que ya tengo, pues me basta y me sobra con mi vecino *el Acosador*.

—¿Llorando, otra vez? —inquire Linus, que me acaba de sacar de mis ensoñaciones.

Cierra la puerta del dormitorio nada más entrar. Me enjugo las lágrimas con el kleenex que me tiende. ¡Qué sufrida soy!

—Sí... —digo entre hipidos—. Tengo motivos para estar así, Linus.

Mi amigo frunce el ceño mientras se desnuda ante mí. Rebusca en el cajón de su tocador un pijama. Se lo pone, y no tarda nada en meterse conmigo en la cama. Me abraza y me da un beso en la sien. Llora. Me calma preguntándome lo que me pasa. Se lo cuento.

—¡Joder!

—Nunca le he caído en gracia —digo gimoteando—, y ahora entiendo el motivo, Linus.

—Eso es absurdo, teniendo en cuenta que has cuidado desinteresadamente de David —me dice Linus—. Si esa

malvada quiere creer que eres una cazafortunas, allá ella.

—Da igual lo que crea ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de enviarle un mensaje a su hijo en el que le anuncio que voy a renunciar a mi puesto de trabajo.

Linus me mira atónito.

—¡Que has hecho qué! —me regaña.

—Linus...

—¡Llámale ahora mismo y di que te precipitaste al tomar semejante decisión y que te arrepientes de ello! —

cuchichea, pues mi hermano y su mujer acaban de pasar charlando por el pasillo. Se han metido en la habitación de al lado.

—¡No haré tal cosa!

—Dame el teléfono —me ordena enfadado.

—¡Ni hablar! —respondo, y escondo el teléfono en el sujetador.

Linus emite un bufido de frustración, pues duda de si debe o no meterme mano. No lo hace porque me respeta tanto como yo a él.

—¡Acabas de dejar que esa

condenada mujer te gane la partida!

—Lo sé.

—¡No sé si felicitarte o darte de bofetadas, Emma Marie Taylor!

Suspiro entrecortadamente porque Linus se ha enfadado conmigo y no me gusta.

—No... no quiero ser objeto de la ira de Natasha Crawford, ni quiero correr la misma suerte que Miranda Parker, ni tampoco oír hablar de la secreta vida de Alexander Crawford y sus supuestas adicciones.

Linus me mira con evidente

reprobación.

—Ese hombre no tiene pinta de yonki.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Conozco a mucha gente que se droga, y los efectos que esta adicción hace en sus cuerpos —dice serio—. Andrea Harper puede decir misa, pero Alexander Crawford está sano como una manzana.

Quiero creerle, pero estoy sumergida en ese océano de dudas. Y recuerdo que no le he contado cierta cosa a Linus

sobre la oferta de Andrea de escribir un artículo sobre David.

—¡Menuda vaga! —exclama—.

Hiciste bien en rehusar.

—No negaré que tuve la tentación, pero cambié de parecer.

—Ya te digo que hiciste lo correcto. Además, su hermano se habría opuesto, seguro, vamos....

—Sí... —le respondo evitando pensar en él y en la princesa Amina, pues se me revuelve el estómago.

Tengo la cabeza a punto de estallar con tantos frentes abiertos, pero el buen

sentido del humor de mi amigo hace que sonría a ratos ante sus ocurrencias. Él es ahora el único bastón en que me apoyo para poder seguir adelante, porque de la noche a la mañana me he visto con el agua al cuello, solo por haber posado mis ojos en mi jefe.

—Está sonando el móvil, cielo — dice Linus, sacándome de mi mundo.

Pestañeo confusa mientras lo cojo.

—Desconocido. No pienso atender la llamada —le digo a Linus.

—Déjame ver —dice. Le paso el móvil. Descuelga—. ¿Sí, dígame? Hola



—hace una ligera pausa y me dice, tapando el auricular—. Es Natasha Crawford

Mi corazón da un gran vuelco; qué querrá ahora. Niego con la cabeza. No quiero hablar con ella

—Espere, se lo pregunto —Linus entorna los ojos mientras vuelve a cubrir el auricular—. ¿Quieres hablar con la señora Crawford?

Le arrebató el móvil. Refunfuña. Al cabo se sienta a mi lado y me abraza. Me santiguo. Activo la grabadora y el

manos libres por si me vuelve a amenazar.

—Señorita Taylor —dice la inconfundible voz de Natasha Crawford.

Siento pánico.

—Señora Crawford, ¿en qué puedo ayudarla? —digo modulando el tono de voz, porque tiemblo de pies a cabeza.

—Lamento molestarla a estas horas, pero me he visto en la obligación de hacerlo debido a mi horrible comportamiento con usted.

¿Quéee?

—No se preocupe, señora Crawford —la disculpo. Linus me reprende con la mirada.

—Mi hijo está muy disgustado conmigo —continúa con voz contenida por la emoción. ¿Cómo?—, y no quiero que lo esté. Espero que acepte mis más sinceras disculpas, pues la he juzgado sin apenas conocerla.

¡Vaya! Sé que detrás de todo esto está él, mi jefe, y no sé si alegrarme o echarme a llorar, otra vez...

—Las acepto, señora.

—Gracias, señorita Taylor.

Colgamos a la vez.

Acto seguido miro a Linus.

—Jamás he oído una disculpa tan fría  
y tan poco sentida —arremete.

—¡Linus!

*M*e despierto con un correo matutino del señor Crawford. Me resulta extraño llamarlo así después de todo. Anoche volví a acostarme llorando en silencio; menos mal que Linus usa tapones para dormir, que si no le hubiera dado la

noche. Sigo sintiendo esa congoja en el pecho y no hay nada que me la quite, especialmente hoy. La operación de John me tiene aterrada aunque Alex me aseguró que el doctor Thompson era una eminencia en el campo de la cirugía. Espero que así sea porque, ciertamente, no quiero que nada malo le pase al bueno de John.

Por otro lado, admito que no logro apartar a mi jefe de la cabeza. Cierro los ojos y ahí está sonriéndome con ese rostro tan varonil. Incluso he soñado que estaba a mi lado y que me abrazaba con

fuerza. Pero en cuanto he abierto los ojos, no estaba. ¡Maldita sea mi estampa! En menos de cuarenta y ocho horas mi vida se ha vuelto del revés. Intento enderezarla pero es en vano. Alexander Crawford está empezando a calar hondo en mí, lo cual me preocupa, y muchísimo. Se dice que la distancia es el olvido; a mí me provoca añoranza. Tengo tantos frentes abiertos que sé que voy acabar sufriendo de un modo u otro, porque me conozco: soy masoquista y continúo adelante con esta locura.

Suspiro incorporándome poco a poco en la cama mientras doy un ligero bostezo. Linus está liado en la cocina preparando el desayuno para todos. ¡Qué buena persona es!

El reloj de la mesita de noche marca las siete y media de la mañana. No oigo a las niñas —imagino que aún están dormidas— pero sí la voz grave de mi hermano que habla con Bianca en el dormitorio contiguo. Risas y confidencias de dos personas que se aman con locura. No puedo evitar sentir cierta envidia sana, pues me encantaría



poder despertarme al lado de un hombre que me amara realmente. Pero sé que eso es como pedirle peras al olmo. Algo inalcanzable a juzgar por mi dilatada lista de fracasos sentimentales, me digo con un suspiro

Tu problema es que eres demasiado exigente y serias contigo misma y con los demás. Ningún hombre querría a una mujer así. Deberías relajarte y tirarte de una vez a tu jefe, argumenta mi lado salvaje y temerario.

¡Oh, por Dios, cállate! Le gritamos mi conciencia y yo.

Cojo mi Sony y leo el correo en medio de otro ligero bostezo.

**De:** Alexander Crawford

**Fecha:** 7 Abril de 2013 15:30

(hora catarí)

**Para:** Emma Marie Taylor

**Asunto:** Aclaraciones

Anoche hubiese preferido oír tu voz en lugar de leer tu escueto mensaje, pero entendí tu estado de ánimo. No era para menos. Aunque has de saber que no voy a aceptar tu renuncia. Ni ahora ni nunca. Hazte a

la idea. Sé que la actitud de mi madre no ha sido la más acertada y me alegra que, pese a todo, la hayas perdonado. En cuanto a mí, sigo igual de disgustado con ella que anoche, porque se valió de una treta para usar mi Samsung y así indagar en mi privacidad. Algo que me enojó notablemente.

¡Madre mía!

He de explicarte, también, que no tengo ninguna relación con la hija de

ningún cliente mío, y por más que creas que soy un mujeriego, mi respuesta sigue siendo un no rotundo. Mi trabajo me absorbe hasta límites insospechados. Apenas tengo tiempo para una relación seria y duradera. Las candidatas que te mencioné poco después de que rechazaras mi oferta eran simplemente un farol. He de admitir que me divertí mucho, sobre todo con la cara que pusiste al pensar que tenía una amplia lista de amantes. Espero que no te lo tomes a mal, pues hacía tiempo que no disfrutaba tanto

con la compañía de una mujer como tú: alegre, apasionada, bondadosa... Algo que nunca hallé en mi matrimonio. Sí, he estado casado en secreto con Miranda Parker. Acordé con ella un pacto de silencio, dado lo celoso que soy de mi intimidad, pero la relación no funcionó y decidí separarme.

¡Quéeee!

Si algo he aprendido en los últimos años es a distinguir a las

auténticas cazafortunas, y tú, mi hermoso bombón pelirrojo, distas mucho de ellas. De modo que no vuelvas a decirme que no estás interesada en mi fortuna porque sé perfectamente quién eres y cuáles son tus valores y prioridades en la vida. Yo, en cambio, soy un hombre cauto, sumamente reservado y, sobre todo, discreto. Siempre he vivido de mi trabajo. No necesito la popularidad para sentirme vivo.

Intuyo que se está refiriendo a su ex.

Con respecto a tu amiga, has de saber que años atrás habló pésimamente de mí en una conocida emisora de radio de cobertura nacional. No dudó en señalar que consumía ciertas sustancias, lo que motivó que la noticia se expandiera como la pólvora. Rehusé demandarla por ser la hijastra de Linda, a la que me une una buena amistad. Como ya te conté, mucho antes de eso, se me insinuó en la boda de su padre. Mi rechazo provocó su ira y su posterior fijación por mí. Ahora he resuelto

tomar cartas en el asunto para frenar tantas calumnias hacia mi persona.

¡Oh, no! ¡Dios mío, no!, pienso aturdida.

En cuanto a Mark Bomer y el delito que tu amiga le imputa con tanto descaro, es absolutamente falso. Las fiestas que él organiza son de carácter social, pues no ha dudado en unirse a la iniciativa llevada a cabo por mi madre. Bomer puede dar una imagen equívoca, pero es un tipo muy



agradable cuya vida no fue del todo fácil con un padre alcohólico y violento que le amargó la existencia, pero no seré yo quien te cuente la historia, pues ello le compete solo a él. Luego espero la más absoluta discreción por parte tuya.

En cuanto a mí, sabes que no me agrada hablar sobre mi privacidad, pero he de reconocer que, de un tiempo a esta parte, estoy aprendiendo a confiar en ti, sencillamente porque no sabes lo mucho que te deseo.

Alexander Crawford

Presidente de Crawford Agency  
Group

Presidente de Crawford  
Corporations & Holding TLC

Presidente de Crawford Yard's  
Company

Guau.

Menuda capacidad de síntesis tiene.  
¡Qué tío tan inteligente y tan guapo! Y encima dirige tres compañías. Estoy segura de que si su abuelo viviera, se sentiría muy orgulloso de él, tanto o más

que esta pobre tonta, me digo en medio de un suspiro asimilando que es un hombre divorciado, ¡quién lo diría!

Pero, ¿es o no cocainómano? inquiere la voz de mi conciencia.

No lo sé, y tampoco va a confesármelo de buenas a primeras, ya que ha vuelto a recalcar que no le gusta hablar de sí mismo, aunque está aprendiendo a confiar en mí porque me desea, y mucho. Vuelvo a suspirar como una colegiala, pero en seguida me sacudo la tontería y me concentro, que buena falta me hace.

«Miranda Parker quiere hablar pero no puede.»

Supongo que sería sobre el matrimonio con mi jefe. ¿Qué otra cosa si no? Pero, ¿qué le impulsaría a divorciarse de ella? ¿Habría tenido que ver Natasha Crawford en todo ello? ¿Es Miranda Parker una cazafortunas? ¿Y si fue ella la que filtró la noticia de la enfermedad de David y no Andrea? Me da por pensar... ¿Y por qué me ha enviado este inesperado e-mail? ¿Acaso pretende jugar al despiste conmigo? ¿Qué hay de cierto en lo que me ha

escrito? Ay, Dios mío, ahora resulta que Bommer tuvo una infancia dura, algo que desconocía por completo, de veras, pero no deja de despertar en mí el mismo sentimiento que antes, lo siento pero es así.

En cuanto a Andrea, me tiene totalmente desconcertada con sus historias. No sé cuándo dice la verdad y cuándo miente, y no comprendo el porqué de semejante actitud. Linus dice que es envidia. Yo, la verdad, no sé qué creer. Y después de la opinión de mi cuñada, es mirar a Andie a los ojos y

preguntarme qué es lo que pretende con todo este entramado. Llevo trabajando para los Crawford casi cinco años y nunca la he visto comportarse así. ¿Por qué lo hace precisamente ahora? ¿Qué locura le ha entrado?

Y lo peor de todo, ¿a quién de los dos debo creer? ¿Quién de los dos me está mintiendo? Me pregunto mientras dudo entre si debo o no descolgar y llamar a mi jefe. Siento un ligero gusanillo en la punta del estómago mientras mis manos tiemblan inexplicablemente. Ojalá no lo coja

Natasha, me digo mientras espero hasta el segundo tono. Respiro hondo.

—Hola —me saluda, con voz pastosa.

Menos mal.

—Hola —cuchicheo.

Se ríe.

—¿Cómo has dormido?

Me lo estoy imaginando alisándose el cabello con las manos, vestido elegantemente con un impecable Armani o un elegante Tom Ford.

—Bien, gracias. ¿Cómo estás?

—No muy bien que digamos —  
suspira profundamente.

Creo saber el motivo.

—¿Has discutido con tu madre?

—¿Tú qué crees?

Guau.

—No debiste hacerlo —le regaña ligeramente—. Ella quiere lo mejor para ti.

—Ya veo, ya —ironiza.

Ay, Dios mío, ¡ha discutido con su madre por mí!



No, idiota. Ha sido porque ha hurgado en su privacidad, me recuerda la voz de mi conciencia.

¡Ah!

—Todas las personas cometemos errores —le digo.

—Lo de ayer fue la gota que colmó el vaso.

Suspiro pacientemente, es igual de terco y obstinado que yo.

—Y cómo está tu madre ahora.

—Camino de Nueva York en el peor vuelo turista —me responde alterado.

Boqueo asombradísima.

—¡Alex!

—¿Qué?

—¡Es tu madre!

—¿Y?

—Pues que le debes respeto y consideración.

Denoto una risa de lo más sarcástica.

Mala señal.

—¡No te atrevas a darme clases de comportamiento porque no estoy de humor!

Me he puesto tensa al instante, pues sé a lo que se está refiriendo. ¿A que acabamos discutiendo otra vez?

—No pretendo darte ninguna clase de modales, y no vayas por ahí... —le advierto.

—Oh, claro, se me olvidaba, ¿no era tu madre la que malvivía abandonada en una destartalada caravana en Arizona? —me espeta de muy malos modos.

¡Eso es un golpe bajo! ¡Será cabrón! ¿Cómo se atreve?

—Y, ¡a ti que te importa, idiota! —exclamo, y me advierte que no me pase

de la raya—. ¡Pues no digas sandeces!

Dice que dirá lo que le venga en gana. Está cabreado con su madre y quiere que pague yo los platos rotos. ¡Una mierda!

—¡Pues procura abstenerte de opinar sobre mi familia porque yo nunca lo he hecho con la tuya!

—A ver, ¿qué cojones tienes tú que opinar sobre mi familia? ¡Habla!

Ya me ha calentado. Quiere pelea, pues la tendrá.

—¡De tu familia nada, pero de ti tengo para escribir un libro, gilipollas!

—¿Cómo me has llamado? —brama furioso.

—¡Ya me has oído!

—Repítemelo, si eres tan valiente — me desafía.

Le ignoro porque sé que me embalo y no hay quien me pare, pero todo lo que le diga es poco por grosero y maleducado, y encima me pone. ¡Es que soy masoquista, lo sé!

—Si mi madre ha acabado malviviendo en una destartalada caravana es porque ella se lo ha buscado. Prefirió fugarse con su amante

antes que cuidar de mi hermano y de mí cuando mi padre murió —le explico, enfadada, y el Hombre del Año titubea por primera vez desde que le conozco—. ¡Lo creas o no, mi vida familiar no ha sido tan idílica como la tuya!

—¿Y tú qué coño sabes de cómo ha sido mi vida?

—¡Lo suficiente como para darme cuenta de que no has sufrido ni la mitad que yo! —le digo tajante—. ¡Sufrí *bullying* en el colegio y mi madre me odiaba por ser gorda y fea! ¡No sabes lo que es acostarse todas las noches

llorando, preguntándote qué has hecho para que la gente te odie tanto! ¡Gilipollas!

Le cuelgo sin más. ¡Maldita sea! ¿Quién demonios se cree para hurgar en la llaga? ¿Por qué David tenía que contarle algo tan delicado? Claro que igual ha ordenado que me investiguen ¡Esto me pasa por ser tan tonta e ingenua! ¡Mira que intentar mediar entre su madre y él! ¿En qué estaría pensando?

Este no te desea, solo se está burlando de ti, dice la voz de mi

conciencia.

¡Cómo he sido tan estúpida!

Porque estás pillada por él, argumenta mi lado más salvaje y temerario.

Refunfuño. Y el Sony no tarda en sonar. Es él. Pongo los ojos en blanco. No le contesto, sino que me cruzo de brazos, estoy dolida por el golpe tan bajo que me acaba de asestar. El Sony sigue vibrando sobre la cama hasta un total de 15 veces. ¡Qué insistente es! Le sigue un mensaje. Lo leo muy a mi pesar.



No pretendía ser descortés y mucho menos hacerte daño.

Llámame. A.

No lo hago.

Me niego a ello.

Estoy muy dolida y cabreada.

Me acaba de llegar otro mensaje suyo.

Dime al menos cuánto tiempo he de esperar hasta que se te pase el enfado, para no quedar como un gilipollas. A.

¡Será descarado!

Borro el mensaje de inmediato.

Me acabo de levantar de la cama y la hago de inmediato. El Sony sigue vibrando sobre la mesita de noche. Esta vez es un mensaje de Andrea. Siento una punzada de pánico.

Hola, acabamos de llegar al hospital. Sin novedad en el frente, papá sigue sedado y hasta dentro de una hora no entrará en quirófano. Estoy aterrada. Besos.

Mi respuesta:

Hola, no temas, verás que todo sale bien. Llegaremos en cuanto las niñas se despierten y desayunen. Ánimo.

De acuerdo. Gracias. TQ.

No le respondo. Salgo de la habitación y aviso a Linus; para entonces, mi hermano y su mujer ya se han levantado. Me baño, me visto, me seco el pelo y charlo con Bianca, que me pone al día de todo cuanto ha

acontecido en el barrio. Ha habido bodas, bautizos y divorcios de amigos comunes, incluso la señora Woods tiene previsto dar un recital de poemas. Algo increíble en una mujer de ochenta años cuya vitalidad se asemeja a la de una de veinte.

—Y bien, ¿qué me cuentas de ti? ¿Te has echado novio ya? —murmura mientras se pone un poco de rímel en las pestañas frente al espejo del baño.

Pongo los ojos en blanco. No voy a mencionar a mis ex, y mucho menos a don Gruñón porque sería amoral, y eso

que no me he acostado con él. De hecho, me estoy replanteando si debo o no dar ese paso, aunque sé que acabaré cayendo en la tentación porque el tío me atrae, a pesar de su mal carácter y su arrogancia. Si es que soy imbécil, además de tonta.

—No, pero he tenido algún que otro rollete. Nada serio —le digo solo para quitarle hierro al asunto.

Si mi familia se enterara de que he salido con verdaderos sádicos, se llevarían las manos a la cabeza.

—Tu hermano está ansioso por que te cases —dice, de pronto—. ¿Te acuerdas de Walter Howard?

—¿*El Zampabollos*?

Lo conocen así en el barrio porque durante su infancia era igual de gordo que yo. Los dos éramos objeto de burla en el vecindario.

—¡El mismo! —mi cuñada esboza una hermosa sonrisa.

—¿Qué le pasa?

—Te manda muchos saludos —me responde, mientras salimos del baño.

Linus nos avisa de que está puesta la mesa del desayuno. Oigo a las niñas riendo en el salón. Las pobres han tenido que madrugar.

—Salúdale de mi parte cuando lo veas. Era un buen chico.

—Lo es. Ahora regenta el hostel familiar, y le va bien.

—Siempre ha sido un muchacho muy trabajador.

—Sí.

Suspiro echando la vista atrás y solo acierto a ver a mi padre en el taller de

reparaciones, riendo y bromeando con los vecinos.

Cuando llegamos al salón me acerco a mi hermano y le planto un beso, que me devuelve con creces. Las niñas no tardan en abrazarme. Parece mentira que estén aquí conmigo.

—¡Ojalá os quedarais más tiempo!  
—les digo, mientras tomo asiento.

Mi hermano mira a su mujer y luego a Linus.

—Por mí no hay problema —dice mi amigo—. Esta siempre será vuestra casa. Ya sabéis que detesto la soledad.



Bianca esboza una cálida sonrisa.

—Mami, ¿vamos a quedarnos a vivir con tía Emma y el tío Linus? —pregunta Emily, mi niña de cabello lacio y pelirrojo como su padre y yo...

—No lo sé, cariño —le responde Bianca mirando a su marido—. Todo depende de papi.

Miramos a Scott. Está confuso y nervioso. No sabe qué decir. Emily le ruega que acepte. Tengo los ojos inundados de lágrimas cuando le oigo decir que sí después de un buen rato.

Bianca y Emily dan saltos de alegría. Kate da palmas imitando al loco de Linus, que es un niño grande. Scott está rojo como un tomate. Bianca le da un beso en la mejilla y ríe emocionada.

—Gracias, hermano —le dice a Linus.

—No se merecen —contesta dándole un bocado a la tostada, más feliz que una perdiz—. ¿Qué se te da bien aparte de reparar coches?

Sé a lo que se refiere.

—Oh, se me da bien la carpintería.

—Sí, sí —responde Bianca

entusiasmada—. Hace unos días hizo un zapatero para el cuarto de las niñas. Quedó muy bonito, ¿verdad, Emily?

—Mi niña asiente mientras toma los cereales.

—Bien, conozco a un colega que tiene un taller y creo que necesita personal. Le llamaré esta misma tarde. Mi abogado agilizará los trámites del visado.

Alargo un brazo y le doy las gracias. Mi hermano no acaba de creérselo. Vamos a estar juntos otra vez. Papá debe

de estar loco de contento allá donde esté.

—Pero, ¿y la venta del taller? —dice entonces.

Linus frunce el ceño.

—Oh, cielo —intervengo yo, mirando a Linus—. Se me olvidó decirte que Scott puso un anuncio en internet.

—Ah, vale.

—Ha habido unos cuantos interesados, pero creo que Scott no llegó a ningún acuerdo —dice Bianca.

—A papá le habría dado algo si hubiera aceptado dicha cantidad —dice mi hermano, apurando su desayuno.

—Hiciste bien —le digo yo—. Sabes lo mucho que papá cuidaba de su taller.

—Sí —responde nostálgico.

Silencio.

Sobran las palabras.

Acabamos el desayuno rápidamente, eso al menos me sirve para no pensar, ni en don Gruñón ni en los frentes que tengo abiertos. Así que decido ponerle a mal tiempo buena cara. Es lo mejor para todos. Han llamado a la puerta y Linus

me mira. No espera a nadie. Desaparece tras una columna blanca y se dirige a la entrada. Scott bromea con sus hijas mientras Bianca y yo hablamos de cosas banales. Linus me llama a voz en grito. Me disculpo y me levanto de la mesa. En la puerta principal hay un mensajero de Seur provisto de un enorme ramo de rosas rojas en la mano, que entrega a Linus. Pestañeo tensa porque igual las ha enviado mi vecino *el Acosador*, pero el ver a Linus leyendo la tarjeta y riendo hace que me relaje.

—¿Es usted la señorita Taylor? —  
pregunta el mensajero.

—Sí.

—Firme aquí, por favor.

Lo hago. Me da las gracias y se va.  
Linus cierra la puerta.

—Espero que sepas perdonar mi  
torpeza. A punto —relee Linus. Le  
arrebato la tarjeta y la leo—. Si es así  
de romántico, no quiero imaginármelo  
en la cama.

Le intento dar una colleja pero me  
esquiva hábilmente.

—Ni una palabra a mi familia.

—Descuida —me responde.

Entorno los ojos.

—¡*Flores*, mami! —exclama alegremente mi hermosa Kate.

—Sí, mi vida, pero se dice flores —la corrige su madre.

Yo me siento morir de vergüenza. ¿Cómo se ha atrevido, si me dijo que había dejado atrás el romanticismo?

—¡Flores! ¡Biennn! —le sigue Emily aplaudiendo.



Linus aplaude con ella. No sé quién es más niño, si él o mis sobrinas, me digo mientras aspiro su fragancia. Huelen de maravilla.

—¿Un admirador secreto, hermanita?  
—pregunta Scott, sonriendo.

—Más o menos. Las pondré en agua  
—le digo no sin antes regalarle un capullo.

El Sony no tarda en vibrar, pero ahora estoy liada recogiendo la cocina antes de salir hacia el hospital. Vamos justos de tiempo. Intuyo que es él, pero no muevo ni un músculo de mi cuerpo

para atender la llamada entrante. Quién sabe, igual es Andrea, aunque lo dudo, porque ya se hubiera puesto en contacto con Linus. Bianca está peinando a Emily, Linus hace lo propio con Kate. Coloco la vajilla en el lavaplatos, lo programo en un santiamén y veo a mi hermano con mi móvil en la mano.

—Anda, contesta a tu Romeo —dice burlón.

—Gracias, pero es un amigo —aclaro.

—Sea quien sea no dudes en presentármelo, necesito ponerle rostro

al tal Lucifer, ¿vale? —dice chasqueando la lengua.

¡Oh, mierda!, pienso apurada.

—No... no se llama Lucifer.

—¿Cómo se llama?

Titubeo avergonzada. Ay, madre mía.

—Vale, capto el mensaje, pero preséntamelo, ¿eh?

Asiento como una autómatas esperando a que se vaya, pero no lo hace. Se queda plantado en medio de la cocina. Oh, mierda. El Sony suena insistentemente en mi mano, que está

helada, y es cuando Scott se da por aludido y se va. Respiro hondo.

Descuelgo.

—¿Podemos conversar cinco minutos sin necesidad de discutir? —me propone el muy granuja.

—Ya sabes que soy una mujer muy pacífica hasta que me enfado —le respondo en un tono de voz serio y firme.

—Ya veo, y me excita cuando no me lo pones fácil —dice burlón.

No le contesto pues no me he olvidado del golpe bajo que me asestó.

Carraspea.

—¿Te han llegado las flores?

—Sí, gracias. Son preciosas.

—No tanto como tú.

Silencio.

—Pensé que no eras de regalar flores.

Ríe el muy sinvergüenza. Yo no, desde luego.

—Contigo siempre hago excepciones  
—¡Qué considerado! Me digo entornando los ojos—. ¿Sigues enfadada

conmigo? ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—No mencionar a mi familia.

—No lo haré, siempre que tú no menciones a la mía.

Ya estamos otra vez.

—Te recuerdo que empezaste tú.

Resopla.

Que le den.

—¿Has hecho las paces con tu madre? —me oigo decir.

¡Seré gilipollas!

—Le acabo de enviar una docena de orquídeas de oro.

¡Menudo derrochón!

—Aun así no deberías haber gastado tu dinero en mí.

Linus me hace la señal de irnos. Cojo el bolso y la chaqueta. Voy en vaqueros y camisa blanca. Calzo mis inseparables bailarinas. Mi hermano y él revisan ventanas y puertas, corren las cortinas del salón...

—Ya te he dicho que lo hago porque quiero y puedo, ve haciéndote a la idea.

—¡Hum! ¿Sabe tu psicoterapeuta tu

predisposición al derroche?

Ríe.

—Ya que lo mencionas he de enviarle una caja de Cohiba Behike — me explica. Pongo los ojos en blanco—. Bromas aparte, la doctora Pearlman está al tanto de mis tendencias, obsesiones y fobias.

Vaya, yo en cambio no sé nada de ti, me digo.

—Y, ¡cómo no! Ahí está su paciente costeándole sus gustos caros — aventuro, y estalla en una fuerte



carcajada—. En fin, creo que no tienes remedio en cuanto a derroche se refiere.

—¿Qué tiene de malo ser generoso con los demás?

—Nada, siempre y cuando los demás no se aprovechen de tu generosidad. Imagino que todas las mujeres que has conocido miraban más tu cartera que a ti, ¿no? —mierda, no he pretendido ser descortés.

Suspira, y yo me pregunto qué es lo que le ha pasado con su ex para que no quiera ni oír hablar de ella.

—Ya te he dicho que no he salido con muchas mujeres, y además eso formaría parte del pasado y nunca miro hacia atrás —dice con voz grave.

Ya estamos otra vez. Pongo los ojos en blanco. Soy la última siempre en enterarse de todo. Así me va. Cierro la puerta nada más salir. Mi gente me espera en el ascensor.

—Como quieras —le respondo—. Te agradezco, una vez más, las flores.

—No las merece, hermosa.

—¡Qué zalamero eres!

—Me gusta serlo contigo, nena.

Me ruborizo, pero me mantengo en mis trece. No va a lograr enternecerme.

—He de dejarte. Mi familia y Linus me esperan para ir al hospital.

—Entiendo —dice con voz apagada.

Intento que no me afecte. He de aprender a poner la misma barrera de seguridad que él suele emplear. Así evitaré darme de bruces contra el suelo.

—No trabajes mucho.

—Lo procuraré, siempre y cuando me prometas que no vas a creer nada de lo

que la intrépida señorita Harper te cuente sobre mí.

Silencio.

—¿Sigues ahí?

—Sí. Pero ¿por qué no he de creerla y a ti sí?

—Sencillamente porque solo sabe contar mentiras.

Cuando llegamos al hospital, John Harper ya está en el quirófano. La noticia en sí hace que mi pulso se acelere y sienta otra vez un miedo atroz, pero me relajo del mejor modo que sé.

Saludamos a los Harper por turnos. Bianca se ha quedado con las niñas en el hall. Linus y yo hemos acordado turnarnos para quedarnos con ellas. La cara de Andrea no es de alegría sino más bien de preocupación, no solo por la operación de su padre sino por un motivo en concreto y que deduzco en el acto: me ha mostrado el burofax que le ha llegado del abogado de mi jefe. Finjo sorpresa mientras lo leo con los nervios a flor de piel y siento un hondo pesar porque la batalla entre mi mejor amiga y mi jefe está alcanzando cotas

insospechadas, y sé que Andrea tiene las de perder, por eso he decidido ejercer de mediadora entre ella y don Gruñón, pero será cuando tenga oportunidad de verle. Hablaré con él y trataré de disuadirlo para que retire la demanda.

A ver qué pasa.

—¡El muy hijo de puta me pide que me retracte públicamente por unas declaraciones que hice hace años en un programa de radio, y de las que casi ni me acordaba!

Ajá.

—¿Declaraciones? —Finjo no saber nada.

—Sí, le hice una entrevista a Steve McDougal, el locutor de *Buenos días, América*. ¿Sabes quién es, no?

—Sí, el que se declaró amante del esposo de una conocida congresista de Washington.

—Exacto, al tío siempre le ha gustado la polémica.

—Ya lo creo —le respondo.

—Pues bien, el tipo se las ingenió para prepararme una encerrona dando a entender que yo había vendido a cierto



periódico la noticia de la enfermedad de David Crawford.

—¿En serio?

—Sí, sé que Lucifer sospechó de ti y de mí, pero no es cierto que yo haya hecho semejante cosa. Lo juro por papá.

Ay, Dios mío. Entonces, ¿quién habrá sido?

—¿Y quién crees que pudo ser?

—Cualquiera, pero no fui yo —me dice seria.

«Prométeme que no creerás nada de lo que la intrépida señorita Harper te

cuenta sobre mí.»

—Imagínate cómo me puse cuando McDougal insinuó eso, me perdieron las formas y tildé de cocainómano y alcohólico a Lucifer. Lo que generó todo un rumor y, al parecer, ahora le ha dado por demandarme si no me retracto de ello. Pero, ¿por qué no lo hizo en su día y ha esperado hasta ahora?, me pregunto.

Porque eres la hijastra de Linda, boba.

—Deberías de haber medido tus palabras —le digo, devolviéndole el

burofax que guarda en su maxi bolso de Carolina Herrera.

—Ya lo sé, fui una completa imbécil —admite.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

Andrea me mira como si fuera tonta.

No me gusta nada que haga eso.

—¡Tú qué crees! Tendré que bajarme las bragas o de lo contrario iremos a juicio —dice alterada—. ¡Menudo cabrón!

—Te aconsejaría que hablarás con él, pero no creo que acepte.

—¡Claro que no! Me odia, lo sé — dice con la mirada perdida—. Y hace todo esto porque no quise follar con él en la boda de papá.

Él dice que fue al revés...

Pero ¿por qué insiste con eso? ¿Qué pretende?

Quiere fastidiarte, dice la voz de mi conciencia.

—No creo que eso sea así, sino, por lo que dijiste sobre él en ese programa de radio —me oigo decir hecha ya un mar de dudas.

Pero ¿quién de los dos me está

mintiendo descaradamente? Me vuelvo a preguntar harta ya del dichoso juego.

—Bueno, vale, la cagué, y también reconozco que fui yo quien se le insinuó en la boda de papá y no al revés. Te mentí y lo siento.

La miro atónita. Ajá. Me quedo perpleja. Me dan ganas de estrangularla.

—Lo hice para que abrieras los ojos, ese tipo no te conviene.

—¡Andrea! —le grito.

Mi amiga se ha puesto roja como un tomate en medio del concurrido pasillo junto a la sala de espera. Linus, Linda,

Paula y Scott acaban de asomar por la puerta preguntando qué son esos gritos. Mi amiga les da a entender que no ha pasado nada y entran todos en tropel menos Linus. Le hago una señal para que se marche, y que luego le contaré. Ya me estoy poniendo nerviosa otra vez.

—Andrea, habla claro de una buena vez. ¿Qué es lo que pasó realmente ese día? —la increpo cansada de tanto jueguito.

Andrea me mira y no tarda en echarse a mis brazos. Ha roto a llorar desconsoladamente. Me quedo muerta,

pues no parece que esté fingiendo. Alza su rostro de mi hombro y sus ojos son el vivo reflejo de lo que vieron aquel día en el convite, pues no hay un ápice de mentira en ellos.

He acabado en los baños del hospital vomitando como si hubiera bebido.

«Hay cosas de las que no quiero hablar.»

Ya lo creo, me digo sintiendo otra arcada.

Vomito.

—¿Estás bien? —me pregunta Linus desde el otro lado de la puerta.

—Sí —logro decir, mientras me incorporo paulatinamente.

Todo me da vueltas. Mi amigo abre la puerta. Me lleva al lavabo y me refresca la nuca. Dice que tengo mala cara. Me abrazo a él justo cuando una mujer gruesa entra en el baño. Mira a Linus con absoluta desaprobación y le dice que ese es el baño de señoras.

La miro con ganas de ponerla en su sitio, pero Linus se anticipa.



—Puede estar tranquila, señora. Me van los hombres, a ser posible, altos, fuertes y rubios, con una polla larga y gruesa.

Su comentario suscita una leve sonrisa en mí, justo cuando la señora alza el mentón y se mete en el baño contiguo.

—¿Estás bien, mi niña?

Asiento abrazada aún a él. Quiero irme a casa, meterme en la cama y no salir de ella hasta el siglo que viene

—¿Qué te ha dicho esa arpía para que estés tan afectada? —me susurra al

oído. Lloro en silencio—. Ha entrado en la sala de espera y al ver que no la seguías, me he asomado al pasillo y no estabas, así que deduje que estarías aquí.

Ay, mi niño.

—Gracias —le digo entre hipidos.

—Cuéntame, mi amor.

La señora ha tirado de la cisterna. Sale del baño. Se lava las manos y se larga alzando el mentón. Linus me mira y entorna los ojos.

—Ahora dice que le vio meterse una raya en el convite, y que años más tarde,

en una exposición de Linda, no dudó en acercarse para advertirle de que destruía su carrera si eso salía a la luz.

—¿Quéee?

—¡Me estoy volviendo loca, Linus! —le digo, apartándome de él—. ¡No puedo seguir así! ¡Tengo que dejar atrás toda esta mierda!

—¡Emma, reacciona! —me dice Linus, llegando hasta mí solo para sostener mi rostro entre sus cálidas manos—. Si eso fuera así, ¿crees que sus negocios funcionarían tan bien?

Estoy fatal. Ya no sé qué pensar.

—Ya no sé a quién creer —le digo abatida.

—Escucha a este —me ordena, posando su mano en el lado izquierdo de mi pecho. Mi corazón late estrepitosamente—. Él nunca te engañará. Y sécate esas lágrimas antes de que Scott te vea y empiece a hacerte preguntas.

Le miro fijamente. Mi cabeza es un verdadero caos.

—La operación ha sido un éxito —  
nos anuncia el doctor Thompson,  
acompañado por la doctora Gilmore.

No dudo en abrazar a Linda, que  
llora de emoción, seguida por Paula.  
Pero evito mirar a Andrea, quien me  
abrazo y acaba dándome el beso de  
Judas. Linus entorna los ojos. Yo los  
entrecierro haciendo de tripas corazón.

El señor Harper ha sido trasladado a  
la UCI para que esté bajo control.

—¿Cuándo podremos verlo, doctor?  
—se apresura a decir Linda.

—Esperemos veinticuatro horas —  
sonríe el médico—. Entretanto, mi  
equipo les mantendrá informados.

Le damos las gracias al doctor, quien  
se aleja conversando con un colega suyo  
y es justo cuando la doctora Gilmore me  
llama aparte.

—Aun no he tenido la oportunidad de  
agradecerte lo que hiciste por David —  
me dice.

—No se merecen —sonrío.

Estoy cansada y quiero irme a casa.  
Acabo de decidir que lo mejor es no  
mantener ningún contacto con Alexander

Crawford. Sí, ya lo sé, lo llevo repitiendo todo el bendito día y siempre acabo cayendo en la tentación porque soy masoquista, pero si él no está dispuesto a querer hablar sobre su privacidad con nadie, y menos aún abrir su corazón, no seré yo quien le obligue a hacerlo. Pero sé que una explicación suya me bastaría para volver a rendirme a sus pies. En cuanto a Andrea, solo me resta darle su espacio. Linus me ha dicho que se acercará luego al apartamento para traer todas mis cosas y

me mudaré definitivamente a su loft junto a mi familia.

—Alexander es un buen hombre, solo hay que saber tratarle —me dice Anna sacándome de mis propias ensoñaciones. Pestañeo confusa volviendo a la realidad—, y por lo que pude apreciar ayer me atrevería a decir que hasta le gustas.

Olga me dijo lo mismo, pero no puedo ni debo creerlas, porque él mismo me advirtió de que no me enamorara de un hombre como él. Seguramente porque



tiene muchos secretos escondidos en el armario.

—No creo que sea así —le respondo echando balones fuera.

—¡Oh! Sé lo que me digo. David hizo una buena labor —me dice riendo—. Consiguió que Alexander acabara preguntando por ti cada vez que se veían, muchacha. David te amaba, pero nunca se atrevió a decírtelo porque era muy tímido.

—Lo sé —respondo. Mis ojos se llenan de lágrimas. ¡Qué susceptible

estoy! La doctora Gilmore me tiende un kleenex—. Gracias.

—Imagino que Alexander te lo contó. David no quería que su hermano acabara igual de solo que él, por eso le hablaba de ti a todas horas.

Pero, ¿si le gusto solo para tener sexo y del bueno?

—Espero que sepas cuidar bien de mi otro sobrino —continúa—. Tanto trabajo lo tiene completamente absorbido y necesita vivir.

Sonríó mientras dudo entre si debo o no bombardear a Anna con preguntas

acerca de mi jefe. Finalmente no lo hago, porque entiendo que ese no es el momento adecuado.

—Bueno, ahora soy yo la que tiene que regresar a su trabajo, nunca mejor dicho —sonríe ligeramente. Yo también—. Aquí tienes mi tarjeta, llámame cuando quieras.

—Gracias, Anna —le respondo, mientras la guardo en mi cartera.

Nos damos un abrazo y cada una sigue su camino. Andrea no tarda en salirme al paso para enterarse de mi conversación con Anna. Echo balones

fuera, limitándome a repetirle lo que el doctor dijo. De hecho, en un momento dado, cuando abandonamos el hospital, le da el arrebatado y me pregunta si he cambiado de parecer acerca de escribir el artículo sobre David. Le respondo que he resuelto no hacerlo. No dice nada pero su cara es un poema.

Los Harper nos invitan a que almorcemos con ellos en el apartamento, pero miro a mi hermano y enseguida opta por declinar la invitación anunciando que habrá más días, ya que piensa quedarse una temporada en la

ciudad. Linda se alegra de ello. Andrea ni fu ni fa pues está pendiente de una llamada que acaba de recibir, lo que no deja de intrigarme.

*H*an pasado cuatro días desde la intervención de John Harper. Su corazón late correctamente gracias a la válvula que lleva insertada, pero aún permanece ingresado en la UCI. Está consciente y tiene mejor aspecto. Reconozco que me

emocioné nada más verle. Sostuve mi mano entre la suya y me la apretó suavemente. Está conectado a muchas máquinas y respiradores artificiales, pero va evolucionando favorablemente, y me alegra que sea así.

    Mi familia, Linus y yo no hemos faltado ni un solo día desde que lo hospitalizaron, si acaso me las he ideado para no coincidir con su hija, quien lleva días sermoneándome sobre que ya no hablamos como antes y que ha sido una traición que haya recogido mis cosas del apartamento sin ni tan siquiera

avisarla. Pero le he dicho que era por Warrick. Aun así está enfadada conmigo, pero he optado por hacer oídos sordos a su enfado y me he volcado de lleno con los míos, disfrutando de cada instante. Ahora son ellos mi vida y mi motor. Tenerlos conmigo es el mejor regalo que me han hecho en la vida. Por eso el domingo salimos todos a pasear por Central Park y luego a almorzar en Red Lobster. Mi familia flipó en colores. Luego acabamos cenando en un chino cercano a casa. Hemos reído y



conversado como si en ello nos fuera la vida.

El martes, Bianca, mis peques y yo salimos de compras poco después de inscribir a Emily en la escuela, por obra y arte de Linus. Mis niñas están como locas con su ropita nueva y sus zapatos. A Bianca le he regalado pijamas, ropa interior para que la estrene en su décimo aniversario de bodas, que será en breve, y algún que otro vestido, pantalones y blusas. También le he comprado un regalo a don Sibarita. Ya lo sé, soy demasiado impulsiva. He seguido

ejerciendo de guía con Bianca y las niñas, que estaban supercontentas, sobre todo Emily. En cuanto a mi hermano, Linus ha sido quien ha movido los hilos para que consiga ese trabajo como carpintero en el taller de un colega suyo. Trabaja de lunes a viernes y algún que otro día festivo. El salario está bien, lo cual nos alegra mucho ya que mi hermano no es de los que les gusta estar sin hacer nada. En eso se parece a nuestro querido padre. En cuanto a Bianca, está encantada y feliz. Su sueño era venirse a vivir a la Gran Manzana.

Se esfuerza al máximo en todo y se vuelca en sorprendernos con sus succulentas recetas. He engordado por lo menos un kilo en estos días.

Y Linus ha empezado a trabajar en su siguiente libro de autoayuda. Se encierra por las mañanas en su despacho y no sale hasta el mediodía. Le adoro. De momento voy turnándome con mi cuñada en las tareas del hogar y con llevar a mi peque al cole, pues no es hasta el próximo lunes cuando me incorporo al trabajo, porque el guapo no quiere que renuncie. Por un lado ansío volver para

tener la mente ocupada, pero por otro no, pues don Sibarita se ha vuelto a olvidar de mí.

Apenas tengo noticias tuyas salvo que el domingo pasado tuvo que coger su jet privado para volar a Dubái. Tampoco he querido molestarle con mensajes y correos, sino que me he limitado a contar las horas, los minutos y los segundos desde que se fue. Sí, soy tonta de remate, pero es lo que siento. Se supone que no hay nada entre nosotros, pero la atracción es mutua y David ha tenido mucho que ver en todo

esto. Pero, ¿por qué quería emparejarme con su hermano con el que me llevaba a matar? No tiene razón de ser, como tampoco que esté todo el santo día pensando en don Gruñón. Mientras mi mente me pide a gritos apartarme de él, mi lado salvaje reclama su presencia. Necesito oír su voz, necesito besarle, acariciarle, y que vuelva a repetir eso de que me desea. Pero visto el panorama es evidente que no le importo nada. Lo sé. Solo quiere follarme hasta hartarse y luego me dará la patada en el culo como ya lo hiciera con su ex y, ¿qué se supone

que debo de hacer yo? ¿Resistirme?  
¿Entregarme a la dulce tentación de  
follar con un tipo guapo y sexy como él?  
¿Cuánto he de esperar hasta que  
aparezca otro tío como él? Tal vez nunca  
lo haga. Esta clase de oportunidad solo  
se tiene una vez en la vida y hay que  
saber aprovecharla a pesar de que haya  
que pagar un precio muy elevado. Y ese  
no es otro que la espera.

Ya lo creo que sí.

Aunque yo no le importe en exceso,  
sé que a la larga formaré parte de su  
lista de conquistas.

Es vergonzosa mi actitud, pero no puedo evitar desearlo pese a ser todo un misterio, hermético, silencioso, y tiene un carácter de mil demonios. Pero me encanta su generosidad, su sonrisa de niño grande, sus ojos como dos estanques dorados en un claro atardecer de verano. Me fascina lo ingenioso que puede llegar a ser, pero se pierde cuando está al frente de su imperio. Es como si los demás dejáramos de existir. De hecho, mientras estaba dándole vueltas a la cabeza he llegado a la conclusión de que en su divorcio han

debido tener que ver sus largas ausencias, y que si me ha ofrecido tener una relación carnal es para evitar cualquier clase de compromiso con nadie. Pero, ¿por qué yo?

Porque te desea, me responde siempre la voz de mi conciencia, pero yo sigo sin poder creérmelo. No sé, todo es tan extraño. Entiendo su manera de ver las relaciones de pareja, pero no comparto la frialdad con que la lleva a cabo. Las mujeres queremos tener al lado un hombre que nos quiera, que nos cuide y nos haga reír, en fin, un



compañero ideal, pero Alexander Crawford no está por esa labor. No le veo casado, y con hijos menos todavía, sencillamente porque no le gustan. Representa la antítesis de lo que ando buscando en un hombre, sin embargo, aquí estoy esperando, como una tonta, a que dé señales de vida. Y alimentando inútilmente mi esperanza mientras releo el último correo que me envió. De ello hace cuatro largos días. Reconozco que me ruboricé cuando lo leí por primera vez. Ahora hasta ansío que lo lleve a la práctica, pienso mientras aguardo

sentada en el parque la hora de salida del cole de Emily. Hoy me he traído a Kate, quien duerme plácidamente en su cochecito. La dos hemos estado jugando hasta que se ha cansado. Le he dado su biberón y se ha dormido... pobrecilla.

**De:** Alexander Crawford

**Fecha:** 7 Abril de 2013 14:45

**Para:** Emma Marie Taylor

**Asunto:** Lista secreta

Te adjunto el siguiente listado con aquello que más me satisface en la intimidad. Quiero que te familiarices

con cada uno de los puntos porque son de vital importancia para mí.

1. El sexo duro, húmedo y salvaje.

2. Follar en lugares poco comunes: ascensores, párkings, baños privados...

3. Me gusta que me besen detrás del lóbulo de la oreja, el cuello, el torso...

4. Me excitan las mujeres desinhibidas y atrevidas.

5. Me encanta ir al grano.

6. Me agrada que la mujer se exprese de manera clara y muestre su

pasión con palabras y/o gestos.

**7.** Me enloquece la ropa interior femenina en todas sus variantes.

**8.** Me estimula la seguridad y la feminidad en la mujer.

**9.** Me apasionan los orgasmos femeninos, sobre todo los tuyos.

He aquí algunas cosas que detesto:

**1.** Poner excusas para no follar.

**2.** La pasividad en la cama. El sexo es cosa de dos.

**3.** Morderme fuerte y no utilizar las manos en una felación.

4. Detesto hacerlo con la luz apagada.

5. Fingir los orgasmos.

6. Ponerle pegas al sexo oral.

7. Caer en la monotonía sexual.

8. Hablar de complejos durante el coito; me desconcierta.

8. Charlar durante el acto sexual o estar atenta a otras cosas. Denota falta de interés.

9. Negarse al sexo anal, pero contigo haré una excepción.

10. No me gustan las calienta braguetas.

**11.** Jugar con el sexo sin delicadeza.

**12.** Dormir antes y/o durante el coito.

**13.** Correrme sin tenerme en cuenta.

**14.** Castigarme sin sexo.

**15.** Comparar el tamaño de mi pene con el de algún ex.

**16.** La falta de higiene y desidia.

**17.** Ir al baño justo antes de empezar.

**18.** Detesto follar con preservativo.

Espero que no te escandalices y te desinhibas por completo. A.

Ayer me dio el arrebató y pedí cita a la doctora Evans, que me hizo un hueco en su apretada agenda y me remitió directamente a planificación familiar. Sí, ya lo sé, soy idiota... La doctora Lamarck me dio una larga charla sobre los diferentes métodos anticonceptivos. He optado por tomar la píldora y así se lo hice saber a él con un escueto mensaje, del que todavía no he obtenido respuesta, lo cual me desconcierta. Lo

pongo todo de mi parte y es como si navegara sola a la deriva en medio de un océano oscuro y profundo. Por eso me da el arretrato y le envío un correo sobre aquello que más me agradaría en la intimidad, para que no piense que no estoy interesada.

**De:** Emma Taylor

**Fecha:** 11 Abril de 2013 12:50

**Para:** Alexander Crawford

**Asunto:** Lista secreta número 2

Sé que debería de haber dado señales de vida en respuesta a tu lista



secreta, pero no quise molestarte porque imagino que estarás ocupado. Ojalá te esté yendo bien en Dubái. Acabo de releer tu elaboradísimo listado. Ciertamente tu nivel de exigencia es abrumador, pero no tanto como el mío (Risas).

Cosas que le agradecerían a una virgen en la intimidad:

1. Me gustaría que mi primera vez fuera en una cama llena de pétalos de rosas.

2. Me gustan los preliminares en lugar de ir directos al grano.

**3.** Me excitan las caricias y los besos. Eso imagino que ya lo sabes.

**4.** Me agradan los hombres románticos, atentos, simpáticos, detallistas, sinceros, hogareños, y que les apasionen los bebés tanto como a mí. Creo que esto sobra. Así que no lo leas.

**5.** Me fascinan los gestos suaves y espontáneos.

**6.** Siento especial predilección por los cuerpos masculinos tonificados y musculosos como el tuyo.

7. Me excita que me des ligeros cachetes en el trasero.

8. Me agradecería que fueras muy considerado cuando vayamos a hacerlo, pues estaré de lo más tensa y asustada. Te ruego que tengas paciencia conmigo.

Cosas que me disgustan en la intimidad:

1. Ir al grano. Lo detesto.

2. Que me besen con brusquedad.

3. Ser poco delicado en las caricias íntimas.

4. Chuparme los pezones con fuerza.

5. Morder cualquier parte de mi cuerpo, sobre todo provocar los antiestéticos chupetones en el cuello.  
(Risas)

6. Valoro la higiene y detesto la desidia.

7. Ser considerada un objeto sexual.

8. Ignorarme después del coito.

9. Presionarme para que practique sexo oral. Lo haré cuando estime conveniente.

**10.** Ver pelis porno juntos. Muchas degradan la imagen de la mujer.

**11.** Hablar y compararme con alguna ex.

**12.** Detesto los tríos y todas esas parafilias.

**13.** Fotografiar o filmar nuestros encuentros sexuales.

**14.** Caer en la rutina sexual.

**15.** Eyacular sobre mí sin pedir permiso.

**16.** No abrazarme después del coito.

Como habrás comprobado diferimos en muchos aspectos, sin embargo, espero poder disfrutar del momento cuanto llegue. E.

Le doy a la tecla de envío. Guardo el móvil en el bolso y siento cómo me da el bajón de repente. No sé por qué. Así que intento animarme al recordar las palabras de Anna, y solo acierto a armarme de infinita paciencia. Si no reviso mi Sony diez veces seguidas no logro respirar. No sé qué me ha dado, por qué me tiene enganchadísima, y eso

que aún no hemos intimado. No quiero pensar en ese momento, pero lo hago, pues lo necesito, y sé que este loco deseo me va arrojar a la más eterna oscuridad cuando menos lo espere, me digo mientras miro a mi peque. Brian está sentado enfrente de mí leyendo una revista de deportes. Últimamente es el único enlace que me une a mi jefe.

Consulto el reloj de mi muñeca. Hora de ir a recoger a Emily. Así que me pongo en marcha. Recojo el biberón de mi niña y las toallitas húmedas, y las guardo en el bolso que hay colgado del

cochecito de bebé. Cubro a mi peque con su mantita y le dejo al lado su jirafa amarilla de tela. Está nublado, como si fuera a ponerse a llover. Brian se aventura a echarme una mano mientras subimos por unas escaleras del parque, que a esas horas está lleno de gente. Es uno de los lugares más concurridos de la ciudad, pero también el más peligroso.

—Gracias —le digo.

No me responde, imagino que don Gruñón le habrá leído la cartilla. ¡Qué tío! No quiere que nadie de su seguridad



me hable, como si yo fuera una devoradora de hombres.

Loco.

Llegamos a la hora prevista y me uno al resto de las madres, con las que he trabado cierta amistad. El cole de Emily queda cerca de donde Linus vive. Hablamos sobre niños y la escuela hasta que suena el timbre de salida. Mi sobrina es una de las primeras en salir. Viene hacia a mí y me da un gran achuchón, y luego a Brian con el que ha hecho buenas migas. Mi hermano sabe de su existencia cuando le vio en el

hospital. Al final Linus le ha contado lo de Warrick. Scott se puso como una fiera, pero Bianca supo calmarlo.

Me despido de las madres hasta el día siguiente. Estoy deseando llegar a casa, pues Emily tiene que colorear varias fichas y entregarlas mañana a la señorita Derrick, su maestra. Salgo empujando el cochecito con Emily contándome cómo le ha ido en la escuela. Me encanta escucharla. Dice que Alan Parson le ha pedido que sea su novia. Me he partido de risa, una sonrisa que se ensancha cuando veo a Freeman

junto a un monovolumen Bravus Mercedes Benz Viano aparcado frente al cole. Mi corazón da un vuelco cuando la puerta corredera se abre y le veo ¡a él! ¡No puede ser verdad! ¡Ay, Dios mío! Freeman se acerca a mí, me saluda con una leve inclinación de cabeza. Hago lo propio, pero de viva voz, sin importarme lo que el jefe piense. Le da una orden a Brian, quien me ayuda con el cochecito, he de coger a mi sobrina en brazos mientras Freeman lo guarda en la parte trasera. Emily me coge de la mano, don Sibarita se apea del vehículo y se

presenta ante mí con una leve sonrisa. ¡Dios, qué guapo está! Emily se esconde tras de mí y se aferra a mi falda. Está asustada e impresionada ante la altura del hombre que me trae de cabeza.

—Creo que la he asustado — murmura, mientras coge suavemente en brazos a Kate, para mi propia sorpresa.

—Es tímida —sonrío.

—Como su tía —me dice en tono burlón.

Me ruborizo.

—Emily, mi amor, saluda al señor Crawford —le digo.

Mi niña agita levemente su manita derecha. Alex la mira detenidamente para sacar parecidos físicos. Le digo que mis peques se parecen mucho a su madre, excepto en el color del pelo.

—Ya veo —dice comiéndome con la mirada.

Me contengo para no darle un beso. Supongo que él también.

Subo a Emily y la siento en una de las sillas de bebé que hay. ¡Está en todo!, me digo, todavía perpleja, pues aún no puedo dar crédito a que haya regresado de su largo viaje de negocios. Pero,

¿cuándo habrá llegado? ¿Habrá leído el correo que le acabo de enviar? Le ajusto el cinturón de seguridad a mi sobrina. Me siento frente a ella y Alex me da a Kate. Me sorprende esta vena suya tan paternalista, pues le ha dado el arrebató y ha pulsado un botón del que emerge un mini plasma insertado en el techo del vehículo. Le ha puesto una peli de dibujos animados a Emily, quien mira absorta la pantalla. Alex se sienta a mi lado, me ajusta el cinturón de seguridad. Le doy las gracias.

—No se merecen —me responde, conteniéndose de comerme a besos.

Suspiro. Son demasiados días de espera, en los que ha sucedido de todo, pero me niego a echar la vista atrás. Solo sé que está de vuelta, grita mi pobre corazón mientras da brincos de alegría, no puede ser verdad que haya regresado sin ni tan siquiera haberme avisado.

A lo mejor quería darte una sorpresa, dice mi lado salvaje despertándose de su larguísimo letargo.

Su gesto con mis niñas me ha enternecido. Sería un buen padre si se lo propusiera, me digo, imaginándomelo cambiando pañales, pero sé que ha hecho ese ligero esfuerzo solo para contentarme, lo cual hace que me guste cada vez más.

Freeman acaba de cerrar la puerta del vehículo.

—Hola, señorita Taylor —me dice, al fin, con fingida calma y naturalidad.

Me contengo para no besarle. La tensión sexual no resuelta entre nosotros ha llegado a su tope. O follamos pronto



o no sé cómo va a acabar esto. Ambos somos, como dijo él, lo suficientemente adultos y responsables para saber lo que queremos, y yo ansío echar un buen polvo con él.

Va vestido de manera informal. Vaqueros lavados a la piedra, jersey de pico gris, camiseta blanca y unas Converse del mismo color. Tiene aspecto de adolescente más que de multimillonario. Me acaba de rozar la mano con la suya. Entrecierro los ojos y suelto lentamente el aire por la boca. Me mira con esos ojos cálidos y lujuriosos y

sonríe mientras se relame. Ello produce un mí un efecto de lo más devastador. ¡Lo que daría yo por un beso suyo! Pero no puedo. Carraspea como si estuviera leyendo mi mente. Se acaba de abrochar el cinturón justo cuando nos ponemos en marcha.

—Hola, señor Crawford —le respondo al fin.

Ríe burlonamente. Me encanta.

—¿Cuándo has llegado? —le pregunto en un susurro.

—Ayer por la mañana —me responde.

Le miro atónita y parpadeo reiteradamente. Espera que le eche alguna diatriba sobre por qué no me ha telefoneado, pero no lo hago, pues imagino que es lo último que querría escuchar, sonrío pícaramente.

—¿Qué tal en Dubái?

—Bien —responde lacónicamente.

—Me alegro.

Silencio. Le doy un beso en la frente a Kate y miro a mi otra niña que está ensimismada viendo los dibujos. Sonrío. Observo por la ventanilla el denso

tráfico de un día laborable y lectivo. Me invade la nostalgia.

—¿Cómo está tu familia? —me dice solo para romper el hielo, pues han sucedido muchas cosas desde la última vez que nos vimos y él lo sabe.

—Oh, ellos están bien, gracias. Y la tuya...

—Bien, pero no quiero hablar de mi madre —murmura—. ¿Tienes algo que hacer hoy?

Siento escalofríos ante el repentino roce de sus labios junto al lóbulo de mi oreja. Giro la cabeza y casi rozo mis

labios con los suyos. ¡Oh, por favor!  
¡Hasta cuándo va a durar esta lenta  
agonía!

—Sí —respondo, y gruño frustrado  
—. Mi hermano y Bianca celebran su  
décimo aniversario de bodas. Linus y yo  
les hemos hecho una reserva, una cena  
romántica en El Plaza, así que tengo que  
quedarme con mis niñas, ya que Linus  
anda ocupado con su próximo libro.  
¿Por qué? —le pregunto con fingida  
inocencia.

Se alisa el cabello y suspira. Sé que  
ya no aguanta más y que la

desesperación por echar un polvo le puede hasta el extremo de asfixiarlo.

—Lo sabes perfectamente, nena —  
cuchichea en voz grave.

Sus ojos brillan lujuriosos y furiosos ante el repentino contratiempo. Me quedo sin aliento.

Quiere follar contigo, dice mi lado salvaje eufórico.

Lo sé.

—Alex, yo no... al menos hoy.

Se niega a oír la respuesta.

—¿A qué hora es la reserva?

—A las ocho y media.

Consulta su reloj Bvlgari, no parece satisfecho con mi respuesta. Este es de los que no se conforma con media hora, sino que precisa de horas enteras follando; hasta hartarse, dice mi lado salvaje ahora experto en polvos. ¡Madre mía!

—No quiero echar un polvo rápido de bienvenida —me susurra al oído.

¡Lo ves, te lo dije!, grita mi lado salvaje.

¿Polvo de bienvenida? Me he quedado sin aire, pues sé lo insistente

que puede llegar a ser cuando ansía algo.

—Entiendo, y lo siento de veras, pero no puedo dejar a las niñas solas — murmuro.

—Que se quede Linus con ellas — sugiere con voz rota.

—Ya te he dicho que está inmerso en su libro.

—¡Qué casualidad! —Ya se ha puesto de mala uva. Frunzo el ceño—. ¿Quieres que Steel te consiga la mejor *baby sitter* de la ciudad?

Eso me ofende, y niego con la cabeza



para evitar una acalorada discusión. Maldice en su lengua materna y no abre la boca hasta que llegamos a nuestro destino. Se ha enfadado. Lo sé. ¡Qué poco le ha durado la alegría de verme!, ironizo conmigo misma, dividiéndome entre mi familia y él; me inclino por los primeros, ¡faltaría más! También quiero estar a solas con él, pero hoy no es el día idóneo para hacerlo. Además debería entenderlo, pues no todo el mundo tiene una vida perfecta como la suya y no puede venir con tantas exigencias. Ha estado cuatro días sin dar

señales de vida y no me he pronunciado al respecto. No puedo someterme a su voluntad y hacer que lo mande todo al carajo solo para que él esté contento y feliz.

El monovolumen se ha detenido. Esta vez, don Gruñón no mueve ni un solo músculo de su cuerpo para ayudarme con mis sobrinas. Se ha puesto a atender una llamada entrante referida a su mundo de fusiones y adquisiciones. No me hace ni el menor caso. Son Freeman y Brian quienes me echan una mano. Deposito a Kate en el cochecito. Sigue dormida.

Emily se ha ido con Brian y no he dudado en pedirle que me haga el favor de subir a las niñas y que enseguida les alcanzo. Lo que a don Sibarita no le hace la menor gracia, a juzgar por cómo me mira mientras habla a través de su Samsung. Sé que luego le echará la bronca al bueno de Brian.

—Necesito hablar contigo —  
murmuro para despejar toda duda en él.

No me hace caso, quiere castigarme por no ceder a su ruego de follar hoy con él. Aun así, espero junto a la puerta corredera del monovolumen, como si

fuera una tonta, a que el amo del mundo se digne atenderme. Le miro. Sigue hablando tranquilamente por teléfono. Me he cruzado de brazos. Miro a mi alrededor. Suspiro. Pienso en mi hermano, en Bianca y en lo que habrá preparado para el almuerzo, y es cuando se me cruza algo por la cabeza.

—Entiendo. Sí, lo sé, el propio McDermott me telefoneó mientras estaba en Qatar. Vale, sí, allí estaré —Es entonces cuando se digna mirarme. ¡Por fin!—. He de dejarte. Luego hablamos.

Cuelga y guarda su Samsung en el bolsillo de los vaqueros. No sonrío ni parece querer hacerlo, pues está cabreado.

—¿Sigues enfadado conmigo? —le pregunto.

—¿Debería? —responde a la defensiva y en tono sarcástico.

—No —le digo, intentando descifrar su mirada fría.

Estoy parada junto a la puerta del monovolumen y ni se digna hacerme entrar. Me giro. Brian y las niñas ya no están. Solo veo a Freeman y a otros dos

agentes vestidos de negro. ¿Acaso ha triplicado la escolta? Pero, ¿por qué?

—Me gustaría que entendieras la situación.

—¡No quiero entender nada, porque para ti todo son excusas con tal de no follar! —brama. Pego un respingo al ver asomar a Lucifer— .¡Cuando logres encontrar un hueco en tu apretada agenda familiar, avísame, porque tengo previsto viajar a Vancouver mañana a primera hora!

¿Mañana? Pero, ¿si acaba de regresar de Qatar!

«Espero que cuides de mi otro sobrino pues el trabajo lo tiene completamente absorbido y necesita vivir.»

«Poner excusas para no follar.»

Boqueo cuando me cierra la puerta en las mismas narices, dejándome plantada en mitad de la calle, después de que Freeman llegue al vehículo y los demás agentes se introduzcan en un todoterreno negro y blindado. ¡Qué barbaridad!

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —le pregunto a Linus por novena vez consecutiva, pues llevo toda la condenada tarde dándole vueltas al asunto.

«¡Cuando logres encontrar un hueco en tu apretada agenda familiar, avísame, porque tengo previsto viajar a Vancouver mañana a primera hora!»

Mi hermano y su esposa acaban de salir impresionados por la sorpresa que Linus y yo les hemos preparado para su aniversario. Cenarán y regresarán temprano porque mañana mi hermano



tiene que trabajar. Y yo estoy hecha un mar de dudas con respecto a si acudir o no al ático de don Gruñón, y eso que estoy aun enfadada con él por cómo me ha tratado por la mañana.

Bueno, siempre te quedará el polvo de reconciliación, me dice mi lado salvaje limándose las uñas y ataviado con un sugerente picardías rojo.

—¡Que sí, pesada! Anda, ve, escribiré de madrugada. Las niñas ya han cenado y están dormidas. Si ocurre algo te llamo —me dice empujándome suavemente hacia la puerta, pues estoy

más que bañada, perfumada, maquillada y vestida.

Llevo un sencillo vestido negro sin mangas, tacón de vértigo y una gabardina beige. Me he maquillado y recogido el pelo en un moño italiano bajo. Llevo ropa interior de encaje negro transparente.

—Y... —me detengo en seco. Linus parpadea—. ¿Y qué le dirás a Scott?

—Que has tenido que salir por trabajo y que no sabes cuándo vas a volver, pues es algo muy habitual en la

empresa —responde Linus entornando los ojos—. ¡Quieres irte ya!

—Vale... —le digo permitiéndole que me acompañe al ascensor—. ¿Has cogido la píldora y el regalo?

Asiento nerviosa.

—Relájate —susurra, dándole al botón—. Vas a follar, no al pelotón de ejecución.

Río justo cuando la puerta del ascensor se abre y sale Brian. Se nos queda mirando, primero a mí y luego a Linus. Linus suspira. Sé que el capullo le ha telefoneado desde mi móvil solo

para verle la cara y babear. Menudo es mi amigo. Le doy un beso y me meto en el ascensor.

Suspiro.

Vivir en un ático del Trump World Tower es un privilegio para el bolsillo de muy pocos mortales, me digo mientras alzo el rostro hacia el enorme y lujoso rascacielos residencial situado en el 845 de la plaza United Nation (la Quinta Avenida entre las calles 47 y 48)

después de apearme del coche. Brian me sigue cuando ya ha aparcado. Se anticipa para, una vez subidas las escaleras, abrirme la puerta de entrada. Le doy las gracias. Dentro es todo lujo y confort, predomina el estuco en las paredes de la entrada, así como el mármol pulido en tonos ocre en el suelo. En recepción está el tal Leonard. Brian le da la reseña de quién soy. El hombre me saluda y tuerce el gesto. ¡Hum! Mala señal. ¿Se habrá arrepentido de haberme invitado a su ático? O peor aún, ¿acaso no quiere verme?

—El señor Crawford ha dado la orden de que no se le moleste si no es en caso de emergencia, señorita Taylor.

Brian me mira. ¿Acaso echar un polvo ya no es una emergencia para don Sibarita? Me encojo de hombros, mi gozo en un pozo.

—Vuelva a anunciar la llegada de la señorita Taylor —le ordena Brian.

El de recepción titubea. Hace la llamada. Habla con la tal Grace. Estoy expectante, pero respiro para calmar mis nervios, que están a flor de piel. Esto es

una locura, y siento otra vez ese gusanillo en la boca del estómago.

—Sí, señora Grace. Buenas noches.

¿Qué?, grita mi lado más temerario mirando al conserje, que tose con refinamiento.

—Puede subir.

Oh, gracias a Dios.

—Pero sola —añade, mirando con cara de pocos amigos a Brian—. Por aquí, señorita Taylor.

Me despido de Brian y llego a un ascensor privado propiedad de don

Gruñón. Las puertas electrónicas se abren ante mí. Debe de tener un sensor de calor. Imagino que Alex ha activado el elevador desde el ático. El conserje me desea buenas noches después de que las puertas se cierren automáticamente. Sobre mi cabeza hay una cápsula, imagino que es una cámara de seguridad. No tardo en llegar a mi destino. Estoy nerviosa, expectante y asustada por cómo puede acabar la noche, porque igual nos enzarzamos en otra discusión y regreso a casa antes de tiempo. Ojalá



que no sea así, pues tengo ganas de estar con él. A pesar de su mal carácter.

A ver qué pasa, me digo confiando en que todo salga bien. El ascensor se detiene con sigilo, abre sus puertas como un autómatas programado y ante mí se presenta una mujer de color que debe de rondar los cuarenta años, es alta y delgada, y muy bella, sus ojos rasgados son de color café, lleva el cabello recogido con un sofisticado moño. Luce una sencilla falda negra de tubo y una blusa blanca cuyos puños están impecablemente abotonados. Es educada

en sus formas y responde al nombre de Grace. Me presento diciéndole que me llame por mi nombre de pila y que puede tutearme.

—Grace, por favor.

Sonrío mientras la sigo por todo el majestuoso pasillo de paredes blancas y suelos de madera pulida. Llegamos a un amplio y elegante salón precedido por dos amplias escalinatas y decorado en tonos blancos y malva. Los enormes ventanales muestran impresionantes vistas de la ciudad completamente iluminada con el Empire State Building

a lo lejos. El salón es de estilo minimalista y parece sacado de una revista de decoración solo al alcance de pocos bolsillos, porque el plasma que hay incrustado en la pared es similar a una pantalla de cine, los sofás son de cuero y la alfombra de piel de oveja. Hay una escalera de madera a la derecha que conduce, imagino, a los dormitorios. Grace me invita a tomar asiento en el salón. Estoy cohibida. Me siento hasta extraña invadiendo la intimidad de mi jefe. Grace dice que el señor Crawford me recibirá en breve. ¡Qué amable por

su parte!, ironizo conmigo misma, sintiéndome algo tonta y una completa intrusa pues, ¿este es el famoso ático de don Gruñón? ¿A cuántas habrá invitado?

No empieces otra vez, me regaña mi lado salvaje.

«Su trabajo le absorbe por completo.»

Ya lo creo que sí.

—¿Deseas tomar algún refrigerio, Emma? —me ofrece Grace.

—No, gracias.

—Estaré en la cocina que queda justo detrás de esa puerta —me indica con gran amabilidad.

Si don Gruñón la viera le borraría la sonrisa por solo haber hablado conmigo, me digo, pobrecilla.

—Gracias.

La veo alejarse. Me pongo de pie para despojarme de la gabardina, que doblo y dejo sobre el reposabrazos del sofá al igual que mi bolso Chanel. Me da el arrebató y camino hacia uno de los ventanales. Me cruzo de brazos mientras opto por disfrutar de las vistas. He

recorrido toda la ciudad con una sola mirada. Incluso desde la posición en que me encuentro puedo ver el loft de Linus. Me pregunto qué estará haciendo. Consulto de vez en cuando mi reloj de muñeca. Han pasado más de diez minutos desde que llegué. ¿Tan ocupado está? Acabo por descalzarme. He cogido el móvil y he llamado a mi niño, es decir, a Linus. Comunica. Le mando un mensaje explicándole que he llegado y cómo está todo. Le doy a la tecla enviar. Suspiro, trago saliva, me vuelvo a calzar los zapatos, guardo el reloj en

el bolso y vuelvo a mi sitio. Oigo la voz de mi jefe. Oh, ¡mierda! Al girarme, se me resbala el Sony de las manos y va a parar debajo de uno de los sofás, ¡joder! Me tengo que agachar para recogerlo.

—Global Interprise es una mina de oro, sin duda, pero sigue sin convencerme; McDermott es un capullo de mucho cuidado —le oigo decir. Imagino que estará hablando por teléfono como siempre ¡Joder, no logro alcanzar el dichoso móvil!—. Un segundo. ¡Señora Grace!

—¿Sí, señor Crawford?

—¿Dónde está la señorita Taylor? —  
le pregunta de muy malos modos.

Boqueo detrás del sofá. ¿Por qué le  
habla así a la pobre Grace?

—La dejé aquí, en el salón, señor —  
contesta con voz temblorosa.

—Estoy aquí, señor —digo en voz  
alta, alzando una mano para que me vea  
y no someta a un tercer grado a la pobre  
Grace—. Se me ha caído el móvil  
debajo del sofá y estoy intentando  
cogerlo.

Segundos después, solo acierto a ver  
los impolutos Jimmy Choo de Alex



plantados ante mí. Alzo la vista y ¡ay Dios mío! ¡Parece un gigante! Pero guapo, ¿eh? Va vestido con un elegante pantalón de pinzas negro y una camisa de color gris marengo con los puños remangados. Veo cómo empuja sutilmente el sofá. Se agacha y coge el dichoso móvil que me entrega en mano. Tengo las mejillas ardiendo, pues estoy boca abajo sobre el parqué ¡Qué difícil soy a veces! Parezco tonta, pero finjo no sentirme así, por eso sonrío mientras me devuelve el móvil. Le doy las gracias. No me responde. Está serio. Mala señal

¿Le habrá molestado que venga? Me tiende la mano y me levanto tirando de la tela de mi vestido. Carraspea ante mi aparente tranquilidad. Sigue enfadado conmigo, lo sé y... ¡mierda!, pienso aturdida y ruborizada al percatarme de la presencia de ¡Sebastian Crowe! ¡Joder!

—Lo siento, no sabía que estuvieras acompañado —murmuro.

No me hace ni el menor caso. Sebastian Crowe esboza una leve sonrisa nada más verme. No le sorprende mi presencia. Eso quiere

decir que sabe algo. ¡Qué vergüenza! Por no añadir que la escena de esta pobre tonta tirada en el suelo debe de haberle resultado divertidísima. ¡Qué barbaridad! Le saludo y él hace lo propio conmigo, con la naturalidad y la simpatía de siempre. Vaya, don Gruñón no ha puesto pegas al respecto pero, ¿qué sabe Crowe? Lo más probable es que esté al día de la oferta sexual que el depravado de su amigo le hizo hace unos días a la promiscua de su secretaria.

—Avísame con lo que decidas hacer con Global Enterprise, aunque a decir

verdad, sería una excelente inversión, Alex —le dice.

¿Alex? ¿Acaso no me dijo que solo su abuelo le llamaba así? Vaya...

Sebastian viste traje azul marino con camisa blanca y corbata en tonos morados. Siempre ha sido un hombre muy elegante, y buena persona y sumamente discreto comparado con el mujeriego de Bomer.

—Hablaemos el lunes a primera hora, Sebastian —le responde don Cabreado, acompañándolo hasta el ascensor.

—Buenas noches, señorita Taylor —  
dice Crowe en voz alta.

—Buenas noches, señor Crowe —le  
respondo.

Genial. Acabas de dejar de ser la  
secretaria seria y respetable que todos  
conocían, me dice la voz de la  
conciencia. ¿Cómo se te ocurre  
presentarte de buenas a primeras en la  
casa del jefe para tirártelo?

Evito escucharla a toda costa, que si  
no acabaré llorando.

Hablan entre ellos. Me alejo en  
dirección al sofá, que coloco en su sitio.

Menuda imagen acabo de dar, pienso ruborizada, pero no voy a decirle nada. Estoy aquí por voluntad propia, nadie me ha obligado. Consulto el móvil. Ninguna llamada de Linus.

—¿Todo bien? —gruñe el amigo minutos después.

Asiento distraídamente. Al cabo alzo la vista y veo que se planta delante de mí, me arrebató el móvil, lo apaga y lo arroja sobre el sofá, para mi sorpresa.

—Nada de móviles, al menos, por esta noche —me ordena con voz grave.

Pestañeo confusa.

—¿Eso implica que apagarás el tuyo, también?

Sus ojos son como dos carámbanos. A este paso va a lograr que se me baje la libido y quiera salir huyendo de su flamante ático. Pero, ¿qué le pasa? Acaba de extraer del bolsillo de su pantalón el Samsung. Me lo entrega y me indica dónde he de apagarlo. Lo hago sin titubear, mientras inhalo su aroma inconfundible a limpio y fragancia cara. Lo arroja junto al mío, guau.

—¿Has cenado? —me pregunta con voz grave y autoritaria.

—No, pero no tengo hambre porque comí muy bien a mediodía —le respondo con un nudo en la garganta y es que hay veces que logra cohibirme.

—Hay que comer cinco veces al día, vamos —me ordena, mientras mete las manos en el bolsillo de su elegante pantalón.

Sí, lo sé, está enojado conmigo y por eso no me ha dado aún ni un mísero beso de bienvenida. Le digo que quiero lavarme las manos. Me acompaña al baño que está en el piso superior. Es una auténtica pasada, y así se lo hago saber,



pero ni caso. Bajamos las escaleras, atravesamos el salón y cruzamos una puerta de madera que conduce a la cocina, cuyos muebles blancos y sofisticados están empotrados en la pared para ahorrar espacio y dar un aire de confort al elegante y lujoso ático. Hay una larga barra de desayunos con sendas sillas altas y elegantes, también hay una mesa para ocho comensales, cubierta con un mantel de lino y un centro de mesa. Don Gruñón resuelve que nos sentemos en la barra. Grace nos sirve en silencio la succulenta cena. El

jefe le acaba de dar la noche y los tres días restantes libres. ¿Quéee? ¡No puedo quedarme tanto tiempo fuera de casa! ¡Madre mía! Esto habrá que hablarlo y además, ¿no dijo que iba a salir de viaje mañana? ¿O es que acaso se trata de otro farol para disfrutar con mi reacción? Sí, responde la voz de mi conciencia. ¡Así que lo tenía todo preparado! ¡Qué idiota soy! Oigo cómo Grace agradece el gesto a su señor. Su rostro denota alegría; me da que nunca le ha dado un solo día libre.

¡Explotador!, grita mi lado pro derechos del trabajador.

Me mantengo en segundo término, he cogido la servilleta blanca de lino y la he colocado sobre mi regazo. Huele que alimenta. Grace ha preparado lubina al horno con patatas asadas, una auténtica delicia.

—¿Qué prefieres para beber? Coca-Cola Zero o agua —me pregunta.

—Oh, agua, por favor.

Grace le sirve a él una copa de vino que sospecho que debe de costar una fortuna, y a mí, agua sin gas.

—Eso es todo, Grace.

—Sí, señor. Buenas noches —se despide, despojándose de su delantal.

—Buenas noches, gracias por la cena, Grace —le digo.

—No se merecen, Emma.

Don Cabreado carraspea. Ya lo sé, no quiere que hable con sus empleados, y no entiendo el motivo. Grace se ausenta con sigilo de la cocina. Siento un ligero vuelco en la boca del estómago al percatarme de que me he quedado a solas con don Gruñón, quien ya ha empezado a degustar el plato en

completo silencio, algo a lo que nunca me acostumbraré, pues soy de hablar y conversar, pero se ve que este no es el momento para hacerlo. Ceno callada y concentrada en mi plato, de vez en cuando se me escapa el tocar la comida con las manos, es una costumbre que tengo desde niña, incluso de la de chuparme los dedos.

—No hagas eso —me dice mirando al frente, con la copa de vino en la mano.

Darí­a lo que fuera por saber en qué ha estado pensando durante todo este

intervalo de tiempo.

—Lo siento, es una costumbre infantil que tengo —sonrío mientras tomo una patata con los dedos y me la meto en la boca; le doy ligeros mordiscos porque está caliente.

—Y eso menos todavía —me regaña ronco, dejando la copa sobre la barra.

Me mira con los ojos cargados de deseo. Me ruborizo tragando rápidamente la patata. Casi me abraso el paladar. Me limpio la comisura de los labios con la servilleta, doy un sorbo de agua, me aclaro la voz y le digo que la

cena ha sido deliciosa, después de darle las gracias.

—Sabes a lo que has venido, ¿verdad? —me espeta de repente.

—Sí —me asusta que me lo recuerde así, de buenas a primeras...

Sus ojos denotan ahora cierta picardía y un inexplicable goce. Ha tensado la mandíbula mientras pasa un dedo largo y grueso por el borde de la copa de cristal tallado que debe de costar una fortuna. Mi pulso se ha reactivado. Le encanta tener el control

de todo, incluso sobre mí, pues me tiene completamente hipnotizada.

—Sabes que una vez que te entregues a mí no habrá marcha atrás.

—Lo sé —mi voz suena rara.

No la reconozco.

—Te advierto que cuando empiece no querré parar en los tres próximos días, has de saber que vamos a follar muy duro...

Tengo los nervios a flor de piel. Sus palabras hacen estragos en todo mi ser. Mi vientre se contrae en exquisitos espasmos. Casi me corro en las bragas y



mis pezones se han puesto tiesos bajo la copa del sujetador. Me he quedado sin aire en los pulmones con solo dejar volar mi imaginación.

Alexander Crawford, eres un demonio, me digo. No puedes hacerme esto, tengo familia y un amigo que me espera. Porque lo que es mi reputación, ha quedado mancillada ante Crowe. ¡Qué vergüenza!

—Pero dijiste que mañana viajabas a Vancouver —le recuerdo ingenua.

—Ordené que se aplazara el viaje.

Ay, Dios.

—¿Sabías que iba a venir?

—Tenía mis dudas, pero imaginé que acabarías viniendo.

Presumido.

—Así que he trastocado tus planes más inmediatos.

«Todo son excusas con tal de no follar.»

¡Madre mía, me acaba de enviar una mirada furtiva!

—¡Acaso no has oído lo que te acabo de decir! —me grita. Doy un respingo en la silla.

—No hace falta que alces la voz, no estoy sorda —le respondo controlando mi genio, algo más aplacado que el suyo.

—¡A veces lo parece! —dice exaltado.

¿Por qué está de tan mal humor?

¡Basta de discusiones! Se supone que tiene que ser una noche mágica e inolvidable, no un ring de boxeo, grita mi lado más salvaje.

—Estoy aquí, ¿no? —le digo, pero sigue serio. Menuda noche me espera—. Vale, me quedaré tres días si eso es lo

que quieres. Lo creas o no, yo, también, quiero que esto funcione.

Pero, ¿qué es lo que tiene que funcionar?, me espeta la voz de mi conciencia harta de mi ingenuidad.

¡No tengo ni idea! Solo sé que va a darme sexo del bueno y nada más.

¡Estás para que te encierren, muchacha!, inquiere mi conciencia intentando amargarme la velada.

No le hago caso, pues me percato de que no he logrado que sonría ni un solo instante ni que me dé las gracias. ¿Qué le pasa? ¿Acaso ha vuelto a discutir con

su madre? ¿O está así por lo de esta mañana?

Tras unos segundos observándome hasta lograr subirme los colores, me ordena que me levante y le siga.

¿Adónde me lleva ahora?

Salimos de la cocina. Me abrazo a mí misma; tengo las manos frías y siento un extraño nudo en la garganta. Camina con las manos metidas en los bolsillos. Cruzamos el salón que da a un pasillo que conduce a otra puerta. La abre. Es su despacho, equipado con la última tecnología. Las paredes están revestidas

de madera brillante, la moqueta es beige. Hay un enorme ventanal que da justo al Empire State Building. Saca una llave del bolsillo de su pantalón y abre un cajón. De él saca unos documentos grapados.

¡El dichoso contrato de confidencialidad para preservar su intimidad!

Me pone delante el documento.

Dice que lo lea detenidamente.

Lo hago con el corazón golpeando fuertemente mis costillas. Esto parece un episodio del reality *Cazados*,

presentado por Ashton Kutcher, pues siento que en cualquier momento aparecerá alguien provisto con una cámara.

¡Qué barbaridad!

**ACUERDO DE  
CONFIDENCIALIDAD Y  
SECRETO**

**Reunidos:**

Alexander Thomas William  
Crawford Ivanov, mayor de edad, con  
domicilio en Tribeca, Warren Street

nº 101 Distrito de Manhattan, Nueva York C.P 100123 NIC 481615234.

Emma Marie Taylor Westwood, mayor de edad, con domicilio en Park Avenue nº 17 Nueva York C.P 10002 NIC 12456784.

**Exponen:**

1. Que ambas partes se reconocen con capacidad jurídica suficiente para suscribir el presente documento.

2. Que ambas partes desean iniciar una relación carnal exenta de ataduras sentimentales y responsabilidades.



3. Que durante la mencionada relación ambas partes intercambiarán información y están interesadas en regular su confidencialidad y secreto mediante los siguientes apartados:

## **CONDICIONES AL USO**

### **1. Objetivo:**

Con el presente contrato las partes fijan formalmente y por escrito los términos y condiciones bajo las que mantendrán la confidencialidad de la

información suministrada y creada entre ellas.

Que a los efectos de este acuerdo tendrá la consideración de información confidencial, queda susceptible de ser revelada por escrito, de palabra o por cualquier otro medio o soporte, tangible o intangible, actualmente conocido o que posibilite el estado de la técnica en el futuro, intercambiada como consecuencia de este acuerdo. Por ello las partes adoptarán las medidas legales oportunas para asegurar el

tratamiento confidencial de dicha información.

## **2. Duración:**

Este acuerdo finalizará en el momento en que una de las partes desee dar por concluida la relación carnal. En caso de que no se renueve el contrato, ambas partes deberán devolver a la otra toda la información remitida entre sí, comprometiéndose a la destrucción de cualquier copia de la misma, independientemente del soporte o

formato en el que se encuentre almacenada.

No obstante lo dispuesto en el párrafo anterior, cada parte se compromete a mantener el compromiso de confidencialidad respecto a la información y material intercambiado entre las partes una vez que se dé por concluido el presente acuerdo.

### **3. Confidencialidad:**

Ambas partes se obligan a entregarse todo el material que sea

necesario, y en el caso de ser este confidencial se comprometen a:

**3.1** Utilizar dicha información de forma reservada.

**3.2** No divulgar ni comunicar la información técnica facilitada por la otra parte.

**3.3** Impedir la copia o revelación de esa información a terceros, salvo que gocen de aprobación escrita de la otra parte, y únicamente en los términos de tal aprobación.

**3.4** Restringir el acceso a la información a compañeros, amigos,

familiares, desconocidos, empleados, en la medida en que razonablemente puedan necesitarla para el cumplimiento de sus tareas acordadas.

**3.5** No utilizar la información o fragmentos de esta para fines distintos de la ejecución de este contrato.

**3.6** Toda información puesta en común entre las partes es de propiedad exclusiva de AMBOS Y NO DE TERCEROS, y no es precisa la concesión de licencia para dicho

intercambio. Ninguna de las partes utilizará información previa de la otra parte para su propio uso, salvo que se autorice lo contrario.

**3.7** La divulgación de información no implica transferencia o cesión de derechos, a menos que se redacte expresamente alguna disposición al respecto.

**Cláusula penal:**

Ambas partes se comprometen a cumplir con todos los términos fijados en el presente contrato, y muy especialmente aquellos relativos a

las cláusulas sobre confidencialidad y obligación de secreto.

Las responsabilidades que pudieran derivarse del incumplimiento del presente acuerdo, así como de las eventuales indemnizaciones por daños y perjuicios, ascenderían a la cantidad de 100.000.000 (cien millones) de dólares, unida a la demanda judicial y penal presentada por los representantes legales de ambas partes. En caso de chantaje o



extorsión la cantidad fijada se triplicaría.

Asimismo, las partes asumen la obligación de guardar secreto sobre el presente acuerdo y a no comunicarlo a terceros.

Los derechos de cancelación podrán ejercitarse mediante un escrito dirigido a las direcciones de los firmantes del presente documento que constan en el encabezamiento. Este acuerdo solo podrá ser modificado con el consentimiento expreso de ambas partes.

Las partes se comprometen a resolver de manera amistosa cualquier desacuerdo que pueda surgir en el desarrollo del presente contrato.

En caso de conflicto recurrirán a la vía jurídica de su propio fuero.

Y en prueba de conformidad de cuanto antecede, firman el presente acuerdo por duplicado y a un solo efecto en el lugar y fecha citados por ambas partes.

# FIRMA DEL INTERESADO    FIRMA DE LA INTERESADA

Ay, me acaba de entrar el canguelo. ¡Cien millones de dólares en concepto de indemnización si rompo el secreto de confidencialidad! ¿Triplicarla en caso de chantaje? Esto es una locura, pienso con el corazón a mil.

—Esta es la cláusula de la que te hablé —me explica con frialdad, como si estuviera en medio de la firma de una

nueva adquisición o transacción financiera.

No deberías firmar. Este tío es muy peligroso, en todo caso tendrías que huir de él antes de que sea demasiado tarde, me grita la voz de mi conciencia.

—Vale.

Me pongo a leerla sin más.

### **Cláusula adicional del contrato:**

La presente cláusula adicional del contrato se suscribe al de confidencialidad y se sustenta en base a una serie de obligaciones y

deberes referidos al señor  
ALEXANDER THOMAS WILLIAM  
CRAWFORD IVANOV y a la señorita  
EMMA MARIE TAYLOR WESTWOOD  
que se llevarán a cabo durante la  
relación carnal:

1. Ambas partes se someterán a un  
rutinario chequeo médico al inicio de  
la relación carnal.

—Me hice un chequeo hace cosa de  
un mes, estoy sana —le digo como una  
gilipollas.

—Prescindiremos de este apartado...

—Vale.

**2.** Se evitarán aquellas prácticas sexuales no convencionales que pongan en peligro la integridad física, moral y emocional de ambas partes tales como: masoquismo, sodomización, bondage, gonzo, sumisión, sadismo, voyerismo y demás parafilias.

**3.** Se evitará el uso de objetos punzantes, cortantes y/o lacerantes tales como látigos, fustas de cuero, pinzas, paletas, cuerdas, etc.

4. Se rechaza la práctica de tríos sexuales.

5. Ambas partes acuerdan tener relaciones sexuales con otras personas dentro de su ámbito cotidiano.

—No me gusta este apartado —le digo señalándolo con el dedo.

—¿Por qué? —me pregunta después de leerlo. Le digo que soy monógama, no una promiscua.

—No tiene nada de malo experimentar —me explica don

Mujeriego.

—No quiero experimentar con otros  
—le digo a la defensiva.

Esto me está empezando a superar y  
no me gusta.

—Entonces solo quieres follar  
conmigo —me dice serio.

—De momento ese es mi propósito.

Aprieta fuertemente la mandíbula  
evitando besarme. Siento un profundo  
vacío.

—Quiero que te quede bien claro que  
solo busco tener sexo —me vuelve a



advertir.

Y yo siento ganas de echarme a llorar, pues mis sentimientos hacia él son cada vez más fuertes y me aterra saber que nunca seré correspondida. Pero aguantaré lo que venga, pues ante mí solo veo un hombre frío y distante que únicamente busca pasar el rato.

—Lo sé —titubeo.

—No quiero que te ilusiones con un tipo como yo —me sugiere.

Demasiado tarde, me digo.

Trago saliva ante mi repentino pensamiento. Duele que diga eso. Sé que

está siendo sincero, pero su consejo llega un poco tarde. Aguanto mi desventura aparentando una repentina entereza. Pero sé que en cualquier momento me desmoronaré.

—Ni tú conmigo.

—¡Por supuesto que no! —me responde fríamente.

No parece afectado al pronunciar dichas palabras, parece tener las ideas claras, tanto, que puede tener a quien desee con solo chasquear los dedos, me recuerda la voz de mi conciencia solo para hacerme sentir más infeliz.

Intento no escucharla, pero es en vano.

Duele imaginármelo con otra mujer.

—Me alegra que tengamos las ideas tan claras —apostillo.

—Ya lo creo que sí, pues evitaremos toda clase de equívocos tanto por tu parte como por la mía —me dice con voz grave. Le miro y siento una punzada de dolor en el corazón—. Nunca me he considerado una especie de príncipe azul dispuesto a rescatar a la dama en apuros.

«Contigo hago la excepción.»

Le miro fijamente, pero no hay ni un atisbo de burla en sus ojos, lo cual me alegra pues es un tema muy serio.

—No pretendo que lo seas, y menos conmigo, pues los príncipes azules solo existen en los cuentos de hadas, no en la vida real —le corrijo, suscitando que arquee una ceja—. Pero si encuentro a la persona adecuada, ten por sentado que romperé nuestro acuerdo, no sin antes habértelo comunicado —le respondo seria.

Mi conciencia me acaba de hacer la señal de victoria al volver a dejar al

Hombre del Año sin palabras, y sigo leyendo:

6. Se evitará la ingesta de drogas y/o cualquier otra sustancia ilegal, así como alcohol antes y/o durante del coito.

7. Finalizada la relación carnal ambas partes no mantendrán ninguna clase de contacto.

Así pues, se establece que el incumplimiento de cualquiera de los apartados anteriores derivará en una indemnización económica de

10.000.000 (diez millones) de dólares, cuyos beneficios irán destinados a la Fundación David Crawford y demás causas sociales tales como programas de ayuda contra la drogadicción.

**FIRMA DEL  
INTERESADO    FIRMA DE LA  
INTERESADA**

—¿He de firmar aquí? —me oigo decir.

—Los documentos que te acabo de enseñar son una copia —abre el cajón y saca otro ejemplar—. Los originales son estos.

Le veo doblarlos por la mitad y señalarme dónde he de estampar mi rúbrica. Cojo la pluma estilográfica de la mesa y firmo. Parezco un notario. Una más y se acabó. Oficialmente soy la amante de Alexander Crawford. ¡Bravo!, ironizo conmigo misma en vez de romper a llorar, porque presiento que

lo voy a hacer, no sé cuándo pero lo haré. Guarda bajo llave todos los documentos. Rodea la mesa de su despacho y se planta ante mí, me mira y al cabo me tiende la mano y me acerca repentinamente hacia él. Ahora parece estar contento. ¡Será capullo!

Aun así estoy temblando como una hoja. Intento relajarme y habituarme a sus repentinos cambios de humor. Sus ojos brillan intensamente, no hay ni rastro de frialdad. Estoy cada vez más segura de que lo que le tenía tan tenso era el maldito contrato. Igual se pensaba



que lo dejaría tirado en la cuneta y así se lo hago saber.

—Creí que después de todo saldrías huyendo —admite, estudiando las facciones de mi rostro—. No creí que te atrevieras a dar el paso después del segundo plantón de esta mañana.

Le abrazo repentinamente como una auténtica estúpida. Enrosco mis brazos alrededor de su cuello. Huele tan bien que me embriaga. Nos miramos a los ojos.

—No te he dado plantón. Esta vez he acudido a nuestra cita y no pienso irme

hasta que me des lo que busco: sexo del bueno —le digo.

Arquea sorprendido ambas cejas.  
Río.

—Así que quieres sexo del bueno.

Asiento haciéndole pucheritos. Me da un ligero cachete. Boqueo. Ríe mientras me acaricia suavemente mis doloridas nalgas.

—Siento lo de esta mañana, pero pensaba en Linus y en su trabajo.

—¡Oh, Linus! Lo había olvidado — ironiza, acariciando mi espalda hasta llegar a mis redondeadas caderas—. Así

que antepones a tu amigo a echar un polvo de reconciliación conmigo, ¡muy bonito!

Me está subiendo la tela del vestido para acariciar mi trasero. Emito un leve jadeo y me da otro cachete en las nalgas. Estalla en una carcajada ante sus propias ocurrencias. ¿Polvo de reconciliación? Le digo que Linus utiliza mucho ese término. Me da otro cachete. Esta vez me contraigo boquiabierta, y es cuando aprovecha para meterme la lengua hasta el fondo de la garganta.

¡Comienza la acción!, grita eufórico mi lado más salvaje.

Ahora somos una fusión sonora de gemidos, choques de lenguas e intercambio de saliva como resultado de tantos días de espera. Es un beso largo, profundo y salvaje. Cuando nos separamos solo el deseo habla, y decide por nosotros, pues me ha cargado sobre su hombro. Grito y rio cuando me da otro cachete y me despoja de mis zapatos, que deja tirados sobre la moqueta de su despacho, el cual cierra con llave. Ay, Dios, caminamos por el

pasillo y subimos las escaleras que conducen a los dormitorios. No paro de reír embriagada por el momento, mientras él se dedica a darme ligeros cachetes en el trasero.

«Una vez que empiece no querré acabar hasta dentro de tres días.»

¡Madre mía! ¿No hablará en serio?

Entramos en su dormitorio que es muy grande y elegante. En la pared cuelga un fabuloso Kandinsky que debe de costar una fortuna. Me pregunta si me gusta, le respondo que sí. Dice que si me porto bien me lo regalará, abro la boca

asombrada. Me acaba de depositar suavemente sobre la cama sin pétalos de rosa. ¡Qué decepción! Es grande y súper moderna, con barrotes de forja oscura en el cabezal, las paredes son de un malva suave, decorada con muebles de madera, hay un edredón de pluma de oca de color blanco como la pintura de los altos techos con fina escayola.

—Vives muy bien —le digo mientras se coloca encima de mí, me está besando el cuello, la mandíbula y me come la boca.

—Lo normal, nena —dice con voz ronca y jadeante.

Nos besamos una y otra vez. Reímos embriagados por el momento.

—¿Has traído a alguien más aquí? —le pregunto.

—No empieces —me advierte, mientras chupa el lóbulo de mi oreja con vehemencia.

Jadeo frustrada. Seguro que se ha tirado a unas cuantas a pesar de que trate de hacerme creer que su trabajo le absorbe. Aun así me trago el orgullo, giro mi rostro y busco sus labios tibios y

seductores. Le devuelvo el beso con creces, de tal manera que acabamos rodando por la cama y quedo a horcajadas sobre su rígida entrepierna. Ríe como un niño grande mientras me despoja con manos hábiles del vestido, que sale volando y cae sobre la moqueta.

—¿Por qué no quieres contestarme?

Le quito la camisa y la lanzo al suelo. No me hace el menor caso. Me muerdo el labio inferior mientras paseo mis manos por ese torso esculpido como el David de Miguel Ángel. Se fija en mi



lencería, se relame gustoso y lujurioso. Dice que le encanta, mientras me acaricia los costados con la yema de sus dedos. Me hace cosquillas cuando acerca sus labios y su boca contra mis pechos. Me los acaricia, estruja y junta para chupar los pezones sobre la transparencia.

—Sé que te gustan —le digo acariciando su cabello oscuro y liso.

Me muerdo el labio inferior cuando noto sus dientes clavados sutilmente en la carne blanca de mis senos. Gimo.

—¡Hum! —los sopesa con las manos.

—Oh, ¡me fascinan, nena! —dice, quitándome el sujetador a toda prisa.

Mis pechos quedan al descubierto y a su merced. Junta mis senos y va chupando mis pezones por turnos y con un ardor incontrolado hasta lograr que grite de placer mientras mi vientre se expande en exquisitas sacudidas.

—¡Alex! —le ruego jadeando.

Vuelve a mis labios y me besa con ardor, con pasión... con deseo, mientras mis manos bajan hacia su cinturón. No dudo en acariciar su falo largo y grueso, que está duro como una roca. Me empuja

de tal manera que caigo de espaldas sobre el edredón. Trago saliva e intentando controlar el fuerte latido de mi corazón. Se pone en pie y se desnuda en un santiamén. Ahogo un gemido de placer apoyada sobre mis codos, semidesnuda sobre su cama de multimillonario, admirando embobada la perfecta desnudez del Hombre del Año. Es todo músculos, perfectos bíceps, trabajados abdominales, marcados oblicuos, y una potente virilidad larga y gruesa que se blande como una espada samurái ante mis ojos y cuyo sabor

salado me encanta. Pero ¿cabrá entero dentro de mi vagina?, me pregunto el corazón a mil por hora ante mi creciente temor de no estar a la altura de las circunstancias.

—Me encargaré de que estés lo suficientemente dilatada para que puedas alojarme dentro de tu ser —me promete como si leyera mi pensamiento, mientras me arranca a jirones las bragas —. No te van a hacer falta...

Me sonrío con picardía y yo pestañeo, pues mi sexo húmedo y

caliente queda expuesto ante sus ojos verdes. Siento vergüenza y se lo digo.

—Quiero que te desinhibas y me recuerdes lo apasionada y sensual que eres. ¿Lo harás por mí, nena? —dice, seductor y sexy. Le respondo que sí obnubilada pero sin capacidad de raciocinio.

Mi mundo ahora gira en torno a sus atenciones de conquistador nato, pues ha sostenido mis piernas, me ha despojado de mis medias, está pasado su lengua por la planta de mis pies, me hace cosquillas. Ríe totalmente entregada al

maravilloso momento, mientras me chupa los dedos de los pies de uno en uno. ¡Oh, Dios!, gimo exhausta tumbándome sobre la cama y mis manos se aferran al edredón, cuando noto que va dejando un reguero de besos por toda mi pierna hasta llegar justo ahí. Grito cuando posa sus tibios labios sobre mi palpitante sexo, intento cerrar las piernas ante la repentina invasión de su lengua, que traza ligeros círculos sobre mi sexo. Hace que arquee la espalda y emita un sonoro gemido de placer que brota desde lo más profundo de mi alma.

—Solo quiero darte placer —me dice, jugueteando con mi clítoris, que no duda en atrapar entre sus labios para succionarlo. Grito...

«Ni se imagina lo que mi boca y mis labios pueden hacer con su sexo.»

—Oh, Alex... —gimoteo apretando con fuerza el edredón.

Mi vientre se expande, noto cómo la sangre fluye caliente recorriendo escandalosamente todo mi cuerpo que se prepara para un repentino y delicioso orgasmo, pero aguanto absorbiendo su caricia íntima y cuando chupa mi clítoris

con una arrolladora intensidad vuelvo a gritar y jadear. Le suplico cuando cambia de tercio e introduce suavemente un dedo largo y grueso dentro de mi ser, mientras me lame de arriba abajo... de abajo arriba... con la punta de su lengua húmeda y caliente. Chillo entre gemidos, la sangre caliente circula por mis venas como relámpagos en plena tormenta. Está moviendo el dedo en círculos, estimulándome, dilatándome, llevándome al borde de la locura para que me corra.



«Una vez que empiece no querré parar hasta los tres próximos días.»

Ay, Dios mío...

¡Ja! Resuelve mi conciencia deseando que me estelle contra el suelo.

No le hago caso, pues quiero seguir disfrutando del momento.

—Vamos, ¡suéltalo! —me ordena con voz grave, mientras mete y saca su dedo invasor una y otra vez... una y otra vez...

Mis músculos internos se contraen en exquisitas descargas de puro e intenso

placer. Creo que voy a romperme en mil pedazos mientras muevo las caderas al ritmo de sus dos dedos, Mis entrañas se convulsionan formando una creciente ola que me envuelve y atrapa para catapultarme a lo más alto, pues me corro del gusto como si de una fuente se tratara. Y es cuando él ríe satisfecho mientras se chupa los dedos y yo me convulsiono intentando controlar los espasmos.

    Mi respiración es agitada e intensa, como si hubiera recorrido una maratón. El corazón golpea mis frágiles costillas.

Mi sexo palpita en oleadas exquisitas de temblores. No duda en incorporarse para acomodarse en mis piernas. Apenas me da tiempo para recuperarme. ¡Ay, Dios! Noto la cabeza de su falo caliente y grueso contra las puertas de mi ser. Tiemblo. Me está besando en los labios; sabe a mí. Me murmura palabras hermosas a los oídos. Cierro los ojos preparándome para mi primera vez. Estoy asustada y se lo hago saber. Me dice que confíe en él, mientras se mueve lentamente entre mis piernas, respiro hondo, me aferro a sus hombros con

fuerza, me vuelve a besar y es cuando con una larga embestida derriba la barrera de mi virginidad. Me contraigo bajo su glorioso cuerpo y de mis labios fluye todo un sentido lamento seguido de una mueca de dolor. ¡Es tan grande y yo tan estrecha! Se detiene, sus labios entreabiertos descansan sobre los míos, su aliento fresco y cálido baña mi boca, me ordena que le mire. Abro los ojos lentamente tratando de que mi cuerpo se adapte al suyo. Lo noto alojado entero hasta rozar mi útero. ¡Madre mía! Su frente está perlada por una finísima capa

de sudor, tiene las pupilas dilatadas y muy brillantes. En cambio yo... soy un mar de dolor que va disminuyendo a medida que va moviéndose lentamente entre mis piernas en un ligero y delicioso vaivén. Sé que está haciendo el enorme esfuerzo de no hacerme daño, pero es inevitable. La imagen de mi sangre virginal esparcida sobre el edredón hace que sienta un ligero vahído que enseguida se me pasa pues ha cambiado sus movimientos. Han dejado de ser lentos y suaves y acompasados.

—Envuélveme con tus sedosas piernas y no te corras hasta que yo te lo diga.

Asiento obnubilada por el timbre ronco de su voz. Le envuelvo la cintura con mis piernas y es cuando empieza la oleada de embates cada vez más rápidos, fuertes y sincronizados que me llevan al límite del enloquecimiento.

Jadea.

Grito.

Gime.

Chillo aferrada a él como si estuviéramos perdidos en medio de un

naufragio. Lo noto grande y grueso, alojado en mi vagina, rozando mi útero. Su falo debe de medir unos 20 o 25 centímetros... ¡ay, Dios mío! Mis músculos internos y húmedos chupan su hinchada virilidad al fuerte compás de sus embates. Me estruja los pechos y lame mis pezones tiesos. ¡Oh, Dios mío! Alza mis brazos por encima de mi cabeza al compás de sus salvajes acometidas. Entrelaza sus dedos con los míos, me los aprieta, me besa en la boca, largo y tendido.

—Alex —jadeo casi sin aliento.

—¿Te gusta? —murmura embistiéndome una y otra vez.

Asiento frenética. Gimiendo. Chillando.

—Ahora quiero ver cómo cabalgas para mí —me sugiere ronco y muy excitado.

¿Cabalgar? ¡Ay!, acaba de cambiar de postura, ahora estoy a horcajas, está totalmente encajado dentro de mi ser, llenándome, colmándome, saciándome. Me mueve las caderas con una fuerza descomunal. Ambos estamos cubiertos de sudor, apenas nos quedan fuerzas



para controlar otro inminente orgasmo que va llegando paulatinamente, pero aun así ambos queremos más y más del otro. Se lo doy moviendo las caderas al compás de sus embates. Le ruego entre jadeos, me besa para calmar mi ansia y este loco y febril deseo que amenaza con consumirnos. Subo y bajo como si fuera una experta amazona. Mis pechos suben y bajan frenéticamente, alarga una mano y me mete un par de dedos en la boca. Se los chupo. Gime. Creo que lo estoy llevando al límite de la locura, pues he acelerado mis movimientos de caderas.

—Emma, nena —gime.

Subo y bajo, arqueo la espalda, se incorpora para masajearme los pechos. Me lame los pezones. Me chupa. Jadeo.

—¡Ahora! —me ordena aferrado a mis caderas.

Y es cuando los dos nos corremos, para poco después desplomarnos sudorosos uno en brazos del otro.

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que por fin hablo, ligeramente recuperados de nuestro primer asalto.

—Ha sido un maravilloso polvo de reconciliación, ¿no crees? —le digo.

Estoy recostada sobre su impresionante cuerpo toda desnuda y sudorosa. Mientras apoyo la barbilla sobre su torso le doy un furtivo beso en la boca.

Ríe con sus manos apoyadas en mi cadera.

—Ha sido perfecto, pero te recuerdo que aún nos queda el de bienvenida — dice pícaro.

Tomo aire. No hablaré en serio.

—¡Alex!

Finge una repentina seriedad mientras me acaricia distraídamente la espalda. Me hace cosquillas.

—Le recuerdo que he estado de viaje de negocios, señorita Taylor —dice empujándome suavemente sobre la cama para acomodarse entre mis piernas—. Qué menos que me dé la bienvenida con su delicioso cuerpo.

Estallo en una fuerte carcajada. Él también, mientras entierra su falo largo y grueso dentro de mi ser y vuelvo a olvidarme del mundo, e incluso de quién soy.

Me tiene completamente envuelta en un abrazo feroz y posesivo después de volverlo a hacer hasta quedar sin aliento. Nos hemos vuelto a correr los dos al mismo tiempo, aun así no quiere soltarme pues ya intenté levantarme para cambiar de postura y no me lo ha permitido. De hecho, aun está alojado dentro de mí. Tengo las piernas entumecidas y siento un agradable hormigueo en mi entrepierna. Me está besando la frente y acariciando

distraídamente la espalda... ¡oh, mierda!  
¡la píldora!

—No te muevas de aquí —me ordena después de decírselo.

Asiento mientras va saliendo poco a poco de mí. No puedo evitar una ligera mueca de dolor por la leve fricción. Sale desnudo de la habitación y ¡ha echado la llave! ¡Qué loco está! ¡Madre mía! Me levanto a duras penas de la cama. Tengo los músculos de mi cuerpo agarrotados. Apenas puedo caminar.

Genial, el edredón está manchado de sangre, voy al baño con el dichoso

cobertor en la mano, abro el grifo y le doy a ver si se quita la mancha. Pero no... ¡joder! Lo envuelvo y lo meto en el cesto de la ropa sucia. ¡Qué vergüenza con la pobre Grace! Me da por hacer pis; me escuece, me lavo y me seco. Abro el grifo del lavabo, me lavo las manos y evito mirarme al espejo porque debo de tener un aspecto horrible, aun así, la tentación, que es muy perversa, me empuja a alzar mi rostro para mirarme. Tengo la piel enrojecida, sobre todo los pechos y el cuello. Mi mirada es transparente y brilla asombrosamente,

mis mejillas han adquirido un matiz reluciente, los labios los tengo hinchados... Aun así me gusta lo que veo. Me estoy lavando los dientes con uno de los cepillos aun precintados en plástico.

Oh, mierda... La puerta del baño se acaba de abrir. Don Gruñón asoma y me mira con cara de pocos amigos. Va provisto con un vaso de agua y mi bolso. Tomo ambas cosas, dándole las gracias, mientras él se lava también los dientes.

—¿Qué voy a hacer contigo? —me dice dándome un buen repaso.



De hecho, su falo ha adquirido vida propia. Me río ruborizada. Rebusco en el bolso el anticonceptivo oral. Alex se ha colocado detrás de mí. Me saca bastantes centímetros de altura. Es tan grande y tan fuerte. Le miro a través del espejo. Le sonrío con cierta timidez mientras me da ligeros besos en el hombro desnudo hasta subir hacia el lóbulo de mi oreja para acabar acariciándome los pechos con ambas manos. Oh, por Dios..., me tomo la gragea con el vaso de agua. Lo dejo sobre el mueble del lavabo. Tira de mis

pezones suavemente activando todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Su mano desciende por mi vientre plano mientras me come el lóbulo de la oreja, su falo largo y tieso se ha alojado entre mis apretados muslos, está duro y caliente, como mi sexo, jadeamos mientras nos miramos a través del espejo, acaricia mi sexo con la palma de su mano. Excitándome, preparándome para otro intenso encuentro sexual. Dejo escapar un gemido de placer.

—Tengo algo para ti —le digo de repente, con una tímida sonrisa.

—¿Para mí? —dice, metiendo un dedo largo dentro de mi ser.

Jadeo.

—Alex —le ruego.

Lo saca, lo chupa y me lo da a probar, lo lamo desde la base hasta la punta. Me hace girar bruscamente para darme un beso largo y profundo en la boca.

Nuestra respiración al separarnos es agitada, densa. ¡Vaya par!

—¿De qué se trata? —me pregunta con voz ronca.

—Si te lo cuento no tiene gracia, así que cierra tus preciosos ojos verdes y no los abras hasta que yo te lo diga.

Me da un repentino cachete con una sonrisa de lo más traviesa. Cierra los ojos, rebusco en el bolso y doy con el regalo.

—Puedes abrirlos.

Lo hace, me mira ligeramente confuso al ver el regalo envuelto. Se alisa el cabello. No lo esperaba; sonrío feliz.

—¿Por qué no lo abres? —le animo.

Titubea, ¿avergonzado? Rasga el envoltorio.

—La cajita me recordó el color de tus ojos —le digo.

Ríe como un niño grande. Me enternece su pureza cuando está en calma. ¿Acaso nunca nadie le ha regalado nada? ¿Ni tan siquiera su ex?

¡Lo tiene todo en la vida, imbécil!, me grita la voz de mi conciencia.

—Deben de haberte costado una fortuna —dice refiriéndose al par de gemelos de oro blanco de 18 quilates, después de inspeccionarlos detenidamente—. Pero nuestro acuerdo no establece que debas regalarme nada.

—Me parecieron perfectos para un hombre guapo y elegante como tú, además, has hecho mucho por mi familia.

Alza el rostro. Deposita la cajita sobre el mueble del lavabo. Me atrae por la cintura para comerme la boca en un beso largo y muy apasionado.

—¿Significa esto que te ha gustado...?

—Los llevaré siempre puestos —me promete.

—Me alegra que te gusten.

Me está besando el cuello. Me lo

lame y chupa hasta dejar su marca. Me hace cosquillas. Ríe contra mi cuello. Su falo roza suavemente mi sexo con un delicioso vaivén. Está completamente empalmado. Me levanta unos centímetros del suelo y me dice que le rodee la cintura con mis piernas.

Oh, Dios mío...

—Alex... —gimo.

Me apoya contra una de las paredes del baño y me penetra de golpe. Ha empezado a moverse entre mis piernas. Jadea.

—Quiero que recibas un polvo de agradecimiento —dice ronco embistiéndome como un bárbaro contra la pared.

Río entre gritos.

El sofisticado baño es en tonos blancos y grises. Tiene forma cuadrada y está provisto de una enorme ducha, una gigantesca bañera redonda con jacuzzi, un lavabo con un significativo espejo iluminado por tres focos, un bidé, un váter y al fondo hay un cuarto donde están las toallas, las sábanas, los albornoces y los productos de baño y



limpieza. Todo ello ordenado en estanterías y armarios.

Gimo sosteniendo su bello rostro entre mis manos mientras nos convertimos en una sola persona. Soy incapaz de pensar con coherencia. Acaba de cambiar el ritmo de sus embestidas. Jadea acariciándome los pechos, tirando de mis pezones con sus dedos. Entra y sale con una fuerza descomunal mientras salimos del baño derechos a la cama donde acabo a horcajadas sobre él y cabalgo como una

excelente amazona, antes de que nos  
asole el tercer orgasmo de la noche...

Cuando me despierto son cerca de las diez en punto.

¡Qué barbaridad!

Nunca he dormido tanto y tan seguido, y creo saber quién es el

responsable de ello, pues lo tengo a mi lado, durmiendo como un angelito. Sonrío feliz mientras estudio su rostro de facciones suaves y delineadas. Me fascina su nariz romana y esos labios que me han llevado al borde de la locura, al igual que sus manos. Quiero sostenerlas entre las mías y es cuando tiro de mi brazo izquierdo y noto como si algo me estuviera oprimiendo la muñeca pues estoy... ¿esposada a la cama? ¡No puede ser verdad! Ríe incrédula. ¡El tío ha cumplido su promesa! Tomo aire tratando de

desquitarme pero es en vano. Son unas esposas de cuero negro. Para nada dañinas. ¿Dónde las tenía guardadas? ¿Acaso las ha comprado para la ocasión? ¡Madre mía! ¡Qué hombre! Igual te hace sentir la mujer más deseada del mundo como al rato eres su prisionera. ¿Acaso me va a tener así todo el día? Dios no lo quiera. Ahora entiendo que no le agrade que lo aten... joder.

Si anoche me sentí en la gloria, hoy puedo decir que ansío que me libere y me da apuro despertarlo. Así que

aguanto, pues quiero seguir disfrutando de nuestro acuerdo sin tener que discutir. Sí, es absurdo pero...hasta que este expire puede que me ate de pies y manos para que no salga huyendo.

¡Qué loco está! ¡Madre mía! Intento zafarme otra vez mientras él duerme plácidamente. No me cansaría nunca de mirarlo, pero quiero ir al baño, darme una ducha rápida y sorprenderle con un buen desayuno solo para recuperar fuerzas, que las necesitamos. Pero en vista de las circunstancias...

—Alex... —le zarandeo suavemente.

Murmura algo incomprensible entre sueños hasta que finalmente abre lentamente sus hermosos ojos verdes. Pestañea ante la suave luz de la mañana que se filtra a través de los visillos blancos. Parpadea somnoliento. Me mira fijamente, recuperándose de su dulce despertar. El muy ladino ríe cuando le muestro su hazaña.

—He de ir al baño —le digo.

Emite un ligero bostezo. Se estira y puedo oír cómo le crujen los huesos.

—Si te libero, ¿qué me das a cambio? —su voz suena pastosa,

mientras se acerca a mí. Me da un abrazo feroz.

—Lo que tú quieras, pero dame la llave —le digo riendo.

Niega con la cabeza.

Pestañeo.

Ríe como un niño grande, ahora su mano cobra vida propia y está recorriendo mi cadera bajo las cálidas sábanas de satén blanco. Ríe ruborizada. Me atrae bruscamente hacia él. Boqueo. Me besa mientras su mano asciende hasta llegar a mi pecho. Frota su nariz contra la mía. Es un roce tierno y



hermoso. Me gusta, me sigue acariciando suavemente. Jadeo ante el repentino roce de su pulgar jugueteando distraídamente con mi pezón. No duda en incorporarse para atraparlo con su boca. Aletea la lengua y traza ligeros círculos alrededor de la areola, me muerdo el labio inferior mientras que con la mano que me queda libre le tiro del pelo cuando empieza a chupármelo y succionarlo con fuerza. Gimo, mareada ante la repentina invasión de su dedo en el interior de mi vagina.

Lo mueve suavemente mientras su pulgar juega con mi clítoris. Le ruego que pare.

—Dijiste que lo que yo quisiera — me recuerda alzando su rostro hacia mí.

¡Menudo es! Aprovecha la más mínima ocasión para dejarse llevar por su loco e irrefrenable deseo ¡hacia mí!  
¡No puede ser verdad!

—Sí, pero antes libérame la muñeca —le propongo risueña.

—No hasta que echemos un polvo mañanero —resuelve seguro y confiado.

Guau.

Su mirada es cálida y brillante. Gimo cuando noto otro dedo invasor dentro de mí. Grito cuando los mueve como solo él lo sabe hacer. Chillo cuando los mete y saca una y otra vez... una y otra vez... me retuerzo y arqueo la espalda.

—Estese quieta, señorita Taylor, o me veré obligado a azotar su precioso trasero —me advierte.

—No... no puedo... —arqueo más la espalda notando esa oleada de placer tan intensa que me arrastra para elevarme a lo más alto. Tiro de las esposas y me hago daño.

—Lo ves —me regaña. Jadeo al límite de mis fuerzas—. Aguanta hasta que yo te lo diga.

—No, no puedo... —le repito, y cuando no puedo más estallo como un manantial.

El muy truhán ríe victorioso mientras esta pobre tonta intenta recuperarse de su primer y maravilloso orgasmo matutino. ¿Cuántos más me tendrá preparados a lo largo del día?

Seguro que una centena, dice mi lado más salvaje casi sin fuerzas...

—Buena chica —me dice colocándose entre mis piernas mientras se chupa los dedos. Vaya, está duro como una roca y va a follarme sin tan siquiera darme tiempo de recuperarme. ¡Qué hombre!

—Me excita que te corras estando esposada. Es lo más bello que jamás haya visto —me dice mientras me penetra de golpe y ahogo un gemido de placer—. Buenos días, señorita Taylor.

Río absorbiendo la dulce sensación de tenerlo alojado en lo más profundo de mi ser. Noto su dureza, su calidez

infinitamente adictiva... se mueve lentamente mientras nos miramos fijamente a los ojos.

—¿Así que quiere echar un polvo mañanero, señor Crawford? —le digo pasándole la lengua por los labios ligeramente entreabiertos. Gime.

—Sí, señorita Taylor, ¿alguna objeción? —el muy canalla ha salido de mí para entrar con una arrolladora fuerza, una y otra vez hasta hacerme chillar de placer. Niego como una posesa—. Buena chica, por un momento

pensé que no quería que regara su hermoso jardín.

Río ante su ocurrencia.

—Ya sabe que me fascina la longitud y la potencia de su enorme manguera, señor Crawford.

Ahora es él quien estalla en una fuerte carcajada, lo que motiva que se mueva de un modo que me produce escalofríos.

—Así que la fascina mi manguera, pues permítame decirle que su longitud echó a perder su hermoso jardín justamente anoche.

—Oh... se equivoca, señor —me embiste suavemente. Suspiro exhausta —. Estoy contenta por el resultado, pues ha sido asombroso y muy instructivo.

—Celebro que así sea —dice satisfecho—. Pero aún no ha experimentado ni la mitad, señorita Taylor —me promete cambiando totalmente el ritmo de sus embestidas, para poco después estallar como dos locos.



A mi sibarita le ha entrado la locura de llenar la bañera con sales perfumadas para sumergirnos los dos dentro de la burbujeante pila. Le froto la espalda con la esponja embadurnada con un gel cuyo frasco cuesta cerca de mil dólares. Mis piernas envuelven por completo la cintura del Hombre del Año, mientras su cabeza descansa sobre mi hombro. Me encanta tenerlo así. Solo para mí. Relajado y comunicador, pues me ha estado hablando de Global Enterprise, al parecer es una empresa petrolífera cuyos beneficios van destinados a la

construcción de escuelas y pozos en países no desarrollados.

—Suenan genial.

—No te creas.

—¿Por qué?

—Una de mis reglas de oro es no hacer negocios con gente de dudosa reputación.

—No te entiendo.

—Stephens McDermott,

vicepresidente de la empresa. Estuvo enrollado con un tipo que resultó ser un capo colombiano de la droga al que

detuvieron en una redada. Se le incautaron armas y cocaína. Fue todo un escándalo a nivel internacional.

—Oh, vaya... —paseo la esponja por su cincelado torso y le doy un beso en la sien—. Y es eso por lo que no quieres hacer negocios con Global Enterprise.

—Exacto, aunque Sebastian me sugiera lo contrario.

—Te entiendo, aunque estoy segura de que aparecerá otra oferta de fusión mucho más atractiva que esta.

—Veo que hablamos el mismo idioma... —ríe.

—Estoy aprendiendo del mejor —le respondo.

Me besa la palma de la mano izquierda. Está totalmente relajado y me alegra que sea así, pues sus dedos masajean mi muñeca izquierda. Me pregunta si me duele. Le digo que no. Me la besa. Al cabo le propongo lavarle el pelo. Acepta encantado. Me embadurno las manos con champú con extracto de caviar, mientras él se moja el cabello con agua del mando de la ducha, echa la cabeza hacia atrás, le lavo el pelo y le hago un espléndido

masaje con la yema de mis dedos. He logrado excitarlo de nuevo. Se ha girado y me ha comido la boca como solo él sabe. Casi vuelvo a correrme del gustazo; le enjuago el cabello.

—Su turno, señorita Taylor.

Me acaba de arrebatarse la esponja de las manos ante mi propia sorpresa. Me levanto del mejor modo posible, completamente cubierta de espuma, me muevo con cierta dificultad, porque los músculos de mi cuerpo no están acostumbrados a tanto ajetreo matutino. Me siento de espaldas a él, pero el muy

zalamero tiene otros planes y me coloca a horcajadas sobre su falo tieso y duro con el que me penetra de golpe. Jadeo, me giro y le miro gimiendo.

—Así estarás más cómoda.

Boqueo sonrojada pues está alojado hasta lo más profundo de mi ser. Ha cogido el frasco de jabón y se ha embadurnado las manos, no sin antes haberme mojado el cabello.

—Echa la cabeza hacia atrás —me dice, y me masajea la melena suavemente con la yema de sus dedos.

—¡Hum! ¿Dónde ha adquirido semejante habilidad?

Ríe.

—¿Te gusta? —me pregunta, y yo asiento—. Ahora quiero que mueva suavemente las caderas mientras le aclaro su hermosa melena rojiza, señorita Taylor —titubeo aferrándome a sus muslos—. Hágalo —me ordena, aclarándome el pelo con el mando de la ducha.

Ay, Dios mío... Obedezco, y la sensación no solo es placentera sino arrolladora, su sexo colma el mío con

toda su longitud y textura, me dice que me mueva más rápido. Me recoge el pelo con mis horquillas, coge la esponja y me frota la espalda, mientras entrecierro los ojos en el delicioso vaivén.

—Eso es, fóllame. Haz que nos corramos juntos, nena —me pide.

Acelero el ritmo de mis caderas. Ha dejado de frotarme la espalda, veo cómo la esponja flota en el agua que sale por los bordes de la amplia bañera diseñada para seis personas. Me abraza fuertemente, subo y bajo, lento y rápido,



dentro y fuera. Lo oigo jadear junto a mi oído, y mi respiración se agita; se hace más densa, similar a la suya. El muy pervertido se ha aferrado ahora a mis caderas, mientras su mano busca mi sexo para empezar a estimularlo con los dedos. Chillo, gime. Le ruego... Me dice que siga, que no me detenga. Jadeo moviéndome como a él le gusta, estamos al borde de la extenuación. Le vuelvo a suplicar...

—¡Ahora! —exclama con voz agonizante, y noto el chorro de vida caliente llenándome.

Me desplomo contra su pecho, con el corazón desbocado y el cuerpo estremeciéndose en exquisitas sacudidas fruto de un espléndido y arrollador orgasmo.

—Si sigues en esta línea, vas a matarme a polvazos, nena —dice riendo.

Me contagia la risa y me abraza fuertemente para darme un beso en la mejilla.

—Eres tú quien me va a matar a mí, pero a base de deliciosos orgasmos.

Estalla en una fuerte carcajada. Estoy casi sin fuerzas. Me envuelve con un

cálido abrazo para darme otro beso, en la sien.

—Será mejor que levantes ese precioso trasero que tienes, si no quieres que te mate con otro buen polvo mañanero, y aún no hemos desayunado.

Me río. Soy feliz.

Mientras atiende una importante llamada de teléfono en su despacho, me he metido en faena. Pero antes he enviado un mensaje a mi hermano y otro

a Linus, diciéndoles que estoy bien y que regresaré en cuanto pueda.

Al cabo, me he puesto a preparar unas sabrosas *crepes*, una tarta de chocolate y fresas, tostadas... No me han llevado mucho tiempo. De hecho, cuando acabo aún no ha regresado. Envuelvo las *crepes* y las tostadas con papel de aluminio para que mantengan el calor, y salgo a buscarlo. Voy ataviada solo con el albornoz blanco con ribetes negros y sus zapatillas de dormir, que me quedan enormes. Me he negado a usar la ropa que me ha comprado, que es

de primeras marcas, porque me parece excesivo. Cuando se lo he dicho, hace un rato, casi volvemos a enzarzarnos en otra discusión, por eso ha salido del dormitorio y ha bajado al salón hecho un toro. Mi enfado, en cambio, me ha impulsado a cambiar las sábanas y hacer la cama, doblar su ropa y depositarla sobre el respaldo de una de las sillas. Después he ido al baño para recoger el agua que había en el suelo. He puesto una lavadora y he vuelto para vaciar la bañera. La nostalgia del recuerdo de lo que habíamos compartido en ella me ha

embriagado y se me han llenado los ojos de lágrimas. He ido a buscarle porque no quería que estuviéramos enfadados, pero ya estaba enganchado a su Samsung, inmerso en su maravilloso mundo de fusiones y adquisiciones. Me ha mirado y me ha hecho una señal indicando que estaría en su despacho, y aquí estoy, frente a la puerta cerrada.

Llamo suavemente con los nudillos y no tarda en abrir, para volver a su rutina de siempre. El hombre relajado y comunicador con el que he hecho el amor hace apenas una hora ha

desaparecido y ha vuelto Lucifer. De pie, junto al umbral de la puerta, me fijo en que mis zapatos no están por ninguna parte. ¿Dónde los habrá guardado?

—Está bien, encárgate de que el envío llegue a su destino sobre las dos en punto —le dice a su interlocutor, consultando su Rolex plateado.

Lleva puesto un albornoz como el mío y las zapatillas de andar por casa. ¡Es tan guapo, pero tan gruñón a veces!

—Sí, y añade lo otro que te mencioné —concluye la conversación y cuelga.

—¿Todo bien? —le pregunto como una idiota.

—Sí —responde serio, mientras revisa distraídamente el móvil.

Está enfadado conmigo y no quiero que lo esté, pero no puedo hacer nada al respecto, solo esperar hasta que se le pase el enojo. En eso también nos parecemos mucho.

—He preparado *crepes* para desayunar.

—Enseguida voy —contesta, y marca un número. Me da la espalda y empieza a hablar en alemán.



Cuando salgo cierro la puerta.

He vuelto a la cocina.

El programa de lavado del lavavajillas con los platos de la cena de anoche y los que he usado para preparar el desayuno ha finalizado. He sacado de la secadora el edredón y lo he extendido sobre la cama. He doblado las sábanas y las he guardado en el armario. Cuando vuelvo a la cocina la tarta está lista. La saco del horno y la dejo que se enfríe sobre la barra de desayunos. Me siento en una de las sillas y empiezo a desayunar sola. Unto la tostada con

mantequilla y mermelada de fresa, me sirvo café y procedo a añadir una cucharada de azúcar. Don Gruñón aparece y toma asiento frente a mí. Sigue con la oreja pegada al móvil. Habla con Crowe. Me dan ganas de arrebatárselo de las manos, como él hizo conmigo anoche, pero me da que su reacción no se parecería en nada a la mía. Igual empeoro su enojo y no quiero fastidiar más aún la situación. Así que me centro en servirle el desayuno como gilipollas e ingenua que soy.

Echa sirope de fresas sobre las *crepes*, las parte con el tenedor y el cuchillo y pincha un trozo. Se lo lleva a la boca; espero expectante su reacción.

—Están buenas —me dice minutos después de haber finalizado su conversación telefónica con Crowe. Deja la Samsung sobre la mesa.

—Gracias —le respondo, mientras me retiro un mechón suelto tras la oreja —.También he hecho tarta de chocolate, ¿quieres un trozo?

—Sí.

Me levanto y se la pongo delante.  
Hace chiribitas con los ojos. No se la  
esperaba.

—Hay nata en la nevera —me dice,  
admirando mi creación.

—Voy.

Cuando regreso ya le ha hincado el  
diente.

—No he podido resistirme, me  
encanta el chocolate.

Me ofrece un trozo con su tenedor, lo  
tomo con la boca y lo que sobra se lo  
come él. Se chupa los dedos y me los  
acerca para que se los lama. Me da un

ligero azote en el trasero. ¡Vaya! Parece que ha mejorado su humor; me alegro. Agito el bote de la nata, la vierto sobre la tarta y acabo de decorarla con unas fresas que ya tenía cortadas en láminas. Me río al ver cómo pasa un dedo por la crema. Le doy un ligero manotazo. Me da un cachete en el trasero. Suspiro. Parto un trozo de tarta y se lo sirvo en un plato limpio, y justo cuando voy a ocupar mi asiento, tira de mi muñeca y me sienta sobre su regazo.

—¿Hay algo que no sepas hacer? He visto que has estado ocupada con las

tareas del hogar, pero eso es cosa de Grace —me dice mirándome a los ojos.

Me derrito en el acto. Sí, me puede.

—Me gusta sentirme útil y ya que lo mencionas me defiendo cosiendo botones y cogiendo dobladillos —le informo entre risas.

Me acaricia la espalda. Corta un trozo de tarta y me lo da a probar.

—¿Sigues enfadado conmigo? —le pregunto para despejar dudas.

Se ha puesto serio.

—No, ya no —me responde tomando otro trozo. Mastica y traga—. Y no deseo hablar del tema, solo pedirte que...

Se remueve en la silla para sacar del bolsillo del albornoz la cajita verde que le regalé. Me quiero morir del disgusto porque sé perfectamente cuál es su intención.

—Quiero que los devuelvas —añade tranquilo, mientras sigue degustando la tarta.

—¿Puedo saber por qué?

Soy incapaz de mover un solo músculo de mi cuerpo y mucho menos coger la cajita. Se ha encogido de hombros con actitud de indiferencia. Me siento estúpida y tonta sentada sobre su regazo.

Lucifer ha regresado de las tinieblas.

—He decidido no aceptar tus regalos, del mismo modo que tú no aceptas los míos. Así evitaremos discusiones.

—Creo que lo que pretendes es castigarme, Alex —le respondo con voz estrangulada.



Es increíble la rapidez con la que pasamos de un extremo a otro. Hasta hace poco estábamos disfrutando el uno del otro, y ahora somos dos completos extraños; no entiendo el porqué de esta actitud suya.

—Tómalo como quieras —dice.

Suena el dichoso Samsung y se pierde de nuevo en su idílico mundo de rico empresario. Me levanto de su regazo y me siento en la silla. Mi corazón es un tren de mercancías. Late a un ritmo aterrador.

¡¡¡Ten un mínimo de dignidad y lárgate!!! Me grita la conciencia.

—Sí, espera. Tengo el informe, te lo envío en unos minutos.

Se pone en pie con un trozo de tarta en la mano y desaparece sin más.

¡¡¡A qué diablos estás esperando, vete, ya!!!

Me levanto y me dirijo al dormitorio. Me despojo del albornoz. Busco mi sujetador, mi vestido, y me los pongo ¡Mierda! ¡las bragas y mis zapatos! Me iré sin ellos. Cojo mi bolso y bajo las escaleras hasta llegar al ascensor. Le

doy al botón, pero hay un panel de control y al parecer hay que introducir un código. ¡Mierda! Cuando me giro, ahí está él, mirándome con las manos metidas en los bolsillos del albornoz. Su rostro es una máscara de hielo.

—¿Te vas?

—Sí —le respondo sin mirarle a la cara y sin querer entrar en más detalles.

Solo acierta a llegar hasta donde estoy. Introduce el código de muy malos modos, coloca la palma de la mano sobre la pantalla y las puertas del ascensor se abren automáticamente ante

mí. El Hombre del Año vuelve a desaparecer de mi lado y yo siento un enorme vacío; esta vez no hace nada para retenerme a su lado. No hace uso de sus esposas, ni me da ese abrazo feroz. No, no hace nada. Se ve que solo le intereso para follar y poco más, me digo evitando llorar en el condenado ascensor. Pero es inútil, las lágrimas fluyen por sí mismas. Estoy dolida y enojada conmigo misma por ser tan ingenua y estúpida al confiar tanto en los hombres. El ascensor acaba de detenerse repentinamente, ¿se habrá

estropeado? No tarda en activarse, pero esta vez asciende hacia ¡el ático! ¡Oh, no! Me seco las lágrimas con el dorso de mi mano justo cuando llego a mi destino. Las puertas se abren y ahí está él con mis zapatos y el condenado regalo. ¡Qué cabrón es!

—Se te olvidaba esto —me dice, el muy arrogante.

Salgo del ascensor para arrebatarme solo mis zapatos y calzármelos en silencio. Las dichas puertas se cierran, ¡oh no! Trago saliva, me yergo y

le veo... ¡sonriendo! No le encuentro la gracia, y me indigna que haga eso.

—Niña impulsiva, ¿qué voy a hacer contigo? Me despisto cinco minutos y sales huyendo. A este paso tendré que esposarte a mi cama, otra vez.

¿Esposarme? ¿Cómo se atreve a burlarse de mí de ese modo tan descarado?

—¡Ni se te ocurra! —exclamo, sacando a relucir mi particular genio. El tío se ríe—. Introduce el código de tu sofisticado ascensor, quiero irme a casa —le ordeno, evitando mirar esos ojos

verdes que brillan como dos estanques dorados.

Me observa con calma. No va a introducir ningún código. Lo sé porque ha llegado hasta donde estoy solo para retirarme un mechón y colocarlo tras la oreja, le rehúyo ladeando el rostro. No quiero que me toque ni que me roce, pero insiste hasta lograr su cometido. Resoplo. Me pide que no lo haga, mientras me empuja suavemente contra la pared del pasillo. Pestañeo confusa. ¿Acaso va a follarme contra la pared? La idea en sí hace que se me acelere el

pulso. Pero, ¿qué narices estoy pensando? Aún lleva puesto el albornoz; imagino que no llevará nada debajo. Se pega a mi cuerpo. Inhalo su aroma a jabón limpio y noto la dureza de su palpitante sexo clavado a la altura de mi cadera.

—Mírame —murmura contra mis labios entreabiertos.

No quiero hacerlo. Me hago la remolona. Estoy dolida por cómo me ha tratado.

—No quise ser descortés —me dice, y frunzo el ceño en señal beligerante—,



pero has de saber que me disgustó que rechazaras aquello que te ofrecí.

¡Ajá!

—Ya te dije que no quería que gastaras más dinero en mí —le respondo.

Ha colocado sus manos a ambos lados de mi cintura.

—Me hacía ilusión regalarte un ropero completo, del mismo modo que a ti los gemelos de oro blanco —me rebato de inmediato.

Suspiro.

—Yo ya tengo un ropero, Alex —le digo mirando esos ojos que me devoran, pero no se lo voy a poner fácil.

No voy a follar con él en medio del pasillo.

—Y yo ya tengo una colección de gemelos, pero los tuyos me fascinan —apunta, resiguiendo repentinamente mis labios con el pulgar.

Se relame. Ay, Dios mío...

—Pero muy bien que querías deshacerte de ellos —le regaño.

—Quería ver cuál iba a ser tu reacción, y parece que te has disgustado,

y mucho.

Trago saliva, pues su dedo pulgar desciende por mi cuello. Lo sigue el dedo índice, que se detiene en el pronunciado escote del vestido. Me quedo sin respiración, mientras mis pezones se yerguen dolorosamente bajo mi sujetador. ¡Qué hombre!

—Quiero que tengas un ropero a mano, en vez de tener que venir cada vez con la maleta desde la casa de Linus — me explica.

De modo que era eso. Me está besando el cuello. Noto el roce de su

lengua húmeda y caliente sobre mi piel. Entrecierro los ojos, su mano desciende por mi cadera para poco después desaparecer bajo la tela de mi vestido. Mi pulso se ha acelerado doblemente, pues sube por mi muslo hasta llegar a las nalgas, las aprieta y no duda en darme un fuerte cachete. Jadeo y me contraigo por el ligero dolor.

—Alex —murmuro confusa, mirando a mi alrededor...

—Eso por salir sin bragas a la calle —me dice mordiéndome la mandíbula, me aferro a sus potentes brazos... río

avergonzada—. Hay mucho degenerado suelto.

—Te recuerdo que me las rompiste anoche.

—Y te las volveré a romper cada vez que las lleves puestas.

Sonrío febrilmente mientras devora mi boca hasta robarme el aliento. Su mano acaricia suavemente mi palpitante sexo y no tardo nada en sentir una creciente humedad. Jadeo como una posesa cuando me alza unos cuantos centímetros del suelo, tiro rápidamente del cinturón de su albornoz, se lo quita y

queda desnudo ante mí, mis zapatos resbalan de los pies y rebotan contra el suelo de madera, le envuelvo la cintura con las piernas mientras nos comemos a besos. ¡Es tan fuerte y tan musculoso! ¡Parece un dios pagano! Me aferro a su cuello, mientras entierra lentamente su falo a través de mi húmedo y resbaladizo pasaje. Jadeamos al unísono. Me aparta de la pared para llevarme al salón, los dos caemos sobre el amplio y ancho sofá de cuero blanco. No tarda en despojarme del vestido, mientras con una mano acaricia mi seno

y con la otra me alza los brazos por encima de la cabeza, me está embistiendo a un ritmo que sabe que me gusta y me hace enloquecer. Entra y sale de mí con un vaivén al principio lento, que va acelerando para hundirse por entero dentro de mi ser. Chillo; me come la boca.

—No te atrevas a irte sin mi consentimiento —dice con la voz agitada y excitada, embistiéndome hasta hacerme perder el poco raciocinio que me queda, tiene la frente perlada de sudor—. ¿Me oyes?

—Sí —emito algo parecido a un sonoro gemido—. Y tú no me... ¡Ay!

—¿Yo qué? —dice, impulsando sus caderas con movimientos largos, rápidos y muy precisos.

—Hagas sentir mal —logro articular entre gritos.

—¿Acaso te estoy haciendo sentir mal ahora? —me pregunta, gimiendo y tensando los músculos de su rostro.

Me cubre con su glorioso cuerpo y la sensación es asombrosamente íntima y deliciosa, y más aún cuando me libera



los brazos y me permite abrazarlo fuertemente.

—No, en absoluto —respondo, bailando a su mismo compás.

Los dos sentimos esa oleada previa al orgasmo que llega in crescendo solo para atraparnos. Jadeo, grito.

—¡El sofá! —exclamo.

—¡Me importa un bledo, suéltalo, nena! ¡Ahora!

Me besa profundamente en los labios y nos corremos a la vez, notando el manantial de vida que colma todo mi ser.

Permanecemos abrazados, en silencio, absorbiendo el dulce y enloquecedor momento poscoital. No quiere volver a soltarme, ni siquiera para cambiar de postura. Ahora yazgo sobre su torso desnudo, su pene sigue alojado en mí y me gusta ese instante tan íntimo y privado. Me besa distraídamente la palma de mi mano, la muñeca. Su teléfono suena de fondo, me ofrezco a ir a buscárselo, y me da un ligero cachete en el trasero diciéndome que ni se me ocurra moverme. Rio ante lo impulsivo y temerario que es. Me está

acariciando la espalda desnuda, me encanta que lo haga. El teléfono sigue sonando insistentemente.

—Deberías ir a ver quién llama —le digo con voz lánguida.

—No te muevas del sitio —me ordena.

Sale lentamente de mí, me da un beso en la sien y no tarda en regresar. Se sienta y tira de mí para que me coloque a horcajadas sobre su regazo. Vuelve a estar empalmado. Me da un ligero cachete, el muy bribón.

—Buenos días, mamá.

¡Vaya, Natasha Crawford! Le hago una señal de que estaré en el dormitorio, niega con la cabeza y me retiene con un abrazo feroz rodeando mi cintura. Me hace cosquillas, evito reír.

—Sí, estoy bien. No, no puedo ir esta noche. Lo sé, tía Anna me envió un mensaje. Estoy muy ocupado, mamá. Sí, descuida, cenaré algo —entorna los ojos. Sonrío levemente—. Sí, mamá, yo, también.

Me abrazo a él fuertemente y apoyo amorosamente mi cabeza sobre su hombro. ¡Qué considerado! Ha rehusado

cenar con los suyos solo para estar conmigo, y no sé si debería animarle a que vaya con ellos.

—¿Está Olga contigo?, dile que quiero hablar con ella. No, no pasa nada, mamá. No, no voy a reñirla. Solo quiero hablar con ella —el tono de su voz está cambiando. Mala señal—. ¿Qué diablos hacías anoche en el Webster Hall y sin escolta? ¿Acaso te has olvidado de cuáles son las normas? No me tomes por tonto. Y... ¿quién era tu acompañante? ¡Ah!, un amigo de la facultad, muy bonito. ¿Cómo se llama?

Le cuelga. Frunzo el ceño apartándome un poco de él. Marca otro número.

—Wallace Vaugh, Universidad de Nueva York, 25 años, cuarto curso de Derecho.

Me quedo muerta. ¿Así que este es su método? Pobre Olga. Su rostro es una máscara de hierro. Cuelga después de conseguir la información que quería sobre el tal Vaugh y vuelve a telefonar a su hermana.

—¡No quiero que vuelvas a ver a ese sinvergüenza, me oyes! ¡Por mí como si

es el cofundador de Apple! ¡Me da exactamente igual! ¡No quiero verte con él! Pásame a mamá ahora mismo.

No me gusta cómo le está hablando a su hermana, pero me abstengo de intervenir.

—Sabías lo de ese degenerado y tu hija, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo llevan saliendo? —le grita a su madre.

Me aparto porque Lucifer ha surgido de la nada. Me pongo en pie y me visto. Esta vez no me retiene porque está muy enfadado y alterado. He visto esa reacción en él antes, y la verdad es que

me aterra. De hecho, me ha dado por vestirme y limpiar el sofá con un paño húmedo y otro seco, que traigo de la cocina y luego desecho, mientras él sigue discutiendo por teléfono con su madre. No quiero ser testigo de ello, así que desaparezco recogiendo la cocina en un santiamén. Rebusco en la nevera y me pongo a preparar el almuerzo: estofado de ternera. Lo dejo cocinar a fuego lento mientras cruzo el salón para ir al baño. He de darme una ducha. Ahora sé por qué quería que firmara el



dichoso contrato, me digo. Respiro lenta y profundamente; sigue batallando.

—No, no quiero que vengas, mamá. ¡Estoy muy disgustado y decepcionado con las dos! Creí que había cierta confianza y sinceridad en esta familia, pero veo que no... —acierto a oír, justo cuando él me mira y me hace una señal para que me detenga en las escaleras que conducen a los dormitorios. Se ha puesto el albornoz—. ¡Adiós, mamá!

El Samsung vuelve a sonar. Lo arroja contra el sofá y llega hasta mí. Me abraza sin más. Puedo notar la tensión

acumulada en los músculos de su glorioso cuerpo, así como el disgusto reflejado en su rostro, y que amenaza con destruirle. Le devuelvo el abrazo con creces diciéndole que debería calmarse.

—¡Cancelaré todas sus malditas tarjetas de crédito y le retiraré las llaves del Porsche! ¡Así aprenderá a no desobedecerme! —dice furioso.

—Esa no es la solución —le respondo pacientemente. Alza la cabeza y me mira. Sus ojos son dos carámbanos

—. Deberías hablar con tu hermana, pero cuando estés más calmado.

Pero sé que no hará semejante cosa, sino más bien lo que tiene en mente y me duele por la pobre Olga.

—¡Con el que tengo que hablar es con el canalla de Vaugh! El muy libertino se dedica a seducir muchachas de buena familia. ¿Cómo crees que está costeando sus estudios? —dice enfurecido.

—¿Lo sabe tu madre?

—No, el hijo de puta se ha cubierto las espaldas mostrando sus buenos

modales.

Está alterado. Más de la cuenta. Le ruego que se calme.

—Mi madre me ocultó la verdad, no se lo perdonaré nunca.

—Claro que la perdonarás, dices eso porque estás enfadado —trato de hacerle entrar en razón, pero se aparta de mí y me mira furioso. Tiemblo—. ¿Por qué no dejas que las cosas se calmen?

—¡No, voy a buscar a ese maldito cabrón ahora mismo!

Me aterra que diga eso. Se aparta de

mí y coge su Samsung.

Debe de tratarse de una pesadilla.  
Me abrazo a mí misma asustada.

—Aston Martin, en diez minutos —  
ordena y cuelga.

Pasa delante de mí como un ciclón y  
sube las escaleras de dos en dos. Le  
sigo detrás. Tengo el corazón a mil.

—Las calificaciones de Olga han  
bajado este último semestre —me dice  
entrando en su vestidor, donde está la  
ropa que me regaló. Coge unos vaqueros  
y un jersey de pico azul, toma unos  
bóxers. Sale del vestidor y deposita la

ropa sobre la cama—. Su tutora me telefoneó hace unas semanas para ponerme al día de su bajo rendimiento. Deduje que sería algo pasajero, pero ahora entiendo el motivo —maldice—. No sé en qué estaría pensando.

—Por favor, tranquilízate —le aconsejo.

—No me pidas un imposible, nena —dice entrando en el baño como un torbellino dispuesto a arrasar con todo lo que haya delante.

No puedo evitar preocuparme dado el carácter que tiene, pero finjo cierta

calma mientras tomo asiento en el borde de la cama. Al otro lado de la puerta del baño se oye el ruido del agua de la ducha. No tarda nada en salir envuelto en una toalla de baño. Está guapísimo, pero sigue cabreado. No digo nada por si acaso.

—¿Quieres que te lleve a casa o prefieres quedarte hasta que yo regrese?  
—me dice, vistiéndose rápidamente.

—Lo que tú quieras —le respondo.

—Prefiero que te quedes —me dice, acariciando levemente mi mejilla derecha.

Suspiro evitando echarme encima de él porque no es el momento adecuado, por no añadir que me alivia oírle decir que me quede. Sé que le espera una tarde muy complicada. Ay, Olga, ¿en qué estarías pensando?

Se calza unas Converse negras y me da un beso furtivo en la boca. Le sigo por el pasillo y le suplico que no cometa ninguna estupidez. Se alisa el cabello y suspira fuertemente. Llega al ascensor, inserta el código que logro memorizar sin que él se haya dado cuenta, y me dice que si necesito algo pulse cierto



botón que me pondrá en contacto con Leonard. Me abrazo a él y le deseo buena suerte. Las puertas del ascensor se abren y él se pierde dentro más serio que nunca.

*H*an pasado dos horas y cuarto desde que se fue hecho una furia. Sigo inquieta, mirando el móvil, a la espera de una llamada suya o cualquier mensaje, pero nada. Mi mente me ha llevado a pensar lo peor y estoy realmente preocupada.

Alex es un hombre con mucho carácter y cuando pierde los estribos es mejor apartarse. Me aterra que los pierda con ese tal Vaugh. Espero que no lleguen a las manos y acabe enterándose quien menos debe. No beneficiaría nada su imagen. En cuanto a Olga, la chica está en edad de conocer chicos, y no la juzgo por salir con un tipo como Vaugh. Yo he salido con gente de peor calaña, pero he sabido marcar los límites, excepto con Alex, quien me ha hechizado y no dudo en admitirlo. Me gusta pese a ese carácter suyo, pues es el hombre más

generoso que conozco. Lo ha demostrado con mi familia, a la que no conoce y quiere que le presente. No quiero pensar en la cara de mi hermano cuando deduzca que me estoy tirando a mi jefe. Supongo que armará un gran escándalo, pero voy a poner de mi parte para que no lo sepa. Siempre he dado la imagen de una mujer seria y responsable, y mira por donde me he corrompido entregándome a un hombre a quien apenas conozco, pero que me fascina. El sexo con Alexander Crawford es realmente buenísimo, es

más de lo que hubiera imaginado y me siento a gusto en sus brazos. Si por mí fuera no me apartaría de él, nunca, pero sé que esto pronto tocará a su fin. Un hombre tan ocupado como él rehúye la palabra compromiso y no te cuento la de matrimonio. Son hombres que solo buscan relaciones como la que él me ha propuesto, y las mujeres tontas y gilipollas como yo siempre acabamos sucumbiendo a la tentación. No negaré que me encantaría llegar a tener algo serio con él, pero sé que es como pedirle peras al olmo.

Para liberar tensiones, me he puesto a preparar más postres: un flan y una tartaleta de limón y almendras, que aguardan en la cocina junto al delicioso estofado. No he comido; no tengo estómago para ello.

El silencio del ático me ha provocado un deseo irrefrenable de querer telefonar a mi gente para saber cómo están. Lo hago después de una buena ducha. Scott me echa el sermón nada más descolgar, y tiene toda la razón del mundo. Le digo que es muy habitual que tenga que salir por trabajo a última

hora. No le ha hecho mucha gracia, pero enseguida he sabido manejar la situación. Me resulta raro y inmoral tener que mentir a los míos, pero el contrato así lo establece, aunque me duele en el alma no ser franca. De hecho, cuando me he despedido de mi familia, me he hinchado a llorar como una tonta. Supongo que ha sido fruto de la tensión acumulada. He resuelto verles el domingo por la tarde; estoy deseando que llegue el momento. Les echo de menos, y más aun a mis peques. En

cuanto pueda saldré a comprarles unos juguetes.

Suspiro lentamente.

Tanto silencio me está crispando los nervios. Subo al dormitorio para coger una manta. Enciendo el plasma del salón y me tumbo en el sofá. Hago *zapping* hasta dar con una peli romántica de Cameron Diaz, *La cosa más dulce*. Me acurruco en el cojín y veo la peli, no tardo nada en quedarme dormida.

El sonido del ascensor hace que abra los ojos de golpe. ¡Ya está aquí! me digo levantándome del sofá, pero lo que veo



me sobrecoge: es Alex con un disparo en el costado.

—Estoy bien —me dice con voz agonizante.

Abro los ojos de golpe y me doy cuenta de que es una pesadilla, pero ahogo un grito de terror cuando veo a Bommer de pie junto al enorme ventanal, mirándome. ¿Qué hace aquí? ¿Cuándo ha llegado? ¿Quién le ha dado permiso para subir? Ay, Dios mío... ¿Sabe Alex que está aquí? ¿Acaso le ha dicho que lo espere en el ático? Me cubro con la manta hasta el cuello, mientras el muy

cerdo me dice que no me asuste. Va trajeado con un impecable Armani negro y zapatos de la misma marca. Aun así es un cerdo que solo piensa con la bragueta.

—Pensé que Alexander estaría aquí. Le he estado llamando al móvil y no me contesta —dice riendo—. He venido a entregarle unos documentos privados de la empresa.

Oírle decir eso hace que mi pulso se acelere doblemente. Ojalá no haya pasado nada malo.

—No, no está —le digo mirándole con desconfianza y recelo a pesar de su triste infancia.

Se aleja del ventanal. El plasma está apagado. Debe de ser cosa de él. Se sienta a mi lado. No me gusta que lo haga. Me incorporo y me acurruco más en la esquina. Si por mí fuera me levantaría y me encerraría en el dormitorio hasta que Alex llegara, pero llevo un camisón muy sugerente para la vista de este depravado.

—¿Y no sabes cuándo va a volver?

Niego con la cabeza. Consulta su reloj D&G.

—No te importa si le espero aquí, ¿verdad?

Sí, me molesta y mucho.

—No, no me molesta. Esta es tu casa —le respondo irónicamente, mientras cojo el mando del plasma para encenderlo.

Así no tendré que darle conversación a este cretino, que no deja de sonreír de manera hipócrita.

—Parece que va a llover.

Entorno los ojos. Eso sí que es una manera sutil de querer iniciar una conversación, capullo.

—Sí, el tiempo en Nueva York es muy inestable.

—En Vancouver hace igual — carraspea cuando ve que no le hago el menor caso. Ojalá Alex regrese pronto —. ¿Y qué tal te fue en la agencia la otra vez?

No puedo evitar mirarle. El muy cerdo tiene cara de saber más de la cuenta, y no me gusta. Me pregunto hasta qué punto está al tanto de todo.

—Oh, bien, gracias.

—Me alegro. Alexander es muy buen jefe y un buen tipo —me suelta con cierto retintín.

Quiero que la tierra me trague. Genial, el amigo depravado de Alex sabe que hemos follado. Bravo.

—Sí, lo es.

—Celebro que estéis juntos —me dice de repente.

Me ruborizo.

—No, no estamos juntos —le respondo. Es absurdo que diga eso, pero

en fin.

Bomer sonríe. No me gusta esa sonrisa de pícaro ni la afirmación que acaba de hacer, pues se supone que eso forma parte de mi privacidad, y yo a él apenas le conozco. No tiene ningún derecho de inmiscuirse en algo tan personal, pero como es el mejor amigo de Alex, imagino que sabe más de lo que habla y se cree con derecho a opinar.

—Entiendo —ríe en medio de un ligero carraspeo.  Oh, por favor! Solo falta que me cuelgue el cartel de golfa—. De todas maneras, resulta curioso

que después de cómo os llevabais al principio, hayáis acabado congeniando... a la perfección.

Caray.

—Digamos que sí.

—Me alegro de que así sea. Sebastian y yo siempre hemos pensado que encajarías perfectamente con Alexander —me dice con una sonrisa burlona. Lo noto nervioso e intranquilo, por eso decido seguirle el juego—. Ambos tenéis casi el mismo carácter y la misma forma de pensar. Pero en el fondo es un buen hombre.



—Sí, sin duda, he de reconocer que lo juzgué sin conocerlo —Bomer asiente—. Pero conforme fui conociéndole, me di cuenta de su generosidad, así como de lo protector que es con su familia. Es admirable, además de un hombre muy inteligente.

Se produce un ligero silencio que se rompe con una repentina carcajada de Bomer. Me está mirando y parece que siente compasión por mí, algo que me desagrada notoriamente, pero aguanto mi desventura solo para llegar al fondo de este gran enigma. ¿Qué es lo que sabe

este maldito mujeriego que Alex se empeña en ocultarme? ¿Acaso Andrea tenía razón? Ay, Dios mío. Noto cómo mi pulso se acelera inexplicablemente.

—¿Estamos hablando de la misma persona? —ríe divertido. Asiento haciéndome la tonta—. Bueno, creo que exageras un poco, vamos a dejarlo.

—No, no —titubeo, pero enseguida me recupero para poco después añadir—: es lo que he vivido siendo la secretaria de David, y ahora de él.

Bomer me vuelve a mirar. Sé que se está mordiendo la lengua hasta no poder

más.

—¿De él?

—Sí.

—Dirás que tu puesto de secretaria estaba sujeto a un hecho aislado.

¿Hecho aislado? No me pronuncio y le dejo continuar mientras finjo no desmoronarme. ¿De qué va todo esto?

—Quiero que sepas que Alexander hizo lo que hizo porque David le llevó la contraria aquella vez que discutieron por ti —me cuenta.

¿Hacer el qué? ¿Por mí?

—Lo sé, David estaba enamorado de mí y me quería. Alexander me lo contó. De hecho, ya lo hemos hablado en privado —me aventuro a decir, sin tener ni idea de lo que me está hablando.

Me mira y arquea una ceja.

—¿Alexander te ha contado la verdad?

Oh, mierda...

—Sí, claro —le respondo con voz serena y tranquila, aunque por dentro soy un tren de mercancías a punto de descarrilar.

Bomer se remueve en el sofá. Se

mesa el cabello. Esboza una sonrisa de absoluta incredulidad. Al cabo se pone cómodo. Me mira de nuevo. Finjo absoluta calma en medio de algo que sé que me va a hacer mucho daño cuando lo descubra, y pienso averiguarlo al precio que sea.

—¡Pero si nos hizo prometer a Sebastian y a mí que no abriríamos la boca! —me dice dudando.

Sonrío con el corazón encogido mientras mi conciencia se ríe a mi costa.

—Cambió de parecer, ya sabes lo impulsivo que es a veces.

Bomer asiente extrañado, confuso, pero maravillado.

—Ya lo creo que sí —sonríe distraídamente y prosigue—: Sebastian y yo le aconsejamos, en un momento dado, que fuera sincero contigo. Imagino que al final entraría en razón y desistiría de hacerte creer que estabas firmando cierto contrato de confidencialidad, cuando en realidad era una renuncia a la herencia que David te dejó.

¿Quéee?

—Lo que demuestra que eres algo importante en la vida de nuestro amigo y

cerebro. Me alegro de que así sea, de veras.

Estoy en estado de *shock* asimilando la confesión de Bomer. Siento náuseas y un ligero vahído, pero aguanto. Aguanto mi infortunio. ¡No puede ser verdad! Me digo desde lo más profundo de mi ser. ¡Ha montado todo este circo para recuperar la herencia de su hermano! Algo que nunca se me habría pasado por la cabeza. ¡Oh, Dios mío! ¡Todo estaba más que planificado! ¡Maldito cabrón mentiroso!

—Yo también me alegro —le digo esbozando una sonrisa de absoluta amargura.

Siento un repentino nudo en la garganta pero soporto mi desgracia del mejor modo posible.

—Mi padre me enseñó a saber perdonar, sobre todo a las personas que optan por la sinceridad en vez del engaño.

Tengo ganas de llorar. ¡Me ha tenido completamente engañada todo este tiempo! ¡Ahora entiendo su insistencia para que firmara el dichoso contrato!



¡Todo era mentira! Como que me deseaba y que quería tener una relación carnal conmigo. ¡Maldito hijo de puta! Y... ¡yo le creí aun cuando Andrea me decía que tuviera cuidado con él! ¡Opté por darle la espalda a mi mejor amiga! ¡Cabrón!

—Tu padre murió en un accidente, ¿verdad? —me pregunta Bomer, de repente, sacándome de las ensoñaciones más amargas y dolorosas de toda mi condenada vida.

—Sí —titubeo, evitando acordarme de él y echarme a llorar como una tonta.

—Lo lamento —me dice sentidamente. Le doy las gracias—. Tu padre estaba en lo cierto, hay que saber perdonar a nuestros semejantes. Aunque en el caso de Alexander el resultado ha sido positivo, su sinceridad le ha permitido que sigas a su lado.

Calma, me digo sintiendo un ligero desvanecimiento. Sonrío muy a mi pesar. Suena el móvil de Bomer.

—Oh, es él —dice.

¡Maldito desgraciado hipócrita!

—Por favor, no le digas que hemos hablado del tema —le pido—. Ya sabes

cómo es con su privacidad.

—Oh, descuida. Disculpa... —se levanta para atender la llamada.

Aprovecho para escabullirme escaleras arriba, mi cuerpo tiembla en una fuerte sacudida, pero aguanto. Cojo mi vestido sucio del cesto de ropa, me lo pongo, al igual que la ropa interior que me ha regalado el cabrón y que me prometo tirar a la basura en cuanto llegue a casa. Mi corazón golpea fuertemente mis costillas y apenas tengo aire en los pulmones, necesito salir de este lugar y borrar de mi alma y de mi

mente cualquier recuerdo de este miserable. Los ojos se me inundan de lágrimas, pero me castigo evitando derramarlas porque no merece que vierta ninguna lágrima por él. Admito que soy la única responsable de todo esto, por confiar en alguien como Lucifer. Salgo pitando de la habitación, cojo mi bolso y guardo el móvil dentro. Suena repentinamente. Es él. Lo apago y me desprendo de la tarjeta SIM para que no me rastree. La tiro al váter. Salgo lanzada con la gabardina en la mano.

—Oh, aquí baja, espera —Bomer llega hasta mí. Cubre con la mano el móvil—. Alexander quiere hablar contigo.

—Ahora le llamo, me he quedado sin batería. Voy a hacer unas compras, dile que enseguida vuelvo —le digo alegremente.

Bomer asiente y me da la espalda para darle el recado al mayor cerdo que jamás haya conocido. Cojo mis zapatos del pasillo. Inserto rápidamente el código del ascensor. Oh, mierda, necesita la lectura de la palma de

Lucifer. Pulso el botón que me pone en contacto con Leonard. Le digo que es una emergencia y que necesito salir. Activa el ascensor y cuando las puertas se abren, siento como si me cayera al vacío. Rompo a llorar de espaldas a la cámara de seguridad. Me derrumbo al instante mientras mi mente va atando cabos.

«Los documentos que te he enseñado son copias, los originales son estos.»

Lloro sentada en el suelo del elevador. Mi alma y mi corazón gritan desolados. Me acuerdo de las palabras

de Andrea y mi dolor se triplica. El ascensor se detiene. A duras penas me levanto, me seco las lágrimas con el dorso de la mano y camino dando tumbos a punto de desmayarme. Si no llega a ser por el conserje que me sostiene, me caigo al suelo redonda. El pobre hombre me pregunta si estoy bien. No le contesto, solo acierto a decirle que me consiga un taxi lo antes posible.

—Enseguida, señorita Taylor.

Me ayuda a subir en el vehículo, le doy la dirección al taxista. Estoy sin fuerzas, noto un abrumador frío y voy

descalza. Mi cabeza da vueltas y vueltas. Siento náuseas, dolor, rabia, una enorme impotencia que me invade por dentro. ¿Por qué me ha hecho esto después de cómo me he preocupado por él? No, no me merezco toda esta situación, ni que me haya engañado de esta forma tan vil y miserable. Y lo peor de todo es que me haya enterado de la verdad a través de Bomer. Mi corazón late con una fuerza arrolladora. Me da miedo caer de nuevo en el abismo. Oigo el sonido de ambulancias, del claxon, gentío, mucho tráfico. No tardo en llegar



a mi hogar, ese del que nunca debí salir, me reprocho llorando como una loca. Pago la carrera y me apeo del taxi, cuyo chófer me pregunta si estoy bien. Ni siquiera recojo la vuelta. Estoy como ida. De hecho, cuando Linus me abre la puerta sonriente, el pobre acaba ahogando un terrible grito de terror y sucede lo que me temía. Pierdo el control sobre mí misma, solamente siento que me falta el aire y ya no recuerdo nada más...

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE  
*EL OSCURO JUEGO DE LUCIFER*

# Agradecimientos

*M*e despido de ti, dándote las gracias por tu tiempo y paciencia... ¡Un abrazo!

CHARLOTTE